

Lom
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
Sol

© **LOM EDICIONES**

Primera edición, marzo 2019

Impreso en 1.000 ejemplares

ISBN:

RPI:

IMAGEN DE PORTADA

DISEÑO, EDICIÓN Y COMPOSICIÓN

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

TELÉFONO: (56-2) 2860 68 00

lom@lom.cl | *www.lom.cl*

Tipografía: *Karmina*

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Nora Strejilevich

El lugar del testigo

Escritura y memoria

(Uruguay, Chile y Argentina)



Agradezco

A mis amigos y lectores Inés Bruzzi, Gonzalo Contreras, Laura Estrin, Hugh Hazelton, Alejandro Kaufman, Fanny Seldes, Paula Simón, Mónica Szurmuk, Griselda Zuffi por sus comentarios durante la escritura de estas páginas.

A la beca Fulbright, por lanzarme a dictar seminarios en varios países y a entablar vínculos con una diversidad de colegas y estudiantes.

A los docentes que se volvieron entrañables compañeros de ruta, como Cristian Montes Capó (Universidad de Chile, 2012), Kirsten Mahlke (Universidad Konstanz, Alemania, 2013), Emilia Perassi y Laura Scarabelli (Universidad de Milán, Italia, 2015), Liria Evangelista (Middlebury College, Buenos Aires, 2016 y 2017), Jaume Peris Blanes y Nuria Girona (Universidad de Valencia, 2018).

A los estudiantes graduados de los que siempre aprendo. Especialmente a Catalina Olea Rosenbluth y Daniela Sepúlveda, de la Universidad de Chile (2013), por su lectura del manuscrito inicial.

Al Centro de Estudios del Genocidio de la Universidad Tres de Febrero (Buenos Aires, 2015) cuyo equipo, dirigido por Daniel Feierstein, me incluyó en sus debates.

Al Fondo Nacional de las Artes de Buenos Aires por la Mención Honorífica con la que reconoció el aporte de este libro, el 30 de noviembre de 2017.

A la editorial LOM, por un proyecto cultural que sostiene desde su creación en 2001, a menudo contra viento y marea.

A los autores que leo y releo, que me acompañan, con los que entablo diálogos y discusiones sobre asuntos que, sin duda, dejan cuentas y cuentos pendientes.

A modo de prólogo.

La literatura sabe

La literatura sabe. La historia pierde las batallas que la literatura traspone. La literatura puede con la historia, la serie más cercana que la acecha. La bandera de rendición solo está en la ciudadela de las instituciones que regularizan y ordenan el pensamiento y sus discursos. Cuando la literatura, la terrible y valiente lírica, el permeable retrato de lo que pasó, el más complejo y simple a la vez, toma la historia, la traspone a través de incalculables saberes y la conserva a perpetuidad.

La institución crítica intenta escribir también esas historias, y a menudo emprende la guerra contra las crónicas, las memorias y las cartas. Pero crónicas, memorias y cartas son el testigo, el testimonio material más humano, escrito por los que allí estuvieron y recuerdan. Obras que sostienen el horror y, así, un verdadero encuentro cruza historia y literatura. La literatura, verdadera hermana del tiempo, sostiene el milagroso hilo de la historia real.

La literatura soporta lo desesperante, lo trágico. Puede. Sabe. Es el drama sin atenuantes, más allá de toda épica, de toda imposible explicación. La palabra y la frase literaria presentan, muestran, señalan. Dicen y muerden. Afectan. No tiene retorno: hay libros que nos cambian la vida.

La historia puede ser el tiempo que tarda un libro en ser leído. En ese sentido es que algunas obras todavía no llegaron. No fueron aceptadas, no fueron soportadas por los discursos legitimadores de las instituciones, de la cultura: hay libros que la crítica y la teoría, la apaciguadora norma, *no pueden ver*. Son esos en que la literatura, los autores-que-saben, dan un paso después del abismo y ponen lo que pasó. Allí se establece una verdadera guerra de posiciones y permisos. Porque las aduanas oficiales piden distancias, umbrales, biombo, misteriosas jergas y pensamientos paradójales: todas formas del

miedo, muros consecutivos al esperado fin, al fracaso y la impotencia del arte. No obstante, la literatura goza de extrema salud. La literatura es una salud.

La policía secreta de la historia oficial, de los estados críticos oficiales, de la lectura permitida, hacen crítica literaria. Pero los manuscritos no arden, sobreviven, vuelven del futuro. La institución traza cánones; la literatura, páginas cuneiformes de dolor. Puede.

La literatura puede con causalidades múltiples, con capas de tiempo, puede decirlo; la literatura sabe que puede incluso con palabras sin ironía: la literatura dice lo que dice y dice la horrorosa historia.

Las instituciones de la historia, de la crítica, de la teoría, domesticar, naturalizan, tranquilizan. Novelizan. Mitifican incluso con prólogos preventivos. No *leen*. Es el totalitarismo de la idea general el que mata la lengua de cada registro y la verdadera historia al explicarla y ordenarla. Sin embargo la lengua se recupera hasta en el campo de concentración, la lengua es el único lujo cuando ya no queda nada.

La literatura va con el cuerpo; la crítica hace metafísica. Las memorias, las biografías, los recuerdos, los diarios, cuadernos y testimonios son una única y última honestidad, una ética, una patria donde se puede. La razón crítica envejece, administra pobreza. La literatura colma nuestro corazón horrorizado de injusticias.

LAURA ESTRIN

I

La memoria del horror supone menos un conjunto de definiciones abstractas que la indagación de aquellas significaciones que el exterminio impuso y que moldean nuestro presente. Por lo tanto, objetarlas es algo que todavía podemos llamar resistencia.

PERLA SNEH

Introducción.

Desaparición y escritura

¿Había realmente regresado a alguna parte, aquí o en otro lugar, a mi casa o donde fuera? La certidumbre [...] de que realmente no había regresado, de que una parte de mí, esencial, no regresaría jamás, esta certidumbre se apoderaba a veces de mí, trastocando mi relación con el mundo, con mi propia vida.

JORGE SEMPRÚN

La memoria de mi desaparición y reaparición forzadas del centro de detención, tortura y exterminio argentino (CDTyE) Club Atlético, donde pasé menos de una semana o toda una vida, me hace replantear ideas y seguir rememorando desde un presente que siempre impulsa a volver sobre relatos de esa experiencia. No elijo los textos: me llegan. Tampoco intento una exploración exhaustiva: confío en que otros puedan seguir indagando sobre la escritura que insiste en ponerle palabras al horror.

Es difícil dar por terminado este libro porque los interrogantes no cesan y las respuestas se inquietan, se contradicen, se pisan. Se dicen y se desdicen. Siempre hay un argumento más que interpela y desacomoda cualquier orden. Sé que la reflexión no aporta soluciones, que apenas da con paradojas que no se resuelven. Por eso mismo, ¿cómo ponerle punto final? No hay punto final, hay un deambular que no cesa entre relatos que, como dice Laura Estrin, pueden. Y en este deambular, que es colectivo, surgen afinidades y rechazos con otras miradas (las primeras reconfortan y reaseguran, las segundas provocan y generan polémica). Por eso les doy lugar a otras voces, entretejiendo mi escritura con citas y fragmentos que incorporo, acuerde o des acuerde: me ayudan a desanudar las indelebles secuelas subjetivas de una atrocidad que sigue exigiendo atención, cuyas huellas siguen vigentes porque nos exceden.

No pretendo definir la escritura que inspira estas páginas: ¿testimonial, concentracionaria, memorialística, literatura a secas? Si entro en este debate es porque en el camino se dirimen otros temas.

Me importan, además, los interrogantes nacidos desde la intimidad de la vida en los campos, de la convivencia con esta marca que es, quíerese o no, un sello de identidad. Me pregunto, por ejemplo: el sobreviviente, ¿escribe para regresar al mundo del que fue extirpado?, ¿escribe para abrirse, a fuerza de palabras, otro lugar que, a diferencia del campo, sea habitable?, ¿puede lograrlo?, ¿cómo?, ¿cuándo?

Ciertos testimonios, como ciertas novelas o ciertas filosofías, siguen siempre vigentes, no responden al calendario. Y no importa si dan cuenta con precisión de los sucesos a los que remiten, porque un texto nunca transcribe lo vivido, no produce versiones literales de lo real. Estos libros no vienen a hacer un relevo de datos ni a reconstruir la verdad de lo que pasó. Los testigos rememoran desde su presente, y al hacerlo descubren nuevos aspectos de la lógica letal que sigue primando en el mundo contemporáneo. Cada testimonio viene a retrucar y a desafiar con sus armas, que son sus letras, el atentado perpetrado por la humanidad contra sí misma.

La invisibilidad del testigo

Si estos textos, como cualquier obra de arte, exceden su tiempo, tampoco su recepción se agota en determinado período histórico. No obstante, a los sobrevivientes se nos ve, sobre todo, como restos de cierto pasado o depositarios de información, como pruebas vivientes, y por eso nuestro relato tiene validez en los juicios por crímenes de lesa humanidad. Pero fuera de ese ámbito seguimos siendo un Otro que encarna lo que no se quiere asumir y, por eso mismo, se rechaza.

Si bien en la Argentina se confronta de mil maneras la siniestra dimensión que creara el ex comandante Jorge Rafael Videla con su famoso dictum: *no están*

*ni vivos ni muertos, están desaparecidos*¹, el relato de los «aparecidos» no tiene carta de ciudadanía. Y no la tiene aún cuando resulta indispensable para que esa dimensión fantasmagórica no se mitifique. Acercarnos al sufrimiento padecido por mujeres y hombres concretos, pensar junto a quienes experimentaron la forma más exacerbada de la biopolítica puede darnos claves sobre lo que padecemos hoy, sobre relaciones de poder cuya matriz sigue vigente.

El vacío que dejó la catástrofe, si bien espectral, está lleno de rostros, de seres con nombre y con historia que habitaron ese limbo de exclusión llamado campo². ¿Por qué sus voces siguen siendo poco audibles? Una respuesta es que prima la anestesia y por eso el testigo –visto como el adalid del dolor– no resulta una figura atractiva.

Por otro lado, estos relatos interpelan a quienes, en nuestras sociedades, siguen sin cuestionar su tácita aceptación de un horror que, al naturalizarse, logra el visto bueno requerido para anular al Otro, ya sea el «subversivo» (el que cuestiona desde su potencia emancipatoria) o quien encarne la culpa de todos nuestros males.

No pretendo que el sufrimiento atraiga a multitudes. Apenas vengo a refutar a quienes sostienen que el testimonio, a diferencia de la novela, es incapaz de simbolizar o de abrir sentidos, que le impone un significado unívoco a su relato y que lo hace con escasa o nula elaboración literaria. Me opongo a esta confusión entre criticar y condenar, entre cuestionar y erigirse en juez. Quisiera, en cambio, que al testimonio de los sobrevivientes (que es literatura y es historia) se le reconozca su lugar e insustituible aporte.

La región del Cono Sur fue arrasada, en el siglo XX, por un poder desaparecedor –al decir de Pilar Calveiro– que la transformó en un nefasto laboratorio de la condición humana cuyos efectos se ciernen sobre el presente.

¹ Jorge Rafael Videla fue jefe de la primera Junta Militar responsable del golpe del 24 de marzo de 1976; se lo sentenció en el Juicio a las Juntas en 1985; en 1990 se acogió al indulto declarado por el presidente Carlos Menem; en 2010 lo condenaron a cadena perpetua en cárcel común por crímenes de lesa humanidad; en 2012, a 50 años por la apropiación sistemática de hijos de desaparecidos. Murió en la cárcel en 2013.

² En este ensayo uso ambas nomenclaturas: CCTyE (como se estila en la Argentina) y campo (término que remite al nazismo y que vincula diversas metodologías de desaparición forzada que, a nivel simbólico, dejaron marcas similares).

El lenguaje de la rememoración pone en escena, elabora, resiste al sostener su palabra. Al contar, el sobreviviente se vuelve testigo, y nadie puede atestiguar por el testigo. El *yo lo viví, créanme* no apela a la verdad en tanto coincidencia con un referente; apela al relato de la propia experiencia. La suya es la lectura a contrapelo de la historia, es la historia de los derrotados. Un señalar con el cuerpo-palabra. Los testimonios, dice Estrin, muerden, afectan.

Videla, ya en democracia, se quejaba de «la pretensión permanente de seguir escarbando en el pasado» y, olvidando su intervención decisiva en la planificación y ejecución del plan sistemático de exterminio, sugería:

[H]ay que encontrar una solución para resolver el famoso problema de los desaparecidos y ofrecérsela a la sociedad argentina. ¿Son una realidad, son un invento, son una especulación política o económica? ¿Qué son realmente los desaparecidos? (Página 12, 5/3/2012)

Yo puedo responder por el quién, pronombre que el comandante nunca pronunció. Los desaparecidos son mi generación, la anterior y la siguiente; mi familia, mis amigos, sus hijos; por lo tanto mi interés por el tema desborda lo académico. ¿Acaso se puede encarar el genocidio con la distancia del discurso teórico? Cada testimonio encarna su versión del campo: ese inhabitable hábitat –Ignacio Mendiola *dixit*– cuya misión es destruir la subjetividad. Hanna Arendt lo llamó fábrica de cadáveres. ¿Cómo no prestarles oído a quienes hablan de y desde la marca de esa fábrica, en lugar de distanciarse en función de un saber objetivo que murió hace décadas? Cada testimonio es una travesía de emoción y pensamiento sin la cual caemos en la razón instrumental, que con su frialdad lleva al desastre.

La marea solidaria

Aunque no sea aceptada como parte del canon, esta narrativa se lee en ciertos ámbitos, se mueve por circuitos alternativos y se integra a un movimiento que, en la Argentina, irrumpe en la posdictadura con un intenso activismo por los derechos humanos que se fortalece desde las primeras etapas de la democracia. Fernando Reati muestra la importancia de esta red de la que es deudora, valga

la redundancia, la sobrevivencia de los sobrevivientes después de los campos –aunque en este caso hable sobre todo de Mario Villani:

Salir con vida de los campos fue tal vez la parte más fácil [«Mario mismo dice, cuando le preguntan por qué está vivo: “No lo sé, no lo decidí yo”»]; lo difícil fue qué hacer luego con esas memorias traumáticas, y ahí es donde otros sobrevivientes, los familiares de las víctimas, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, los miembros de H.I.J.O.S. [...], los militantes de organizaciones de derechos humanos, la gente común y corriente que lo apoyó, fueron parte esencial del motor interno que lo llevó a pasarse las siguientes décadas testimoniando en cuanto juicio pudo, dando cuanta entrevista se le solicitó, hablando en cuanto foro se puso a su disposición. Sin todos ellos, sin el enorme esfuerzo colectivo que representó la lucha por la verdad y la justicia, sin esa gigantesca red solidaria de amigos y compañeros que se daban ánimos los unos a los otros para seguir recordando y denunciando, especialmente en los duros años noventa cuando parecía que el resto de la sociedad les daba la espalda... [eso no hubiera sido posible]. (2017: 182)

Esta marea genera, además, un prolífico debate sobre lo acontecido y su significación política y ética que lleva años. Años de creación de películas y obras de teatro, de ensayos y relatos, de un intenso «*trabajo de figuración*, un *esfuerzo por dar marco* a un hablar que se deshace» (Sneh, 2012: 309). Años de fundación de museos y transmutación de ex campos en lugares de memoria. Años de polémicas encarnizadas sobre cómo encarar este cambio (¿habrá que re-significar estos espacios o dejarlos como símbolos intocados del espanto?, ¿habrá que explicar el horror o será que, al darle su lugar en una serie racional, corremos el riesgo de naturalizarlo?). Años en los que el Estado posdictatorial, que tras su histórico Juicio a las Juntas retrocediera con las llamadas Leyes de Impunidad y el Indulto, finalmente impulsa juicios públicos por crímenes de lesa humanidad cometidos por el régimen cívico-religioso-militar. Pero la voz del testigo, indispensable en el ámbito de la ley, sigue subsumida a ese lugar, que no es el único para asimilar *lo que nos pasó y nos sigue pasando*. Para el tribunal es indispensable un lenguaje binario que distinga culpables de víctimas, pero el testigo, además, puede crear tramas no condicionadas por ese ritual o por esas categorías. Es evidente que no bastan, que es imperioso detectar qué vínculos

de poder nos constituyen como sociedades y cómo es que la violencia estatal sigue arrasando (asuntos que se dirimen fuera de las audiencias judiciales). Si bien los juicios constituyen un pilar insustituible para que la res-pública sea viable tras un exterminio, el relato de los sobrevivientes –entre otros– es indispensable para identificar los mecanismos en los que seguimos atrapados e involucrados. Por eso coincido con Alejandro Kaufman cuando afirma: «El horror y la ruptura de los lazos de responsabilidad y deuda con el otro que produce requieren una conceptualización cultural profunda» (2005: 53).

Esta conceptualización conlleva un cambio cultural que ha sedimentado, en cierta medida, en algunas sociedades del Cono Sur, con distinto alcance en cada país, pero la presión por acabar con este proceso es feroz. En la Argentina el gobierno actual ignora todo reclamo³; en Chile resurgen luchas estudiantiles y sociales pero retroceden los escasos juicios por crímenes de lesa humanidad. En Uruguay aún no se instrumentan políticas que realmente impulsen este tipo de juicios⁴.

Más allá del aspecto legal, hoy resurge un autoritarismo con traje republicano pero abocado a la devastación de lo que se logró construir durante las posdictaduras. Y nos corresponde a todos pensar esta trama: nadie puede considerarse ajeno porque, para que los dispositivos del terror pervivan bajo otras formas, hace falta que se naturalice la exclusión, que se

³ Al gobierno que, entre 2003 y 2015, asumiera los derechos humanos como política estatal, le ha sucedido otro cuyo interés es exactamente opuesto en este y otros sentidos. Si bien los juicios –impulsados por el esfuerzo de sobrevivientes y activistas que colaboran con la búsqueda de pruebas e información para colaborar con las fiscalías– no cesan, el cambio institucional afecta las causas. Este hecho evidencia que ninguna lucha legal se sostiene sin cambio cultural. Un cambio que, si bien no alcanzó para garantizar la continuidad del Estado protector, se manifiesta, hoy en día, en una lucha que amplía sus reclamos. Un ejemplo paradigmático es el paro y movilización de mujeres bajo la consigna “Ni una menos”, primer estallido del movimiento feminista que, al decir del periodista Horacio Verbitsky, «representa el nacimiento de un fenómeno como el [de] las rondas de las Madres» (*Página 12*, 23/10/2016). En Chile, el movimiento de mujeres irrumpe con idéntica fuerza.

⁴ En el caso uruguayo la lucha legal quedó rezagada en relación a la resistencia civil: «Tras 45 años del golpe de Estado que dio inicio a la dictadura cívico-militar en Uruguay, el 27 de junio de 1973, cientos de causas judiciales e investigaciones están "estancadas", ya que no ha habido una "voluntad política de avanzar en la verdad", aseguró la ex fiscal Mirtha Guianze. [...] "Creo que se avanzó poco. En realidad, en lo que se ha avanzado es en el reconocimiento desde la sociedad civil", sostuvo». *El Universal*, 27/6/18. En línea: <<http://www.eluniversal.com/internacional/13548/causas-judiciales-sin-avances-tras-45-anos-del-golpe-de-estado-en-uruguay>>.

la acepte como condición capaz de garantizar la propia sobrevivencia. ¿Cómo es que tantos pudieron aceptar que se borrara a un sector de la ciudadanía y que, a continuación, se negara ese borramiento? ¿Hay alguna relación entre este consentimiento, como lo llama Kaufman, y el reciente auge de votos que sustentan el propósito de crear nuevas figuras del *homo sacer*, ese ser matable cuya muerte no equivale siquiera a un sacrificio? Estos interrogantes, planteados por sobre todo por Agamben, resuenan con fuerza en nuestra región, donde los campos convivían con la existencia cotidiana: los centros clandestinos estaban, a menudo, en las ciudades, como la cárcel «Libertad» en Uruguay, Londres 38 en Chile y la Escuela de Mecánica de la Armada en Argentina, y los secuestros se hacían a la luz del día. Si bien la resistencia setentista, el terror estatal y las posdictaduras son distintos en cada nación, mi énfasis está puesto en estos vasos comunicantes. Considero esencial difundir el relato de quien sobrevivió los campos, de quien puede dar cuenta microscópica de cómo los Estados saturninos devoran a sus hijos. Por eso mismo, ante la pregunta sobre si estos testimonios constituyen un aporte particular a la cultura de la memoria, mi respuesta es afirmativa. Este libro viene a mostrar en qué consiste esta contribución.

¿Literatura, testimonio o literatura testimonial?

Los textos que presento son imposibles de encasillar: ¿novelas-documentales?, ¿relatos de no-ficción? Los llamo testimonios para enfatizar que relatan experiencias límite (por eso mismo se escriben en el umbral de los géneros). Tan incierta es la categoría «testimonial» que algunos autores la rechazan: Susana Romano-Sued, sobreviviente de varios campos, prefiere que su libro *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera* sea considerado, simplemente, literatura, sin un adjetivo restrictivo. Hernán Valdés defiende, en cambio, el carácter testimonial de *Tejas Verdes: diario de un campo de concentración en Chile* ante quienes lo catalogan de novela, para enfatizar su poder de denuncia. Lo cierto es que hay relatos concentracionarios novelados, poéticos y otros donde conviven oralidad y narración literaria. Si al conjunto lo llamamos testimonial es para hacerlo visible, porque los perfiles definidos se destacan del

fondo opaco en el que todos los gatos son pardos. Lo básico es destacar que esta escritura existe y que su lectura es indispensable, sobre todo en tiempos en que vuelve a legitimizarse en la región un poder avasallador que es la continuidad del poder asesino, con otra máscara.

Esta escritura retoma la voz singular y colectiva que «se resiste al monólogo armado, ese que transformó tanta vida en una sola muerte numerosa» (Strejilevich, 2017). Y no hay recetas sobre cómo hacerlo. Como veremos, Primo Levi se propone relatar con la transparencia de un reporte técnico. Jorge Semprún novela con visos filosóficos. Susana Romano-Sued quiebra el lenguaje. Hernán Valdés crea un diario de la derrota. Alicia Partnoy entrelaza trama poética y humor negro. Hay infinidad de matices, porque cada testimonio se niega al anonimato de la muerte en serie y busca cómo «nombrar lo innombrable»⁵. No es que me acople al célebre dictum que proclama que la vivencia de la atrocidad es inenarrable. Lo que planteo es que se trata de una literatura fronteriza porque su origen lo exige. Si se diferencia de otras memorias es por su anclaje en una zona de silencio (que el testigo intenta romper) vinculada a la figura del desaparecido, que «marca una diferencia absoluta» (Jinkis, 2011: 79).

Esta particular experiencia sigue dando que pensar, insiste Reyes Mate. Y a este pensar me entrego de la mano de la literatura, la filosofía, la sociología, la historia, el periodismo, el psicoanálisis, sin descartar el comentario personal o el propio testimonio. No hay una sola perspectiva crítica que resulte satisfactoria para leer una historia que se expande en tramas donde el sufrimiento piensa y la razón narra. La creación artística no se articula de modo conceptual, lo que no equivale a decir que no piensa. Como dijera André Kertész: quizá en nuestro mundo sin Dios vivimos exclusivamente por mor del espíritu de la narración, que es la mirada simbólica (2002). Este novelista, sobreviviente del nazismo, se refiere a la mirada simbólica que nace en los campos. Reyes Mate lo interpreta así: antes vivíamos bajo la mirada de Dios, mientras que ahora vivimos bajo la mirada de Auschwitz. En este sentido, el espíritu de la narración de los sobrevivientes de los campos sería un llamado ético (Reyes Mate, 2013).

⁵ Título de Fernando Reati: *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina: 1975–1985* (2013).

Falta que este llamado convenza a críticos que siguen definiendo al testimonio como una práctica narrativa despojada de visos reflexivos o artísticos.

Al reivindicar estos textos no pretendo minimizar ni desplazar a otros, como los de la generación de las hijas e hijos de los desaparecidos, cuya original impronta también nace de una interrogación a partir de sus vivencias. Y tampoco afirmar que solo la palabra del testigo es la autorizada para pensar el legado del horror. Apenas sostengo que su relato, el más cercano al corazón de esta experiencia, es matricial. Propongo no eclipsar estos testimonios, rescatarlos del banquillo de los acusados en que se los sitúa.

¿Qué cuenta este libro?

Este libro va hilvanando su confianza en la versátil palabra del testigo, capítulo a capítulo.

«Darle palabras al horror» se abre con la pregunta «¿Por qué *cuenta* el testigo?». El testigo cuenta –en el doble sentido de relatar y de importarle a otros– porque su versión revela el núcleo duro del experimento que pone en cuestión el estatuto de lo humano.

«Cuestionamientos a la palabra del testigo» comienza con «Giorgio Agamben: en torno a la imposibilidad del testimonio», donde planteo que una interpretación literal de su hipótesis sobre el imposible testimonio, basado en la figura del «musulmán» de los campos nazis, alienta en nuestra región a quienes bregan por la deslegitimación del relato de los sobrevivientes. Por eso confronto su idea del rol vicario del testigo (que hablaría «por delegación» o en nombre de otros que no sobrevivieron) originada en su lectura de lo dicho por Levi.

En «Beatriz Sarlo: debate sobre el discurso de la experiencia», siguiendo la invitación del subtítulo de su libro *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2007), confronto algunos planteos de la autora, para quien «el testimonio carece de legitimidad frente a investigaciones de disciplinas que, al establecer una mayor distancia con el ayer, favorecerían la reflexión en lugar de cristalizarla» (2000). Me rebelo contra dictámenes

pronunciados desde un saber con mayúsculas que se erige en tribunal para descalificar otras miradas.

En «Un glosario sin definiciones» presento una serie de términos que conforman el vocabulario básico vinculado a esta escritura. Intento esbozar y repensar sentidos, no dar respuesta sino mantener abierto el debate.

«Uruguay, Chile y Argentina. El Plan Cóndor» –en consonancia con los sucesivos golpes de Estado que asolaron al Cono Sur– repasa momentos claves de la historia del siglo XX en la región, evocando cómo la violencia exterminadora se instaló en cada país. La lengua y los mitos constituyen y moldean la realidad: no se puede hablar de hecatombes humano-facturadas si se descartan la cultura y el lenguaje que las vuelven posibles. Por eso mismo presento una crónica de acontecimientos y de la forma en que se los nombra, sin la intención de ofrecer un panorama histórico. Intento acercarme al imaginario surgido a partir de ciertos hitos traumáticos, ya que esa trama habilitó el terrorismo estatal. Mi recuento no explica el por qué de ciertos fenómenos que nos exceden, apenas los sitúa en el poroso marco de una época.

En este capítulo, además, presento una selección de textos que contradicen el criterio, muy difundido, según el cual el testimonio desestima la labor artística porque su objetivo es la denuncia. En los títulos acá seleccionados se verifica que esta afirmación es algo que *se dice* sin prestarle mayor atención a relatos que denotan lo contrario. Pero sé que, ante mi insistencia, alguien podría preguntar: ¿por qué defender ciertos libros?, ¿acaso no se terminan imponiendo por sí mismos? No lo creo. Una de las condiciones de posibilidad del testimonio es la existencia de un entorno que albergue su palabra.

El capítulo final, «La escritura y mi vida», cuenta cómo *Una sola muerte numerosa*, el relato de mi experiencia como detenida-desaparecida enlazado con el de muchos otros, me llevó a *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90* y, finalmente, a *El lugar del testigo. Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)*.

En todos los capítulos resuena el mismo imperativo: hay tiempos en los que a la vida le urge contarse, donde experiencia y relato se necesitan más que nunca, donde se hacen eco. El nuestro es uno de ellos.

DARLE PALABRAS AL HORROR

*Y no intentamos [...] sino dar palabras a un horror que está y que sigue
estando en el aire. Hablar es intentar una sintonía con eso.
¿Cómo hacerlo?*

PERLA SNEH

El testigo cuenta

El testigo cuenta –en el doble sentido de relatar y de importarle a otro– porque su versión revela el núcleo duro del experimento que pone en cuestión el estatuto de lo humano.

El testigo cuenta porque su memoria res-guarda escenas que revelan cómo el poder puede invadir y ocupar al sujeto y a la comunidad.

El testigo cuenta cómo se sostiene la insospechada capacidad para la resistencia en las situaciones límite y tras ellas.

El testigo cuenta cómo vivían los hoy llamados desaparecidos, el modo en que habitaban ese sitio inhabitable donde transcurrió su último tramo existencial.

El testigo que cuenta nos revela mujeres y hombres resilientes y frágiles que, al darle cuerpo a su experiencia, reformulan las secuelas del horror y dejan de ser sus víctimas. Al contarlo con su tono y modulaciones, el testigo decide el cómo. Cada opción tiene sus límites y sus riesgos, ninguna es satisfactoria.

Quien opta por un estilo condensado y poético corre el riesgo de reducir la complejidad de lo real. Quien recurre al ensayo corre el riesgo de explicar demasiado y cerrar sentidos, no dejándole al lector un espacio de elaboración propia (Mesnard, 2011).

Frente a un terreno tan delicado lo más sabio es aceptar, como dice Levi, que «lo han hecho lo mejor que han podido, no habrían podido dejar de hacerlo y lo seguirán haciendo»⁶.

Quien sobrevive no deviene testigo de una vez para siempre, sino que se va construyendo a medida que se dan las condiciones para nombrar lo vivido.

⁶ Citado por Feierstein en su estudio preliminar «Sobre la resistencia al silenciamiento y la deslegitimación de la voz del testigo» al libro *Testimonio en Resistencia*, de Philippe Mesnard (2011: 31).

Su relato va cambiando: la distancia entre la víctima que fue y el testigo que es aumenta a medida que la cartografía del terror se va develando y se abren espacios para la escucha. Entonces surge la posibilidad de despertar memorias, reinterpretar conductas, recapacitar sobre regiones silenciadas hasta ese momento. La constante rememoración da con nuevas lecturas. Es el caso de la violencia sexual y de género, denunciada desde el comienzo por las mujeres pero solo declarada recientemente crimen de lesa humanidad (en la Argentina), cuando las testigos relanzaron el tema con mayor énfasis (habilitadas por el tiempo transcurrido y la transformación de los juicios en lugares donde el relato centrado en la subjetividad empezó a tener cabida).

En contraste con este lento y trabajoso proceso de darle palabras al horror, el uso de nociones que parecen abarcarlo todo, que dan la impresión de tarea cumplida, que «cierran» el caso, son las más difundidas. El testimonio, en cambio, «abre», persiste en cuestionar definiciones que, en su reiteración, se dan por «verdaderas», es decir, cristalizan. Ni banalidad ni fábrica, sino una combinación más evanescente. Para descifrar sus múltiples claves se requiere atravesar la lenta biografía de la atrocidad⁷.

Biografía nos remite a *bios*, vida. La vida no se puede narrar *per se*, pero al ser narrada cobra vida: es ese relato. Escribir es poner algo a salvo de la muerte, dijo alguien, y lo que se salva, cuenta. Al contar, la palabra del testigo pone en vilo nociones que la teoría esgrime como verdades, como cuando asume que esta experiencia es inenarrable⁸. Nada es inenarrable (*mutatis mutandis*, nada es totalmente narrable). Invivable, refutó Jorge Semprún. Inadmisible, dice Jorge Montealegre.

Hay que *contar* con el testigo para que no se nos olvide de qué estamos hablando.

⁷ *Lenta biografía*, novela de Sergio Chejfec donde la rememoración de un pasado atroz se transmite a través del silencio.

⁸ Agamben critica que este término le otorgue al exterminio el privilegio de la mística: «en el 386 de nuestra era Juan Crisóstomo afirmó que Dios es incomprensible, indecible, inenarrable e ininscriptible, y que afirmarlo es la mejor forma de adorarlo y glorificarlo. Decir que el horror es indecible o incomprensible es adorarlo como a un dios, contribuir a su gloria, usar eufemismos...» (2000: 32).

¿Cuándo?

[Hay] temporalidades de la memoria que se resisten al dócil ordenamiento de las cronologías (Leonor Arfuch, 2013: 84).

La pulsión de testimoniar nace en la encrucijada entre el ansia de volver y el miedo a revivir, y de esta tensión surge el tiempo del relato, el cuándo. Llegado el momento algunos sobrevivientes sienten el impulso de rememorar su paso por el campo, de traducirlo a partir del presente. En este proceso el testigo irá atisbando el lenguaje, se irá asomando al impacto, creará la atmósfera en la que se irá sumergiendo la palabra. A Semprún le llevó cincuenta años transmutar *su* Buchenwald en texto. El tiempo que tardó en dilucidar el conflicto entre *La escritura o la vida* lo hace reflexionar en estos términos:

... Primo Levi y Robert Antelme, por ejemplo, dos de los grandes escritores de la deportación, han dicho [...], con frases diferentes pero con la misma fuerza, que la escritura les devolvió a la vida después de la experiencia de los campos. Primo Levi lo dice textualmente: escribir era volver a la vida. Para mí era todo lo contrario; [...] cuando yo intenté escribir algo al volver del campo de Buchenwald (a los 22 años) [...] no volvía a la vida, al contrario, permanecía en la memoria de la muerte, totalmente. Porque claro, para recordar todo aquello tenía que revivir todo aquello [...]. Tuve la impresión o la certeza, a veces, de que escribir me conduciría al suicidio, ni más ni menos [...], entonces decidí, decidí optar por la vida. (2008: 45-46)

Es decir que el testimonio es una cuenta pendiente que se enfrenta cuando se puede.

¿Por qué?

Levi describe cómo, tras su retorno del campo, le contaba su calvario a cualquier persona que tuviera la mala suerte de sentarse a su lado en cualquier medio de transporte. Sentía un impulso incontrolable de compartir su reciente viaje al infierno con quien fuera (Thompson, 2007). Una experiencia

límite de tal envergadura necesita transformarse en historia escuchada, sobre todo cuando se materializa como secreto a voces. Esta sensación se reitera en distintas geografías donde la literatura –exigida por la historia– se transforma en «reservorio de lo real»⁹. La dramatización más certera de esta pulsión la ofrece la poeta Anna Ajmátova, quien, con su famoso «Puedo» (*Réquiem*), sintetizó una urgencia que es mandato y desafío, y que nunca termina de saciarse: un «habitual no dar en el tono, como en el amor, como en la muerte» (Tsvietáieva). Tratándose de «un mundo alcanzado a golpes de alfiler» (Estrin, 2013: 167) que se deshace y se vuelve a recuperar, el relato se intenta una y otra vez.

Los campos son el lugar donde los detenidos-desaparecidos pasaron sus últimos momentos, donde los hoy ausentes vivieron y convivieron, resistieron o fueron doblegados por los embates de un régimen encargado de «arruinarlos» (transformarlos en ruinas). Los sobrevivientes conocemos íntimamente las formas de existencia que ahí se tramaron y, en este sentido, podemos hablar por los desaparecidos (por delegación) pero también *con* y *de* ellos: de los vínculos, las angustias, los modos en que se producía la adaptación o la fuga –metafórica o literal– del universo concentracionario. La existencia del testimonio también pone en cuestión la hipótesis sobre la tortura como anulación del lenguaje y del sujeto. Si bien este dispositivo de poder lo busca, su logro es precario. No pretendo para nada minimizar el horror, digo apenas que estos relatos son la contrapartida de dicha anulación. Si hay testimonio la cosificación fracasa.

El testimonio de los sobrevivientes, además, permite que el campo cobre visibilidad como un lugar poblado de mujeres y de hombres enfrentando situaciones que, aunque enloquecedoras e increíbles, son trágicamente reales. El desaparecido, en estos relatos, no es solo un ser despojado de nombre al que tratan como a un objeto, sino alguien que se comunica y lucha por sobrevivir, por entender, por evadirse. Los secuestrados sienten y piensan, recuerdan a los suyos o se esfuerzan por evitarlo, colaboran o no, tienen la mente en blanco o inventan formas de sobrellevar ese atroz limbo clandestino. Estos

⁹ Expresión que tomo de Estrin en *Literatura rusa* (2013: 125).

sujetos no devienen, en los testimonios, los entes que el poder intenta crear sino humanos atrapados en un sistema de exterminio.

Prestar atención a lo dicho por los «testigos directos» es indispensable porque, como piensa Mesnard:

Si la violencia que atentó contra el lenguaje al atentar contra la humanidad misma del hombre no permanece en el exterior del lenguaje, si este puede acogerla, es posible restablecer el vínculo entre los muertos y los vivos. De lo contrario, los muertos seguirán poblando el afuera para siempre. [...] Ésa es la tarea del testimonio, eso es lo que nos enseña y lo que las generaciones futuras deben mantener. Nuestra tarea futura. Por eso, *más que transmitir contenidos, se trata de transmitir cierta calidad de silencio. Allí se encuentran el testimonio y la literatura...* (subrayado mío, 2011: 438–39)

La fuerza del testimonio, una vez más, no proviene de «satisfacciones referenciales» sino de «cierta calidad del silencio» que requiere, para ser percibida, una particular disposición del lector.

Es obvio que, al escribir o hablar sobre el secuestro y la vida en cautiverio, los testigos invocan una existencia atravesada por la muerte, por sesiones de tortura, por abusos sexuales. Pero además de la humillación sufrida, evocan un extraño habitat donde *estar vivo deviene una tarea*, como explica Víctor Frankl. El psiquiatra y sobreviviente de la *Shoá* observó que, donde el sufrimiento es moneda corriente, se vive «[un estado] de tensión junto con la constante necesidad de concentrarse en la tarea de estar vivos» (1986: 38). Esa labor se manifiesta en solidaridades, en las más variadas formas de comunicación, de fingimiento (en relación a los torturadores), en fugas momentáneas por vía del humor o del afecto, en fugas literales y en la lucha por sostener *eso* que unos llaman dignidad, otros identidad, otros resistencia. Y también hay derrotas, pero solo al seguir las de cerca se capta la tragedia.

El secuestrado a veces se pierde y claudica, o busca consuelos insospechados, como en esta escena contada por una sobreviviente de la ESMA:

Otra cosa que me pasó y que nunca pude explicarme fue que en un momento se me soltó una mano y le pedí al torturador que me diera la suya. Él estaba hablando, gritando, preguntando qué era esto, lo otro, lo de más allá. Yo lo interrumpí: «¿Me das la mano?». Y él: «¿Para qué?». Y yo: «Nada, lo necesito». ¡Y me la dio! Recuerdo que le tomé la mano, se la apreté, la solté, le dije: «Gracias», volvió a atarme y todo continuó. ¿Cómo se explica? (*Ese Infierno*, 2001: 76)

Calveiro se refiere a estos momentos como «extrañas combinaciones de formas de obediencia y formas de rebelión. Nada quedó blanco o negro; todo alcanzó raras tonalidades, a veces incomprensibles» (2004: 159). En esta curiosa región, que Levi llama la *zona gris*, la tortura sin tregua y la desorientación ante los nuevos códigos, contradictorios e ininteligibles, logra a veces su objetivo. Pero en este desamparo se sigue intentando que el plan destructor no arrase. Rescato esta potencia no por recurrir al facilismo de *lo positivo*, sino porque ni siquiera esta situación de sometimiento radical es absoluta: hay victorias y derrotas, derrotas y victorias. Indicar las victorias no significa transformar a los secuestrados en héroes y admitir las caídas no implica decretarlos traidores. El sometimiento genera su contrapartida, que se expresa «en formas de resistir, incluyendo las flaquezas, miedos, gestos solidarios, dudas, cuestionamientos políticos, en su esperanza» (Pastoriza, citado por Forcinito, 2012: 97).

La voluntad de testimoniar es un intento de liberarse de esta zona gris que no da respiro.

Si la lectura de los testimonios nos muestra matices que no podemos conocer sin recurrir a esos relatos, retomo el interrogante: ¿Por qué será que se denosta al testigo como alguien que intenta «imponer su verdad por haberla vivido»? (Sarlo, 2002: 36). Se dice que es hora de dejar hablar a los sociólogos a los historiadores, capaces de tratar este asunto con mayor distancia teórica, como si no hubiera otra comprensión posible. Sin embargo el escritor húngaro Kertész, testigo de Auschwitz y Buchenwald, observó que «el superviviente tenía que saber sobrevivir, o sea, debía comprender aquello a lo que sobrevivía» (2002: 36). Y por eso, agrega, del testigo nace la posibilidad de sustanciar la conmoción de esas vivencias y, a partir de ahí, tornarlas experiencias,

transformarlas en saber, para finalmente «convertir ese saber en contenido [de la propia] vida en el porvenir» (2002: 37).

A este proceso se le agrega otro nivel de complejidad, como puntualiza Ana Forcinito:

No todo testimonio pretende documentar únicamente los crímenes [...] En muchas instancias, el testimonio viene a dar cuenta de las dificultades de testimoniar y de las relaciones entre el testigo, como narrador, y lo narrado. [...] Es el testimonio y la literatura testimonial lo que permite explorar no solo la memoria, sino también las trazas de sus lagunas y las incertidumbres y los silencios que las acompañan. (Forcinito, 2012: 134)

Los testimonios así descriptos incitan al lector a considerar sus propios olvidos y oclusiones; revela las marcas indelebles que dejó este acontecimiento, muestra por qué el crimen de lesa humanidad sigue siendo presente, pone en escena los siniestros vínculos por los que circula el poder. Los saberes que estas obras transmiten, en suma, no son solo reparadores para el testigo sino también para la sociedad sobreviviente.

Ya Giorgio Agamben mostró, en *Lo que queda de Auschwitz* (2000), que el campo se sitúa dentro del espacio jurídico de un Estado y al mismo tiempo fuera de él. Adentro la existencia se trata como materia sin forma humana, como *nuda vida*; y afuera el campo lo permea todo, incluso quienes viven ajenos a lo que sucede son víctimas potenciales. El terror se difumina porque este peligro, anunciado con un lenguaje que muestra y a la vez niega, esta amenaza latente genera una pasividad, una aceptación que la literatura testimonial desafía.

En la Argentina se va despejando el aura fantasmal que irradia la palabra desaparecido. Los desaparecidos no son solo fotos en blanco y negro en pancartas y banderas, nombres en baldosas¹⁰ o el «Presente» que ratifica, en cada conmemoración, que los ausentes no son tales aunque hayan intentado expulsarlos de la condición humana. Mientras Jorge Rafael Videla pronunciaba su siniestra definición muchos cautivos seguían vivos, lidiando con la reclusión

¹⁰ El movimiento de vecinos de Buenos Aires, Barrios X Memoria y Justicia interviene en el paisaje urbano colocando baldosas con los nombres de los desaparecidos (a quienes identifica como militantes populares) en el sitio en que vivieron, trabajaron, estudiaron o donde fueron secuestrados.

y la tortura. El secuestrado se volvió desaparecido porque se inventó una dimensión inexistente entre el ser y el no ser para encubrir el crimen. Aunque nos hayamos apropiado del término en tanto herramienta de justicia, sus resonancias deben repensarse. Y son los testimonios los primeros encargados de hacerlo, para que la sociedad encare y asimile lo que *le* pasó y *le* pasa.

Esta escritura nos sitúa en el núcleo de lo inolvidable. Invoca los lugares donde el horror les mostró su rostro a los expulsados, sin atenuantes. Vuelve audibles sus gemidos, visibles sus rincones y enunciables sus paradojas, dilemas y encrucijadas, no de modo transparente sino por las fisuras de una memoria vulnerable. Se asemeja a la imagen con que Paul Celan simbolizara su poesía: un mensaje que, tras el naufragio, se tira al mar en una botella. ¿Quién será el destinatario? «¿Un lector futuro, un lector por lo pronto inaccesible, lejano, que quizás aún no ha nacido?» (Sneh, 2012: 204). ¿O el orden simbólico mismo?

¿Cómo?

Si en nuestra lengua anida el horror, ¿cómo contarlo?

Según Levi, lo que el testigo quiere transmitir se presenta como algo «monstruoso pero nuevo, monstruosamente nuevo» (1996: 180)¹¹, sensación que comparten, incluso, sobrevivientes de genocidios más recientes. La crueldad, una y otra vez, se presenta de manera inesperada y súbita; siempre supera los límites de lo imaginable. El intento sistemático de expropiación de la condición humana por medios técnicos, dice Kaufman, siempre toma a sus víctimas por sorpresa (2011: 237–251). Esa extrañeza que genera pone en cuestión la posibilidad de representar: parece imposible traducirla a un lenguaje que sea fiel a la memoria sin menoscabar su credibilidad. Quizá, arriesga Leonor Arfuch, el lenguaje sea justamente el dilema intrínseco del testimonio (2013: 90). ¿Cómo enlazar ese pasado atroz, que persiste en pesadillas, en *flashbacks*, en el inconsciente, con el presente de la narración? ¿Cómo traducir ese universo íntimo? ¿Cómo compartir eso que pertenece al lamentable bagaje de la humanidad con quienes, en su mayoría, prefieren ignorarlo?

¹¹ Todas las traducciones de libros publicados en inglés son mías.

A juicio de Semprún la solución es ahondar el artificio:

... una duda me asalta sobre la posibilidad de contar. No porque la experiencia vivida sea indecible. Ha sido invivible, algo del todo diferente, como se comprende sin dificultad. Algo que no atañe a la forma de un relato posible, sino a su sustancia. No a su articulación, sino a su densidad. Solo alcanzarán esta sustancia, esta densidad transparente, aquellos que sepan convertir su testimonio en un objeto artístico, en un espacio de creación. O de recreación. Únicamente el artificio de un relato dominado conseguirá transmitir parcialmente la verdad del testimonio. Cosa que no tiene nada de excepcional: sucede con todas las grandes experiencias históricas. (2011: 140)

Levi, en cambio, declara que ha tratado de usar «el lenguaje medido y sobrio del testigo» (2002: 99). Una escritura literal, según él, garantiza la transparencia:

Escribí *Si esto es un hombre* esforzándome por explicarles a otros, y a mí mismo, los hechos en los cuales me vi inmerso, pero no con una intención literaria definida. Mi modelo (o si se prefiere, mi estilo) era el del «reporte semanal» usado normalmente en las fábricas: debe ser preciso, conciso, y escrito en un lenguaje comprensible para todos en la jerarquía industrial. (1996: 181)

¿Son divergentes las posiciones de Semprún y de Levi? No me parece. Ambos hacen uso de tropos y del lenguaje figurativo para construir un relato creíble basado en la memoria de la experiencia. Son modos de configurar la imposible memoria tramada en torno a lo inolvidable, dijo alguien. Ambos revelan los desplazamientos de sentido que la vida del campo impone al lenguaje, y la forma en que el lenguaje puede nombrar la *nuda vida*. Ambos muestran que el testimonio acompaña la experiencia e incluso la posibilita (Sneh, 2012).

Según Jacques Rancière (2011), no hay tema que deba asumir una forma determinada al explayarse. La multiplicidad de opciones estéticas que presentan los testimonios ratifican esta idea: para algunos autores el quiebre de lo humano se revela en una lengua herida, otros enuncian la devastación en

una prosa cristalina. Por eso extendiendo a los campos del Cono Sur el interés de Peris Blanes «en la relación de inespecificidad que la experiencia de la excepción mantiene con los modos de decirla» (2005: 20). Lo importante, mediante una u otra estrategia narrativa, es propugnar un lenguaje que se haga cargo del trauma histórico. La literatura es una arte-sanía, sostiene la crítica argentina Mirian Pino (2015), porque el arte de encontrar la palabra justa, sana; no solo a quien la dice sino al orden simbólico. El testigo se esfuerza en decir esa historia para que esa historia no nos siga diciendo.

Debido a que la historia narrada por el testimonio de los campos es tan real como inverosímil, estos relatos producen el efecto de una «droga dura», como dice Reati en el prólogo de *Desaparecido. Memorias de un cautiverio* (Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA): «...mientras más se lee, más se siente la insatisfacción de no poder llegar al fondo de un misterio que apenas se vislumbra y se muestra siempre elusivo» (2011: 22). La misma insatisfacción obsesiona a quien intenta escribir su propia memoria.

Cuando Semprún admite esta dificultad concluye que el problema radica en la necesidad que tienen los sobrevivientes de ser escuchados. También Paul Ricoeur describe al testigo como alguien que «pide ser creído». No se limita a decir «yo estaba allí», sino que añade: «creédme [...] y si no me creéis, preguntad a algún otro» (2010: 212). La posibilidad del testimonio, entonces, descansaría en la confianza en la palabra del otro. El problema surge cuando este crédito se pone a prueba:

...la dificultad de escucha de los testimonios de los supervivientes de los campos de exterminio constituye quizás el más inquietante cuestionamiento de la tranquilizadora cohesión del supuesto mundo en común del sentido (2010: 215).

Para Semprún, la dificultad radica en que se trata de testimonios «extraordinarios», en el sentido de que exceden la capacidad de comprensión «ordinaria». Incluso al sobreviviente le resulta difícil creerlo: esa memoria le empieza a parecer, a medida que retoma su vida «normal», un sueño o una alucinación, como indicara Hanna Arendt. Tal vez por eso, a la hora de escribir, el testigo teme serle infiel a la densidad de la experiencia. ¿Cómo hablar de algo tan

paradójico como la propia muerte? Para contar este «viaje» algunos testimonios optan por una suerte de juicio imaginario contra el poder desaparecedor, otros por el registro de la micropolítica del terror. El problema no radica tanto en estas estrategias –aunque algunas sean más efectivas que otras– sino en cuándo las sociedades están listas para escuchar y reflexionar.

¿Quién?

El único que puede testimoniar es el testigo, que habla *con* los desaparecidos (en su memoria afectiva), *por* ellos (en su comunicación con los otros), y *de* ellos (sobre todo del último tramo de sus vidas). Al ser oído y/o leído, su experiencia propia y colectiva cobra forma. El problema en el que insisto es que al portador de esta memoria –visto como depositario de la información indispensable para condenar a los responsables del exterminio– se lo acepta en los tribunales pero sigue ocupando un lugar incómodo en la sociedad: el manto de sospecha que lo rodea sigue vigente. Habría que preguntarse qué es lo que ciertos sectores ven y proyectan en su figura para que esta marginalización se siga sosteniendo en el tiempo.

[El testigo] adquiere esa condición de *extranjero*, alguien a quien nos vemos forzados a admitir, a recibir, a darle hospitalidad, pero también alguien que soporta nuestro no querer saber inconfesable.

Un Hermes, un mensajero, [...] que recorre el camino mitológico en dirección inversa, señal nocturna que guía nuestros difuntos hasta nosotros, que ha cruzado la frontera y que no pierde su condición de extranjero (*extraneus*), que está fuera de su casa y que [...] «no forma parte de la familia». (Jinkis, 2011: 110–111)

Tanto el extranjero como el sobreviviente son lo ajeno, lo Otro. Para Derrida, no hay sino hospitalidad frente al extraño, pero en nuestras tierras ese prójimo no es bienvenido¹², y esta reticencia coarta la expresión de una voz que

¹² En la entrevista a Derrida en *Staccato*, programa televisivo de France Culturel, 19/12/1997, el filósofo indica:

requiere una escucha hospitalaria para manifestarse, una escucha que pregunte: «¿Cómo habla el que habitó el abismo y retornó a la minucia cotidiana? ¿Cómo habla el sobreviviente si con él sobrevive el exterminio?» (Sneh, 2012: 321). La dificultad a la que aludimos reside, justamente, en que «con el sobreviviente sobrevive el exterminio»: ¿cómo vincularse a eso?

Al tomar la palabra, el ex detenido-desaparecido objeta el lenguaje que el campo le impuso y que incorporó: en este sentido es un acto de resistencia (relatar desde la subjetividad deconstruye el idioma del horror, lo pone en evidencia, lo desafía, lo deshace). A lo largo de su narración el testigo no se presenta como un ser despojado de nombre, olvidado de su rostro, que en el umbral de la muerte debe decir «sí, señor» para refrendar que el poder ganó su guerra, como resume Calveiro. Por el contrario, el acto de testimoniar reescribe esa herida en sus propios términos. La saga rememorada, al mismo tiempo, levanta un puente entre presente y pasado y es un intento del testigo de volver a habitar el mundo del que fue expulsado. Pero ese mundo no es un todo: es un cuerpo social con fisuras y quiebres que también debe reformular el lenguaje en el que habla y es hablado, por eso es que esta lectura le incumbe.

El testigo existe porque la catástrofe representada por la separación de identidad y nombre, o el quiebre que se propone la tortura para silenciar y destrozarse el lenguaje —en la famosa descripción de Elaine Scarry (1985)— raramente logran su objetivo, que es la anulación del estatuto de lo humano. Y si fracasa es porque la mayoría de los detenidos, aun despojados de sus señas de identidad y de sus lazos sociales, no devienen ni bultos ni objetos. Seguir existiendo como humanos es su lucha. En este horizonte tienen logros y caídas, son héroes y antihéroes, recuerdan el «afuera» o su identidad anterior se desdibuja. Alternan entre estos polos mientras realizan crueles aprendizajes e inventan infinitas estrategias para enfrentar la situación límite más radical. De modo que la imagen más atinada para referirnos a los secuestrados en campos

«Cuando digo “heme aquí” soy responsable ante el otro, el “heme aquí” significa que ya soy presa del otro («presa» es una expresión de Lévinas). Se trata de una relación de tensión; esta hospitalidad es cualquier cosa menos fácil y serena. Soy presa del otro, rehén del otro, y la ética ha de fundarse en esa estructura de rehén» (publicado en Derrida, J. *¡Palabra!...* Edición digital de *Derrida en castellano*).

de esta región no es la de muertos en vida. Se trata de vivos habitando la muerte, arrojados a ella, alojados en ella.

Cuando dejan la muerte atrás, estos testigos de los peores abusos necesitan compartir sus memorias, pero «el resto» no siempre quiere oírlas. Levi recuerda a un guardia alemán que desalentaba a los prisioneros con este anuncio: aunque sobrevivan y quieran contar lo vivido, nadie les creerá. Eso no fue así, a la larga se les creyó, aunque haya rebrotes de negacionismo. Más aún, en los países acá estudiados del Cono Sur se conoce, se acepta y se juzga (con mayor o menor empeño) el plan sistemático de exterminio de los más recientes terrorismo de Estado. Sin embargo no muchos lectores se interesan en «los detalles»: no quieren sufrir, vicariamente, situaciones traumáticas y además, eso «ya se sabe». Se sabe que hubo campos, se sabe que hubo crímenes. ¿Para qué volver sobre lo mismo? No se entiende, todavía, que el testimonio desnuda los mecanismos de poder que se reproducen, hasta hoy, fuera del campo.

Por último, el «quién» nos remite a aquellos sobrevivientes que callan: no todos quieren contar lo vivido, y en estos casos también se presentan conflictos. Hay periodistas o aspirantes a antropólogos guiados por una curiosidad impúdica, que intentan extraerle su testimonio incluso a quien no está listo para darlo, y lo hacen por medios que reproducen la violencia del interrogatorio. La novela *Casa chilena*, de Roberto Brodsky, presenta esta situación:

Las imágenes se agolpan en tu cabeza. Toda la distancia que has intentado mantener entre esos hechos y tus emociones, de pronto se quiebra. Ya no hay diferencia, el tiempo se ha condensado [...] La amargura te inunda, como si una mano experta desarmara el reloj que organiza los intervalos. Haces un gesto desesperado en dirección a la cámara para que el gordo corte la grabación y la tortura acabe de una vez [...] Julia que no parece reparar en tu estado y te presiona, con auténtica pasión documental, mientras tú te cubres, te tapas, ido y con las palabras ahogadas en el pecho. Quedas mudo y desprovisto. (2015: 57–58)

Si el «quién» del testimonio es quien está dispuesto, quien necesita, quien busca donarlo y, por otro lado, quien le da cabida; se trata de un «entre» ambos.

¿Dónde?

¿Dónde radica el horror que el testigo rememora? En la zona gris.

En el campo se producen intercambios cotidianos y de convivencia entre víctimas y victimarios; las aguas no se separan con la nitidez que impone la puerta de la celda de una cárcel. Agamben habla de «una gris e incesante alquimia en la que el bien y el mal y, junto a ellos, todos los metales de la ética tradicional alcanzan su punto de fusión» (2000: 20). Para Levi ahí se encuentra «el verdadero horror del campo». A modo de ejemplo, presenta una escena que se reitera en nuestros centros de detención: un partido de fútbol entre detenidos y torturadores. Lo curioso, tanto en la experiencia europea como en la latinoamericana, es la naturalidad que asume lo siniestro (teniendo en cuenta que, tras ese instante en que el juego parece igualar a verdugos y víctimas, los detenidos son y serán torturados y asesinados):

...muestran sus preferencias, apuestan, aplauden, animan a los jugadores, como si en lugar de a las puertas del infierno, el partido se estuviera celebrando en el campo de un pueblo (Levi, 1989: 40).

Agamben piensa que, aunque el partido parezca

una breve pausa de humanidad en medio de un horror infinito [...] para los testigos [...] este momento de normalidad es el verdadero horror del campo [...] Representa la cifra perfecta y eterna de la zona gris [...]. [E]sa convivencia con el horror no les compete solo a las víctimas, [...] es la vergüenza compartida de quienes, sin haber estado ahí, asistimos, no se sabe cómo, a aquel partido, que se repite [...] en todas las formas de normalidad cotidiana. Si no logramos comprender este partido, si no logramos que termine, no habrá nunca esperanza. (2000: 25)

Lo que quiero hacer notar en estas páginas es que muchos de los jugadores (los vencidos de antemano) no solo comprendían entonces ese partido, sino que dedicaron su vida a contradecirlo, a contraponerle otra mirada.

¿A quién?

Según Ricardo Forster (2000), el receptor del testimonio espera una forma discursiva marcada por las estrategias a las que lo han acostumbrado los medios: que el testigo lo muestre todo, lo exponga todo, si es posible con una pizca de melodrama. Y eso es lo contrario de lo que el sobreviviente puede hacer (a menudo, incluso, su relato puede sonar distante y hasta desprovisto de emoción).

El conflicto entre testimonialista y audiencia se produce porque la hipótesis del pacto de verdad entre autor y lector —que se aplica al testimonio a partir de la teoría de Philippe Lejeune¹³— desconoce que no hay narración histórica que no interprete. El testimonio se basa en la memoria, y la memoria no es copia fiel, surge del presente y está contaminada por él. Pero sobre todo, en palabras de Rita Segato, hay que tener en cuenta que usamos el lenguaje de modo relacional: «Pensar que la gente busca informar con lo que dice es una falacia», dice en una de las tantas entrevistas en las que expone su pensamiento. El testimonio también es marcadamente relacional: no existe sin escucha, el «otro» atento es quien lo posibilita. Al sobreviviente que cuenta su historia le importa ser creído porque habla de un sufrimiento colectivo que se ignora o se evita enfrentar. Al contar su experiencia, insisto, busca reestablecer el vínculo con una sociedad de la que fue aislado y a la que aspira volver, por lo que le urge nombrar el daño. Le importa que lo que rememora sea admitido como real, aunque solo pueda ofrecer retazos de memorias olvidadizas. El tipo de relato que surge, con sus faltas de concordancia, sus grietas y agujeros, es un *modo de recordar* (Jinkis, 2011:90), un modo que se completa con el reconocimiento que depara la escucha. Solo una deposición judicial puede aspirar al artificio de la exactitud. La exigencia de precisión revela simplemente que el paradigma punitivo, el de la escena judicial, es el que modela las expectativas de una audiencia entrenada por los medios masivos de no comunicación.

Para concluir hay que puntualizar, como lo hace Jinkis, que

el primer sentido del testimonio es el de afirmar el acontecimiento [...] El testigo es pues aquel personaje insalubre que rompe el silencio, es decir, que no solo ha sobrevivido al exterminio físico sino al exterminio de la palabra. (2011: 105)

¹³ Ver capítulo «Un glosario sin definiciones», sección «Verdad».

Para el psicoanalista argentino este «salvataje de la palabra» lo realiza el testigo en sociedades donde las matanzas fueron acompañadas, junto a su negación sistemática, por la destrucción de archivos y documentos. Un borramiento de este calibre genera «una secuencia de acontecimientos de toda índole en cuya serie se pueden incluir los relatos testimoniales (no solo judiciales)....» (2011:80). El testimonio, en tanto efecto a largo plazo del exterminio, es parte de la serie, aunque a mi entender su aspiración es salirse de ella, refutar sus lógicas, desafiarlas.

CUESTIONAMIENTOS A LA PALABRA DEL TESTIGO

Giorgio Agamben: en torno a la imposibilidad del testimonio

Si bien el filósofo italiano elabora conceptos claves para la comprensión de los dispositivos del campo, su lectura de ciertas afirmaciones de Levi lo lleva a poner en duda la posibilidad del testimonio. En nuestro medio, estos párrafos de Agamben se usan como martillo para aplastar al testigo.

La reflexión parte de este texto:

Hay [una] laguna, en todo testimonio: los testigos, por definición, son quienes han sobrevivido y todos han disfrutado, pues, en alguna medida, de un privilegio [...] El destino del prisionero común no lo ha contado nadie porque, para él, no era materialmente posible sobrevivir [...] El prisionero común también ha sido descripto por mí, cuando hablo de «musulmanes» pero los musulmanes no han hablado. (Levi, 1998, en Agamben 2000: 33)

El testigo habla por delegación en nombre de los que no pueden dar testimonio porque no están. Y habla tanto por los muertos como por los «musulmanes» –muertos en vida antes de morir¹⁴.

Levi continúa:

[L]a demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la haya contado, como no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte. Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma, no hubieran escrito su testimonio, porque su verdadera muerte había empezado ya antes de la muerte corporal. [...] Nosotros hablamos por ellos, por delegación. (*Idem*)

¹⁴ El lenguaje del campo revela la visión del *musulmán* como alguien que se sitúa en posición de meditar de forma estática y pasiva. Así llamaban a los judíos que renunciaban a la vida en un momento del largo proceso de tortura en los campos nazis. Agamben señala que «la explicación más probable remite al significado literal del término árabe *muslim*, que designa a alguien que se somete incondicionalmente a la voluntad de Dios...». (2000:45) Pero lo más interesante es su comentario sobre el uso de esta palabra: «En cualquier caso, lo cierto es que con una suerte de autoironía feroz, los judíos saben que en Auschwitz no morían como judíos». (*Idem*, 46)

El fragmento del testigo está ligado al pudor que acarrea la sobrevivencia, erigida sobre pilas de muertos. Es un gesto de respeto por los hundidos: el testigo se coloca en segundo lugar, como vocero. Agamben da un paso más y nos invita a persistir en esa laguna que pone en tela de juicio el sentido del testimonio y, por ende, la identidad y credibilidad de los testigos: «el testimonio contiene, en su centro mismo, algo intestimoniable, *que destruye la autoridad de los supervivientes*. Los seudotestigos [...] testimonian de un testimonio que falta» (2000: 34, subrayado mío).

El pensamiento de Agamben se despliega desarrollado en corolarios que manifiestan otro énfasis, como por ejemplo: «la lengua, si es que pretende testimoniar debe ceder su lugar a una no lengua, mostrar la imposibilidad de testimoniar» (2000: 39). Pero me importa centrarme en el efecto que la lectura de esta reflexión tiene en nuestro medio.

Ante todo, la metodología de tortura y exterminio en los campos del Cono Sur no producía «musulmanes»: el esfuerzo por transformar a los detenidos en bultos no culminaba en su transformación en muertos en vida, porque el tipo de trato propinado a los secuestrados era distinto (rara vez se los hacía trabajar, no se los mataba de hambre aunque escaseara el alimento, no se los hacinaba como en las barracas de los campos nazis, etc.).

Y en relación al momento de la muerte, es cierto que el testigo no puede hablar de eso, pero tampoco lo podrían haber hecho los detenidos que eran arrojados dormidos al mar. A los detenidos-desaparecidos se les escamoteó, en su mayor parte, ese instante final: los que fueron lanzados desde aviones ni siquiera pudieron «vivir» la propia muerte o «atravesarla», ya que eran arrojados desde la altura tras una inyección que los sedaba y adormecía, en los «vuelos de la muerte». Ellos tampoco fueron testigos de su propio fin. No obstante, éste no es el eje de la discusión porque la tortura principal es, «[o]bviamente, el ser desterrado de la existencia humana» (Kertész, 2002: 53).

Nos sumamos al criterio del sobreviviente austríaco Jean Améry¹⁵ cuando admite que no hay otra que la frágil voz del testigo, capaz de dar testimonio de esa vida y de la convivencia con la muerte.

¹⁵ Hans Maier, militante de la resistencia y judío, adoptó este seudónimo para mostrar su rechazo a la cultura que llevó al genocidio. Siguió escribiendo hasta su suicidio, en octubre de 1978.

Puedo proceder solo de mi propia situación, la situación de un recluso que pasó hambre, pero no murió de hambre, que fue golpeado, pero no totalmente destruido, que tuvo heridas, pero no mortales, que entonces objetivamente aún poseía el substrato sobre el cual, en principio, el espíritu humano puede pararse y resistir. Pero que siempre se paró en piernas débiles, y pasó malamente la prueba, esa es la entera y triste verdad. (1990: 9)

Améry también se refiere al «musulmán»:

El así llamado musulmán, como el lenguaje del campo llamó al prisionero que se estaba abandonando y era abandonado por sus camaradas [...] [e]ra un cadáver escalofriante, un manojo de funciones físicas en sus últimas convulsiones. Aunque sea difícil hacerlo, tenemos que excluirlo de nuestras consideraciones. (1990: 9, mi traducción)

Tenemos que excluirlo de nuestras consideraciones porque *no queremos relatar la muerte en vida* (en cuyo caso el «musulmán», incluso en su muda existencia, sería nuestro testigo privilegiado). Lo que cuenta para nosotros, dice, es *relatar la vida en la muerte*, por eso también el testigo es el sobreviviente (subrayado mío).

Decía que la figura del «musulmán» no existió en los campos sudamericanos debido a que el sistema de reclusión y asesinato era otro. El dispositivo exterminador, en este caso, generaba mujeres y hombres cuya identidad corría peligro, ante todo porque la mayor parte de los desaparecidos eran militantes políticos, y quien en el interrogatorio «daba nombres» podía llegar a «quebrarse»: su identidad podía trastabillar por la culpa que genera haber flaqueado y denunciado a otros. El sometimiento del secuestrado a vejaciones por tiempo ilimitado, el hecho de que su cuerpo estuviera a disposición de quienes podían decidir sobre su vida y su muerte, lograba a menudo doblegarlo –lo que no equivale a afirmar que, si el detenido «cantaba» una vez, no pudiera resistir otras torturas–. Había caídas y recuperaciones temporarias. A algunos secuestrados los doblegaba el «tratamiento», a otros no, a otros a veces, pero todos estaban sujetos a él. Y en cada uno de estos casos el detenido pasaba por lo peor. Es decir que cualquier sobreviviente puede asumir

una voz plural, hablar en nombre de los otros: aunque cada experiencia sea distinta, la metodología es una.

Agamben también hace hincapié en la «increíble tendencia de la situación límite a convertirse en hábito [...] Auschwitz es precisamente el lugar [...] en que la situación extrema se convierte en el paradigma de lo cotidiano. *Pero es esta tendencia paradójica a convertirse en su contrario lo que hace de verdad interesante la situación límite*» (subrayado mío, 2000:50). Lo que le interesa a Agamben es centrarse en las paradojas, que son constitutivas y nos sacan de las oposiciones binarias. Pero si, además, recurrimos a la experiencia de los detenidos, se visualizan matices que la lectura rápida del pensamiento filosófico destierra.

Lo cotidiano es, para los enclaustrados, ese universo concentracionario que se presenta como total y sin salida, al que tienen que adaptarse para sobrevivir aunque su lógica arbitraria sorprenda una y otra vez. Pero esto no equivale a que los detenidos naturalicen dicha lógica, que la acepten acríticamente (excepto en el caso de quienes son vencidos por la técnica de sometimiento)¹⁶. Se trata de una cotidianidad en constante fricción, que se abre paso con su potente crueldad pero no termina de normalizarse.

Finalmente, el no poder dar testimonio de la muerte no representa una limitación crucial, ya que ese no era el peor destino en los centros clandestinos y podía representar, incluso, una salvación del «calvario». Víctor Bastera, sobreviviente de la ESMA, dice: «Era una forma de liberación la muerte, uno quería que algo se produzca en definitiva, y ahí todo se producía en la incertidumbre». El problema, más bien, era la dificultad de matarse.

Calveiro [...] se refiere al acto suicida como la decisión que enfurecía a los desaparecidos y que tenía las consecuencias más crueles, porque significaba un ejercicio prohibido de la voluntad... (Sarlo, 2005: 117).

¹⁶ Este tema se discutirá en el capítulo «Uruguay, Chile y Argentina». Lo cierto es que los detenidos colaboran, a pesar suyo, en la existencia del campo, porque el campo no existe sin ellos. Pero más allá de este punto de partida, el fenómeno tiene gradaciones y se lleva a cabo a menudo con la conciencia alerta. Por último, quienes llegaron a colaborar abiertamente, lo hicieron, a menudo, tras situaciones imposibles, como la de presenciar la tortura de hijos, familiares, etc. El que produce la colaboración es el poder que procura «quebrar» y a veces lo logra.

De hecho, los torturadores usaban la expresión «se nos fue» para designar a alguien que se les había muerto durante la tortura. Sin embargo, decidir la propia muerte era de una las cosas que estaba vedada para el desaparecido, que descubriría entonces no ya la dificultad de vivir sino la de morir. Morir no era fácil dentro de un campo. (*Idem*, 2005: 118)

Según Jinkis, la muerte es «el capital crítico y humanizador que acompaña la angustia ante ese final (in)esperado». Este capital se disuelve cuando la muerte pasa a ser un hecho más, no porque carezca de importancia sino porque la convivencia con ella anularía la angustia ante el final que nos hace quienes somos. Y sin embargo los días en que había traslados en los campos, aunque no se supiera con certeza que los seleccionados eran condenados a muerte, el sentimiento de desamparo y la sospecha ante la muerte no anunciada dejaba su marca. No había hábito en esa cotidianidad. Estas son las connotaciones que se van decantando en la lectura de los testimonios, las gamas que hace falta detectar para entender.

Lo que tampoco se suele entender es que el sobreviviente-testigo habla *de sí y de los desaparecidos*, o puede incluso hablar *con ellos*; no habla *por ellos* más que en un sentido ético (no *en lugar de*, sino *en nombre de*). Como dice Jinkis, sostener que el testigo verdadero es el que desapareció y no volvió o el que fue reducido a una condición subhumana y no puede entonces testimoniar es, simplemente, desoírlo, ausentarlo, exiliarlo (2011: 110). Si, en cambio, queremos acogerlo, nos corresponde tener presente que, a través de la tortura constante que ejerce la cotidianidad del campo, el detenido sufre un giro radical en relación a su forma de vincularse con la muerte.

En estos campos, tanto los detenidos-desaparecidos forzados al trabajo esclavo por largos años como los «liberados» tras breves estadías sufrimos el mismo «procesamiento». Por eso sostengo que todo sobreviviente es testigo tanto de la *nuda vida* como de la resistencia. La vida desnuda, en ese territorio donde la muerte anónima anda suelta, no olvida que es vida humana. Llamo resistencia a los gestos solidarios, los contactos con los otros detenidos, el humor, las estrategias de sobrevivencia compartidas y la

huida¹⁷. Creer que los detenidos se transformaron en víctimas absolutas y, en cuanto a los supervivientes, que «por algo será que se salvaron», es ceder a la continuación del genocidio por otros medios, un eslabón más de la serie exterminadora (Jinkis, 2011: 80).

La historia, como siempre, desenmascara las generalizaciones con ejemplos concretos. En la ESMA las detenidas consiguieron que se les dejara asistir a sus compañeras en el momento del parto; Víctor Bastera fue capaz de sacar de ese campo decenas de fotografías de quienes ahí estuvieron secuestrados e imágenes de los lugares donde se los arrumbaba y torturaba. No se trata de excepciones: muchas historias aún no estudiadas (y otras tantas no contadas) sobre la resistencia de los cautivos desdicen ciertos rumores sobre su arrasamiento generalizado y/o activa colaboración con los verdugos. Si bien los extremos existieron, no constituyen el rasgo distintivo de la conducta de los secuestrados. De una u otra manera lo cierto es que, como dice Mario Villani: «ni el peor colaborador es equivalente a dos represores» (2011: 135).

¹⁷ Es llamativo que estas estrategias sean ignoradas incluso por algunos intelectuales que estudiaron (como Hanna Arendt) el mismo tema en el caso del nazismo. Esta pensadora solo se basó en fuentes escritas en alemán, y al hacerlo ignoró la versión de los sobrevivientes, que se publicaba en diarios escritos en idish (Perla Sneh, 2012). La falta de lectura de material testimonial genera ciertos mitos en relación a los campos nazis: se sigue creyendo que la mayor parte de los judíos se dirigió a las cámaras de gas «como ovejas al matadero» y se desconoce la resistencia que existió en cada uno de los campos. Sneh nos muestra cómo nuestra imagen de esas historias está marcada por derivas del lenguaje, y nos recuerda que dicha expresión fue creada por los judíos más militantes para arengar a sus camaradas, o sea, para conseguir el efecto contrario —«no vayan como ovejas al matadero» (2012).

Beatriz Sarlo: debate sobre el discurso de experiencia

La crítica argentina Beatriz Sarlo, en *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2007) le niega legitimidad al «discurso de experiencia» con varios argumentos que iré enumerando y discutiendo. Las escrituras que privilegia para volver sobre el pasado son la del ensayo (por la distancia disciplinaria que le permite encarar su tema con objetividad) y la de la novela (capaz de simbolizar y de abrir sentidos). El testimonio, a su entender carente de estas virtudes, sería apenas un síntoma del «giro subjetivo» de nuestra era que es preciso poner en cuestión.

Para encarar el debate voy a tomar de su texto frases e ideas que me parecen claves (no son todas citas textuales sino síntesis de diversos párrafos).

1. A partir de la figura paradigmática del soldado que vuelve mudo de la guerra, descripta por Walter Benjamin, Sarlo concluye que *el sobreviviente de una catástrofe no tiene nada que decir*.

Kaufman refuta esta lectura poniendo el acento en el giro que sufre la condición de la experiencia tras el horror:

El soldado de la Primera Guerra Mundial no vuelve mudo en el sentido lato de que permanece en silencio, sino en el sentido de que sus palabras han perdido el referente. [...]. Es esa condición de pérdida de la experiencia aquello que lleva a una inmensa masa de testimonios a expresar en el terreno discursivo el equivalente al aullido de dolor, a relatar los pormenores, las minucias, los detalles del acontecer mortificado de la carne. [...] No es el relato como texto o acontecimiento discursivo lo que desaparece sino las condiciones de posibilidad de la experiencia. Lo cual supone también que no es que desaparezca la experiencia, sino la calidad histórica que la caracterizó y le dio sentido en generaciones anteriores. (A propósito de *Tiempo pasado*, de Beatriz Sarlo. En línea)

Si bien esta respuesta es clarificadora, prefiero simplemente afirmar lo contrario de lo dicho por la crítica argentina: los que retornan del campo tienen mucho que decir, no están mudos para nada. Aun cuando las condiciones de la experiencia se hayan devaluado, la experiencia sigue siendo posible y a muchos sobrevivientes les urge asimilarla y trasmitirla, pero a menudo no tienen con quién hablar. Este impulso narrativo no parece tener relación con la mencionada falta de palabras de quien vuelve de la guerra.

2. *El testimonio carece de legitimidad frente a investigaciones de disciplinas que, al establecer una mayor distancia con el ayer, favorecerían la reflexión en lugar de cristalizarla.*

Sarlo privilegia textos como *Poder y desaparición* de Pilar Calveiro que, al contrario de los relatos «subjetivos», encararía la vida en los campos mediante un análisis disciplinario:

Lo que Calveiro hace con su experiencia es original respecto del espacio testimonial. Afirma que la víctima piensa, incluso cuando está al borde de la locura. Afirma que la víctima deja de ser víctima *porque* piensa. Renuncia a la dimensión autobiográfica porque quiere escribir y entender en términos más amplios que los de la experiencia padecida. (Sarlo, 2007: 122-23)

Lo cierto es que todo testigo sabe que piensa. Sarlo sostiene, tácitamente, que la razón debe alejarse de la emoción (cuyo extremo es la locura), que debe distanciarse para pensar. La razón del testigo, en cambio, no separa las aguas: se ejerce como unión dialéctica de ambas, como propone Slavoj Žižek.

Partamos de la «razón occidental» a la que Sarlo invoca cuando insiste en la necesidad de pensar y tomar distancia. Siguiendo la lectura que hace Žižek de Descartes, el *cogito* (proceso que surge ante los cuestionamientos del *genio maligno*, a los cuales el sujeto trascendental le responde con el «pienso luego existo»), revela que la razón tiene que lidiar con la locura para afirmarse. La locura es su otra cara, su lado oscuro. En este sentido la razón se muestra como lo opuesto a la distancia requerida para lograr un equilibrio que le permita afrontar su objeto. El filósofo esloveno la equipara, más bien, con la caída en el amor (*to fall in love*, enamorarse), que sería el momento en que uno se pierde en el otro. Éste sería el punto de inflexión que posibilitaría

el saber, al desestabilizar todo lo socialmente aprendido y hacer que el sujeto se olvide de sí (2014, en línea).

Retomo –salvando las enormes distancias– esta idea en relación a la *caída* en el campo. Al detenido-desaparecido se le aísla en un universo donde rige una lógica trastocada que se apodera de la víctima enteramente, hasta tal punto que el afuera colapsa. Esta «caída» demanda la total entrega del cautivo. La entrega que exige el espanto es tan extrema como la que exige el amor, pero de signo contrario. En este caso se impone un olvido de sí rayano en la locura, y de esa inmersión surgen todos los monstruos que pueden aquejar a un ser humano. Pero el detenido, como vengo diciendo, piensa. No puede pensar sino a partir de la locura, con ella dentro, no puede sino comprometerse con la caída, no puede sino estar inmerso, atento, presente, tratando de descifrar el universo del horror. Se sumerge y emerge, constantemente, de las redes de poder que lo dominan y conminan. Solo así puede captarlas, convivir con ellas sin confundirse con ellas. Esto sucede dentro del campo, mientras lo habita, y fuera de él, cuando lo rememora, y no nos revela un giro subjetivo sino un sujeto cuya razón no puede (y no debe) separarse de su «objeto»¹⁸.

Sarlo asevera que este sujeto no nos puede enseñar nada: «Primo Levi sostuvo que el campo de concentración no ennoblece a las víctimas; podría agregarse que tampoco el horror padecido les permite conocerlo mejor» (2007: 54). Para mí no se trata de conocer mejor o peor. El testimonio no defenestra el lugar del saber ni de la inteligibilidad sino que los ejerce de otro modo: incorpora la emoción y es performativo en tanto se manifiesta como rebelión. Améry llama a esta inteligibilidad –que no es neutral ya que no cabe neutralidad cuando hay víctimas y victimarios, cuando se humilla la humanidad de otro. La explica así:

...siempre parto del hecho concreto, pero nunca me pierdo en él; más bien, siempre lo tomo como una ocasión para reflexiones que se extienden más allá del razonamiento y del placer en la argumentación lógica *a regiones*

¹⁸ La idea de una razón distanciada permea muchos otros debates contemporáneos y ha sido cuestionada por el feminismo (ya que a las mujeres se nos acusa de no separar razón de emoción). En esta oportunidad me remito al tema de este ensayo pero invito a los lectores a seguir desafiando la noción de distanciamiento teórico.

*del pensamiento que residen en un incierto ocaso y permanecen allí [...]. Sin embargo, [...] esto no equivale a clarificación [...] Clarificación podría significar arreglo, cierre del caso [...] Porque nada se resuelve, ningún conflicto se sella, ninguna rememoración se ha vuelto simple recuerdo. Lo que pasó, pasó. Pero *que pasara* no puede ser aceptado tan fácilmente. Me rebelo: contra mi pasado, contra la historia, y contra un presente que sitúa lo incomprensible en el frío archivo de la historia y así lo falsifica de una forma repelente. Nada se ha curado [...]. ¿Emociones? En lo que a mí respecta, sí. ¿Dónde se ha decretado que el iluminismo debe estar libre de emoción? Me parece que lo opuesto es lo cierto.*

El iluminismo puede satisfacer su labor adecuadamente solo si se pone a trabajar con pasión. (1986, XXI)

Los testigos, en suma, procuramos volver a la sociedad de la que fuimos expulsados y marginados para cuestionar, desde el testimonio –razonamiento emocional o emoción pensada–, ese acontecimiento inaceptable que nos rebela y nos mueve a un accionar donde la palabra cumple una función esencial: nombrar (con pasión) lo que se quiso borrar (con frialdad).

3. La legitimidad o persuasión en razones biográficas y no intelectuales traba la reflexión o se coloca en su lugar.

Mi respuesta a esta afirmación de Sarlo es que a este tipo de testimonio no lo impulsa un afán de auto-conocimiento, sino el riesgo que corre nuestra especie en términos de sobrevivencia ética (como postulan Robert Antelme, Alejandro Kaufman, Imre Kertész, Ricardo Forster, Reyes Mate, Perla Sneh, Enzo Traverso, Tzvetan Todorov y tantos otros). Este tipo de reflexión se encuentra en las antípodas del recuento subjetivo.

A los centros clandestinos de detención sudamericanos llegaban sobre todo militantes políticos cuyo proyecto era una emancipación colectiva, y no es extraño que los sobrevivientes siguieran pensando en esos términos. Si los testimonios aducen razones biográficas no es más que para revelar los rasgos de una generación, de una forma de ser en el mundo, de un momento cultural e histórico donde la rebeldía contra el Orden estaba a la orden del día.

4. Sarlo parte de la observación de Ricoeur: «es errado confiar en que la narración pueda colmar la laguna de la explicación/compreensión», para afirmar que «hay dos tipos de inteligibilidad: la narrativa y la explicativa (causal)». La primera estaría sostenida por el efecto de «cohesión» que se le atribuye a una vida y al sujeto que la enuncia (Sarlo, 2007: 115). En conclusión «... el discurso de la memoria y las narraciones en primera persona se mueven por el impulso de *cerrar los sentidos* que se escapan; no solo se articulan contra el olvido, también *luchan por un significado que unifique la interpretación*» (2007: 67).

En mi lectura, en cambio, el testimonio «deja la puerta abierta a nuevas interpretaciones» (Reyes Mate, 2003: 179)¹⁹. Los testimonios, al hablar desde sí, no pretenden contar «todo» —ya que no pueden dar una vista panorámica—. Son ellos los que logran, por esto mismo, poner en escena la dimensión más elusiva de esta particular experiencia.

5. Basándose en la afirmación de Susan Sontag —«quizás se le asigna demasiado valor a la memoria y un valor insuficiente al pensamiento»— (2007: 26), Sarlo sostiene que, *tras el giro ideológico que se produce en los albores de los setenta como una «gigantesca toma de la palabra» se pone en escena un «giro subjetivo» que es hora de problematizar*. Por lo tanto *el testimonio no sería el género más afín para revelar la verdad de una época marcada por el tenor ideológico y el carácter doctrinario de la vida política*.

Voy a comenzar por este giro subjetivo, que de hecho se ha expandido en la actualidad. Arfuch lo define como «ampliación de los límites del espacio biográfico» y agrega que, si bien en su reiteración puede dar lugar a un «subjetivismo a menudo excesivo», «no hace del sujeto —de la multiplicidad de sujetos— el centro de la escena. El centro —llámese así el mercado, el capitalismo global, [etc.]— se presenta sin faz reconocible, *sin sujeto*, como fuerza ciega que

¹⁹ La idea de obras que «cierran los sentidos» podría aplicarse, según Philippe Mesnard (2010), a novelas donde se intenta describir la muerte extrema desde una mirada omnisciente (como a su juicio sucede en *Vida y destino*, donde Vasili Grossman narra la experiencia de las víctimas de las cámaras de gas). Una perspectiva de este tenor, que todo lo controla y todo lo ve, limitaría la posibilidad del lector de captar lo inconmensurable de la tragedia, justamente porque la revela en sus más mínimos detalles. Presento esta posición aunque no coincida con ella: todo depende de cómo se ejerza el arte de narrar.

domina detrás de meros maniqués» (2013: 20). En un mundo así, su propuesta no es el rechazo del «pequeño relato» sino, al contrario,

[basarse] en el testimonio que da cuenta de una memoria traumática, compartida, en la historia de vida que se ofrece al investigador como rasgo emblemático de lo social, en el «documental subjetivo» [...], en la instalación de artes visuales compuesta por objetos íntimos, personales, en el teatro como «biodrama» o en las imágenes [...] de la catástrofe y el sufrimiento que los medios han convertido en uno de los registros paradigmáticos de la época. (2013: 20-21)

Esta «predominancia de lo biográfico en la sociedad contemporánea» se debería ante todo a «su carácter intersubjetivo», a la «posibilidad de alentar una sintonía [...] entre el narrador y su destinatario, tanto respecto de la experiencia [como de la] dimensión ética de la vida en general».

Por último, lo biográfico sería «una puesta en forma –narrativa, expresiva– que es también una puesta en sentido, una “forma de comprensión”» (2013: 23).

En contraposición al empeño de Arfuch para dar con la clave de este giro en el presente, Sarlo se interroga por el vínculo entre este presente y ese pasado (la década setentista): «¿Cuánto subsiste ese tenor ideológico de la vida política en las narraciones de la subjetividad? O, si se quiere, ¿cuál es el género histórico más afín a la *reconstrucción* de una época como aquella?» (2005: 91). Como considera que el testimonio reconstruye, infiere que no puede hacerse cargo de una época que se caracterizó por *un imaginario libresco* (2005: 86).

...[L]a utopía de una teoría revolucionaria que informara y guiara la experiencia presionaba sobre la práctica cotidiana de los movimientos. Esto no convirtió a todos los militantes en eruditos, pero señaló un ideal (2005: 8).

Esta objeción se dirige a quienes han narrado el tiempo de la resistencia sin cuestionar, a su juicio, las estrategias de lucha por el poder y las prácticas militantes de esos tiempos, o sea, sin ahondar el debate ideológico político en relación a una lucha que fue derrotada. Y, en este sentido, le resulta injusto

que la utopía revolucionaria se presente «como drama posmoderno de los afectos» (2007: 91).

Si bien la selección bibliográfica de *Tiempo pasado* no incluye *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1978* (2007-2008), de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, me voy a detener en esta obra que abre, en los noventa, un espacio para pensar la militancia de la Argentina setentista a partir de la vida cotidiana de una juventud comprometida con la lucha armada. Para lograrlo combinan su experiencia personal con el testimonio de veinticinco protagonistas presentados con su nombre y datos biográficos, además de recurrir a otras fuentes. Se proponen mostrar cómo este sector social entregó su vida con la expectativa de construir «un mundo mejor», dando cuenta del contexto sociopolítico, nacional e internacional que lo posibilitó (Pittaluga y Oberti, 2011: 85). Según Nofal, este relato del pasado reciente produjo un giro crucial: «quienes hasta entonces habían sido presentados como víctimas se asumieron [...] como sujetos de la historia [y su] apuesta más fuerte [fue] la de desentrañar las claves de una opción por las armas, considerada válida en el momento de los acontecimientos...» (2009/2010: 60).

Hasta ese momento los relatos testimoniales en circulación en Argentina eran, sobre todo, el *Nunca Más*, que no mencionaba la militancia de los desaparecidos, y *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso. Si bien en esta novela se perfila por primera vez la vida en los campos de militantes políticos, se cataloga a muchos de «traidores»²⁰. *La Voluntad*, en cambio, encara un trabajo de *restitución de la memoria* [no se reconstruye sino que *se retorna* algo que fue escamoteado]. Y lo hace no solo en el sentido de articular «una historia» sino de restablecer la relación con *esa* historia [a partir de historias contadas por distintas voces] (Rojas, 2006: 180). En otras palabras, tras el mutismo impuesto por la fábrica de terror, el hecho de poner en escena a esos personajes, el vincularse a *esa* historia silenciada, el mostrar a seres concretos encarando una lucha armada de la que no se había vuelto a hablar fue un paso esencial. Esta crónica abrió una reflexión sobre los riesgos asumidos por muchos en función de una estrategia de lucha considerada revolucionaria, y así logró situar

²⁰ Ver capítulo «Argentina».

el discurso político en el terreno de la sangre y de los cuerpos, de los afectos y de las pasiones, de las formas de vida que se confrontan en la historia.

Sarlo no tiene en cuenta este texto, seguramente, porque desde su mirada es otro ejemplo de recuento memorialístico centrado en el sujeto. Recordemos que esta autora rescata «la memoria como instrumento jurídico y como modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables...» (2005: 24), pero cataloga de problemáticas las obras basadas en el testimonio como fuente, ya sea «porque no existen otras o porque se lo considera más confiable que otras» (2005: 25).

Habría que preguntarse si, en esta vuelta a la crónica centrada en la experiencia, hay un reconocimiento de las limitaciones de aquella apuesta setentista a la teoría. Quizá, tras la derrota, quienes se habían fogueado en el debate ideológico no sintieron que la prioridad fuera cuestionar estrategias que habían fracasado y ya no resultaban viables. Este relato intentó ser un fresco del ayer pintado desde un presente que empezaba a despertar de la pesadilla. Fue un primer paso. En *La Voluntad* asoman los afectos pero no se visualizan ciertas prácticas –ancladas en la matriz ideológica patriarcal que la militancia no cuestionaba– hasta que las mujeres toman la palabra.

En todo caso, retomando el argumento de Sarlo, tal vez lo que empezaba a trastabillar era esa militancia cuyo pilar era un debate ideológico descalificador de la dimensión afectiva propia de toda adhesión política, sobre todo la que se aboca a un cambio radical.

6. Sarlo cita a Paolo Rossi cuando dice que la memoria «coloniza el pasado y lo organiza sobre la base de las concepciones y las emociones del presente» (2005: 92). Esta idea la lleva a pensar que «[l]os discursos de la memoria [...] impregnados de ideologías [...] no se someten como los de la disciplina histórica a un control que tenga lugar en la esfera pública separada de la subjetividad» (2005: 93). Para ella, *la narración memorialística compite con la historia y «sostiene su reclamo en los privilegios de una subjetividad que sería su garante [pero de hecho] se coloca, por el ejercicio de una imaginaria autenticidad testimonial, en una especie de limbo interpretativo»* (2005: 94). En el mismo registro, afirma que *hay un modo imperativo del testigo que va de*

la mano de «la extensión de esta hegemonía moral» de la retórica testimonial, que esgrime de manera autoritaria, por «haberla vivido». Esta autoridad, por último, deviene una religión cívica:

...la legítima lucha por no olvidar el genocidio de los judíos erigió un santuario de la memoria y fundó «una nueva religión cívica», según la expresión de Georges Bensussan. Extendido por el uso a otros objetos históricos, el «deber de memoria» induce una relación afectiva, moral, con el pasado, poco compatible con la puesta en distancia y la búsqueda de inteligibilidad que son el oficio del historiador. (Sarlo, 2007: 56-57)

Este párrafo plantea una supuesta competencia entre testimonio e historia, a mi juicio inexistente: el narrador/testigo no le disputa el espacio al historiador. Ambos relatos se complementan. El testimonio genera, de hecho, transmisión y debate, aunque Sarlo lo considere *elaborado por un sujeto acrítico en busca de sanación*.

Lo que su lectura no contempla es que los parámetros cambian tras una catástrofe, que la narrativa testimonial surge como respuesta al vacío y a las ruinas que deja el terror y que, como la generación devastada funda su accionar en lo libresco, surge la necesidad de revertir la estrategia, sin anular el debate ideológico pero dándole su espacio a la significación de ciertas vivencias.

Sarlo hace hincapié en narraciones no testimoniales que también tendrían que ser tomadas en cuenta: «en paralelo [...] emergen otros hilos de narraciones que no están protegidas por la misma intangibilidad ni por el derecho de los que han padecido». (2005: 62). Coincido en este aspecto, ya que no se pretende bregar por la exclusividad del testimonio (cuyo relato no está protegido ni se considera intangible). Lo que cuestiono es que haya que optar entre unos u otros textos, como si no fuera indispensable el aporte de distintas miradas.

II

Los acontecimientos del horror nos ofrecen una profusión ilimitada de testimonios, representaciones, imágenes y relatos. Una masa discursiva e icónica se presenta frente a las sociedades y las generaciones como un interrogante sobre la viabilidad de nuestra existencia como especie. Ese interrogante no es normativo ni epistémico, sino ético.

ALEJANDRO KAUFMAN

Un glosario sin definiciones

Este glosario no pretende saldar discusiones ni sellar ideas. Lo que intenta es presentar una selección de términos tal como aparecen en algunos debates contemporáneos sobre escritura y memoria. El despliegue de argumentos no es exhaustivo, apenas intento salir del pensamiento dicotómico y abrir interrogantes, siempre desde el lugar del testigo (que tampoco es unívoco). Se interpreta cada noción en relación al testimonio y la mayor parte de los ejemplos provienen del caso argentino.

Autobiografía: Tanto la autobiografía como el testimonio organizan el sentido de la experiencia en formas narrativas propias, pero mientras algunos críticos subrayan las diferencias entre ambas vertientes, otros las diluyen. Para Mesnard, el sujeto testimonial no se puede reducir al autobiográfico porque «[e]l sujeto del testimonio nunca es solo individual» (2010: 317). Para Arfuch, en cambio: «El testimonio puede ser pensado como un tipo de autobiografía donde se unen –y se refuerzan– dos imaginarios de verdad y realidad: no solo los hechos que tuvieron lugar sino también la propia experiencia que suscitan». (2013: 85)

A Arfuch no le preocupa tanto separar autobiografía de testimonio o considerarlo una subregión de este «territorio», lo que le importa es su configuración narrativa:

...no se trata de la expresión pura de lo vivido sino del despliegue del lenguaje en una *configuración narrativa que involucra ciertas estrategias de autorrepresentación*: cómo se construye el «yo» que narra, sus cualidades, atributos, circunstancias, valoraciones; la percepción del tiempo, su cronología... (subrayado mío, 2013: 85)

Considero que, incluso si partimos de este aspecto, hay diferencias entre lo autobiográfico y lo testimonial. El yo autobiográfico construye el mundo desde sí y lo transforma en experiencia personal –modo de proceder que coincide con el espíritu expansivo de la burguesía, que ubica al sujeto en el centro del universo (Jameson, 1981)–. El yo testimonial, en cambio, parte de otro lugar de enunciación: el testigo que retorna del campo no creó el mundo que viene a contar, y no solo no fue el centro sino que allí intentaron volverlo anónimo. Por eso le importa crear sentido, comprender, asimilar, compartir lo padecido en nombre propio y del colectivo que se pretendió borrar.

También se considera que el testimonio está emparentado con la autobiografía a partir del «pacto de verdad» entre autor y lector (Philippe Lejeune), pero este pacto trastabilla (ver sección «Verdad»).

Centro clandestino de detención, tortura y exterminio (CDTyE) o campo:

Un ser humano puede sufrir el exilio más radical cuando el estado de excepción lo coloca en un limbo que autoriza su aislamiento y posterior exterminio. En ese limbo llamado campo el ser humano es abandonado, se le quita el nombre y se lo cataloga con un número, es decir, se le roba la marca identitaria que la sociedad le otorgara desde el nacimiento a partir de su inscripción como ciudadano. Se transforma, para el poder, en pura vida biológica. ¿Cómo es que una persona puede perder su condición de ser humano cuando pierde su ser civil? [...] La desaparición implica, entre otras cosas, la pérdida de la ciudadanía y de los derechos vinculados a ella. Por este motivo se puede entender el campo como un lugar donde el ex ciudadano es reducido a su condición de cuerpo y, por ende, pierde los atributos que caracterizan a todo ser social. (Strejilevich, 2006: 33)

Los campos en los países del Cono Sur (distintos entre sí, aunque coincidan en sus funciones básicas), fueron concebidos como depósitos de cuerpos dóciles que esperaban la muerte, eran lugares de exclusión/inclusión y fueron dispositivos instrumentales para diseminar el terror. *Se excluía a los*

detenidos de la comunicad humana al tiempo que se incluía al campo en el proyecto de dominación:

[Se trataba de un] terror que se ejercía *sobre toda la sociedad* [...] El campo es efecto y foco de diseminación del terror generalizado en los Estados totalizantes (Calveiro, 2004: 52-53).

La Shoá es la matriz interpretativa, el núcleo de donde proviene un lenguaje que, en gran medida, nos permite nombrar lo acaecido en nuestra región. Para mencionar uno de los tantos lazos comunicantes con la solución final, consideremos este paralelismo:

Los trenes europeos mandaban a las víctimas o *figuren* –aquellos considerados matables sin que su muerte tuviera valor sacrificial– a la *Noche y a la Niebla*.

Los Ford Falcon argentinos facilitaban la desaparición forzada de personas transportando a los secuestrados, para ellos «paquetes», a los centros clandestinos de detención.

En ambos casos el crimen se negaba sistemáticamente, por eso Vidal Naquet llama a esta estrategia *crimen dentro del crimen*. Y ambos atentan contra la estructura ética de la especie (a esto alude la expresión “Mal radical”). «Si un grupo es asesinado por su *raza* o *nacionalidad* [o por su accionar político, agregó], quien sale dañada es la humanidad» (Reyes Mate, 2013: 123).

Aunque la *Shoá* sea una fuente conceptual indispensable para el estudio de otros genocidios, el comparativismo se realiza en el plano simbólico. No se trata de un modelo aplicado mecánicamente en otros momentos históricos y regiones geopolíticas sino del imperio de una frialdad que permite desconectar acción de responsabilidad.

En cuanto a las diferentes prácticas de exterminio, la población seleccionada y el método de depósito y asesinato de prisioneros eran distintos. Como hemos dicho, en nuestra región recluían, en su mayor parte, a hombres y mujeres que el sistema identificaba como enemigos, sobre todo a partir de su militancia política (aunque la noción de «subversivos» era definida por el

poder desaparecedor, lo cual permitía las amplias libertades que estos «dioses» se tomaban a la hora de la selección). El sector a ser aniquilado, a diferencia del caso europeo, compartía cultura, lengua y, en términos amplios, ideología, lo cual favorecía una (mínima) comunicación entre los detenidos.

Por otro lado, el tipo de reclusión era distinto. En el caso de los campos de concentración y de exterminio nazis (algunos eran solo de concentración, otros solo de exterminio y otros cumplían ambas funciones) se trataba de una «acumulación de existencias» (Viktor Frankl, 1986). Los detenidos que sobrevivían al inmediato asesinato en las cámaras de gas –el destino inmediato de la mayoría– sufrían hambre y hacinamiento, y se los desgastaba mediante el hambre y el trabajo esclavo hasta que se transformaran en muertos en vida. Este método, sumado a las diferencias étnicas, políticas, de nacionalidad y lingüísticas de las víctimas, dificultaba enormemente la resistencia, que de todas formas estuvo muy presente en cada instancia del proyecto genocida, como documenta Perla Sneh en *Palabras para decirlo* (2012).

En Uruguay y Argentina se practicó, sobre todo, el aislamiento de los detenidos: el tratamiento era de «oscuridad, silencio e inmovilidad» (Calveiro, 2004: 48). También escaseaba la alimentación y el trabajo esclavo era restringido. En Chile se trataba, sobre todo, de una convivencia enclaustrada y degradante que tampoco coincide con el estilo de los campos europeos (excepto en la Colonia Dignidad)²¹.

Aunque los testigos describan al campo como el enclave de crueldad y de muerte que fue, también los detenidos crearon espacios de cobijo: un secuestrado dialoga, a través de golpecitos en la pared, con el de la celda vecina (Timerman en la Argentina y Rosencof en Uruguay): el primero se comunica con un preso que tal vez imagina, el segundo con su compañero de militancia. En *La escuela* de Alicia Partnoy, en Argentina, varios cautivos hablan con migas de pan. Hernán Valdés conversa con quienes lo rodean en la «barraca» de Tejas Verdes, en Chile. El filósofo chileno José Santos (2015) estudia «la representación de los lugares de detención y tortura desde la perspectiva de

²¹ Asentamiento fundado en Chile en 1961 por inmigrantes alemanes, en la Región del Maule. Se hizo tristemente famoso como centro de detención, tortura y exterminio en tiempos de la dictadura de Augusto Pinochet.

su carga afectiva» y da cuenta de las formas en que los reclusos construyen «respiros»:

...ciertos lugares puntuales van adquiriendo sentidos aterradores, como el «Velódromo» del Estadio Nacional o el «Polígono» en Dawson, mientras otros toman sentidos acogedores, como los baños, los patios, los rincones, pues se vuelven un espacio de encuentro... (2015)

Aunque el baño sea precario y se asocie al olor y al hacinamiento, es a menudo el sitio donde los reclusos pueden comunicarse, observa el investigador tras la lectura de cientos de testimonios. En esos instantes lo inhabitable se vuelve habitable y el proyecto de arrasamiento tambalea.

Otra de las instancias que los testigos registran como «agradables» son las vinculadas a la comida, por el obvio nexo entre alimentación y vida y por la evidente escasez de la primera:

...poco a poco, comencé a esperar la hora de la comida con ansiedad, porque con la comida volvía la vida a través del ruido de las ollas, con el ruido de la gente. Parecía que la cuadra donde estábamos los prisioneros despertaba entonces a la existencia. (Testimonio de Graciela Geuna, citado por Calveiro, 2004: 50)

En las antípodas está el traslado, *el momento final*. Calveiro comenta que «prácticamente en todos los campos se ocultaba, al tiempo que se sugería, que el destino final era la muerte» (2004: 50). Aunque muchos lo negaran, era inevitable sentir el clima tenso los días de traslado, cuando los detenidos eran llamados por sus números para ir a «esa muerte que era como [...] desaparecer sin morir. Una muerte en la que el que iba a morir no iba a tener ninguna participación; era como morir sin luchar, como morir estando muerto o como no morir nunca» (*Nunca Más*, 1985: 184, citado por Calveiro, 2004: 52).

Desaparecido: Jorge Rafael Videla lo definió en estos términos: «es una incógnita [...] no tiene entidad, no está ni muerto ni vivo, está desaparecido». Marguerite Feitlowitz (1988) se refiere a esta invención siniestra: *desaparecido* es una palabra atípica que se resiste a la traducción; nunca se había usado

como sustantivo y el verbo desaparecer tampoco existía en modo transitivo (desaparecer a una persona), por lo cual se la ha incorporado a otras lenguas en castellano. Esta noción, nacida de la *Noche y Niebla* nazi, transforma a los asesinados en seres que, al no estar «ni vivos ni muertos» encarnan un «misterioso estado de ser», como indica Kaufman. También según Gabriel Gatti «se ha llegado, tras un esfuerzo teórico, a promover [...] “un nuevo estado de ser”, extraño y desconcertante» (2017).

Este esfuerzo tiene [...] grandes hitos: La constitución de la categoría misma [...] cuando aún no se disponía de términos para nombrarla; el ascenso de esta categoría al estatuto de tipo jurídico-penal del derecho internacional en materia de derechos humanos; y su circulación y expansión abiertas (2017: 16).

Si bien es decisivo, para una comprensión de nuestro mundo actual, visualizar la expansión de este concepto como propone en *Desapariciones: usos locales, circulaciones globales* (2017), me remito al primer hito del dispositivo que, como también indica Gatti, «produjo algo nuevo y que le es ciertamente propio al caso argentino: *la invención social de la categoría de detenido desaparecido y la construcción de un campo social alrededor de ella socialmente denso e institucionalmente muy robusto. Y duradero*» (2017: 17). En realidad el invento se lo debemos a Videla, y a partir de su siniestro enunciado se creó un campo de lucha por los derechos humanos centrado primero en la demanda de «Aparición con vida» y, más adelante, en la exigencia de «Memoria, Verdad y Justicia».

La palabra *desaparecido* es la más emblemática de un vocabulario que va nombrando de un modo particular el plan sistemático y clandestino de secuestro, tortura y asesinato masivo. Si para los agentes del Terror Nacional el desaparecido «[e]n su paso a la inexistencia se vuelve un *ente*». (Sneh, 2012: 28). Pero el asesinado con esta metodología, como dice Kaufman «no es un muerto ni un fantasma».

«Es otra figura. Afirmar que las víctimas de los perpetradores desaparecieron [es] la negación de la muerte misma. Aquí se huele el humo de los

crematorios. Cielo y mar son receptáculos de masas anónimas de víctimas, asesinadas para que su recuerdo quede indeleble por haber sido borrado en forma tan extrema» (2012: 39-40).

El testimonio desafía el lenguaje asesino (que oculta y muestra al mismo tiempo): viene a contar que ellos estaban y cómo estaban; cómo eran; dónde pasó lo que pasó e incluso, en algunos casos, cuándo y cómo los mataron. Los testimonios reniegan del destino marcado por el terror, el del anonimato de los desaparecidos, recuperando nombres e historias.

Hace frío. Mucho frío. El frío viene de las paredes, se arrastra por el elástico del catre, sube por el colchón, trepa por la espalda y se clava en la nuca. Juega con la columna vértebra por vértebra, ida y vuelta, de arriba abajo, de abajo arriba, sin tregua. Frío de muerte haciendo muecas. Por la invisible reja de la celda entra un rayo de luz que corta el aire de un tajo. Choca contra la piel y veo un sudor viscoso. Trato de tocarlo, no sé cómo. Las manos se acercan y caen como peso muerto. Quiero mirarlo. La cabeza se levanta y se desploma. Quiero salir de esta red de heridas y moretones. Los pies esposados ya no luchan. El dolor gime de piernas a cabeza como tediosa obsesión que repite: estás presa, desaparecida, parecida, depe-sapa-repe-sipi-dapa. (Strejilevich, 2018)

Dolor/ sufrimiento: El testimonio muestra el dolor y eso trae consecuencias. Exhibir el dolor puede alejar a quien lo ve porque ciertas imágenes producen rechazo, no empatía (Susan Sontag, 2003).

El filósofo argentino Pablo Dreizik observa cómo en la representación clásica del dolor prima su lazo con la belleza²². El rostro de ciertas esculturas griegas, o la imagen del Cristo crucificado, parecen denotar que el sufriente accede a un saber en medio del sufrimiento (por eso hay en esas representaciones contención, capacidad de enfrentarlo y dignidad). Sin embargo, la unión de dolor y belleza se va perdiendo a lo largo de la historia, hasta que los factores se separan. El dolor ataca la forma, se deforma. Mientras que el dolor clásico no aplasta a su víctima, el gótico se torna

²² En el seminario «Pensar el dolor a través de la perspectiva de Nietzsche y Lévinas» (Buenos Aires, Centro de Estudios Dynathos, septiembre de 2013), Dreizik analizó en profundidad el proceso resumido en estos párrafos.

pavoroso: nos hallamos frente al grito en un rostro sin templanza. Tras haber visto el horror puro (la Gorgona), el arte pone en acto un estremecimiento, lo sublime –categoría que designa algo capaz de provocar éxtasis o dolor porque resulta inasimilable.

La belleza queda finalmente atrás cuando el dolor es equiparable a la tortura, emparentada con la imagen de Prometeo encadenado y atado a una piedra, retorciéndose con una mueca desesperada mientras el águila le picotea el hígado por una eternidad.

Ningún dolor se recuerda ni puede transmitirse tal como se padeció (sobre todo el vinculado a la materialidad corporal), pero la humanidad ha encontrado el modo de dar cuenta del sufrimiento a través de la creación de palabras y de imágenes que rodean *eso* que permanece inscripto en el inconsciente y en el cuerpo. No obstante, también ha luchado por suprimirlo.

Kaufman nos recuerda que, a partir de la revolución industrial, «el dolor deja de ser un destino»: con la aplicación de la anestesia total en 1844 y el avance de la tecnología (cuando se tiende la primera línea telefónica) «los cuerpos quedan a disponibilidad para la vida del goce». En ese momento se hace posible reducir la recepción de estímulos nocivos, y con eso, suprimir una forma de comunicación: «La comunicación telegráfica es indolora, porque reproduce la palabra sin el cuerpo, pero también porque instala la distancia entre los cuerpos, al mismo tiempo que la suprime».

...lo nocivo se vuelve inadvertido y su detección se deja en manos de la técnica, los dispositivos y los aparatos [...]. La palabra y el dolor estaban relacionados. Desde entonces no hay palabra ni dolor. Ambos se han desvanecido. (Kaufman, 2002: 81)

Este cambio en la condición de la experiencia que precede al exterminio llevado a cabo en la era industrial se vincula con la dificultad de recepción de *la memoria dolorosa*. Una vez más: no faltan las palabras, lo que sobran son los modos de aplacar el dolor y el deseo generalizado, de negarlo. Es preciso dar con formas que lo restituyan, que lo hagan audible. ¿Por qué? Porque si las ruinas del pasado son vistas como una naturaleza que se asume como inevitable

es porque se olvida el sufrimiento. Ese elemento histórico, recalca Reyes Mate (2013), «sin el que no se explica nada», es la expresión del sufrimiento pasado.

Eufemismo/ léxico del terror: El eufemismo del léxico del terror no coincide con la figura retórica que definen nuestros diccionarios como «manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante»; su descripción más acertada es, en cambio, «una puesta en abstracción, una “des–realización” que despoja a la palabra de toda equívocidad» (Sneh, 2012: 107–109).

Desde esta perspectiva, el eufemismo puede definirse como aquello que señala algo en el momento mismo de ocultarlo y que, en ese ocultamiento, *lo define sin resto*. Es decir, opera en dirección *contraria* a la metáfora: restringiendo el sentido a un único valor específico, aspirando [...] a cancelar la multiplicidad de sentidos que se ponen en juego. (Sneh, 2012: 108–109)

Cuando un perpetrador, por ejemplo, decía «se van para arriba», enunciaba textualmente lo que sucedía: los detenidos eran lanzados al mar desde aviones y así morían en los «vuelos de la muerte» (caían desde arriba y «se iban para arriba»). «Traslado», que significa mover algo de un lugar a otro, también es literal: se los movía «de este mundo al otro»: era una sentencia de muerte. Este tipo de terminología, que contamina la lengua con marcas indelebles y coartando las múltiples alusiones de una palabra con un sentido siniestro que permanece adherido a ellas, ya se había creado en la historia contemporánea. Kaufman lo muestra en relación a la esvástica: «Ese símbolo operará como amenaza de muerte de aquí a la eternidad, como reivindicación de crímenes perpetrados en el pasado» (2004: 37). Para los sobrevivientes ciertas palabras quedaron tatuadas en sus vidas: los antiguos términos fueron sustituidos por la versión atroz y es imposible volver atrás. No se puede hablar, a partir del plan sistemático de exterminio, sin hacer una revisión crítica de su lenguaje.

Como indica el escritor argentino Guillermo Saccomano, a diferencia de lo que sucedía en los campos nazis, en nuestra región perpetradores y víctimas

hablaban la misma lengua. Ambos «crecieron en un clima de palabras donde "tarea" era un deber escolar y "perejil" un condimento barato»²³.

Es en esta lengua donde [...] la negación de la existencia del otro (el *no existís*), sigue siendo un modo privilegiado de la injuria y la alabanza. Y es en esta lengua en la que habremos de pesquisar las marcas –más o menos repudiadas, más o menos espectrales– que la aniquilación ha dejado en nuestra vida cotidiana. (Cita de Sneh en «El infierno en voz alta», en *Página 12*, 2012)

El eufemismo fue *el centro mismo de la máquina exterminadora* y se hizo tan habitual usarlo que terminó conformando una jerga, con lo cual se abrió un hiato entre el idioma hablado «adentro» y «afuera». Mario Villani, ex detenido-desaparecido, percibe esta distancia cuando lo «sacan» a tomar un café en la ciudad:

«¿Qué pasaría si alguien nos escuchara? Después me di cuenta de que nadie podría haber entendido de qué hablábamos –hablábamos en código, por así decir. No a propósito, así era nuestra forma de hablar en aquel entonces. Y entonces me percaté de la situación: acá estoy, sentado en un café –afuera, en el mundo, pero sin ser parte de él–. Sin pertenecer». En la noche y niebla de la Argentina, el lenguaje mismo se transformó en una prisión. (Feitlowitz, 1998: 83)

La jerga usada por los verdugos no quedó fijada como dialecto del campo: se expandió. Por eso mismo Sneh (2012) recalca que «la lengua sigue diciendo la matanza» y presenta un diccionario de términos dañados: «asado», «parrilla», «boleta», «cantar», «chupar», «pecera» y «perejil» son algunos de los resabios del accionar criminal que coartan nuestra lengua a largo plazo. *Una sola muerte numerosa* también expone un glosario de términos trasmutados por la violencia de sus nuevos significados: «botín de guerra», «grupo de tareas», «tubo», etc. (Strejilevich, 2018: 100–102). La «parrilla» equivale a picana, nombre del dispositivo para aplicar la tortura eléctrica. «Asadito» es

²³ En la jerga del terror, *perejil* es un militante de poca importancia, y tarea remite a *grupos de tareas* encargados de allanamientos y secuestros.

la indicación literal de que se quemaban cadáveres. Otra serie gira alrededor de la idea de viaje, como el ya mencionado «vuelo de la muerte». «Botín de guerra», «mercadería» y «paquete» dejan sentado que los secuestrados eran (para los secuestradores) cosas, bultos. Los campos Club Atlético, El Olimpo, La Escuelita, La Perla, se identifican con nombres que, en su siniestra burla, muestran y ocultan el horror (en El Olimpo, por ejemplo, viven los dioses que dan y quitan la vida). En esta jerga prima la terminología médica: los verdugos consideraban que nuestras sociedades estaban gravemente enfermas y que la única receta para la cura era extirpar su cáncer, la «subversión», mortífera para el «Ser Nacional». El espacio donde se aplicaba este «tratamiento» o «terapia intensiva» era el «quirófano»²⁴.

El individuo queda reducido a un cuerpo limitado a las funciones esenciales para su supervivencia biológica. Es el cuerpo exánime de la mesa quirúrgica o de la terapia intensiva, pero no conducido a ese estado en procura de su salud, sino para su destrucción u olvido totales. (Kaufman, 2011: 244)

Las marcas de autos como Ford Falcon o Mercedes Benz no son eufemismos pero se contagian del horror. Los secuestros, en la Argentina, se hacían en Ford Falcon sin patente (y había un centro clandestino en la propia fábrica). A la Mercedes Benz se le daba la ocasión de deshacerse de activistas gremiales que trabajaban en su empresa, acusándolos de «subversivos» –lo cual equivalía, en esa época, a una sentencia de muerte.

Este teatro de sombras idiomático sostiene el secreto a voces que es el genocidio. Pero además, ¿cuál es el mecanismo que hace de este lenguaje un factor esencial del plan sistemático de exterminio? Mostrar y negar al mismo tiempo:

[Los asesinos] prohibieron palabras [como los nombres de las organizaciones revolucionarias], inventaron eufemismos, quemaron libros y personas, es

²⁴ El uso de este lenguaje sigue vigente: basta con leer los diarios. Sontag denuncia, por ejemplo, el vocabulario utilizado por el gobierno de los Estados Unidos para referirse a la tortura en Abu Graib: «Ablandarlos, sujetarlos a una cantidad de estrés –son los eufemismos para las prácticas bestiales en las prisiones estadounidenses donde se retiene a supuestos terroristas. Desafortunadamente, parece que más de unos pocos se estresaron y murieron» (2007: 139).

decir, utilizaron procedimientos [para] dejar saber lo que no se habría de reconocer. El terror incluye esta perversa epistemología (Jinkis, 2011: 104).

El testimonio parte de la dificultad de trabajar con un lenguaje diezmado que intenta dar respuesta al atropello y procura desafiarlo, mostrando la cara oculta, lo no dicho por ese vocabulario. Sin embargo, no hay forma de desandar por completo el destino de una lengua atravesada por el horror. Nos urge escribir desde los escombros y reinventar formas de decir(nos) porque ese lenguaje nos constituye. Como dice Roberto Espósito:

....no son los hombres quienes construyen y crean el lenguaje, sino que más bien es éste el que los constituye y atraviesa. Es el lenguaje –no solo verbal, sino también gestual, proveniente del mundo originario de los instintos de defensa y ataque– el que crea a los sujetos, en el sentido de que los sitúa en un contexto determinado y, por lo tanto, en un lugar inevitablemente marcado por relaciones de fuerza y predominio, de desigualdad y asimetría, de sumisión y dominio. (2006: 62)

Por esto mismo es imprescindible deconstruir el léxico del terror: para reconstruirnos, para desafiar las relaciones de sumisión y dominio que siguen haciéndonos hablar con la violencia de sus palabras y sus gestos.

Genocidio: La elección de la palabra genocidio para denominar lo acaecido en el Cono Sur en la década del setenta es cuestionada por muchos, por diversas razones. Pero la prefiero a terrorismo de Estado o Politicidio o Terror Nacional porque este término se creó para referirse al exterminio de un sector de la sociedad con miras a su borramiento, con el fin de «producir transformaciones identitarias a través del terror infundido *en el conjunto de la población nacional*» (Feierstein, 2011: 154). Si esto es así, ese conjunto es el que debe asumir las consecuencias de dicha experiencia. El terror afectó al entramado social, no tan solo a un grupo, ni a individuos: el campo era una caja de resonancia que emitía señales cuyo destinatario era la ciudadanía a la que había que «reorganizar». Si bien se quería acabar con la resistencia, el trabajo de memoria nos incumbe a todos.

Para Daniel Feierstein hay dos modos de abordar el genocidio. Como término jurídico hace su aparición inicial en la «Convención para la prevención y castigo del crimen de genocidio» de las Naciones Unidas, en diciembre de 1948, a raíz del exterminio de la Segunda Guerra Mundial, y la definición inicial que se acuerda es la siguiente:

El genocidio es la negación del derecho a la existencia de grupos humanos enteros, como el homicidio es la negación del derecho a la vida. [...] Muchos crímenes de genocidio han ocurrido al ser destruidos completamente o en parte grupos raciales, religiosos, políticos y otros». Es decir, el genocidio de grupos políticos se encontraba presente en dicha resolución... (Feierstein, 201: 38)

Este texto se modificó antes de ratificarse la versión final, porque la definición de la *Convención sobre Genocidio* es producto de una negociación de fuerzas políticas en tensión (Occidente y el bloque soviético). Había que excluir el politicidio para no involucrar a las potencias que lo habían cometido y corrían el riesgo de ser juzgadas (Sneh, 2012: 62–63). Mientras que la definición inicial se basa en la tipología de la acción (muerte colectiva) y apenas aparece citado el tipo de víctima, la que fue ratificada establece que: «se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal ...» (2011: 40)²⁵.

Este asesinato masivo y clandestino —o plan sistemático de exterminio— respondió, para Feierstein, a una metodología que aspiraba a modificar la sociedad de modo permanente. El genocidio fue asumiendo distintos rostros a lo largo de la historia y, en este devenir, se produjo un viraje que inauguró la idea de «reorganización genocida» consistente en «el poder de aniquilamiento como destructor y refundador de relaciones sociales». No es casual que en la Argentina la dictadura se autodenominara «Proceso de Reorganización Nacional» (2011: 108). El genocidio refunda los vínculos, la cotidianidad, los

²⁵ Según Feierstein, establecer el crimen en función del tipo de víctima, como al final se hizo, es un hecho atípico en cualquier código penal porque atenta contra el principio de igualdad ante la ley; pero aun con esta limitación el concepto es aplicable al caso argentino.

códigos compartidos, las mediaciones políticas de la sociedad. Por esto es que no solo se emprendió «una guerra contra el enemigo interno» sino una cruzada contra quienes querían revolucionar la «tradición occidental y cristiana», y se construyó una «otredad negativa» –el «subversivo», palabra ambigua cuyo sentido dirimía a su antojo el poder– con miras a su aniquilamiento material y simbólico.

La práctica genocida se lanza en el Cono Sur, sobre todo, con la Operación Cóndor²⁶ que, a partir de la Doctrina de la Seguridad Nacional, establece que hay que enfrentar a un tipo particular de enemigo que se oculta entre la población. Se impone una terminología médica –hay que «extirpar la parte enferma de nuestro propio cuerpo, con el fin de garantizar la salud del conjunto»– (2011: 105–106), y la soberanía se expresa «en su capacidad de acción sobre los cuerpos» (Segato, 2013: 56). Las masacres se presentan «como crímenes sin sujeto personalizado realizados sobre una víctima tampoco personalizada» (2013: 42).

En *Genocidio y transmisión* (2000), la psicoanalista Hélène Piralán puntualiza que esta metodología criminal busca generar *no solo muertos sino seres que jamás existieron*. Se busca la forclusión de la función simbólica de un grupo negando su existencia e incluso su muerte. Esta práctica lleva a cabo, entonces, un acto de negación que redoblará la destrucción.

...los responsables de un genocidio intentan cometer [...] el asesinato del orden simbólico mismo, para que también sean destruidos los sobrevivientes, y para que con ello queden expulsados del orden humano [...] Lo cual significa que más allá de la vida lo que intentan destruir es la Muerte misma como estructura simbólica que permite la transmisión. (2000: 27-30)

El crimen genocida, al destruir la muerte y, con ello, el tiempo histórico, vuelve imposible el duelo. La pregunta que surge es: ¿hay forma de resistir este mandato? Sin la aparición de los cuerpos aceptarlo es avalar los términos de un poder que niega su existencia, por lo tanto «hay algo así como un muerto anónimo que conservar» (2000: 33).

²⁶ Plan regional de exterminio, ver capítulo «Uruguay, Chile y Argentina. El Plan Cóndor».

Por eso es que, al tomar la palabra, el testimonio le devuelve a la comunidad la función simbólica sin la cual queda atascada en su encrucijada, ya que no solo le quita anonimato al cuerpo sino que viene a desoír el mandato esencial del genocidio: el olvido de la muerte. El testimonio es el lugar privilegiado donde se resiste esta impronta simbólica, ya que logra «deconstruir los montajes genocidas y, al mismo tiempo, reconstruir un espacio simbólico de vida» (2000: 21). De este modo, con mayor o menor conciencia, con mayor o menor aptitud para lograrlo, reestablece (siempre en parte) la transmisión simbólica cancelada por el borramiento.

Memoria

...[E]s a partir del hito paradigmático de Auschwitz, la *Shoá*, que la cuestión de la memoria, como dilema y como elaboración ineludible—teórica, ética, política— [...], se ha transformado en uno de los registros prioritarios de la actualidad. (Arfuch, 2013: 24)

El filósofo brasileiro Vladimir Safatle (2015) nos remite a la confrontación entre Antígona y Creonte. Creonte sostiene que quien luchó contra la ciudad no tiene derecho a ser enterrado. Según Antígona, en cambio, todo sujeto debe ser objeto de un deber de memoria, y esa es una ley de los dioses (que es eterna y, por ende, universal). Al defender esta idea desenmascara a un Estado incapaz de dejar de obrar mediante la producción de inhumanidad. La acción ética de Antígona genera un colapso de la comunidad política, al mostrar que lo que ya está muerto (la Ley vigente en la ciudad) tiene que perecer. El testimonio, a mi juicio, es una de las formas en las que encarna la paradigmática intervención de Antígona.

Memoria y rememoración: Nuestras sociedades posgenocidas no buscan recordar sino rememorar, y esto nos remite a la pregunta por la memoria en el sentido benjaminiano:

La filosofía de la historia de Benjamin no se lee [...] como instancia reconstructiva del pasado sino como *razón anamnética* [...]. Como tanto ha explicado Yerushalmi, *no se trata de un modo distinto (instancia reconstructiva) de recuperar el pasado, sino de instaurar una relación con el presente* a través de un proceso de elaboración cuya orientación temporal apunta al pasado, pero sin articular con él un vínculo referencial [...]. *La percepción benjaminiana... no recuerda* [los hechos del pasado] *sino que experimenta su significado a través de configuraciones narrativas.* (Subrayado mío, 2013: 227)

El testimonio es una de las formas narrativas que experimenta el significado del pasado a través de configuraciones narrativas. Esto significa que «no da cuenta de un recuerdo del pasado, sino de *lo que los muertos nos dicen sobre el presente* sin palabras ni representaciones. El «pasado presente» se manifiesta como inquietud y comprensión del presente, como relación de *un aquí y ahora en deuda con el pasado...*» (subrayado mío, *Idem*).

Dice Traverso (2011) que para Benjamin la memoria es una construcción siempre filtrada por conocimientos adquiridos posteriormente gracias a la reflexión que sigue al acontecimiento. Por eso sería ilusorio considerar el *antaoño* como un punto fijo al que podríamos acercarnos gracias a una reconstrucción mental: «es la memoria la que establece los hechos: se trata aquí, según Benjamin, de una revolución copernicana en la visión de la historia». En este sentido «el pasado es amplificado por el presente» (2011: 23).

Para Kaufman esta rememoración se interroga por el pasado como tránsito para el interrogante radical sobre el presente y sobre la condición de la justicia en la actualidad (Kaufman, 2013).

Si evitamos abroquelarnos en los estatutos de la verdad y la fidelidad y aceptamos a la memoria como rememoración, podremos aceptar la construcción de un relato que, como el testimonio literario, establece los hechos en el evanescente proceso de la rememoración.

Memoria y derecho: La memoria legitimada por el Estado, como la de los juicios públicos por crímenes de lesa humanidad, forma parte de una construcción colectiva y va cambiando con los vaivenes de la sociedad. Por

eso afirma Chiara Forneris que el derecho no tiene una identidad fija, aislada de su contexto, y que la memoria sostiene a la ciencia jurídica, siendo su papel fundamental la consolidación de principios ligados a un proyecto de vida socialmente compartido. Podemos decir que «el acto del juicio es un acto simbólico de reparación [...] que significa *hacer justicia a la memoria*» (2011: 89), noción anticipada por Reyes Mate cuando dijo: «lo que realmente se opone a la memoria no es el olvido sino la injusticia» (2003: 154).

Se podría pensar que el respeto que la sociedad le manifiesta al poder judicial proviene de su capacidad de determinar cuál es «la verdad», y de su autoridad para legitimarla. Sin embargo, para Jerome Bruner los elementos que nos llevan a acatar sus decisiones provienen del aura que generan tanto su ritual como la palabra arcana propios de su discurso (2013: 70). Como la ley cuenta con una fuerte legitimidad arraigada históricamente, debe hacerse cargo de la memoria para que el relato del testigo se haga carne en la sociedad.

En la Argentina el paradigma que acuñó la forma de lidiar con la memoria del genocidio es el jurídico, y los juicios por crímenes de esa humanidad que se están llevando a cabo hasta la fecha son un punto de inflexión gracias al cual la sociedad recupera una trama ética²⁷. Los juicios públicos de 1985 tuvieron como prioridad condenar a los responsables máximos del terror: ese fue el primer paso (con sus limitaciones) a partir del cual se produjeron avances y retrocesos. De todos modos, tal vez debido a que en este país la forma de resolver este tipo de traumas siempre pasó por el derecho, se estableció una asociación entre el testimonio y dicho ritual (como si la corte fuera el ámbito natural del testigo). Lo interesante es que, incluso en este medio, se le da lugar a la rememoración subjetiva. A partir de 2003 muchas declaraciones de sobrevivientes, familiares o compañeros de militancia de los desaparecidos no tienen tanto que ver con lo probatorio sino con la evidencia del padecimiento a largo plazo que muestra que hubo un genocidio. Incluso los fiscales incentivan a los testigos, cada vez más, a salirse del molde legal, a no pensarse como objetos de prueba.

²⁷ Estos juicios son históricos en más de un sentido. Ante todo, no se hace cargo un tribunal ad hoc, como en el caso de Nuremberg, sino que la Justicia Federal de la Nación asume la responsabilidad de juzgar los crímenes de lesa humanidad.

Yo le pido a los testigos que hagan un *relato*, no que den su testimonio, porque los tribunales son cámaras de ecos, y esas historias llegan a la sociedad: así se va reconstruyendo la matriz simbólica que se desgarró. Y la palabra del testigo en el juicio, además, tiene una potencia especial porque se valida en la sentencia del juez. Por esto es que resulta tan reparador contar la propia historia en estos juicios²⁸.

El aspecto reparatorio del derecho penal, así entendido, es que va enhebrando un discurso desde la ley pero teniendo en cuenta las secuelas en la subjetividad²⁹. Y esta elaboración se filtra hacia el «afuera», hacia el entramado social. El problema de este método es que la difusión de los juicios es limitada y, además, resulta minimizada por los medios masivos de (in) comunicación. A raíz de una guerra mediática que difunde lo que le interesa (y sobre todo le interesa la propaganda corporativa y la ficción presentada como noticia), esa crítica a menudo no llega a los oídos de quienes más necesitarían enterarse³⁰. Por eso es que lo decisivo –como dice Agamben (2000)– es que el derecho no albergue la pretensión de agotar el problema.

Por otro lado y como venimos sosteniendo, la persistencia y hegemonía de una praxis que investiga, determina responsabilidades y castiga (gestos indispensables que le dan crédito a la palabra del testigo y garantizan la escucha de la sociedad, además de impedir el negacionismo) ha dejado una «marca

²⁸ Entrevista con Gabriela Sosti, fiscal del juicio ABO (Atlético-Banco-Olimpo), Buenos Aires. 26/10/2016.

²⁹ A modo de ejemplo, valga lo dicho por el hijo de desaparecido Gerardo Salinas en su carta a la Comisión Vesubio y Puente 12: «Todo llega, hasta la justicia»: El 26 de octubre en Argentina se dictará sentencia en el primer juicio por el centro de detención clandestino Puente 12, también conocido como División Cuatrismo o Brigada Guemes. Es el campo de concentración donde mi padre y mi tío estuvieron detenidos ilegalmente. Y, también, donde fueron torturados hasta su muerte en enero de 1977. La posibilidad del juicio o de una sentencia son para mí del orden de lo mágico. Creo que utilicé estas palabras cuando me tocó declarar como testigo en los tribunales de Comodoro Py. Nunca pensé que este día llegaría o fuera posible, debido al secretismo e impunidad que caracterizó a la última dictadura argentina (1976–1983)». 26/10/2018.

³⁰ En la Argentina un solo diario, *Página 12*, publica sistemáticamente reportes sobre estos juicios, de modo que gran parte de la población no sabe que se están llevando a cabo de forma masiva y pública. En cuanto a los medios de comunicación, hasta diciembre de 2015 los canales estatales se ocupaban de difundir asuntos vinculados a la historia del movimiento de resistencia, crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura, etc. (TV Pública y Canal Encuentro). Pero a partir del 10/12/2015 las restricciones impuestas a estos medios hacen que se limite enormemente la información sobre temas vinculados a los derechos humanos.

jurídica [en] la forma de entender todo tipo de testimonio, como orientado a denuncias que reclaman el estatus de verdad o, por lo menos, de verdad jurídica» (Forcinito, 2012: 134).

Si bien el movimiento de derechos humanos argentino ha creado un activismo simbólico muy variado³¹, el imaginario social está inmerso en un «paradigma punitivo» –como lo llama Kaufman– que judicializa la política al extremo. Mutatis mutandis, sin este paradigma no se hubieran llevado a cabo estos juicios históricos, sin precedentes, que instalan una profunda crítica a los grupos sociales y a las instituciones que posibilitaron el macabro plan, como revela esta nota:

Era el comienzo del segundo Juicio ESMA. Alfredo Astiz se sentó en los últimos asientos reservados para los represores con un libro que colocó sobre sus piernas. Cuando terminó la Audiencia se dio vuelta y apoyó el título del libro sobre el vidrio que separa a la sala AMIA, [donde se ubican sobrevivientes, militantes por los derechos humanos, sus familiares y amigos] *Volver a matar*. Así recuerda Adolfo ese momento. Volver a matar. Y el odio en la mirada de Astiz. El juicio duró un poco más de dos años. Estuve en Comodoro Py el día en que Astiz, como todos los represores, tenía la posibilidad de hacer su declaración. Dijo todo lo que quería, habló sobre la ilegalidad del juicio, la ilegal Fiscalía, la ilegítima querella. Y siguió hablando, mucho tiempo. Vestido con traje, corbata, camisa celeste, impecable. Y rubio. Las familias y amigos de los marinos se ubicaban en la parte superior de la Sala AMIA y los que íbamos por la querella en la parte de abajo a la altura del Tribunal. Volviendo a Astiz, en algunos momentos cambiaba el tono. Entonces decía cosas así: Nuestros amigos y familiares son gente feliz, que educan a sus hijos con felicidad, en cambio, mirando para donde estábamos nosotros, dijo, los parientes que están atrás de los vidrios tienen rostros crispados, infelices. Otras palabras que usó: colonialismo judicial, terrorismo judicial, falsos testigos, estado autoritario, festival de persecuciones, para terminar exigiendo que se respete la Constitución Nacional. Este juicio, dijo, no es justicia, es linchamiento. Pero dos frases de Astiz merecen recordarse: «No somos delincuentes comunes...perdón, no somos delincuentes», y un rato más tarde: «No hemos delinquido desde hace 30 años». Para terminar entregando al Presidente del Tribunal

³¹ Ver «Intervenciones urbanas versus terrorismo de Estado en la Argentina» de Strejilevich (2016).

un ejemplar de la Constitución Nacional. Otro de los represores, el Tigre Acosta, en su declaración final en 2011, dijo entre otras cosas que si era necesario volvería a hacer todo lo que hizo. No necesito decir que no hubo arrepentimiento. (Bruzzi, 14/5/2017)

Memoria e historia: La memoria es una labor colectiva: nadie recuerda solo sino en un medio social donde, como anticipara Eric Hobsbawm y sostiene Arfuch (2013), nada es irrelevante: importan tanto la construcción de lugares de memoria como las políticas de Estado, tanto la producción fílmica, visual y teatral como la ficcional, tanto las intervenciones urbanas como los juicios. No de manera aislada sino en una relación que no tiene que ser pacífica. Arfuch subraya la tensión existente entre estos modos de abordaje: cada práctica involucra posturas éticas y estéticas, riesgos de cristalización y banalización y, por ende, la necesidad de una atención crítica constante. La relación más disputada es la de historia y memoria (hay historiadores que rechazan o aprueban la inclusión de la memoria en su relato y otros que –como Ricoeur– consideran que la memoria tiene un «estatuto matricial» (Traverso, 2011: 21). El argumento, tal como lo resume el intelectual italiano, es que la historia es una puesta en relato, en función de las reglas de un oficio, o arte, o «ciencia», que intenta *responder* a cuestiones que la memoria suscita, de modo que «la historia nace de la memoria y luego se libera, al poner el pasado a distancia». La paradoja es que, al final de este proceso, la historia hace de la memoria «uno de sus campos de investigación» (2011: 21), olvidando que la historia es *una dimensión* de la memoria. No voy a seguir este debate pero sí subrayar estas frases de Traverso: «la temporalidad de la memoria tiende a cuestionar el continuum de la historia» y «la memoria de los oprimidos protesta contra el tiempo lineal de la historia» (2011: 43).

¿Podríamos afirmar que la disciplina histórica tampoco puede atribuirse la verdad de sus hallazgos, ya que el factor subjetivo está siempre involucrado? Sabemos que una representación del pasado transparente es imposible y que no se puede hacer hablar a los hechos tal como realmente sucedieron. Pero esto no agota el debate.

Hayden White pone el acento en las estrategias de todo relato, y muestra cómo el histórico oculta el punto de vista del historiador. El efecto

de objetividad está dado por un narrador en tercera persona que habla en pretérito y que parece ajeno a los acontecimientos descriptos, con lo cual el lector asume que la historia habla por sí misma, sin intermediarios. No obstante, como el *plot* siempre estructura los hechos, la verdad presupone un grado de ficcionalización. De modo que un tipo de relato que nos resulta familiar desde el siglo XIX y que consideramos no viciado de subjetividad usa estrategias literarias: invención de comienzos, desarrollos y finales, creación de tramas y de héroes. Y sobre todo: la historia también se cuenta mediante formas narrativas: comedia, tragedia, épica, etc. (que pueden incluso convivir en un mismo texto). La diferencia radica en el código de lectura propuesto por cada texto: en su presentación como novela, historia, autobiografía o –agrego– testimonio (1988).

Pero el historiador italiano Carlo Ginzburg nos alerta sobre el dilema moral que plantea esta mirada narrativa sobre la historia en nuestro mundo post *Shoá*: tomarlo al pie de la letra puede llevar a aceptar tanto las teorías que afirman que hubo un genocidio como las que lo niegan, ya que no habría razones para preferir una forma de escritura de la historia sobre otra. En otras palabras, si se privilegia el momento de la construcción de sentido sobre el de la realidad de la masacre, ambas interpretaciones se vuelven igualmente válidas.

El testigo no puede admitir este relativismo: su testimonio tiene sentido en tanto el crimen, cometido con voluntad de olvido, se reconozca como perpetrado. Y sabe, al mismo tiempo, que la memoria es frágil y subjetiva, y que la trama no es sino una transposición de lo acontecido al y desde el presente. Situado en esta tensión, le preocupa que su escritura no se tome exclusivamente como hecho artístico, aunque considere que solo a través del arte puede dar con el lenguaje y el tono afín a la dimensión de lo vivido. Su creación habita y resuelve, en cada caso, el espacio liminal entre historia y memoria.

Memoria y olvido: En su libro *Memoria, duelo y narración* (2004), Roland Spiller sostiene que la escritura es medio y metáfora de la memoria y debe aceptar su cuota de olvido, sin la cual el sujeto se convierte en Funes

el memorioso, ese personaje borgeano cuya capacidad de recordarlo todo le impide pensar. Pero el crítico alemán puntualiza que la borradura genocida nada tiene que ver con el olvido constitutivo de toda memoria, y que cuando el poeta Juan Gelman sentencia: «hay que olvidar el olvido» se refiere al totalitario, al que se impone como absoluto: un proyecto imposible que deja secuelas imborrables.

La película *Shoá*, de Claude Lanzmann, se abre interpelando al testigo con un «recuerda, recuerda». La palabra recuerda es, en este caso, un incentivo para recuperar el íntimo vínculo con una pérdida irrecuperable que puede haberse tornado inconsciente. La memoria deviene así rememoración: «el esfuerzo de rememorar lo olvidado implica un esfuerzo deliberado de la mente, es una suerte de profundización o búsqueda voluntaria entre los contenidos del alma [...] es una especie de investigación» (Rossi, 2003: 21). Esta es la labor anamnética en la que se basa el testimonio, como venimos argumentando.

[Para Rossi] habría algo así como una *ética* de la memoria [...] Evitar que el vasto continente del pasado se esfume, evitar el olvido de la memoria: no habría quizá una tarea más urgente en la época que ha hecho de la historia un interminable montón de ruinas. (*Radar libros*, *Página 12*, 1/2/ 2004)

Evitar el olvido de la memoria: una tarea indispensable que se propone la escritura testimonial. La memoria del horror tiene que abrirse paso en un terreno donde reina la incertidumbre (porque el método de exterminio borra las huellas, porque muchos detenidos atravesaron su experiencia a ciegas). La memoria del testimonio, con su desorientación, su incerteza y sus limitaciones, es la «construcción de la presencia de lo ausente» (Feierstein, 2012: 94), para que la destrucción no acarree la desaparición simbólica. Y para sostener lo simbólico, nada mejor que la literatura:

La escritura y los escritores son los únicos capaces de mantener vivo el recuerdo de la muerte. Si no se apoderan ellos de la memoria de los campos de concentración, si no la hacen revivir y sobrevivir mediante su imaginación creadora, se apagará con los últimos testigos, dejará

de ser un recuerdo en carne y hueso de la experiencia de la muerte.
(Semprún, «Lo que sé», *Página 12*, 12/6/ 2011)

Posmemoria: Este término –acuñado a partir de la producción audiovisual y del concepto de trauma que cobra forma, en el campo de Estudios de la memoria – designa la memoria de quienes, aunque no hayan vivido de cerca los acontecimientos traumáticos, sienten sus efectos. En nuestra región, alude a la memoria de hijas e hijos de desaparecidos, aunque ellos hayan sido víctimas *directas* del terrorismo de Estado. María Belén Ciancio (2013) rechaza, por este motivo, la aplicación en la Argentina del concepto creado por Marianne Hirsch en *Family Frames, Photography and Postmemory* (1997) en relación a la condición de los hijos del exterminio europeo, muchos de ellos nacidos o criados en la diáspora³², «puesto que estamos ante un trauma real del sujeto y no heredado a través de la lógica intergeneracional del dolor» (Ciancio, 2013: 6).

La investigadora tiene también en cuenta que muchos de los hijos «recuperados», aun cuando no tengan noción de sus identidades robadas, participan en la búsqueda de verdad y justicia que circula en los medios y en el discurso cotidiano. Si bien hay diferencias de perspectiva, a veces siderales, entre: los hijos que fueron apropiados y luego recuperaron su identidad y en lugar de, aquellos que crecieron con sus familias de origen; los que permanecieron en su país y los que partieron al exilio, y entre todos ellos y los que siguen desconociendo su identidad, la mayor parte sufrió en carne propia las prácticas genocidas (en tanto testigos directos de secuestros o porque nacieron en cautiverio). Es decir que esta generación no fue distanciada del acontecimiento sino que padeció sus consecuencias desde la convivencia y la cercanía. Si bien los escasos soportes materiales que dejaron los padres (fotos,

³² Marianne Hirsch propuso esta noción tras analizar la obra de Art Spiegelman –novela visual en la que el autor aparece entrevistando a su padre, sobreviviente del holocausto (*Maus*, 1991)– y la de W. G. Sebald, *Austerlitz* (2001), situada en los sesenta y basada en la imagen que le queda grabada al narrador desde la infancia. Se trata de un niño en la estación de trenes donde se congregaban los que podían huir a tiempo del desastre. Antwerp, el protagonista y compañero de viaje de Sebald, había llegado de Checoslovaquia a Inglaterra en uno de esos transportes. Vera, amiga de sus padres, le muestra en Praga una foto de su madre encontrada en archivos: *la fotografía le ayuda a rememorar y a acercarse al acontecimiento que le marcó la vida al alejarlo de familia, lengua y recuerdos*.

cartas) fueron atesorados por estas hijas e hijos y se transformaron en el lazo concreto que los une a ellos, no jugaron el mismo papel en la transmisión que para los hijos de víctimas de la *Shoá*, muchos de los cuales vivían en diferentes países que los padres. Es en este caso en que dichas imágenes generaban «la ilusión de acceder al evento mismo» (Ciancio, 2013: 7).

Si bien coincido con Ciancio, también considero que la aparición de ciertos términos responde a la necesidad de nombrar fenómenos nuevos, y prefiero tenerlos en cuenta a descartarlos. Lo cierto es que el lugar de enunciación de las hijas y los hijos de desaparecidos tiene, indefectiblemente, una impronta post. El nombre de la organización así lo indica: ellas y ellos son la posteridad de una generación mutilada y su memoria, por esto mismo, genera desafíos particulares. El post de posmemoria indica que un vínculo herido los une a y separa de los progenitores, en relación a los cuales tienen que definirse. Su imaginario es otro.

En la región del Cono Sur esta generación crea un universo visual propio para elaborar su identidad. El género documental, el cine de ficción, la fotografía y las novelas son registros en que estos jóvenes a menudo investigan y crean su propia historia desde su lugar, a la vez subjetivo y político. Liliana Feierstein sugiere que dicho relato identitario no sería «una autobiografía narrada como recuento de una vida sino como forma de empezar a vivir». (*op. cit.*, 2012b en Ciancio: 6).

Los estudios críticos sobre esta narrativa coindicen en destacar como rasgos de este corpus:

la hibridez genérica de estos textos (que cruzan el formato del testimonio con la autoficción o con el registro fantástico y combinan la referencialidad con la autorreferencialidad) y [en] los dispositivos de distanciamiento que proliferan en ellos, como la perspectiva infantil, el humor negro o la ironía. También se refieren a este vaivén entre acercamiento afectivo y distanciamiento crítico, esta dialéctica de dinámicas aparentemente contrarias [...] que nunca se detiene y que excluye la clausura. (Logie y Willem, 2018)

Lo que *El lugar del testigo* sostiene es que las «escrituras del umbral» (Forcinito *dixit*) surgidas de la memoria de los campos hacen gala de muchas de estas características, y que la diferencia entre una y otra narrativas radica en el imaginario y en los distintos lugares de enunciación. Para la crítica actual la hibridez sería la innovación de esta nueva narrativa que, *a diferencia de la escritura testimonial anterior*, recurre al humor, a la fragmentación, a estrategias de no clausura, etc. Como veremos en los textos desplegados en este estudio, que abunda en citas con el fin de acercar la lectura de textos que no parecen tenerse en cuenta, insisto en que no corresponde diferenciar un corpus de otro en base a los rasgos mencionados, porque dichos registros están presentes en obras de ambas generaciones (excepto el registro fantástico). Lo que cabe afirmar es que, en la impronta artística de los H.I.J.O.S, *hacen eclosión* estrategias narrativas que venía plasmando la generación previa y que cobran una nueva significación por el hecho de darle cuerpo a otro *ethos*.

Razón: La filosofía contemporánea se inicia con la crítica a la modernidad y al tipo de razón que la acompaña. En *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile: la posición del testigo*, Jaume Peris Blanes (2005) nos recuerda que Heidegger funda este itinerario, al concebir la modernidad como «un espacio objetivable en el que todo lo existente [...] *se halla disponible* para un sujeto [y en el cual] la ciencia como investigación es una forma imprescindible de este instalarse a sí mismo en el mundo» (2005: 32–33).

Hannah Arendt detecta que el tipo de dominio que ejerce la revolución industrial (soporte del proyecto económico y social moderno europeo, que va de la mano del desarrollo científico) se vincula íntimamente a la dinámica de los campos. Ahí la dominación es total «no solo en sentido político de la total sumisión de los individuos a las regulaciones estatales, sino también en el sentido ontológico de una puesta en disponibilidad de la totalidad de sus funciones vitales» (2005: 35). La razón instrumental capitalista, en su peculiar búsqueda de orden —no un orden basado en la responsabilidad colectiva, ni en la autonomía, ni en la libertad— conduce a su degradación.

El exterminio sistemático de seres humanos no hubiera sido viable sin el complejo científico-industrial que posibilita la división del trabajo y su subproducto, una lógica fragmentada que favorece la disolución de la responsabilidad (*Idem*, 2001: 53). Es decir que las «fábricas de muerte» son la otra cara de la biopolítica. En esta línea, Zigmunt Bauman (2001) muestra cómo el exterminio en masa se vuelve posible cuando el sistema de división del trabajo es tal que nadie es responsable de la totalidad del proceso. En otras palabras, las «matanzas administrativas» alivian el sentimiento de responsabilidad, al decir de Arendt.

Es a partir de esta fragmentación y disolución de la responsabilidad que la burocratización posibilita la desconexión entre la gestión racional y el cuestionamiento ético o –en la crítica de Adorno–, entre la razón instrumental y la razón crítica. (*Idem*, 2005: 44-5)

Auschwitz no es una locura de trasnochados sino un hijo de la razón instrumental: en este punto el Mal se administra como fábrica. Theodor Adorno y Max Horkheimer, en su *Dialéctica de la Ilustración* (1944), exponen con claridad el punto en el que la razón habilita el genocidio:

...la posibilidad del nazismo debe inscribirse en la escisión, en el corazón mismo del proyecto ilustrado, de la razón crítica y la razón instrumental. En el momento en que la primera abdica de su potencial emancipatorio, la segunda se ve abocada a proyectos de dominación. (*Idem*, 2005: 37).

Estos pensadores detectan que los horrores del siglo XX son producto del antagonismo inmanente a la razón que se manifiesta cuando esta *abdica de su potencial emancipatorio* (o de la razón crítica). El problema no radica, por lo tanto, en la razón, sino en la práctica de *una* razón que clarifica para archivar, cerrar el caso, concluir. La razón instrumental. Por eso Foucault reniega de ella: «El hombre ha muerto», declara para sellar el fin de una razón que creó monstruos. Pero no hay que confundir este fin con el cese

de toda razón. Frente a los desafíos que plantea nuestra época, el pensador Žižek declara: «hoy más que nunca deberíamos ser racionalistas hasta el final» (2014)³³. La razón que sostiene el testimonio es la razón anamnética, la que rememora, la que se involucra en su praxis, la que no se distancia para observar desde fuera, la que apuesta a la subjetividad. Se trata de un *logos* con memoria, al decir de Reyes Mate (2003).

Recepción y escucha: La idea de que sin escucha no hay testimonio se remonta a la investigación realizada en los noventa por los psicoanalistas Shoshana Felman y Dori Laub con sobrevivientes de la *Shoá*. Laub, también sobreviviente, insiste en la imprescindible escucha del testimonio que «sostenga su decir y la singularidad de su experiencia». Liliana Feierstein, en esta línea de pensamiento, explica que el testimonio es un «*acto dialógico* y una apelación a la responsabilidad; el dar testimonio sería así lo que sucede *entre* estas personas» [y] «no es posible sin alguien que esté dispuesto a escuchar». Es esencial que la sociedad no abandone a quienes cargan con estas historias, que no les dejen la total responsabilidad moral de ser los custodios de la memoria del horror. En este sentido «la lectura/escucha del testimonio sería un gesto, o más precisamente, una política de hospitalidad»³⁴ (Feierstein, 2012: 124–127). La escucha es un compromiso ético que alivia el dolor y posibilita la elaboración de la memoria, que se procesa conviviendo con lo sucedido en intercambio con el entorno, con la sociedad (2012: 126-129).

Sin embargo perdura la dificultad en la recepción del testimonio de los campos, tal como revela esta escena de la novela *Sin destino*:

Simplemente no podía entender por qué no podía meterles esto en la cabeza [...] ahora no me basta con asumir que todo fue un error, una aberración, algún tipo de accidente o que, de alguna manera, jamás sucedió. Podía ver, podía ver claramente que no me entendían y que no les gustaban mis palabras, que algunas hasta les molestaban [...]

³³ El filósofo llama la atención sobre los peligros del subjetivismo actual, que deriva en nihilismo. Slavoj Žižek, «Can We Still Be Hegelians?» (¿Podemos ser todavía hegelianos?, 2014).

³⁴ Término que recoge Feierstein de Emmanuel Lévinas y que Derrida incorpora al decir que solo cabe la hospitalidad frente al extraño.

Y le oí decir: «Déjalo hablar, ¿no ves que solo quiere hablar?».

Y hablé, posiblemente en vano y posiblemente sin mucha claridad. De todos modos, traté de transmitirles algo: –Nunca podremos empezar una nueva vida [...] ¿Quieren que todo este horror y que todos mis pasos previos pierdan completamente su sentido? (Kertész, 1992: 188–189)

Y esta dificultad va de la mano de la resistencia, ya percibida por Philippe Mesnard, a leer el testimonio como texto literario.

...los textos de testimonio no son recibidos, al menos en la primera fase de su recepción, como textos que contienen, aunque sea potencialmente, una dimensión literaria. Esto lleva a veces a reducir el testimonio a la información que supuestamente ofrece y, en el mejor de los casos, a aceptar que esa información pasa a través de la subjetividad del autor y, otras veces, a encontrar en él solo una fuente de emoción. Se espera así de los textos testimoniales que sean documentos que nos informen sobre lo que fueron los campos o el genocidio (y de acuerdo con eso, se los puede convertir en monumentos), o bien que bloqueen el juicio del lector para sumergirlo en una experiencia de extrema violencia de la que no puede salir. O la semejanza, o la ceguera. (2010: 434–35)

Retórica: En el testimonio conviven, según Kimberly A. Nance, distintos tipos de técnicas retóricas:

1. La forense, que presenta una suerte de juicio contra los perpetradores en formato texto, al emplear la organización, estilo, contenido y léxico propios del medio legal.
2. La epideíctica, una técnica cuasi religiosa que testimonia el poder de la fe política en situaciones límite de guerra, prisión y tortura.
3. La deliberativa, que consiste en propuestas decididamente anti-heroicas y anti-hagiográficas que estimulan la reflexión. Estas tres formas parecen haber coexistido o haberse confrontado desde los orígenes del testimonio, y lo siguen haciendo. (2006: 46–47)

En el modelo forense la función de la palabra del testigo parece evidente: determinar cuál es la verdad y contarla, denunciando el ocultamiento previo de los hechos. Pero pensar que la función del testimonio es la de sustituir historias falsas por verdaderas resulta simplista. Esa es la lógica de un tribunal, que enfrenta dos términos antagónicos para emitir su condena, como ya hemos dicho.

El testimonio, sobre todo el deliberativo, es un proyecto a futuro (para Ricoeur, Dorfman y Nance), una narración que aspira a transmitirle al lector un compromiso ético que es también político. Al testigo no le resulta indiferente si ese lector cierra el libro y se olvida del asunto o si se siente impulsado a comprometerse en una acción destinada al cambio. Este tipo de relato, de una u otra manera, aspira a dejar una impronta. Es una intervención, una acción performativa. Una creación del lenguaje que sabe que decir es actuar. Partnoy destaca este aspecto, resignificando la noción de pacto:

Para nosotros [sobrevivientes del terrorismo de Estado], recordar y contar puede ser inútil si no ayuda a detener la violencia, poner fin a la impunidad y proteger la dignidad de las víctimas. Por lo tanto, nuestros textos testimoniales no se basan en los que Philippe Lejeune llamó pacto autobiográfico, sino en un pacto de solidaridad. (2009: 17)

Los lectores están más habituados a los testimonios formulados desde la metáfora judicial: los que se constituyen como arengas contra el poder y los de quienes procuran seguir sosteniendo la versión heroica de la historia. Pero son los deliberativos o críticos los que, al problematizar sus presupuestos y negarse a los esquematismos, generan mayor impacto simbólico.

Sobreviviente: En el documental *ESMA: El día del juicio* (2013) la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú dice que los que salieron vivos de los campos tienen la sensación, a veces, no de haber sobrevivido sino de haber resucitado, con lo cual retoma palabras dichas por Semprún. Kaufman (2010) también define al sobreviviente por su vínculo con los muertos:

El exterminio no produce solamente muertos y desaparecidos, produce *sobrevivientes*. El sobreviviente, más allá de la satisfacción de no ser él mismo el muerto, sabe que su supervivencia le depara un vínculo con los muertos. [...]. También ese vínculo es el que despoja al superviviente de la suscitación de violencia o venganza, [y] lo lleva a su vez, a través del testimonio y la búsqueda de justicia, a restaurar el lazo social tal como fue vulnerado por el exterminador. (2012: 20)

En otras palabras, el proyecto exterminador, al fracasar en su intento de aislar a la víctima de la humanidad, produce el efecto contrario: consolida –en el sobreviviente– esa unión (2012: 15). El corolario es que:

El crimen contra la humanidad confiere al sobreviviente una cualidad transpersonal [que] lo une con todos los seres humanos en tanto había sido separado de ellos por el acto de exterminio (2012: 14–16).

Terror y horror: Los testimonios se refieren al terrorismo de Estado y al horror vivido, de modo que es importante indicar la diferencia entre ambos términos. Como bien indica Ileana Rodríguez:

la diferencia entre terror y horror reside en un desplazamiento de la mirada: si desde el poder, terror; si desde la víctima, horror. *Se trata de dejar de ver el mundo desde el guerrero y empezar a verlo desde el inerme...* (subrayado mío, 11/2018).

Basándose en lo dicho por Adriana Cavarero³⁵ la crítica nicaragüense puntualiza que terror comparte la raíz *ter* (temblar) con *temo* o *treo* (miedo) ya que, a nivel físico, hace temblar el cuerpo y, a nivel psíquico, lo petrifica. Por otro lado,

el término horror deriva del latín *horreo* que, como *phrisso*, en griego, significa poner los pelos de punta: *Treo*, *pheugo* y *fhobos* son la imagen de un orden que se rompe –terremoto, trastorno, multitud en estampida,

³⁵ Citado por Rodríguez: Adriana Cavarero. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa: 2009.

pánico que se trasmite cuerpo a cuerpo, en una adyacencia de carne trémula ante la densidad e intensidad de la amenaza. (*Idem*)

El testimonio cuenta el horror padecido, que es el terror desde «la mirada del inerme».

Teoría del afecto: El énfasis en la afectividad como modo de elaboración se ha desarrollado significativamente en estos tiempos y son las mujeres las que, en nuestra región, le prestan más oído. Silvia Tandeciarz (2017), por ejemplo, al estudiar el vínculo ente arte y memoria en la Argentina, sostiene (parafraseando a Mieke Bal) que el «aura emocional» es la base de un amplio espectro de intervenciones culturales y artísticas que operan en el campo social, haciendo que las iniciativas memoriales se vuelvan memorables. Esta crítica observa, con Jill Bennet,³⁶ que el proceso de armar y consumir imágenes desata o escenifica la experiencia afectiva. Para Bennet el arte visual, al plasmar el dolor de la memoria en un registro sensorial, transforma el tradicional «pensar la verdad» en «ver la verdad». No se trataría de una verdad a demostrar, sino de una verdad que irrumpe en el cuerpo del espectador o lector. Yo la llamaría convicción. Tandeciarz también nos remite a la teoría de Teresa Brennan, para quien los afectos son juicios o actitudes cuyos efectos fisiológicos, al ser presentados adecuadamente, pueden ser sentidos y asumidos por el otro. Basándose en la definición de Deleuze, para quien el arte es la capacidad de sostener la sensación más que de comunicar sentido, Tandeciarz encara una lectura de sitios de memoria espaciales, visuales y literarios catalizadores de «transacciones afectivas» que estimularían «un compromiso conceptual». Extiende su propuesta a la escritura testimonial, es decir, al relato del horror que lleva a cabo el testigo desde una fragilidad que afecta al lector, que «lo toca». El relato con-mueve. Es, ante todo, una interpelación afectiva y el afecto es un juicio que genera adhesión, como también sostiene Vladimir Safatle.

³⁶ Citado por Tandeciarz: Jill Bennet, «The aesthetics of Sense-memory: Theorising Trauma through the Visual Arts», in Susannah Radstone & Katharine Hodgkin (eds.), *Memory Cultures: Memory, Subjectivity, And Recognition*. Transaction Publishers (2005).

Testimonio: Si la tarea del cautivo es sobrevivir, la del sobreviviente es testimoniar. Tanto dentro como fuera del campo, como decía Frankl, «los más aptos para la supervivencia eran aquellos que sabían que les esperaba una tarea para realizar» (1986: 204). Esa tarea —el ampliar «la lista de nombres del sufrimiento humano» (Segato *dixit*)— vincula al sobreviviente, como dijimos, con los muertos y con la humanidad.

La importancia del testimonio tras «la solución final» —nos dice Kaufman— reside en lo inédito del acontecimiento y en la carencia de relatos previos que la describan (porque la solución final es siempre novedosa y porque su plan es borrar las huellas). Por eso mismo: «Sin el testimonio, las descripciones de los sucesos no podrían tener lugar como tales» (2011: 241).

Una vez planteada su necesidad más perentoria, veamos en qué consiste el testimonio, con qué estrategias se construye y qué capacidad le atribuyen distintos autores.

Según Reyes Mate se trata de «una voz en primera persona que nos habla en nombre de la tercera persona» (2003: 172). Este acto implica una dualidad esencial: por un lado aspira a ser legitimado —de ahí el imperativo «creedme, y si no, preguntadle a algún otro»— y, por otro lado, le pone voz a lo que no tiene voz. Por último, como indica Levi, el testimonio del sobreviviente responde a un impulso que, cuando se presenta, irrumpe: «La necesidad de contarle nuestra historia “al resto”, de hacer que “el resto” participe en ella, se nos ha presentado, antes y después de nuestra liberación, como un impulso inmediato y violento» (1961: 6).

John Beverley —estudioso de esta narrativa en América Central— considera que este relato no les da prioridad a los procedimientos literarios, sino que los incorpora a modo de herramientas necesarias para la producción de su objeto. Por eso lo define como una autobiografía popular donde el yo funciona a la manera de un dispositivo lingüístico (*shifter*) que puede ser

asumido por cualquiera (en lugar de centrarse en un yo autónomo que destaca la singularidad de su experiencia)³⁷.

Frederic Jameson, en cambio, lo llama contra-autobiografía:

[Esta nueva forma de] anonimato de la contra-autobiografía que es, entre otras cosas, el testimonio, no es la pérdida de un nombre sino, paradójicamente, la multiplicación de nombres propios [...] la asociación de un individuo con una pluralidad de otros nombres y de individuos concretos. (1981: 129)

Al enunciar fragmentos de una memoria colectiva silenciada el testimonio crea un espacio en el que se quiebra la relación autor/lector fundada en la idealización del primero en tanto figura creadora o «héroe cultural» (Franco, 1981: 129–310). Al decir de Doris Sommers el autor es, más bien, un sujeto plural. Beverley también ve al testimonio como una práctica narrativa que evoca una polifonía de voces: aunque en la portada de los libros aparezcan el testigo y/o el reportero, el relato siempre se hace en nombre de los miles que no pueden contar lo sufrido. Finalmente, la autoría coral trae aparejada una democratización de la escritura, ya que a menudo no narra *el profesional* sino quien tiene necesidad de hacerlo.

Tras el genocidio testimoniar es, también, comprometer el propio relato ante los otros: *hacerse responsable* –por la palabra– de la historia o de la verdad de un acontecimiento que excede lo personal, cuya validez y consecuencias afectan a otros (Shoshana Felman, 1992). Este acontecimiento es de tal envergadura que resulta difícil abordarlo: el testigo rompe el silencio, habla aun cuando otros quieran acallarlo. Lo perdido puede no encontrar palabras, es cierto, pero [...] *la palabra del testigo es afirmación de esa pérdida* (citado por Jinkis, 2011)³⁸.

³⁷ Estas ideas surgen de los textos que los investigadores de Estudios Subalternos tomaron como paradigmas del testimonio, como *Me llamo Rigoberta Menchú y así nació mi conciencia*, donde la testigo maya-quiché le cuenta su vida a una mediadora (miembro de la ciudad letrada occidental), quien escribe el testimonio, haciendo de puente entre una cultura y la otra.

³⁸ De Émile Benveniste. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, Paris, Minuit, 1969, Tomo 2 (276–277).

Por último, si hay testigos resulta imposible la negación de lo acaecido. Jinkis, psicoanalista argentino, ilustra este punto con un fragmento de Plauto en el que un personaje dice: «*Nunc mihi licet quidvis loqui: nemo hic adest superstes*» («Ahora tengo derecho a decir lo que quiera, no hay testigo, soy libre de hablar»).

El testimonio también se interpreta como una intervención ética y política que recurre a la estética para potenciar su sentido. Como un intento de apropiarse de lo vivido y ponerlo a disposición para que la sociedad se haga cargo de su historia. Como una «donación» que necesita ser aceptada para funcionar como tal³⁹.

Algunos críticos entienden que esta práctica escritural construye un «discurso transgenérico», es decir que no funciona como género sino que devora a todos⁴⁰. Justamente porque involucra la subjetividad, lo importante es respetar sus formas de atenuación, que incluyen blancos y silencios, pausas y suspensiones, separación entre expresión, experiencia y realidad. Pretender hacerle decir todo a un testimonio, reducirlo al contenido, es alterarlo sustancialmente. (Mesnard, 2011)

La mirada sobre el sentido y los límites del testimonio va cambiando a lo largo del tiempo. Sobre todo en nuestra región y en relación a su estatuto de verdad, hay un evidente giro en la interpretación de su papel, que resume Reati en pocos trazos:

...la palabra testimonio se popularizó a partir de los años sesenta, pero ha ido cambiando con el tiempo [...] [S]e asumía que el testimonio era la voz verdadera de un testigo que, porque había sido víctima de una injusticia, está validado para hablar con un estatuto de verdad que quien no lo ha vivido no lo tiene. Este es el concepto, la idea original del testimonio. Creo que ahora hay más conciencia de que todo testimonio es una ficción, lo cual no significa que sea menos válido o verídico: es otro tipo de verdad.

³⁹ La idea proviene de un comentario de Emilia Perassi sobre un aspecto etimológico estudiado por Roberto Espósito que nos acerca a este matiz del testimonio: el que se centra en el sufijo *munus* (vinculado a *comunitas*). «La noción de *munus*, antitética a *donus*, está vinculada a donación, una donación que se ofrece y se recibe».

⁴⁰ Esta referencia alude a un término acuñado por Carolina Pizarro, crítica chilena que considera al testimonio un «género omnívoro».

Se ha expandido el concepto de testimonio en el sentido de entender que todo es una construcción retórica y verbal, que todo es una interpretación de los hechos. Ningún testigo recuerda exactamente lo que le ocurrió, sino lo que ha ido reconstruyendo en su memoria. (2017: 204)

Tortura: Este vocablo proviene del latín y alude a *retorcimiento, torsión*. Este origen marca su diferencia cualitativa en relación a puniciones anteriores ya que «se proyecta sobre el cuerpo con el fin de que éste se deshaga, se retuerza, se aleje del cuerpo que antes era». (Iñiqui Rivera Beiras, prólogo de Ignacio Mendiola, 2014: 14–24)

Esta forma de dominación, que aspira a ser absoluta, consiste en infligir dolor sin límite de tiempo ni de intensidad. La víctima solo puede centrar la atención en el dolor padecido, con lo cual todo otro contenido de la conciencia parece no tener cabida. El dolor físico llevado a su extremo atraviesa esa frontera de la intimidad que habitualmente le permite al ser humano establecer una distancia entre sí mismo y el mundo. Penetra el cuerpo, lo invade y lo arroja a

... la desnudez solitaria en la que todo es posible, la *negación* radical de los hábitos y hábitos que posibilitan la subjetividad, el despojo violento de la habitualidad [...] que sustenta al sujeto, la imposición de una irrestricta negación de la vida que aquí será leída como una captura de la subjetividad compelida a habitar lo inhabitable... (Mendiola, 2014: 25)

En esta situación el torturado está al mismo tiempo aislado y totalmente expuesto, a disposición del verdugo:

Cuerpos enfrentados y confrontados de modo desequilibrado para obtener la confesión del prisionero. Para conseguir, mediante el arrasamiento de la biología, la verdad escondida en estos cuerpos [...] La confesión no es más que un síntoma de la pulverización de [la] identidad [del sujeto capturado]. (Eltit, 1996: 108)

Elaine Scarry (1985), cuyos estudios sobre el tema son canónicos, detectó en la tortura la capacidad de destruir el lenguaje. El dolor llega a

disolver la palabra: la voz humana deviene queja y alarido, y finalmente colapsa en el silencio. El dolor, en su negatividad, llega a enajenar al torturado de su propio cuerpo y de su propia voz.

La tortura busca la pulverización de la identidad y la enajenación de la propia voz aunque, como dice Mendiola, el primer objetivo del torturador es:

...quebrar la resistecia del torturado, despojarlo de todo aquello que pudiera actuar a modo de refugio, de salvaguarda en donde guarecerse de la violencia simbólica y física que comienza a recibir; despojarle de objetos personales, de la posibilidad de tener relaciones con otras personas, quebrar su ánimo, su fuerza, que se vaya reduciendo a cuerpo, que nada medie entre ellos, que no se resista. (2014: 314)

Sin embargo, en ese desmesurado proceso de expropiación, se presenta a veces –como un chispazo– la posibilidad de resistir.

Mi cuerpo se afirmaba a través de una insurrección visceral que pretendía negarme en tanto que ser moral. Me pedía que capitulara ante la tortura, lo exigía. Para salir vencedor de este enfrentamiento con mi cuerpo tenía que someterlo, dominarlo, abandonándolo al sufrimiento del dolor y de la humillación. (Semprún: 2011)

El escritor –un militante que tenía conciencia de la posibilidad de ser torturado y que asumió ese riesgo– busca la forma de vencer en el enfrentamiento con el verdugo y con su cuerpo, abandonándolo al sufrimiento. Esta estrategia, que otros testigos también han descrito, es mecanismo de fuga. Esto significa que no siempre se logra destruir al detenido: a menudo afloran formas de reacción que desafían en las peores condiciones imaginables. El torturado puede lograrlo por un tramo, hasta ceder, o puede conseguirlo por tiempo indefinido. Mientras resista no será hablado por el lenguaje del torturador, no acabará sin lenguaje, no acabará mudo. El torturador tiene posibilidades de vencerlo porque tiene «todo el tiempo del mundo», pero la suya es un arma de doble filo: fuera de la sala de torturas (y dentro de la tortura cotidiana del campo) el detenido puede ser anulado pero también recuperarse y sostener el habla y su identidad, sobre

todo, como ya indicamos, si logra vincularse con otros. Se trata de una batalla con victorias y caídas en la que intervienen muchos factores, pero lo cierto es que esta lucha está sostenida por «la voluntad, la voluntad desolada», al decir de Antelme, de resistir. En suma, la tortura no es un proceso irrevocable. Todo depende, como nos enseñara Sartre, de qué se hace con lo que le hacen a uno.

Una vez concluidas la tortura y sus condiciones de posibilidad, ya «en libertad», las marcas grabadas en el cuerpo y la memoria también varían de acuerdo a cómo el acontecimiento se inscriba y se reconozca, se haga público, se denuncie; según cómo se admita la denuncia, cómo se la escuche, cómo se la confronte. La historia latinoamericana muestra que estos procesos se ven afectados de acuerdo al rol que asuma el Estado en la etapa postdictatorial: si admite su responsabilidad en relación a los crímenes y legitima la palabra del testigo, esto favorece el proceso de elaboración. A mi juicio, no se puede afirmar que todo torturado pierde para siempre la confianza en el mundo, como decretó Améry. Si bien la tortura abre una herida indeleble, su capacidad aniquiladora –si no desemboca en la muerte– no es total. Con esto no quiero disminuir su gravedad sino dar cuenta de la posibilidad de enfrentarla.

Tortura y lenguaje: El exilio que producen el campo y la tortura equivale a una expulsión violenta de la condición humana y se quiere imponer como una partida sin retorno.

En la penetrante radiografía de la tortura realizada por Orwell en 1984, [se] apunta algo que recorre de forma recurrente los relatos de los torturados: «Lo que está ocurriendo aquí es para siempre. Es preciso que se te grabe [...]. Te aplastaremos hasta el punto en que no podrás recobrar tu antigua forma. [...] Todo habrá muerto en tu interior. Nunca más serás capaz de amar, de amistad, de disfrutar de la vida, de reírte, de sentir curiosidad por algo, de tener valor [...] Estarás hueco. Te vaciaremos y te rellenaremos... de nosotros»⁴¹.

Jean Améry, en su propio testimonio, refrenda estas palabras con su dictum: «quien ha sido torturado, *permanece como tal*»:

⁴¹ Citado por Mendiola. Orwell, 1984. Barcelona: Ediciones Destino, 2007 (313)

Quien ha sufrido la tortura ya no puede sentir al mundo como su hogar. La ignominia de la destrucción no se puede cancelar. La confianza en el mundo que ya en parte se tambalea con el primer golpe, pero que con la tortura finalmente se desmorona en su totalidad, ya no volverá a establecerse. En el torturado se acumula el terror de haber experimentado al prójimo como enemigo, sobre esta base nadie puede otear un mundo donde reine el principio de esperanza. La víctima del martirio queda inerme a merced de la angustia. (Citado por Mendiola, 2014: 299, Améry, 2001: 107)

Esta afirmación de Améry, a mi juicio, no se puede generalizar, ya que hay torturados que vuelven a sentir el mundo como su hogar aun cuando las secuelas siempre sigan presentes. Lo que no cuestiono es que «esta sacudida profunda está concebida para mutilar el lenguaje», como insiste el sociólogo español.

¿Cómo se narra el haber sentido en el propio cuerpo la infamia de la mutilación? [...] Habitar lo inhabitable es habitar la ruina del lenguaje que ha quedado adherida a la vivencia misma de la tortura, como si el daño sufrido comportase, en última instancia, una cierta imposibilidad de dar cuenta de lo vivido. (300–301)

Pero justamente porque «Lo vivido naufraga en el lenguaje», continúa Mendiola, es crucial el esfuerzo de narrarnos, por «reapropiar el lenguaje para narrar la negación del habla, de lo humano» (2014: 303). En esta labor radica la única posibilidad de retorno. Porque «la tortura no solo produce una mutación del lenguaje que [...] transita por el grito, el silencio y la culpa, también quiere dejar su impronta cuando ya no hay tortura» (2014: 307).

El motivo de silenciar y el temor detrás del silenciamiento [...] es enterrar la memoria profundamente dentro del individuo para así crear más temor y una incertidumbre en la cual la realidad y lo onírico se entremezclan (Taussig, 1995: 45, citado por Mendiola, 2014: 307).

«La tortura que se precipita al silencio, tornada incommunicable», logra su cometido. El torturador quiere aislar a su víctima, es él quien produce un

lenguaje para manufacturar la ausencia de lenguaje, parafraseando a Idelber Avelar. Es él quien produce el naufragio del que la narrativa puede, una y otra vez, rescatarnos del ahogo, desexiliarnos.

Según Mendiola, quienes no han sido torturados no pueden vincularse con esta experiencia sino por medio de testimonios. Partiendo de la sentencia de Avelar, para quien «la gran victoria del torturador es definir en qué lenguaje se nombrará la atrocidad», pone el acento en su importancia para revertir esta situación; ante todo con miras a impedir que los efectos de la tortura queden circunscriptos al padecimiento personal, para evitar que perduren como una «no experiencia». Las sociedades deberían obrar a contracorriente del mandato de la tortura –afirma– y asumir el relato del testigo. La rememoración de la tortura no es una sombra siniestra que haya que sortear para no traumatizar al lector o al oyente, sino, por el contrario: «la tarea eminentemente política [...] pasa por *empezar a hablar y hablar*, trabajar a contracorriente de la incomunicabilidad de la tortura»⁴². El testimonio, concluye, actúa como «mecanismo de relectura crítica de nuestras sociedades».

En la región del Cono Sur, los testigos ya hemos asumido la tarea desde hace tiempo; falta, y no me canso de reiterarlo, que la escucha se expanda. «Porque más que torturadores hay contextos de producción de tortura», y si se silencia el relato de la tortura, si se lo mutila, no se asume lo fundamental, a saber, que tuvo lugar y *que sigue teniendo lugar* en el mundo en que vivimos: «narrar la tortura sufrida es narrar(nos) la tortura» (Mendiola, 2014: 308 a 310).

Transmisión: Según Arfuch, el mejor modo de transmisión de esta memoria es «el debate y la inquietud, o la inquietud del debate» (2013: 69). Quien se hace cargo de estos temas procura interpelar al Otro, o al orden simbólico. Por algo el poeta Paul Celan deseó que su poesía fuera como un mensaje dentro de una botella lanzada al mar, que anclara en *la tierra del*

⁴² Hablar de la tortura es hablar de todo el proceso de desaparición forzada de personas. No se trata de describir la escena misma en todos sus detalles con un exhibicionismo morboso, sino referirse a la tortura como método sistemático de anulación y control del otro.

corazón. Pero, ¿qué se transmite? Lo que se transmite es la forma que asume la huella.

Jorge Montealegre (2013) describe el desplazamiento de memorias que se manifiestan o permanecen opacadas hasta que irrumpen por diversos factores; entre ellos, la posibilidad cultural de escucha. Se va conformando así una suerte de constelación testimonial conformada por palabras, textos, imágenes y voces que se transmiten de las formas más variadas: mediante el testimonio en los juicios, la memoria oral, las marcas urbanas del terrorismo de Estado, los museos de la memoria, y otras múltiples intervenciones visuales, performáticas y discursivas que plasman la memoria colectiva. La aparición de cuerpos en las costas argentinas y uruguayas o en el desierto de Atacama son también mecanismos de transmisión, siempre que alguien se haga cargo de esos restos que vuelven; también lo son las baldosas colocadas en Buenos Aires por Barrios x la Memoria (que indican dónde secuestraron o dónde vivían, trabajaban o estudiaban los desaparecidos), entre muchos otros ejemplos.

A medida que los testigos van desapareciendo no queda quién transmita *esa* historia. Por eso decía Semprún: «Yo espero que, incluso sin tener ningún lazo familiar con esa experiencia, los escritores de hoy se apropien de esa memoria» (2011). Se trata de una «memoria colectiva» que cualquiera puede hacer suya. Este concepto, creado por Maurice Halbwachs pocos años antes de morir en el campo de exterminio de Buchenwald, sostiene que la memoria no existe en singular, que uno no recuerda solo sino en su medio social. Y como ese medio lo conformamos todos, la transmisión sigue vigente.

Trauma: El trauma es, ante todo, una experiencia perturbadora que irrumpe en el presente trastocando su temporalidad. El pasado parece aprisionar el presente y eso genera inmovilismo: el sujeto siente que no puede transformar nada y queda atrapado en una narrativa recurrente. Solo si el afectado identifica sus experiencias traumáticas puede modificar el modo en que visualiza las conexiones entre presente y pasado y salir del encierro. Según el psicoanalista LaCapra, el trabajo de elaboración (*working through*), al armar una identidad capaz de lidiar con esa huella, puede

ayudar a desmontar esta suerte de prisión dolorosa; la narración sería la que posibilita la reconstrucción del sujeto. Derrida, en cambio, considera que es fútil tratar de liberarse del trauma; lo que se puede, a lo sumo, es frenar su acecho intolerable. Siempre se corre el riesgo de una recaída, porque toda elaboración identitaria es inestable: lo viable es construir una identidad que pueda enfrentar esa potencia disruptiva. Bruno Bettelheim (1980: 24–25) anticipa la posición de Derrida. Según él, quien sobrevive tiene que enfrentar dos aspectos del trauma: tanto la experiencia concentracionaria en sí como sus efectos, que se prolongan toda la vida, por lo cual siempre tiene que estar alerta para no sucumbir a ellos.

Lo traumático –observa Cathy Caruth (1995)– se posesiona del sujeto como síntoma mucho después de ocurrido el acontecimiento disparador: habría una negación inicial y temporaria (período de incubación o latencia) y una aparición y procesamiento posterior. Quizás por este motivo los testimonios más distanciados temporalmente de lo padecido sean los más aptos para encarar el trabajo de elaboración (Reati, 2004).

Lo que nos importa destacar en relación al trauma masivo generado por el genocidio es que la elaboración requiere un proceso prolongado que debe darse a nivel social, colectivo y político. Ileana Rodríguez (2018) resume así su significación y efectos:

Lo importante del trauma, sostiene Caruth, es que no solo es una experiencia sobrecogedora, perturbadora e inesperada de eventos repentinos y catastróficos sino también que *no la podemos entender y lo que hacemos es repetirla, dilatarla, diferirla. Dicha experiencia es histórica pues ocurre en el espacio de una temporalidad colectiva, política, producto del encuentro con la muerte (nuestra propia vulnerabilidad) o de haberla sobrevivido. [...] Pero ¿qué es lo que precisamente no se puede aprehender en el trauma y qué significa para la historia ser la historia de un trauma? Lo que no se puede aprehender es el evento mismo, la experiencia sobrecogedora. De ella solo se puede aprehender su huella, su inscripción; de ella solo se puede comprender su repetición y constante diferir.* Así, por un lado, la memoria graba e inscribe, es un archivo, es el archivo de la memoria histórica, o el archivo del mal [...], y por el otro, el

trauma disimula, destruye, prohíbe, la apropiación del evento por el poder que lo retiene y borra. (Subrayado mío, Rodríguez, 2018)

Verdad y justicia: El testimonio no es un medio destinado a proveer información y conocimiento basado exclusivamente en hechos, aunque pueda hacerlo; su papel, más bien, es «documentar ciertos aspectos de la mente humana» (Levi, 1961: 5). Ésta sería *su verdad*. Una verdad que, según Reyes Mate, busca que se haga justicia. «La verdad como justicia» es distinta de la «verdad objetiva» y distinta también de la verdad impasible del idealismo: es «la actualización de las injusticias pasadas» (2013: 237–38). No se trata ya de recordar para que no se repita, sino de *responder por la injusticia causada*. Y esto significa *hacerles justicia a las víctimas* (2013: 244). El testigo asume *la responsabilidad absoluta* de contar lo vivido con miras a *responder por este sufrimiento*. En conclusión, «quien padece la injusticia tiene la palabra que desencadena el proceso de la justicia» (2013: 246).

Los sobrevivientes sienten, a menudo, el impulso de contar *su* verdad. Para hacerlo van rescatando hilachas de rememoraciones, retazos de escenas que no se asimilan como experiencia propia sino mediante la narración. Saben que es imposible «decirlo todo, mostrarlo todo, completar todos los datos hasta que ya no quede ningún hueco...», aunque, paradójicamente, esta es la exigencia que hoy se le plantea a toda memoria, regida por dispositivos de transparencia (Forster, 2000: 35).

La memoria (de esas experiencias devastadoras), aun la de los sobrevivientes, tiene siempre algo de impostura y de imposibilidad, como si esa experiencia se hubiera quedado clausurada en el silencio de los que no regresaron. Pero lo grave no radica en esa obturación sino en creer que podemos dar cuenta y que podemos exigirle a los sobrevivientes que den cuenta del horror de la forma en que estamos acostumbrados a aceptar como única: la veraz y transparente, la informada, la heredera de la impudicia cinematográfica, que todo lo ve y lo muestra. (Forster, 2000: 38)

El testigo emprende la búsqueda de sentido de su pasado mediante un esfuerzo anamnético. Para ello selecciona, organiza, compila, imagina y arma un relato que conserva y deforma, construye una verdad experiencial.

Franz Rosenzweig⁴³ elaboró una filosofía experiencial según la cual la verdad «no se agota en sí misma, sino que remite a algo o a alguien fuera de sí: la verdad es verdad para alguien». «La verdad no se consigue con demostraciones apodícticas, *sino por el testimonio que de ella se da*» (Reyes Mate, 2013: 172–173). En otras palabras, «las verdades de la existencia son el testimonio de la verdad», no se miden por un criterio objetivo que decide lo que es verdadero o falso: «en la realidad de la existencia, la verdad no se prueba racionalmente, sino que se aprueba, se testifica» (Rosenzweig 1989: 76–77, citado por Reyes Mate, 2013: 174). Hay verdades que dependen de un esfuerzo especulativo pero hay otras «que el hombre no puede confirmar sino con la ofrenda de su vida». «Estamos, pues, ante una lógica que “valora las verdades según el precio de su confirmación y según el vínculo que crean entre los hombres”» (Rosenzweig, 1989: 77, citado por Reyes Mate, 2013: 175).

El sobreviviente de un campo paga con su vida la verdad que le ha tocado experimentar, no solo porque en muchos casos el acto de testimoniar se transforma en su vida, sino porque por testimoniar puede perderla. Esa es la garantía de su verdad, por eso es verdad.

⁴³ Filósofo y teólogo alemán (1886-1929), uno de los más destacados del siglo XX. Influyó en pensadores como Walter Benjamin y Emmanuel Lévinas, entre otros.

III

URUGUAY, CHILE Y ARGENTINA

EL PLAN CÓNDOR

Hasta para un funcionario judicial con muchos años de revisar crímenes, el caso es horrendo. Son miles de papeles manchados de sangre [...] donde se registran fríamente asesinatos, torturas y secuestros, y que muestran cómo fue creciendo un mecanismo multinacional de represión. [...] No es fácil, porque podría suponerse que la documentación es más ascética, pero no. No es más ascética. Es como que se puso sangre en un freezer. Está como congelada. Lo congelado quizá no es caliente como el testimonio, pero lo tenés ahí, lo mirás y te das cuenta que es tremendo [...] Describimos a Cóndor como un marco [...] que estandarizó prácticas de coordinación represiva que ya estaban presentes en la región, con el claro objetivo de facilitar la destrucción de todas las personas y de todas las organizaciones que se presentaran como opositores a las dictaduras.

PABLO OUVIÑA, fiscal en la causa (Buenos Aires, 2016)

La Interpol contra la subversión

El Plan Cóndor fue una alianza vigente entre mediados de la década de 1970 y principios de los ochenta entre países del Cono Sur, cuyo objetivo era arrasar con la resistencia política mediante la transnacionalización clandestina del terrorismo de Estado. Esto implicó en la práctica la persecución y desaparición forzada de dirigentes, de cuadros medios y de base de las organizaciones políticas, además de la expropiación de bienes económicos y del desprestigio internacional de la militancia a través de campañas de acción psicológica. Fue un ejemplo de interacción entre los países con un objetivo común, que hizo pasar a segundo plano las históricas hipótesis de conflicto que había entre varios de ellos.

El tema está muy vigente debido a los juicios realizados a partir de 2013 en la Argentina y de 2015 en Italia. Un tribunal federal argentino condenó en 2016 al último presidente de facto, Reynaldo Bignone, y a otros catorce ex militares por la desaparición de más de un centenar de personas en el marco de esta represión coordinada. La sentencia es histórica puesto que es la primera vez que un tribunal da por probado que el Plan Cóndor operó entre las dictaduras de Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay para eliminar disidentes. En 2017 se estableció el veredicto en Italia: fueron condenados a prisión perpetua ocho de los veintisiete militares acusados del asesinato de una veintena de italo-latinoamericanos.

El sobreviviente Martín Almada, tras haber sido secuestrado, torturado y liberado dos veces, se exilió en Francia, donde conoció al jesuita Charles Antoine. Ambos se abocaron a buscar el «Nido del Cóndor», hasta que Almada encontró, en Paraguay (1992), la documentación que resultó crucial para el caso:

...había tres lugares posibles para esconder el archivo de la represión [...]
Una tarde fuimos a un lugar que el cura me señaló. Había una abuela en la

calle y me dice, «¿usted es Martín Almada el maestro combatiente?». Le digo que sí y me abraza. [Me dijo:] «Maestro cuando hay truenos y relámpagos, no se acerque al lugar. Porque lloran los argentinos, lloran los chilenos, los brasileños». Y le pregunté, «¿están ahí?». «No, están sus almas», me respondió. Pero no solo la abuela lloraba. Cuando durante la entrevista contaba esto, los ojos de Almada también se llenaron de lágrimas. (Elena Llorente, *Página 12*, 1/10/15)

«La Interpol contra la subversión» (expresión acuñada por Manuel Contreras, nombrado por Pinochet para presidir la DINA) proponía una organización central, y la sede fue en Chile; desde ahí se configuró una red de inteligencia que coordinó las operaciones con un télex instalado en cada embajada.

[Hay] dos bases que aportaron el fundamento ideológico: la Doctrina de Seguridad Nacional con base en Estados Unidos y la doctrina francesa. Además estuvieron muy relacionadas. Una toma de la otra. [...]. Y esa base ideológica después es tomada por los latinoamericanos que las adaptan a las circunstancias de sus países. (Alejandra Dandan, *Página 12*, 30/8/15)

En junio de 1999 el Departamento de Estado de los EE.UU. desclasificó documentos que muestran que el Departamento de Defensa y la CIA tenían conocimiento del Plan. También trascendió que hubo financiamiento por parte de la CIA y del FBI (McSherry, 1999: 145).

Uruguay: la caída de un mito

El mito instalado en nuestra región reza que Uruguay, considerado en la década del cincuenta «la Suiza de América» por ser el país más avanzado en términos de derechos civiles de la región, sufre de golpe, poco antes de los setenta, un deterioro político notable que desemboca en las políticas dictatoriales compartidas por otros países del Cono Sur. Esto resulta sorprendente ya que, para mediados del siglo XX, la forma colegiada de gobierno que precedió al sistema presidencial ya había aprobado leyes sociales y laborales avanzadas que lo transformaron en el primer «Estado de bienestar» del continente. Este pequeño territorio de menos de tres millones de habitantes, poblado principalmente por inmigrantes europeos que impulsaban la educación laica (fue el primero en las Américas en separar Iglesia y Estado), rico en producciones que le permitieron enriquecerse en la época de las guerras mundiales, había logrado un gran desarrollo cultural sostenido por una tradición democrática. Sin embargo, a pesar de su aparente estabilidad, no tardó en sucumbir al paradigma regional del Plan Cóndor.

¿No será que este relato de la historia uruguaya falla?⁴⁴ Si no logra dar cuenta de cómo en un país con tal tradición pudo institucionalizarse una dictadura feroz, puede que haya que revisar sus premisas. Si se relea la historia con atención se percibe que, pese a su aparente perfección, la situación uruguaya evidenciaba problemas estructurales que se agudizaron entre los cincuenta y los sesenta, generando las condiciones que posibilitaron el cambio radical en los setenta. Magdalena Broquetas (2014) muestra cómo, en esas décadas, la derecha se fue acostumbrando a soluciones autoritarias y al anticomunismo y cómo, en el momento de la crisis, ciertos hábitos ideológicos

⁴⁴ La imagen de postal de esta Suiza de América se empieza a cuestionar al fin de la dictadura. La nueva visión crítica no solo detecta la dependencia socio-política y económica tanto del Uruguay como de todos los Estados nacionales de la región conformados en el siglo XIX, sino también el etnocentrismo que los atraviesa.

marcaron un rumbo a seguir. Entre los varios factores que colaboraron a que la violencia política y social se fuera agudizando a partir de los sesenta, la autora hace hincapié en:

[El] proceso de profundización de la injerencia estadounidense en los asuntos internos del Uruguay [...] respondió a intereses hemisféricos de ese gobierno [que procuró] alianzas y zonas de influencia estratégicas [...] Hacia 1966 los logros, desde la perspectiva de los intereses estadounidenses, eran significativos: Uruguay había ingresado en la senda de la profesionalización de sus fuerzas de seguridad, se asistía al final del sistema de gobierno colegiado y se habían ganado, en diferentes niveles de liderazgo y decisión, numerosos e importantes aliados adeptos a la causa occidental liderada por los Estados Unidos. (2014: 265)

En esta etapa se prefiguraron tendencias que acabarían por emerger, al adoptarse definitivamente la restricción de libertades fundamentales mediante el establecimiento permanente de legislación de excepción que consolidó la transformación del Estado de Derecho en Estado Policial. A partir de entonces se constituyeron nuevos grupos derechistas y se incorporó la doctrina de guerra contrarrevolucionaria que dio lugar al golpe, aprobado por el presidente de la Nación.

Para detectar el origen de la praxis autoritaria se requiere rastrear ciertas variaciones semánticas que se fueron produciendo en este horizonte. Por ejemplo, en la década del sesenta, cuando el gobierno empieza a aplicar, por tiempos cada vez más extendidos, Medidas Prontas de Seguridad⁴⁵ ante la conflictividad social, se comienza a llamar «agitadores» a los sindicalistas y aparece el uso reiterado del término «subversivo» (primero para designar el conflicto y enseguida para nombrar a sus protagonistas) (2014: 215). Mientras tanto, a las expresiones de protesta que se organizan ante la crisis se las empieza a catalogar de «asonadas». Esta palabra, a su vez,

...derivó en una crítica al sistema de gobierno colegiado, [...] un tópico frecuente que, en la víspera electoral, justificó la imperiosa necesidad

⁴⁵ «...las Medidas Prontas de Seguridad recortaban temporalmente derechos individuales y libertades políticas [...] Fue de este modo en que, según lo percibieron los gobernantes, el “poder político” enfrentó al “poder sindical”» (Broquetas 2014: 259).

de una reforma constitucional que [...] restableciera un Poder Ejecutivo unipersonal, lo cual coincidió con los intereses estadounidenses en Uruguay. (2014: 318)

También se comenzó a calificar de «gimnasia revolucionaria» a las manifestaciones en las que los trabajadores expresaban sus reivindicaciones y de «enemigo subterráneo» al agitador sindical (2014: 217). Este vocabulario, compartido por los movimientos de la derecha conservadora, fue tornándose cada vez más usual e instaló en la lengua y en el imaginario la legitimidad necesaria para implementar una legislación de excepción (2014: 259). Los sucesivos gobiernos, instigados por el apoyo proveniente del exterior y por la nueva ideología que se iba filtrando en el lenguaje (ahora discriminatorio y criminalizador de la protesta), fueron borrando con el codo las leyes laborales que se habían firmado pocos años antes.

Broquetas, que basa sus afirmaciones en testimonios del ex miembro de la CIA Philip Agee y en documentación de la época, pone en escena la complejidad de las organizaciones de derecha y de su universo ideológico: sus dos corrientes principales, entre los cincuenta e inicio de los sesenta, eran: por un lado, la derecha extrema, nacionalista, antisemita y anticomunista y, por el otro, la liberal. Esta última empieza a transformarse y a sostenerse como liberal de palabra, aunque, cada vez adhiera, más a una violencia que va en aumento al percibirse amenazada por un «enemigo» político y social (2014). Si bien los movimientos nacionalistas defendían abiertamente la violencia en clave revolucionaria mientras que el discurso demócrata liberal lo rechazaba, la promoción de grupos estudiantiles y/o sindicales alternativos y el apoyo a estructuras clandestinas revela cómo se va perfilando un horizonte insurreccional en el que la violencia armada se considera ineludible (2014: 253). El enemigo se va movilizandando a medida que la injusticia social aumenta. Dentro de este «heterogéneo mapa social [aparecen] grupos de choque fomentados por los servicios de inteligencia estadounidenses [entrenados] en función del imaginario y las percepciones dominantes durante [...] la polarización de la Guerra Fría» (2014: 252–253). Todo esto convergió en la incipiente formación de grupos parapoliciales y paramilitares a los que un vasto sector social les dio tácita piedra libre, gracias a la adquirida convicción de que había una guerra

contrarrevolucionaria en ciernes y que la Doctrina de la Seguridad Nacional era la respuesta adecuada (2014).

No sorprende entonces que, en ese «país modelo» se politizaran las masas y se formara el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros a mediados de los sesenta. La ideología de izquierda de la época creía en la «exacerbación de las contradicciones» para obligar al Estado a mostrar su verdadera naturaleza, ya que los sectores más pobres sabían que los poderosos no entregarían sus riquezas ni beneficiarían al pueblo voluntariamente. Por eso Raúl Sendic, fundador del movimiento Tupamaro (junto con Eleuterio Fernández Huidobro, Mauricio Rosencof y Gerardo Gatti), decide que la lucha armada es la única forma de llegar al poder. Este movimiento logró un importante apoyo para acciones como la campaña de intimidación contra la policía desarmando agentes, el asalto al Centro de Instrucción de la Armada y los secuestros de diplomáticos para canjearlos por presos. Entre otras acciones, se construyeron las Cárceles del Pueblo y se secuestró a Dan Mitrione⁴⁶. En este horizonte la represión se agudizó con una brutalidad inusitada y, en 1972, Sendic fue capturado en medio de la campaña militar que destruyó la resistencia armada.

Entre el 27 de junio de 1973 y el 1 de marzo de 1985 se instaló en Uruguay la dictadura cívico-militar, período durante el cual el país fue gobernado por un poder surgido tras un golpe de Estado similar al que se produciría, poco después, en Chile y más tarde en la Argentina.

En 1980 un plebiscito rechazó la dictadura votando por el No (como en Chile diez años después), dando lugar al inicio de un proceso posdictatorial que posibilitó el regreso al país de los exiliados y cierta restauración de los lazos sociales. Sin embargo, la población apoyó, en un referéndum, la llamada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (1986), que sus críticos llamaron Ley de Impunidad porque equivalía a una amnistía para quienes

⁴⁶ Figura emblemática del cambio de paradigma, Dan Mitrione fue maestro de tortura de la CIA en América Latina entre fines de los sesenta y principios de los setenta. Sus enseñanzas, que versaban sobre «el dolor preciso, en el momento preciso, en la cantidad precisa, para el efecto deseado» terminaron con su secuestro y ejecución en 1970 por los Tupamaros. Costa Gavras, en su película *Etat de Siège* [*Estado de Sitio*] de 1973, recreó al personaje y a los Tupamaros, que no torturaban sino que filmaban los interrogatorios a sus detenidos con vistas a la difusión de sus crímenes. Alejandra Patar, «Dan Mitrione, un maestro de la tortura». *Clarín* 2/9/2001 <<http://edant.clarin.com/diario/2001/09/02/i-03101.htm>>.

cometieron crímenes de lesa humanidad. Finalmente, en 2011, la Suprema Corte de Justicia la declaró inconstitucional⁴⁷.

Paradójicamente, juzgar la metodología del terrorismo de Estado no fue prioritario para el Uruguay posdictatorial, tal vez porque dicho ideario no responde al del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro, varios de cuyos fundadores son parte del Frente Amplio que gobierna el país. En diversas declaraciones han dado a entender que prefieren asumir el precio de la derrota, por duro que sea, y abocarse a encarar las injusticias del presente. Eleuterio Fernández Huidobro, detenido en las cárceles de la dictadura por doce años y ministro de Defensa del Frente Amplio durante un período presidencial, declaró: «En Uruguay hay una lucha por los derechos humanos de tal fecha a tal fecha, es decir cuando me pegaron a mí, lo demás no interesa» (9/1/2014)⁴⁸. Este ensayo plantea, por el contrario, que los abusos del presente y los del pasado están ligados, y que lidiar con la metodología sistemática de exterminio es ineludible. Hay que hacerse cargo de los crímenes de lesa humanidad, que siguen cometiéndose hasta que no se juzguen y condenen⁴⁹.

⁴⁷ La comúnmente llamada «Ley de Impunidad» o Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (1986) se establece «respecto de los delitos cometidos hasta el 1º de marzo de 1985 por funcionarios militares y policiales, equiparados y asimilados por móviles políticos o en ocasión del cumplimiento de sus funciones y en ocasión de acciones ordenadas por los mandos que actuaron durante el período de facto». Esto equivale a aprobar que el terrorismo de Estado no se juzgue.

⁴⁸ En línea: <<http://www.elpais.com.uy/informacion/fernandez-huidobro-fa-hay-antimilitarismo.html>>.

⁴⁹ En Uruguay muchos comparten esta mirada, como la ex fiscal Mirta Guianze que declaró: «Cuando los hechos se prueban en un juzgado y se contrastan con la opinión del imputado, cobran fuerza y pueden ser difundidos para que la gente conozca la verdad» (*El Universal*, 27/6/18). En línea: <<http://www.eluniversal.com/internacional/13548/causas-judiciales-sin-avances-tras-45-anos-del-golpe-de-estado-en-uruguay>>.

Lucha cultural y debate literario

La persecución a la cultura se inaugura en 1974 con la clausura de *Marcha*, el prestigioso semanario literario fundado en 1939 por Carlos Quijano y cuyo secretario de redacción era Juan Carlos Onetti. Se cerraba así el foro más importante de la generación crítica y se dispersaba a los escritores (Olivera-Williams, 1990: 70) Tras la publicación de «El guardaespaldas» de Nelson Marra cuyo protagonista es un torturador, los militares secuestraron la edición de la revista y detuvieron al director y al escritor Onetti, quien había seleccionado el cuento. El hecho culminó con cargos a *Marcha* por pornografía y desacato, y acuñó el modelo del proceso de devastación político-cultural emprendido a partir de entonces: requisas de bibliotecas, maltrato y hasta secuestro a artistas. Al pianista argentino Miguel Angel Estrella, recluso en la cárcel «Libertad», lo amenazaban sistemáticamente con cortarle los dedos. Partieron al exilio músicos, periodistas, dramaturgos, críticos y escritores. La dictadura prohibió una serie de obras y de autores (García Márquez, Cortázar, Benedetti, Faulkner, Galeano, Shakespeare, entre otros); también prohibió canciones y cantores (Viglietti, Zitarrosa, los Olimareños y hasta varios tangos de Carlos Gardel) y se generalizó la autocensura. Hasta la aparición de *Pedro y el Capitán* (1979), valiente obra teatral de Benedetti sobre la tortura, nadie se había atrevido a confrontar públicamente al Estado Terrorista que, entre 1974 y 1979, intentó dismantelar el movimiento cultural uruguayo.

La generación fantasma, según Mabel Moraña, sería la resultante del vaciamiento producido en ese período. Esta crítica uruguaya considera que, en la primera etapa del llamado autogolpe, surge una literatura distanciada de la política que alude difusamente a la realidad (1988), mientras que la producción contestataria se elabora en el exilio y se centra en la denuncia al régimen a través de declaraciones y testimonios de sobrevivientes. Sin embargo, como indica Alfredo Alzugarat en *Trincheras de papel: dictadura y literatura carcelaria en Uruguay* (2007), hubo otras escrituras dentro del país nacidas en el insilio de la cárcel, que permanecieron invisibles hasta el siglo XXI.

Se ha afirmado, en más de una oportunidad, la existencia de una generación literaria nacida hacia finales de los años sesenta, generación perdida o

trunca, abortada por la fuerza despiadada de una vergüenza histórica. Se dijo de ella que el 27 de junio de 1973 fue su canto de cisne. [...] Quizá estas páginas contribuyan a demostrar cómo esa poesía rebelde, médula de una supuesta generación trunca, halló otro episodio, coherente y definitivo, en la gesta literaria de la cárcel. Tal vez sea posible afirmar que ese universo fue un doloroso filtro, que desaparecidos los grupos donde se iniciaron, sus mejores representantes encontraron en él los medios para continuar adelante (Olivera, Lussich, Padín, Altesor). Algo similar sucedió con los que se expresaban a través de la narrativa o el teatro (Rosencof, Conteris y otros). Los acompañan los que se forjaron en la cárcel, los que en ella nacieron a la literatura, aunque algunos hayan publicado por primera vez décadas después de haber vivido esa experiencia. [...]

En el universo cerrado de la cárcel la escritura debió ser reinventada desde su más mínima expresión. Nació entre sesiones de tortura con vocación de testimonio, creció en la soledad de calabozos donde solo había recuerdos, prospectos de medicamentos, hojillas de fumar. Ese fue el comienzo. Luego, la práctica colectiva y cotidiana de la escritura de cartas y el inmenso caudal de lectura que puede llegar a devorar un preso, influyeron decisivamente en su desarrollo. La censura y el acto prohibido de escribir contienen un riquísimo anecdotario que pone de relieve, por sí solo, una firme voluntad de resistencia. (Prólogo, 2007)

Alzugarat visibiliza una literatura olvidada por quienes consideraban el exilio como el único lugar donde se había tomado la palabra. Hay un amplio espectro de escrituras vedadas durante y después del terrorismo de Estado, e incluso algunos textos de autores expatriados que fueron rechazados en su país de origen cuando la única palabra legitimada era la denuncia directa (porque las versiones que mostraban un cuadro más complejo eran duramente criticadas).

Si observamos el transcurso del testimonio en la posdictadura uruguaya, en las primeras publicaciones se comienza a configurar una memoria que remite al aura de la lucha emancipatoria, al *ethos* militante. *Memorias del calabozo* de Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro se publica en 1988 en el marco de la campaña del plebiscito sobre la Ley de Caducidad, y esa no era la hora adecuada para problematizar la noción del heroísmo de la resistencia. Carina Blixen observa que el cambio en la mirada se produce más adelante, con *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador* (2003) de

José Jorge Martínez, cuando el preso cuenta «un quiebre en la tortura» (Blixen, 2006: 3). En esta etapa los textos muestran, además, una mayor conciencia en el uso del lenguaje: «la escritura es entendida como el ejercicio de una ética que desmonta preconceitos y que desconfía de la inocencia de la referencialidad, sin negarla» (*Idem*: 6)

La primera novela testimonial que se inscribe en esta corriente, y que entreteje el discurso de la violencia estatal y de la resistencia a través de una multiplicidad de voces es *El color que el infierno me escondiera* de Carlos Martínez Moreno, premiada en 1980 en México⁵⁰. Este libro desató un intenso debate en Uruguay, sobre el que vale la pena explayarse porque sigue vigente en nuestros tiempos.

En su impugnación pública, Ruben Svirsky [uno de los fundadores del semanario *Brecha*] parte de la base de que *El color que el infierno me escondiera* no es una novela. Lo afirma sin rodeos: «no se trata de una novela ni de otra clase de ficción: es una crónica que no se anima a reconocerlo, una especie de *chronique à clef* que relata “lo ocurrido” en nuestro entrañable Uruguay durante más de la mitad de los años setenta» (Svirsky, 1981: 101). Desde su lectura, los hechos que se narran “son reales”, y en cambio lo que agregue la imaginación del escritor, “aderezo”. [...] Tampoco le interesan a Svirsky los méritos literarios que pudiera tener el libro de Martínez Moreno, supeditados estos en su opinión al tema político. Es decir, no parecen establecerse diferencias entre las formas de referencialidad del ensayo político y la de un texto [...] que, desde su ambigüedad genérica, podríamos catalogar como novela testimonial. [...] Ya en 1981, año en el que se desarrolla esta polémica, empezaba a resultar familiar la idea teórica de que cualquier narrativa es construcción discursiva, de que es lenguaje y no realidad [...]. Pero es sobre todo la discutible oposición entre novela y discurso testimonial la que tenía antecedentes claros en el panorama de las letras latinoamericanas: el destacado prestigio de la primera durante los sesenta había girado en las décadas posteriores hacia un conocimiento

⁵⁰ «... la revista *Proceso* y la editorial Nueva Imagen habían convocado en 1979 a un concurso internacional sobre «El militarismo en América Latina» en los géneros ensayo, narrativa, periodismo y dibujo. Este fue el dictamen del jurado para la categoría Narrativa, entre los que se encontraban [Carlos] Quijano, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar: [Se otorgó] el primer premio, por unanimidad, al escritor uruguayo Carlos Martínez Moreno, por la obra titulada *El color que el infierno me escondiera*, que combina una lograda técnica narrativa y un profundo valor testimonial, en la que culmina la trayectoria de un gran escritor». (Sosa San Martín, 2014)

de la realidad centrado en el «autor-testigo», que «imprimía un sentido fundamentalmente histórico» (Gilman, 2003: 343) –y político, claro–. (*Idem*)

Aunque en la década de los ochenta ya hubiera hecho eclosión la novela testimonial escrita por el sujeto de la experiencia o por un facilitador, esta variante no era bienvenida si se ponían en cuestión los criterios sancionados sobre qué es una literatura contestataria. En esta atmósfera, catalogar de crónica a la novela de Martínez Moreno era una forma velada de descalificarla.

La discusión por el género esconde un tema más acuciante: la exclusión de todo aquello que interroga, no solo las categorías estancas de cualquier visión maniquea de la historia, sino incluso los límites planteados por la ciudad letrada sobre qué es una novela. En aquel entonces solo lo puramente imaginado podía aspirar a esta sublime categoría. Lo que se lograba era descartar las versiones que, desde la literatura, se atrevían a encarar una profunda crítica social en base a la rememoración de la experiencia. En el trasfondo de esta pelea por la demarcación genérica se esboza un propósito contundente: el rechazo de una escritura rebelde, anclada en el presente pero dispuesta a deconstruir las complejidades de la historia.

Moreno volverá en posteriores entrevistas y reportajes a reafirmar su derecho de crear con libertad. Coincidirá con su opositor Svirsky en que *El color que el infierno me escondiera* no es una novela, aunque argumentando muy distintas razones, que él intenta no lo alejen del campo de la literatura [...] En otra entrevista afirma: «no me atrevo a llamarle novela», «aunque he reclamado para él las libertades de invención connatural a las condiciones del creador de ficción» (Ruffinelli, 1985: 172). E incluso, agrega meses más tarde ante otro cuestionario: tú buscarás en vano en la cara interna del libro o en la segunda cubierta del libro la palabra novela, porque nunca lo quise poner, nunca quise definir preceptivamente si eso era una novela. Eso tal vez es una especie de poema: [...] es una especie de poema nostálgico y lamentoso que nace de hechos que me hirieron muy radical y muy irrestañablemente. [...] una elegía por una derrota y una especie de alegoría de la muerte, más que un libro de combate, o más que un libro de vindicación o de apología o de justificación, propósitos que nunca me propuse⁵¹.

⁵¹ Entrevista de Nora Orthmann: 10–11. *Colección Carlos Martínez Moreno* (en proceso de catalogación). Biblioteca Nacional del Uruguay (citado por Sosa San Martín).

Según Jorge Ruffinelli (1990) la misión de la literatura en democracia, sobre todo en Uruguay, ha sido la de reelaborar mitos surgidos en las distintas etapas que fue atravesando el país, siendo los más arraigados el de la cultura y la educación de los ciudadanos, el del consenso, el de la diferenciación –que hace del uruguayo un latinoamericano europeizado– y el de la medianía –por el cual se cree estar a salvo de las crisis y de los extremos⁵²–. En gran medida, la literatura testimonial que despunta con Martínez Moreno en los ochenta procura acabar con estos mitos al poner el acento en la historia narrada desde la subjetividad, con sus paradojas y traumas. En *El tigre y la nieve* (1986), Fernando Butazzoni recoge el testimonio de Julia Flores para narrar el abuso que sufre esta mujer hasta que la liberan y se exilia en Suecia. El escritor transforma lo privado en público y la memoria en una narración que parte de un presente permeado por la angustia que le impide a la protagonista encontrarle sentido a su vida. La voz de Julia revela un desgarró que parece irreversible: «Sin que yo lo supiera ella estaba muriendo, se la tragaban los animales que traía adentro, la oscura historia todavía atrapada en su silencio» (1986: 16). Este desgarró se enlaza con la culpa de la sobreviviente ante su «quiebre» durante el cautiverio. Julia es el nombre ficticio de una ex detenida-desaparecida del campo de exterminio La Perla (Córdoba, Argentina) que se transforma en esclava sexual de su torturador, con lo cual anticipa un debate muy posterior sobre la forma que asume el poder en la zona gris. Al darle un lugar a la voz de esta mujer, Butazzoni se muestra como precursor, desde los inicios de la posdictadura, de temas considerados tabú. En *Las cenizas del cóndor* (2014) este autor profundizará por boca de sus personajes el cuestionamiento acerca de «quién es el enemigo, dónde está el blanco a batir» (Butazzoni, 2014: 311). Su respuesta es que el enemigo también anida en nosotros mismos.

⁵² Cristina Peri Rosi, exiliada en España, crea una literatura que «el vaciamiento de los mitos fundacionales» (Olivera-Williams, 1988: 75).

***Las cenizas del Cóndor.* Horror sin fronteras**

En *Las cenizas del Cóndor*, su novela más ambiciosa y reciente (Premio Casa de las Américas 2016), Butazzoni narra también la historia de una joven (Natalia, alias de Aurora Sánchez), militante uruguaya que viaja a Chile en tiempos de Allende y huye a Mendoza tras el golpe. En Argentina la secuestran y termina siendo rescatada y devuelta a su lugar de origen por un militar. Esta trama, basada en la voz de testigos que el autor/periodista recoge, se propone plantear los males alimentados por mitos nacionales como el de la Suiza de América, que de hecho arrasó con la lucha política setentista. Para el escritor su responsabilidad es narrar desde el punto de vista de quienes pagaron las consecuencias de este imaginario. Butazzoni pone en escena una historia que recién está saliendo a la luz en su país gracias al inicio de juicios por crímenes de lesa humanidad. En una época en que el periodismo corporativo adhiere a la posverdad y se libera de su obligación de transmitir noticias vinculadas a hechos reales, la literatura vuelve a cumplir una función (in)formativa.

En esta obra, que llama novela-reportaje, Butazzoni narra la historia del «Plan Cóndor», donde se conjugan vuelo literario e impronta testimonial con gran maestría. El relato parte de la aparición, en una radio (donde trabaja el autor y personaje), de un joven uruguayo que sospecha ser hijo de detenidos-desaparecidos. Su padre adoptivo, tal vez su apropiador, es un capitán del Ejército que se suicida tras dejar grabado el testimonio de lo que sabe, y el joven le ofrece al periodista ese material. Imantado por la historia, Butazzoni se aboca a desenredar una espeluznante madeja que lo llevará desde la red clandestina transnacional Cóndor hasta el KGB soviético y sus espías sudamericanos.

La trama

La escritura de *Las cenizas del Cóndor* termina en 2013, pero la trama se remonta a 1973, cuando la maquinaria de muerte impulsada por Pinochet se lanzaba a todo vapor. En Uruguay la dictadura también hacía estragos, dándoles rienda suelta a policías y militares para que descabezaran la resistencia, mientras en la Argentina la Triple A, creada por López Rega,

hacía lo suyo con el mismo estilo. La novela narra el secuestro, la tortura y la sobrevivencia de esta mujer atrapada en la red del Plan Cóndor. Tras afirmar, en el epílogo, que no hay realidad más verdadera que la ficción, el autor revela sus fuentes históricas, periodísticas y testimoniales. Y es así como, en las últimas páginas del libro, el lector accede a los personajes y circunstancias que la trama ficcionaliza: se identifican ejecutores y víctimas, espías y testigos e, incluso, ciertas situaciones vividas que lo inspiraron.

Los personajes de la novela son seres enigmáticos que navegan en la ambigüedad de la zona gris. Cuando una sociedad ha sido desarticulada es hora de que los villanos y los santos abandonen su protagonismo y dejen actuar a seres más contradictorios y multifacéticos. Butazzoni lo logra, y también manifiesta el rechazo y la sospecha que aíslan al sobreviviente, mostrando las tensiones que surgen entre los testigos y quienes los rodean. La ex detenida-desaparecida Aurora, por ejemplo, admite: «mis dos hermanas, pese a que saben la verdad, creen que estoy loca y que soy una traidora porque me casé con un milico. Ellas no me quieren y a mi hijo lo trataron siempre como si fuera un apestado» (2014: 437). Al periodista este comentario lo fuerza a indagar sus propios límites: sabe que a él también le cuesta empatizar con su situación y no puede salir de su perplejidad: «[T]raté de imaginar a esa mujer compartiendo su vida con un torturador, fraguando un engaño contra su propio hijo. Pensé en mis hijos. Aquello era demasiado» (2014: 275). Sin embargo no permanece atado a sus «principios» y escucha a la viuda, que insiste:

Ustedes son los que no sufrieron [...] Los que no conocieron el terror que está escondido dentro del terror, los que no tuvieron que mentir y humillarse y hablar y cantar y bailar para salvarse. Ustedes son los que se creen dueños de la verdad, los que condenan sin que se les mueva un pelo. Son los que duermen tranquilos porque se convencieron de que tienen la conciencia limpia. (2014: 275)

El autor deja que la conmoción que le producen estas palabras lo lance a una investigación que lo cura de su ceguera. Es en este viaje donde descubre los siniestros estratos de las corrientes del terror.

La novela enlaza las historias de tres figuras que responden a parámetros atípicos: un militar que no cumple con el mandato del pacto de sangre y de silencio, una secuestrada que cae en las garras del Cóndor pero se salva, y una espía rusa que participa, junto al militar, de su salvataje. Todos se ven involucrados en roles inesperados, llevados por una mezcla de azar y necesidad. Todos osan desafiar lo que la máquina asesina les impone.

La función de Manuel Damonte es «trasladar» a la secuestrada, Natalia (alias de Aurora Sánchez). Pero en lugar de matarla o «desaparecerla» de acuerdo a las órdenes recibidas, decide sacarla en una maleta desde Buenos Aires y llevarla a Montevideo. Enfrentado con ella a solas, en una celda, no se atreve a asesinar a un esqueleto, a una muerta viviente veinteañera, a una embarazada andrajosa con el vientre tenso. Y no se atreve tal vez porque, en esta suerte de dialéctica del amo y del esclavo que se establece entre ambos, quien posee una fuerza insospechada es la víctima. «—Todavía no me mate —dice, pero no es una súplica» (2014: 352).

[Aurora]...ya ha cruzado todas las barreras: la barrera del dolor físico, que la arrastró durante las primeras jornadas en un vertiginoso descenso al terror más absoluto; la barrera del asco moral, esa especie de repugnancia hacia su propio ser provocada por quienes se divertieron mientras la violaban; la barrera del miedo a la muerte y, acaso peor, la del miedo a sobrevivir a esa ordalía. Y también Aurora acaba de cruzar la barrera de su cuerpo, de manera que a cada instante siente cómo su materialidad se despegaba otro poco, la abandona, queda allí postrada en esa celda mientras ella se va con su hijo por el aire, flota, escapan los dos de todas las prisiones. (2014: 349)

Frente a la insoportable inmediatez de su cuerpo destrozado y grávido, Damonte es incapaz de atravesar el límite que sus superiores quieren que traspase para obligarlo al pacto de sangre que sella la unión de los perpetradores. El milagro es posible: este militar se detiene antes de obedecer e inventa una estrategia para oponerse al mandato de su superior.

El autor se cuestiona si no estará cometiendo un error al humanizar a un torturador, pero la historia real se le impone. Nos adentramos en itinerarios que, no por extraños dejan de sentirse, en la lectura, como factibles en el mundo al revés del desopilante abuso al por mayor. La mujer da a luz a

su hijo en su cautiverio argentino y, como culminación de los suplicios que le propina la Triple A en los calabozos de Coordinación Federal de Buenos Aires, sus captores le roban a Juan Carlos tras el parto en una clínica clandestina de Quilmes. Los pasos del ritual sacrificial eran «engordar a la madre» (alimentarla hasta que diera a luz), arrebatarse el bebé y después matarla. El método de robo clandestino de niños ya estaba en marcha, en la Argentina, antes del golpe de Estado, aunque, dice Aurora, «la Triple A de 1974 parecía un juego en comparación con lo que empezaron a hacer los militares en 1976» (2014: 436). Cuando le cuenta su historia a Butazzoni, le pregunta:

¿Usted nunca había oído acerca de los policías ladrones de bebés? ¿De los regalos? ¿Y de las tarifas? ¿Cuánto se pagaba por un varón sano, de más de tres kilos y menos de una semana de nacido? ¿Y cuánto valía una nena si tenía el pelo rubio y los ojos celestes? Lo hicieron en Buenos Aires y en Santiago de Chile y en Brasil. Y también lo hicieron acá, en Montevideo. A veces, el comprador se arrepentía y los bebés terminaban en otro lado, o los abandonaban en la puerta de alguna iglesia, o en una plaza. (2014: 434)

El Cóndor pasa

En la novela vemos cómo se inicia el Operativo Cóndor cuyos miembros, muy a menudo, tras la recuperación de las frágiles posdictaduras siguieron ocupando puestos claves ya sea dentro o fuera del país. La larga trayectoria del Plan se inicia a principios de 1974, cuando se reúnen en Buenos Aires delegados de inteligencia de Uruguay, Chile, Paraguay, Bolivia y Argentina. Asisten apenas algunos policías de distintos rangos, que se consideran «expertos combatientes contra el comunismo» (2014: 144). «Y queda claro desde el principio que se trata de detectar a los opositores fuera de las fronteras, noticiar de sus actividades y perseguirlos, detenerlos “o lo que sea”, llegado el caso» (2014: 145). La novela se encarga, una vez más, de proporcionar información que la prensa retacea:

El representante chileno, Raúl Eduardo Iturriaga [...] propone un proyecto [...] para formar «*como tiene Interpol en París*» un centro de datos [...]. El comisario Villar consiente en que agentes de los servicios chilenos,

paraguayos, bolivianos y uruguayos operen en todo el territorio de la República Argentina. Así, de forma por demás burocrática y silenciosa, comienza a funcionar lo que después se conocería en todo el mundo como el Plan Cóndor. Faltan aún muchos detalles, como la formalidad de su reunión constitutiva, la integración de Brasil a las actividades, la amplitud de miras que le dará el [chileno] Coronel Manuel Contreras en 1975, el apoyo sin cortapisas de Kissinger y la CIA, y los asesinatos en Europa y en Estados Unidos, pero la esencia es la misma: operar sin limitaciones, al margen de la ley y en cualquier parte. (2014: 210)

Castiglioni, el superior de Damonte, lo convoca para una maniobra de encubrimiento de un secuestro binacional. Lo usa para poner en práctica un método cuyo éxito ya habían probado los chilenos: «después de desaparecer a alguien salen a buscarlo como si nunca lo hubieran detenido» (2014: 210). Damonte, cuya misión es buscar en Buenos Aires al ya desaparecido en Uruguay, no sabe que su acción es una pantalla para el ocultamiento del crimen y por eso encara esta investigación con la seriedad que, a su juicio, requiere el caso.

Sus idas y vueltas entre las dos orillas del Río de la Plata se habían iniciado antes, a raíz de otras responsabilidades laborales. En este vaivén había conocido a una mujer que se volvió su amante: María Eugenia, personaje de aura ficcional y por ende factible en un mundo de clandestinidad globalizada: una espía rusa educada en Madrid, enviada a Latinoamérica por su protector y jefe para tomar nota de lo que ocurría en esa región. Katia, o la agente Luna, o Ekaterina Alexandrovna Liejman, o María Eugenia (en Buenos Aires), se dedica a enviar reportes sobre la Argentina a su responsable, un hombre atípico de la KGB que acabará desplazado por otros, menos interesados en la situación de Sudamérica y más dispuestos a apoyar las masacres que a frenarlas. Estos reportes revelan que la agente se había formado de inmediato una idea cabal de lo que pasaba a su alrededor: le bastaba asociarlo al acontecimiento crucial de la Europa del siglo XX (aunque, en tanto agente de la KGB aún no renegada, no llegaba a establecer comparaciones con lo que sucedía en su propio país de origen):

La situación, para la agente, tiene semejanzas con lo que les pasó a los judíos de Europa Central en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Algunos pudieron huir del genocidio porque tuvieron la certeza de que los iban a exterminar, y también porque contaban con recursos económicos para emigrar lo más lejos posible, o con amigos o parientes en otros países. Sin embargo, el grueso de los judíos quedó a la intemperie, a merced de los pogromos primero y de los campos de concentración, después. La situación se repite porque, a diferencia de lo que se dice, no se aprende de la historia: una y otra vez el horror toma a algunos por sorpresa y a otros les resulta indiferente. Y aunque los gobiernos se dan cuenta, le dan prioridad a otros asuntos. (2014: 722)

La espía presencia un asesinato de la Triple A y percibe cómo se escamotea esta realidad en periódicos donde un cuerpo baleado en plena calle no es noticia. También percibe que sus esfuerzos por alertar a la organización a la que pertenece son inútiles (uno de los agentes locales, incluso, la amedrenta para que cambie el tenor de sus informes). Es entonces cuando acepta involucrarse en la historia de Natalia/Aurora, para al menos salvar un par de vidas. Lo decide en el instante en que Damonte aparece en su departamento con el cuerpo cadavérico de la secuestrada enroscado en una valija. Su elección le dice al lector que es posible, en cualquier situación y a pesar de todo, optar por conservar la humanidad. El capitán y la agente, en lugar de seguir el guión escrito para ellos, se liberan y responden al llamado del Otro. Una reacción tan lógica como excepcional en tiempos del Mal desatado. Finalmente, tanto en el relato como en la realidad, Katia termina por desligarse de una KGB que minimiza el horror en aras de salvaguardar intereses comerciales. Tras su encuentro con la otrora agente de espionaje y actual María Eugenia Moreno treinta años después de aquella coyuntura y en su exilio venezolano, Butazzoni anota:

Esa fue la mujer que se encontró una noche con el cuerpo de Aurora Sánchez en el apartamento de Buenos Aires. Según ella, ningún entrenamiento psicológico podría haberla preparado para ver lo que tuvo que contemplar aquella vez. Su relato acerca de las condiciones en que fue transportada la prisionera dentro de una valija me resultó tan escalofriante que ni siquiera pude volcarlo en papel cuando me lo propuse

en Maracay. Dentro de mí la información estaba pero la imagen de una joven recién parida convertida en un esqueleto pútrido, era a todas luces excesiva. En aquel momento, recuerdo haber pensado que había detalles vinculados con la peripecia que, pese a ser reales, podían acabar por ser poco creíbles. (2014: 722)

Entre los tantos pormenores insólitos figura el secuestro del hijo de Aurora, Juan Carlos, con el objetivo de sacérselo al apropiador para devolvérselo a la madre. Manuel, Katia y Aurora, ya embarcados en la confrontación con los «métodos oficiales para derrocar a la subversión», organizan un operativo a la luz del día y en la vía pública para recuperar al bebé (semejante al practicado por los grupos guerrilleros que encaraban, desde los albores de los setenta, acciones tipo «Robin Hood»). El secuestro liberador se concreta y Juan Carlos seguirá al cuidado de su madre. El niño será inscripto, en 1977 (año en que el capitán Damonte pide la baja del Ejército) como hijo adoptivo de ambos. El capitán, devenido salvador y cómplice de Aurora, se casa con ella para poder inscribir al hijo y así proteger al atípico grupo familiar de posibles sospechas. Es un matrimonio por conveniencia pero la sobreviviente, que se resiste a su indeseado lazo con un represor, aprende, poco a poco, a respetarlo.

Damonte, a fines de los ochenta, se quita la vida y deja un testimonio que el «hijo», mucho después, rescatará del olvido. El joven busca a Butazzoni para entregarle las cintas grabadas donde se oye la confesión de su padrastro antes de «quitarse la vida de un balazo». Damonte se había suicidado en los ochenta (cuando estos asuntos le importaban a pocos en Uruguay), doce años antes del momento en que Juan Carlos le ofrece el material. En una entrevista para CNN Chile, en ocasión de la presentación de su libro en la Feria Internacional del Libro de Santiago (FILSA, 2014), el autor describe la escena que desató su investigación, cuando había organizado un foro radial con miembros de la sociedad civil uruguaya.

En ese foro que era en vivo en una radio de Montevideo, había varios protagonistas de las épocas anteriores. Uno [...] era Pepe Mujica, que accedió a esa mesa redonda para hablar del pasado y del futuro [...] Fue

la primera vez que se sentaron en Uruguay, en la misma mesa, personajes aparentemente contrapuestos. Y de la repercusión que generó eso surgió una llamada telefónica de un muchacho joven que me dijo que él tenía conocimiento acerca de cadáveres de prisioneros políticos desaparecidos que estaban enterrados en los fondos de un cuartel. Esa historia, que comenzó con esa llamada telefónica, yo la investigué [...] durante muchos años, durante mucho tiempo creyendo que tenía un rompecabezas que no coincidía, que me iba a quedar sin nada en la mano, hasta que poco a poco, para mi propia sorpresa, fui descubriendo que aun las cosas más inverosímiles de las que yo tuviera conocimiento habían ocurrido [...] Lo que yo descubrí es que tenía un rompecabezas de un proceso brutal que vivió, yo diría que todo occidente, en 1974. Porque durante siete u ocho meses de 1974 uno de los ejes de la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética pasaba por Buenos Aires. Y fue en la única ciudad latinoamericana que todavía estaba formalmente libre de las dictaduras, y en una ciudad en la cual operaban absolutamente todos los servicios secretos, los servicios de espionaje, escuadrones de la muerte, etcétera. Entonces uno empieza a investigar y descubre una fauna en esa realidad [...] que, vista a la distancia, parece realmente de ficción. (En línea, CNN 2014)

Este alud de información con visos novelescos le ratifica que el relato vigente en su país sobre lo acontecido en los setenta es falso y que hay que desenmascararlo.

Por años se había insistido, en algunos ambientes políticos, periodísticos y académicos, con que la dictadura uruguaya después de todo había sido mucho menos cruenta que la de otros países. La base argumental para sostener semejante afirmación era cuantitativa y, a mi juicio, inmoral. Se razonaba que el cataclismo apenas si nos había rozado, que los muertos uruguayos fueron pocos y los desaparecidos un puñado. Como si se tratara de una competencia de horrores, se reflexionaba con frialdad acerca de las torturas a que eran sometidos los prisioneros en Uruguay, y luego se indicaba –en un tenebroso redoble de la apuesta –que en Argentina, Chile y Paraguay, por poner ejemplos, todo había sido peor [...].

Era un secreto a voces la conjura de silencio urdida por los jefes militares, esa especie de *omertá* pactada entre los mandos de las fuerzas armadas

de varios países [...] Pero, si bien esto era cierto, no resultaba descabellado pensar que [...] ese pacto de secreto podía llegar a quebrarse. Era probable que un arrepentido, ya fuera por cargos de conciencia o por oportunismo o conveniencia, rompiera el acuerdo y echara a perder la sólida fraternidad de los conjurados. (Butazzoni, 2014: 12–13)

El hijo de Aurora llama al periodista a su programa radial para anunciarle que posee información «de importancia». Se presenta como Ricardo y le ofrece «[un] testimonio sobre los enterramientos [...] grabado hace años por un oficial del ejército antes de pegarse un tiro» (2014: 21). Butazzoni siente el impacto que le produce esta noticia:

Me quedé a solas con algunos fantasmas. Cadáveres, huesos, secretos, crímenes. [...] Aunque el tema de los desaparecidos seguía siendo una herida abierta, todos nos sentíamos en una especie de laberinto maldito del que deseábamos salir lo antes posible.

Supuse que lo mismo le ocurriría a los argentinos, que tenían las llamadas leyes de punto final y de obediencia debida, más el indulto concedido por Carlos Menem a los generales golpistas, más algunos torturadores pavoneándose por las calles de Buenos Aires. Similares sentimientos tendrían muchos chilenos, que debieron soportar a Pinochet ocupando, ya en democracia, una banca en el Senado de la República [...]. Todos estábamos metidos en un laberinto gigante, porque la conspiración de intrigas y silencio en torno al tema era también gigante y desbordaba las fronteras.

La hipocresía internacional ya había dado pruebas suficientes de su vitalidad y extensión. [...] El caso de Pinochet arrestado en Londres y defendido entre gallos y medianoche por relevantes figuras de la política era paradigmático. A la cabeza de este torneo de hipócritas habían estado los gobernantes norteamericanos, y el campeón de los campeones allí seguía siendo Henry Kissinger [que había aceptado el Premio Nobel de la Paz en 1973].

La mente suele ser porfiada. Yo estaba abismado con el laberinto. Con esas tres décadas de oscuridad, de no saber o, peor aún, de saber apenas una parte de la verdad. Miles de muertos y un tipo que, por teléfono, me decía

que él conocía un lugar desde donde, quizá, pudiera verse o adivinarse una salida. (2014: 16–17)

El testimonio del oficial está grabado en una cinta. Y el joven admite, ante la presión del periodista, que quien confesó y se mató era su padre y que sospecha ser hijo de desaparecidos: la madre le asegura que es su hijo, sin embargo nunca le ha explicado por qué es adoptado.

Ésta es otra compleja línea argumental que comienza en los setenta con su madre, en ese entonces Natalia, llegada al Chile de Salvador Allende en marzo de 1973, huyendo de Uruguay.

Militante estudiantil, ella quería ser maestra y hacer la revolución. En 1969, a los quince años, participó en su primera manifestación contra el gobierno. Al año siguiente aprendió a preparar cócteles molotov y en 1971 ya colaboraba con el MLN. Dejó de hablar en las asambleas y se dedicó a darles cobertura y refugio a los clandestinos, a conseguirles ropa limpia y comida. Cuando ocurrió el desastre en abril de 1972, con cientos de tupamaros capturados, algunos muertos y una estampida más bien generalizada, nadie la delató [...]. De todas formas sus compañeros le fabricaron una cédula falsa para que pudiera viajar fuera del país, pues ni siquiera tenía la edad suficiente para hacerlo sola. (2014: 13)

Tras el golpe de Pinochet un impulso la lleva a huir a la Argentina, cuando siente que está embarazada, lo que la lleva a querer sobrevivir a como dé lugar. En el Chile de Salvador Allende se había enamorado de Javier Dorrego Conde, un estudiante de Iquique radicado en Santiago, que militaba en el MIR y padre del futuro bebé, que desaparece con el golpe. Justo antes de un allanamiento en la casa donde sus compañeros socialistas santiaguinos la alojan y ayudan, apuesta a una riesgosa huida por la cordillera para evitar, sin saberlo, la redada donde un comando de Manuel Contreras fulminará a varios de sus protectores. A medida que el terror le pisa los talones cambia de piel para encarnar la fuerza de una Madre Coraje; fuerza que, sumada a la solidaridad de muchos y a una serie de factores aleatorios, le permite salvarse a pesar de caer en manos de los verdugos que la capturan en San Juan y la torturan en Buenos Aires.

Tanto Aurora como los otros protagonistas realizan aprendizajes tan radicales como veloces en este universo sin compasión donde todos están a la intemperie. Van lidiando, como pueden, con un mundo que se ha vuelto inabordable, que carece de legibilidad y no se entiende dentro de los parámetros compartidos hasta entonces. Los vemos en sus dudas, en sus virajes, en sus negaciones, en sus dilemas éticos. La exigencia de la trama es imperativa y van arriesgando soluciones nunca moralmente puras, siempre contaminadas por la pulsión básica de la sobrevivencia. En este caso logran salvar, también, a un recién nacido, dándoles la espalda a ciertos compromisos políticos, laborales e ideológicos. Al mostrar al menos un caso en el que la conjunción de azar, urgencia y desesperación no logra que los personajes se desentiendan del dolor del otro, se cuenta la zona más sutil de la historia, una zona existencial frondosa que nos obliga a bajarle el volumen a los juicios típicos del purismo ideológico.

Las cenizas del Cóndor revela modulaciones del horror y de la resistencia que no entran en ningún esquema. Como los protagonistas no figuran con sus nombres y apellidos reales, en «Después de las cenizas», el último capítulo, Butazzoni aclara: «Este libro es una novela y como tal debería ser leído. Algunos nombres tuve que cambiarlos y en un par de episodios las circunstancias geográficas y las fechas de ciertos eventos también fueron modificadas» (2014: 751). Sin embargo, tras detallar qué lugares descriptos no coinciden con «la historia real» (como el destino de la espía) y qué personajes aparecen con identidades ficcionales, el autor da, en muchos casos, sus nombres y oficios terrenales:

... Aurora Sánchez [...] ejerce como maestra en Montevideo. Juan Carlos Docampo Sánchez [sus apellidos son otros] se realizó exámenes de ADN y así confirmó plenamente sus vínculos filiales. (2014: 751)

[Agradezco a] Don Ignacio Fuenzalida en Putaendo, porque su proeza de cruzar a pie la cordillera de los Andes en 1973 como guía de un puñado de hombres, mujeres y niños que huían de la dictadura de Pinochet, fue la inspiración que propició la aventura de Juana, la mujer del rifle [que se transforma en guía de Natalia del cruce cordillerano]. (2014: 756)

Estas aclaraciones denotan una evidente intención testimonial, sustentada en una investigación que encuentra «documentos oficiales elaborados por gobiernos, sistemas de justicia o instituciones de varios países», cuyas referencias bibliográficas aparecen listadas (2014: 753). En este y otros sentidos *Las cenizas del Cóndor* coincide con la práctica, iniciada por Walsh, de una escritura que se ocupa de lo que niega la historia oficial:

Este libro es una novela, sí, pero los canallas que habitan sus páginas son canallas de la vida real y es importante nombrarlos para no olvidar... (2014: 753)⁵³

... el pacto de silencio de los militares uruguayos se mantuvo a lo largo del tiempo. Los restos de algunos desaparecidos fueron recuperados por fin, desenterrados de diversos lugares [...] pero hasta ahora la mayoría de los cuerpos de aquellos prisioneros asesinados no han sido hallados. (2014: 752)

Las fuentes que aparecen en la trama son las crípticas anotaciones del finado capitán Damonte, garabateadas en una colección de cuadernos rojos; su voz grabada en una cinta, que le entrega Juan Carlos a Butazzoni, y la historia que, con reticencia, le cuenta Aurora al periodista en la habitación donde su otrora salvador y ahora esposo se suicidara. También figura la versión de la ex espía, que al intimar con la ex detenida-desaparecida le confiesa su pertenencia a la KGB. En suma, la novela se nutre de las versiones de distintos sobrevivientes: dos de los campos y una de la Guerra Fría, todos marcados por «los años de plomo». El relato avanza con saltos geográficos y temporales que obligan al lector a hilvanar las múltiples tramas, complicidades, renunciaciones y pujas por el poder que habilitan un plan de exterminio. El autor piensa que la literatura debe intervenir ante la falta de justicia pero que, aun si la justicia interviniera, el tema seguirá interpeándolo, porque lo acontecido desborda cualquier intento de comprensión y siempre invita a indagar más. Siente

⁵³ Uno de esos canallas es Michael Townley, el agente de la DINA y de la CIA que asesinó al general Prats, otro hecho que narra la novela. El criminal vive en algún lugar de los Estados Unidos al amparo del programa federal de protección de testigos (2014: 752).

que tiene que escribir para sacudirse el miedo de una época marcada por el engaño, la atrocidad y la parálisis:

Teníamos miedo de preguntar, quizá porque adivinábamos las respuestas. Teníamos miedo de reclamar, tal vez porque desconfiábamos de nuestras propias fuerzas para hacerlo. Es verdad que había valientes, pero yo no estaba entre ellos. Y además, estoy seguro [...] de que aquellos valientes tenían su propio miedo. Para sacudirme el miedo, o para sentirme menos manchado por tenerlo, decidí investigar otra vez los hechos de ese tiempo y contar a mi manera la historia de aquel muchacho y su madre. Fue entonces, y solo entonces, que me lancé a escribir una novela. (2014: 198)

Al lanzarse a los recovecos, al misterio de algo impensable cuando irrumpió pero que llegó a aceptarse como normal y por eso perduró, este texto logra sacudir, incluso, a quienes siguen evitando enfrentarse a la dimensión de la tragedia. Por otro lado, al mostrar que el poder tiene siempre grietas por donde los humanos podemos crear formas de fuga, denuncia con más fuerza a quienes devinieron cómplices, verdugos o meros espectadores del desastre.

Para implementar este compromiso con la crítica y la autocrítica, Butazzoni prefiere narrar de un modo accesible, directo, que le permita compartir su visión y su búsqueda con un lector que «está en el centro de la creación literaria», porque un libro no existe hasta que no es leído. Los lectores, cuando leen un libro, le otorgan existencia, de cierta forma lo escriben y esta es una de las paradojas de la llamada propiedad intelectual. A veces hay magia y entonces el libro lee al lector» (*Semanario Voces*, 2010: 16–24). Por último, lo que lo mueve a escribir es un conjunto de ideas propias de la época en que vive, con su realidad interpersonal. Y una de las ideas rectoras de nuestra época es la memoria⁵⁴.

Las cenizas del Cóndor es una historia que apela a la memoria como gran motor del desarrollo social y cultural de una sociedad determinada [...] Este libro a lo que apela es a [...] la construcción de la memoria [por parte] de la sociedad lúcida. Lo que nos ha faltado a todos es tener conciencia de que, en realidad, los procesos que se vivieron en nuestros países fueron resultado de nuestras propias sociedades. [...] Éstos eran *nuestros*

⁵⁴ Conceptos vertidos por Butazzoni en la Feria del libro de La Habana, 15/2/2016.

dictadores [...] eran hijos de *nuestras* sociedades [...] Es la historia de *nuestros* propios fantasmas, que nos invadieron y nos ocuparon *nuestros* propios países. (Subrayado mío. Entrevista, CNN Chile: 2014)

Y si algo es tan nuestro, ¿quién sino nosotros puede asumirlo?

Sala 8. Entre el sueño y la memoria

Es, simplemente, que uno le habla a usted de un estado que usted no conoce. El tránsito. Estoy en tránsito. Uno no sabe ni para dónde ni para qué va. Estoy sobre la superficie, pero ya no estoy. Estoy, porque no me han dado destino. Entonces, vago por un tiempo que va más allá del vivido. Navego por todos los tiempos. Lo que uno vivió lo vivió otro, otros, en otros días. Y tenga en cuenta que sigo acá, porque no me han devuelto a mi mamá, que me reclama, y le dicen que no estoy, que nunca estuve, que se vaya a la sección Pérdidas y Hallazgos. (Rosencof, 2012: 18)

Mauricio Rosencof, uno de los nueve militantes tupamaros del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) tomado como rehén en 1973, publica con Eleuterio Fernández Huidobro, tras su liberación en 1986, *Memorias del calabozo* (1989), libro inscripto en la etapa inicial de la escritura concentracionaria. En sus palabras, esa obra es «una barricada testimonial» armada con relatos de muchos convocados para contar las historias de todos. «Un libro prolijamente testimonial, sin adjetivos», lo define en una entrevista con Marcela Mazzei (Ñ, 22/6/12).

En la contratapa de *Sala 8* se revela el camino que lo llevó de esa primera escritura a la novela:

El primer impulso del escritor fue el rescate de las voces de los compañeros sobrevivientes. [...] Era la etapa de la denuncia del horror, de la puesta en escena de lo negado por tantos. Pero con el tiempo, al notar que los desaparecidos siguen viviendo en [el sobreviviente], opta por conjugar «todas las voces todas», tal como conviven en ese universo que no pertenece ni a la Tierra ni al Cielo, y que compara con el Hades. «Un lugar profundo, infinito, oscurísimo y sin sol». Más específicamente, la

Sala 8, «...una suerte de Comala, aquel territorio de vivos y muertos que creó Juan Rulfo» en Pedro Páramo. Es desde ese lugar donde «convoca a sus fantasmas para exorcizarlos». (2012: 9)

La curiosa afirmación del autor: «...había un territorio que por pudor nunca había abordado, el del sufrimiento real», me hace pensar que, en *Memorias del calabozo*, no había logrado indagar desde la subjetividad, labor que empuja la escritura hacia lo simbólico. Y eso es lo que hace en *Sala 8*, donde narra con humor negro los padecimientos vividos en dicho espacio del hospital militar donde depositaban a los torturados tras el interrogatorio.

Ahí describo un clima que era lo que sentía, es decir, no hay una división exacta, no hay un límite geográfico entre la vida y la muerte. [...]. Esa realidad tangible [que padecieron los rehenes] no era vivible: no te daban agua, poca comida, no veías el sol, no veías un rostro, no tenías un libro, estabas bajo tierra... Entonces se vivía en el mundo de la imaginación, de los recuerdos y de la fantasía. Y en esta historia todo se narra coloquialmente y en un mismo plano, es decir, no hay que diferenciar esto ocurrió y esto fue imaginación. *Ocurrió todo, la imaginación y los hechos*. (Mazzei, 22/6/12)

Mundo de imaginación, de recuerdos, de fantasía. Pocos asociarán el testimonio con estas palabras y, sin embargo, ¿qué otra cosa revela su obra sino la voluntad de testimoniar la *vivencia* de la desaparición? El mismo autor describe su libro como una literatura lírica y política que narra la existencia de quienes fueron excluidos de la *polis*. La lealtad es con los desaparecidos y con la literatura. Los compartimentos no son estancos, la escritura los supera, desparramando sus destrezas más allá de categorías estancas. Mediante imágenes y diálogos se escenifica la vida de los condenados y de quienes los esperan para siempre. El relato, en cierta medida, sustituye el imposible duelo (2012: 9).

Tal vez por tratarse de un duelo, las últimas páginas de *Sala 8* anclan en la muerte:

–Una bolsa para cada uno, ¡vamos!

Y las bolsas se abren con un tajo de bayoneta y va cayendo en cada tanque, sobre mi cabeza, algo como arena. Tal vez, sal. No sé. Y en eso veo, sin sentir, que ese cargamento blanco comienza a corroer, morder, mascar, lo que me está quedando del cuerpo de otros tiempos.

Es cal. Cal viva.

No se oyen quejidos. El de los muertos es silencioso. Los muertos se van con sus quejidos [...] Es un lamento que ya no viene del dolor. Como si un instrumento lo ejecutara. A veces son como una orquesta. Vibra sin desafinar. (Rosencof, 2012: 129)

Entre la espera y el final, el narrador (Pan de Dios) –una de las voces de ese Paraíso tan particular, de ese cielo tan extraño que es el limbo donde habitan los desaparecidos– siente, como todo testigo, que es un sujeto plural: «Es notable cómo desde mi espiritualidad [...] tengo la sensación de que todo es uno, que todos somos uno [...] Y me incluyo, aunque no soy lo que ellos todavía son: seres viviendo. Vivientes en tránsito» (2012: 19).

Él, el testigo, es un ser vivo. Es la única diferencia que los separa y los une en el texto, donde «todo es uno». El sufrimiento es uno. El narrador describe la desaparición como una «memoria suelta», como «un tiempo sin lógica ni cronología», como una zona donde rondan seres que ya no están y «que no terminan de dirigirse a un destino»:

No sigo como alma en pena, porque uno acá toma nota de todo y tiene conciencia y memoria de los días en que estuvo, y hablaba con otros, murmullos, susurros, señas. Y registraba. Uno es, digamos, una memoria suelta, sin tiempo, hasta que mi mamá dé conmigo... (2012: 19)

Se me han desquiciado los tiempos, el tiempo. Rondo en un tiempo sin lógica ni cronología. Puedo sentir que estoy viviendo un acontecimiento en la Sala 8, mientras mi cuerpo está en una camilla de chapa en el subsuelo. Y seres que ya no están rondan, los distingo, creo que los distingo. Ellos andan como uno, se ve que en algún momento anduvieron por acá, no terminan, como uno, de dirigirse a un destino. (2012: 71–72)

En la trama también se vislumbra la metodología criminal de la apropiación de niños y el asesinato de las madres en los centros clandestinos, en términos sucintos y tajantes:

No se sabe de qué cuartel la trajeron. Solo se oyó decir a quien la trajo:

—Ésta viene a parir y vuela. La llevaron a la sala y volvió sin vientre. [...]

Cuando vinieron y alguien ordenó: —Vístase. Se vistió. Nunca dijo nada. Señaló el baño y se oyó un «tiene un minuto». Regresó [...] y, como quien lanza una esperanza hacia el futuro, murmuró, por única vez, para la Petisa, y eso fue todo: —Mariana. Se llama Mariana. (2012: 64–65)

Fuera de estas trágicas escenas el tono del libro es irónico y hasta risueño. Quien rememora trata a estos seres con ternura, desde el presente, desde la mirada de quien cumplió un destino porque dejó la muerte atrás. Aunque no del todo.

Chile: desaparece un país

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue el más drástico de los que devastaron la región del Cono Sur en esa década. La represión que emprendieron las Fuerzas Armadas –con el apoyo de la derecha y parte importante de la Democracia Cristiana– quiso acabar no solo con el gobierno de la Unidad Popular encabezado por el presidente Salvador Allende desde 1970, sino con una política de Estado orientada a la participación popular y la justicia social. El interés por el bienestar de las masas encontró fuerte oposición en una burguesía que había hipotecado recursos nacionales a corporaciones. Amplios sectores de esta clase apoyaron a la oficialidad y a los altos mandos del Ejército para encarar proyectos de desestabilización estimulados y financiados desde los Estados Unidos⁵⁵. Pero no hay intervención posible sin sectores locales que la favorezcan, y en Chile no escaseaban fuerzas dispuestas a acabar, como fuera, con «el peligro comunista».

Tras el golpe, Pinochet declaró que se había librado una guerra, aunque se trató de un plan de exterminio que comenzó con el bombardeo a La Moneda (Palacio presidencial) y continuó con secuestros, torturas y asesinatos. Los primeros días arrestaron a más de 200.000 personas mientras se torturaba a miles de prisioneros en el buque-escuela La Esmeralda, en el Estadio Chile (Víctor Jara desde 2003), en el Estadio Nacional, en Peldehue y Tejas Verdes.

⁵⁵ La intervención estadounidense en Chile se conoce gracias a los documentos secretos de la ITT (compañía de Telecomunicaciones), al informe *Covert Action* presentado al Senado estadounidense por la Comisión Church (1975) y a otros materiales desclasificados. Esta injerencia se remonta a 1965, época en que la CIA detectó «las potencialidades revolucionarias» del país. En 1970 Agustín Edwards (dueño de *El Mercurio*, el principal diario chileno) se reunió con Henry Kissinger y con el jefe de la CIA, Richard Helms, para debatir cómo evitar que Allende asumiera; no descartaron la asonada militar. Finalmente aprobaron financiar clandestinamente por unos dos millones de dólares a *El Mercurio* (Página 12, 22/10/ 2008) y además elaboraron dos planes de acción, Track I y Track II, para impedir la presidencia del candidato socialista. Estos planes incluían desde el soborno a políticos y militares hasta el secuestro de René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, quien, por negarse a colaborar, murió en una emboscada perpetrada por el grupo de extrema derecha Patria y Libertad. Los planes de desestabilización continuaron aplicándose hasta que se logró el objetivo.

Muchos otros centros de detención fueron apareciendo, antes o después, entre ellos Chacabuco, Isla Dawson, Pisagua, Ritoque, La Venda Sexy, Londres 38⁵⁶. Se desmembró así este pequeño país de diez millones de habitantes y se desperdigaron sus sobrevivientes por el planeta. Transformados en testigos, se dedicaron al desgarrador recuento de la historia del golpe y la expulsión.

Paralelamente los «*Chicago Boys*» tomaban las riendas de la economía. Una vez que una población se encuentra en estado de *shock* —explica Naomi Klein (2007)— al poder le resulta fácil implementar medidas que, en situaciones normales, muchos sectores no rechazarían. Son medidas que no se improvisan: están listas para ser aplicadas cuando se presente la ocasión. En Chile la hora clave fue el golpe, encargado de imponer el capitalismo hoy llamado neoliberal. El método fue simple y se vuelve a aplicar en nuestra región, a rajatabla, en estos tiempos: acabar con toda forma de control social y estatal de la economía y dejar que un mercado, en apariencia apolítico, distribuya la riqueza. En Chile, de un día para otro, se acabaron beneficios sociales como el medio litro de leche servido a diario en las escuelas públicas, y se acusó al marxismo de todos los males: «El marxismo es como un fantasma» decía Pinochet. Ese algo inasible, la amenaza que ronda sin cesar, un fenómeno tan escurridizo como peligroso que exige mano dura. Hay quienes piensan que las presiones que ejercieran grupos como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) para radicalizar la política de Allende y armar al pueblo ahondaron la sensación de caos, detonante del apoyo de la burguesía a los sistemas autoritarios. Sea como sea, el plan de derrocarlo estaba en marcha: que un gobierno de izquierda se impusiera por la vía pacífica y democrática constituía, para el Imperio, un verdadero peligro: el de transformarse en modelo.⁵⁷

La estrategia de la mentira sistemática se aplicó desde el inicio. El Plan Zeta, supuesto complot organizado por partidarios de Allende contra la

⁵⁶ Cientos de miles de secuestrados pasaron por 1.168 centros clandestinos de detención. Las cifras que presentan tanto el Informe Rettig (1991) como el Informe Valech (2004) sobre cantidad de detenidos, torturados y desaparecidos son engañosas, ya que los criterios utilizados limitan la selección y excluyen a muchos. Según las organizaciones de derechos humanos, la cifra de desaparecidos excedería los 4.000 y la de torturados, la de 300.000 en los tres primeros años. También se calcula que se exilió cerca de un millón de personas, o sea un 12% de la población.

⁵⁷ Sin embargo no hay plan imperial viable sin el apoyo activo de grupos nacionales dispuestos a aplastar al sistema que no los beneficie, a costa de cualquier institucionalidad.

oposición, fue la propaganda usada para justificar el terror militar. El golpe se desató –según este libreto– para desarticular otro golpe. Una vez en el poder, se acabó con el plan económico y social y se resquebrajó el tejido socio-cultural que había acompañado «la vía chilena al socialismo».

La violencia fue inusitada: el «cáncer marxista» se extirpó a fuerza de asesinatos a mansalva, secuestros, tortura y actos de conocida raigambre simbólica como las quemas públicas de miles de libros⁵⁸. El bombardeo a La Moneda tuvo gran impacto a nivel internacional: la imagen de Allende defendiéndola, la lucidez de su último discurso (testimonio y texto poético memorable) y el dramatismo de su muerte (¿suicidio?) marcaron el comienzo de una tragedia que tuvo gran difusión mediática. A pesar de esto, las fuerzas armadas gozaron de la impunidad necesaria para llevar a cabo un plan exterminador veloz, abierto y devastador. El Estadio Nacional se transformó en centro de tortura y la «Caravana de la muerte», al mando del general Arellano Stark, ejecutó sumariamente en un mes a más de cien «presos políticos»⁵⁹. De un día para otro las embajadas fueron desbordadas por numerosas personas amenazadas que intentaban salvar la vida.

La determinación de eliminar al «enemigo interno» se vistió en Chile con ropaje legal. Una serie de bandos y decretos-leyes implantaron el estado de sitio y el toque de queda. El primero no fue derogado hasta 1985 y se restauró tras el atentado contra Pinochet en 1987. El Estado de excepción se legalizó⁶⁰. Los militares se transformaron en una fuerza de ocupación en su propio país (con la activa participación de civiles, sin los cuales estas medidas no son posibles). Entre septiembre y diciembre de 1973 se llevaron a cabo las mayores masacres y la tortura se instaló como método de uso cotidiano.

⁵⁸ El testimonio más reciente que se conoce sobre los asesinatos se registró cuando «un represor llamó a una radio a confesar una serie de crímenes atroces cometidos en 1973»; la conversación se difundió por las redes sociales: «Llevábamos a varios de estos tipos a la pampa (desierto) y les pegábamos un tiro en la cabeza. Los dinamitábamos. No están. Están desintegrados. No quedaba nada» [...] Si la sangrienta historia es ficticia o real deberá determinarlo ahora la justicia: (*Página 12*, 12/12/2015)

⁵⁹ Como documenta Myriam Pinto (2017), muchos no eran ni siquiera militantes. Asesinaron a mansalva. Este comentario no equivale a justifica el crimen político, apenas subraya que no se trataba de presos políticos como declara el poder.

⁶⁰ El bando 24 del 11 de setiembre de 1973 autorizaba a los militares a fusilar en el acto a prisioneros acusados de formar parte de la lucha armada, y se aplicó la ley de fuga.

El Estado puso en acción distintas lógicas represivas. El tratamiento de *shock* marcó la etapa inicial, masiva e indiscriminada, cuando se asesinó y desapareció más gente que en los dieciseis años restantes de dictadura (Peris Blanes, 2008: 41). Para mediados de 1974 la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) se hizo cargo de la acción conjunta de los Servicios de Inteligencia de la Armada, Carabineros y Fuerza Aérea, organización autónoma que respondía directamente a Pinochet (en 1974 se le dio estatuto jurídico) y que desplazó a las Fuerzas Armadas. El poder acumulado por el dictador gracias a estas y otras medidas fue inmenso:

El propio presidente de la Junta de Gobierno –[designado] «Jefe Supremo de la Nación Chilena» por resolución del Poder Ejecutivo que él mismo preside– ha redactado de su puño y letra el famoso artículo 4º de ese decreto [que] le concede al director de Inteligencia potestades ilimitadas para investigar, coaccionar y castigar a cualquier persona sin distinción. (Butazzoni, 2014: 264–65)

... los hombres de la DINA, reclutados en unidades militares, en ámbitos policiales y entre los escuadrones civiles nazis y fascistas que pululan por todo Chile, solo responden a Contreras, y este solo responde a Pinochet. [Un ex marino compara] el poder de la DINA con el de la Gestapo. Habla de los secuestros y los refiere a la «custodia preventiva» (la célebre *Schutzhaft* implementada por Heydrich). (2014: 69)

El Plan Cóndor, al anularle al poder desaparecedor las fronteras entre los países del Cono Sur, posibilitó asesinatos de personajes conocidos, como el de Carlos Prats en 1974⁶¹ en Buenos Aires, entre otros. La DINA, incluso, excedió las fronteras del Cóndor cuando atentó, en Washington, contra el ex canciller de Allende, Orlando Letelier, en 1976⁶². Ante la repercusión internacional del crimen, la Casa Blanca se vio obligada a cuestionar los métodos del dictador. Para blanquear su imagen Pinochet disolvió la DINA en 1977 y creó de inmediato

⁶¹ Carlos Prats fue comandante en jefe del Ejército de Chile y ministro del Interior, de Defensa y vicepresidente de Chile durante el gobierno de Allende.

⁶² «La dictadura chilena es responsable del atentado en el que perdió la vida el ex canciller de Allende en Washington [en septiembre de 1976]. Así lo corroboran los archivos del Departamento de Estado que entregó el gobierno de Obama». «Pinochet ordenó matar a Letelier», *Página 12*, 9/10/15. (En línea). <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-283436-2015-10-09.html>>.

la Central Nacional de Informaciones (CNI), un servicio de inteligencia similar destinado a la tortura y la eliminación selectiva en los años ochenta.

En esta etapa resurge la resistencia armada: vuelve el MIR y se crea el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Con el plebiscito de 1988 –tras el resurgimiento de la presencia popular en las calles durante la campaña del No– cae la dictadura. En marzo de 1988 Pinochet pasa de ocupar su cargo de Comandante en Jefe del Ejército a senador vitalicio. El presidente electo es Patricio Aylwin, quien, a partir de 1990, declara que se hará justicia «en la medida de lo posible». Con el inicio de la llamada transición democrática se disuelve la CNI y se sustituye por «La Oficina», organismo de inteligencia de los gobiernos de la Concertación cuyo fin es desarticular a los grupos políticos armados.

La transición

La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas.

NICANOR PARRA

La sutil continuidad entre dictadura y posdictadura se puede detectar en la forma en que Chile encaró los juicios por crímenes de lesa humanidad. Recién entre 1994 y 2005 se logra procesar a algunos militares y se condena a prisión a la plana mayor de la DINA, esclareciéndose los asesinatos de selectos opositores al régimen, pero en 2018 empiezan a otorgarles la libertad condicional a responsables de crímenes de lesa humanidad, tras haber cumplido la mitad de la condena⁶³. Al margen de los juicios, en este país rara vez se difunde o se debate en la arena pública lo acontecido; en vez de, hay escasa difusión en este país, aunque el cine y la literatura se hayan ocupado del tema in extenso. Ksenija Bilbija expone con claridad el origen y los alcances de esta política:

⁶³ La justicia chilena excarceló a 7 represores condenados por delitos de lesa humanidad. La resolución de la Corte Suprema de Justicia fue rechazada por organismos defensores de los derechos humanos y familiares de las víctimas de la dictadura de Pinochet (agosto 2018) En línea. <https://www.redddit.com/r/podemos/comments/945hth/chile_la_justicia_chilena_excarcel%C3%B3_a_7/>.

[A pesar de las promesas del presidente Aylwin al asumir el mando tras la dictadura] la verdad y la justicia tuvieron que ajustarse a una severa restricción («La verdad y la justicia en la medida de lo posible») recogida en la infame Ley de Amnistía de 1978 que garantizaba la impunidad a los autores de las atroces violaciones de los derechos humanos cometidas entre 1973 y 1978⁶⁴. La verdad también sufrió limitaciones por parte de la Comisión de Verdad y Reconciliación Nacional, presidida por el abogado Raúl Rettig, ya que según aquélla, solo debían investigarse los casos «irreparables», es decir, los de aquellos que habían muerto o habían sido dados por muertos, en definitiva, los que ya no podían hablar en primera persona de las atrocidades cometidas. Con el fin de que los militares no se vieran amenazados, debía impedirse a toda costa que los sobrevivientes tuvieran la oportunidad de contar su historia. La justicia fue negociada como prueba de que este tipo de pacto es realmente posible en el código moral de la filosofía neoliberal.

La amnesia se convirtió en una precondition supuestamente necesaria para la democracia. [...] ¿Qué lugar y qué función se asignaría a los recuerdos, a las confesiones y a otros relatos de los diversos atropellos de los derechos humanos en el nuevo Chile del libre mercado, si el precio a pagar por la reconciliación era la renuncia a la justicia? (2015: 292)

En los años en que se realizan las últimas reformas a la constitución pinochetista, tanto el dictador como su familia enfrentan múltiples juicios. Sin embargo, la iniciativa de juzgarlo no surgió en Chile. El detonante fue la intervención del juez español Baltasar Garzón, que investigaba el «Plan Cóndor» en el Cono Sur⁶⁵. Como Pinochet había sido «la cabeza de la hidra» de ese plan,

⁶⁴ En relación al proceso contra Pinochet en España, el 29/5/97 el gobierno emitió el siguiente comunicado: «Chile no reconoce competencia de tribunales de otros países para juzgar hechos acaecidos en nuestro territorio y sometidos a leyes y a la jurisdicción de los tribunales chilenos». A la hora de la puesta en práctica, se juzgó lo mínimo posible. Recién en 1996, cuando la Unión Progresista de Fiscales presentó una querrela ante la Audiencia Nacional de España por los crímenes de Estado cometidos en Chile y la Audiencia se declaró competente, se inició la difusión, a nivel internacional, de la imagen de Pinochet como autor de delitos de genocidio, aunque nunca fue juzgado y condenado por ellos. (Brinkmann, 1999: 117–162)

⁶⁵ Baltasar Garzón dejó su marca en el derecho internacional al poner en práctica el concepto de justicia universal. El juez argentino Daniel Rafecas lo explica así: «si un país no se hace cargo de juzgar el terrorismo de Estado, otro país lo va a hacer [...] porque son crímenes contra la humanidad», (27/2/12). En 2012 el juez español, decidido en esta etapa a juzgar los crímenes del franquismo,

Garzón intentó extraditarlo de Inglaterra –donde se encontraba de visita– a España, pero fracasó: el dictador retornó a Chile y recuperó su libertad⁶⁶. Si bien en su país otro juez, Juan Guzmán, levantó nuevos cargos contra él, solo se le imputó su enriquecimiento ilícito (2004–05). Pinochet murió en su país en 2006, a los 91 años, con más de 300 querellas internacionales acumuladas sobre sus espaldas. Lo que lo sostuvo y posibilitó que nunca fuera juzgado por liderar un régimen criminal tanto en su país como en el Cono Sur se resume en dos palabras: apoyo civil. Butazzoni describe así a este «personaje que tiene costados absolutamente novelescos»:

He descubierto [en él] una personalidad extrañísima. Él se jactaba de no decir nunca lo que pensaba. Él decía que a las mujeres no había que creerles ni siquiera cuando dijeran la verdad. Él decía que en Chile no se movía ni una hoja sin que él lo supiera [...] Pinochet fue uno de los grandes delincuentes internacionales del siglo XX. Dio un golpe de Estado muy sangriento en Chile [...] pero además de eso quiso extender ese poder de manera artera [...] Creó una organización internacional, la financió con dineros espurios, asesinó gente en Europa, en Estados Unidos, en otros países de América Latina [...]. Ni a García Márquez, en *El otoño del patriarca*, se le ocurrió construir un personaje de esa envergadura. (CNN Chile, 2014)

Los gobiernos posdictatoriales chilenos, no ajenos a este perfil, optaron por la *reconciliación* «bajo el argumento de no querer arriesgar la estabilidad del retorno a la democracia» (Nelly Richard, 2010: 17). El «blanqueo de Chile» exigía olvidar la desaparición del país popular, y los grupos de derechos humanos, siempre activos en la denuncia aunque minoritarios, no lograron que ese país reapareciera.

fue suspendido por el Consejo de la Magistratura de España para ejercer sus funciones (el motivo declarado fue el de prevaricato).

⁶⁶ Pinochet fue detenido en Londres en marzo del 2000 y liberado por «razones humanitarias». En relación a esta conducta del Reino Unido hay que tener en cuenta que el apoyo de Chile fue clave en la guerra de las Malvinas y que el país liderado por Margaret Thatcher era su aliado. Tal como indica Charles Moore en su biografía *Margaret Thatcher: The Authorized Biography, Volume One: Not For Turning* (Vol 1, 2013), Chile le ofreció a Inglaterra el uso de sus puertos para completar la invasión. Según la Dama de Hierro, la guerra no hubiera sido posible sin esta colaboración.

Sin embargo la *performance* jurídico-mediática de la liberación de Pinochet en Londres y su llegada a Chile en el 2000 fue un terremoto simbólico cuya réplica llevó a Chile a debatir el significado de las palabras dictadura, transición y memoria. Y esta polémica remonta vuelo en los noventa, cuando un sector de la sociedad chilena asoma de un olvido que se confundió con voluntad de consenso (Pagni, 2004).

Memoria resistente y desmemoria oficial

... la memoria oficial de la transición chilena [...] buscó apaciguar el recuerdo, obliterando las luchas de sentido y las batallas de interpretación que debían mantener vivo al pasado en discordia.

NELLY RICHARD

¿Cómo se recuerda en Chile este proceso que reformuló las bases de la organización nacional, dejó los proyectos de cambio en ruinas e impuso una economía excluyente que lanzó a millones a la pobreza? ¿Con qué lenguaje se lo nombra? A vuelo de pájaro es notoria la ausencia, en el habla cotidiana, de las palabras terrorismo de Estado o desaparecido (se engloba bajo el término de prisioneros políticos a quienes sufrieron la experiencia carcelaria y la de los campos).

Este es apenas un síntoma del problema, que no les resulta ajeno a quienes se preocupan por la transmisión de lo que perdura en el imaginario colectivo como remoto pasado. En marzo de 2019 la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados encabezada por Carmen Hertz aprobó incorporar el análisis de las violaciones cometidas entre 1973 y 1990 a la enseñanza de nivel básico y medio, en base a los informes que proveen este tipo de información, como el Rettig y el Valech. Queda por ver si los docentes lograrán sacudir los cimientos de relatos que, como indicaremos a continuación, no consiguen ligar la historia actual del país (con sus injusticias y exclusiones) al boicot y derrota de un proyecto económico, político y social que se descarta por obsoleto antes y en lugar de cualquier reflexión crítica. Este estado de cosas

es el resultado de una transición pactada que fue trabando la posibilidad de una ruptura con el régimen dictatorial. Lo que se procura y se logra es la continuidad. Gracias a este pacto las fuerzas armadas reconocen la vigencia del régimen democrático, los partidos políticos aceptan la constitución pinochetista de 1980 y el régimen económico se mantiene incólume. Con esta democracia de los acuerdos se instalan reformas negociadas y graduales que no lesionan los intereses de quienes refundaron el país, mientras se siguen los lineamientos instaurados por la dictadura.

A nivel cultural esta situación cristaliza en una mirada dirigida al futuro, como si ese futuro pudiera cortar amarras con un pasado que sigue presente. Por eso se dice que Chile optó por la construcción de una «memoria mítica» en base a un «pasado encapsulado». Quienes rechazan esta vuelta de tuerca, como los sobrevivientes y familiares de desaparecidos y asesinados, siguen creando memoriales por todo el país, han museificado centros de tortura y exigen justicia. Pero no han logrado, hasta ahora, modificar las bases de un discurso que invisibiliza el vínculo entre ese pasado y este presente.⁶⁷

Graciela Rubio identifica distintos relatos históricos que se fueron dando con el correr del tiempo, y muestra cómo no ha habido hasta ahora uno solo que dé cuenta de la responsabilidad cívico militar del golpe.

...la discusión pública y los Informes de Verdad han enmarcado el pasado reciente de Chile en tres tesis históricas explicativas. La tesis de la crisis republicana explica los hechos de 1973 como una crisis natural de la historia política del siglo XX, en la medida en que esta se abrió a la participación popular; la tesis del determinismo e inevitabilidad de la violencia [los explica como el resultado de] una suerte de fuerza natural constitutiva de la sociedad, activada en este caso por la Unidad Popular, y la tesis de la Guerra fría (2003-2015) explicaría lo vivido como resultado de la fuerza de las ideologías en el mundo bipolar, instalando una desresponsabilización de la clase política local sobre los hechos. (En línea, 2014)

⁶⁷

Este vínculo se visibiliza en el medio urbano, sin embargo, gracias al «arte-acción». Yael Zaliasnik (2013-2016) describe innumerables manifestaciones ciudadanas que, por medio de la intervención pública performática, ponen en evidencia que las heridas del pasado no han cicatrizado.

Ni siquiera la más notoria acción por parte del Estado que indica una voluntad de no olvidar: la creación del imponente Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago (2007) por parte de Michelle Bachelet al finalizar su primer período presidencial (2006–2010). Además, Bachelet había prometido una nueva Carta Magna para acabar con la vigente, heredada de la dictadura, que sufriera leves modificaciones desde 1980. En sus palabras: «Actualmente los procesos democráticos se ven frenados por trabas autoritarias. Queremos una Constitución sin cerrojos, que garantice el pleno ejercicio de nuestros derechos y deberes»⁶⁸. Pero su administración cumplió a duras penas con lo prometido: la presidenta firmó y envió al Senado, cuatro días antes del fin de su mandato, un proyecto de reforma de la Constitución, y el presidente Piñera «le dio un portazo»⁶⁹.

En contraste con esta negativa o reticencia del Estado chileno –de acuerdo al sector que gobierne– para acabar con dicho pacto, la resistencia cultural y política al régimen tuvo un rol muy notorio.

...si bien es cierto que en ese entonces la represión era feroz, paradójicamente y producto de las mismas circunstancias, [...] la actividad cultural se multiplicó como los panes y los peces. Se producía el milagro, la efervescencia artística se daba en todo el país y de sobremanera en las universidades, al alero de las organizaciones estudiantiles, ONG, y en algunos espacios dispuestos por el ala más progresista de la Iglesia Católica. (Gonzalo Contreras, 2006: 14)

Esta batalla se sostuvo desde los inicios de la dictadura y fue protagonizada tanto por intelectuales y artistas que siguieron denunciando la maquinaria del terror estatal como por las organizaciones armadas. El funeral [de Pablo Neruda, a 12 días del golpe] «se convierte en el primer acto político de resistencia masiva a la Junta Militar» (2006: 15).

La confrontación con el poder asumió distintas caras: soterrada dentro del territorio nacional, más abierta en el exilio. Hacia 1977, cuatro años

⁶⁸ En línea <<http://michellebachelet.cl/compromisos/nueva-constitucion/>>.

⁶⁹ <<https://www.efe.com/efe/espana/mundo/el-gobierno-de-pinera-le-da-portazo-al-proyecto-una-nueva-constitucion-bachelet/10001-3554180>>.

después del golpe, se perfilaba en el país una oposición visible al régimen que continuó hasta el plebiscito de 1988, cuando se selló su caída. En la primera etapa la infraestructura cultural se redujo a periódicos clandestinos, rayados relámpagos, poemas y canciones, obras de teatro. La creatividad (de la mano de la necesidad) alcanzó también a las poblaciones, donde se produjeron actividades literarias y culturales y las famosas arpilleras (testimonios de la historia traumática vivida, confeccionados en tela, con recortes de ropas pertenecientes a los desaparecidos y a sus familiares) (Jofré 1981: 53–54). Como dice Marjorie Agosin las arpilleras configuran «una historia de hilos mágicos» creados por un grupo de mujeres chilenas que desafiaron a la dictadura militar y que, bordando su pena en retazos de tela elaboraron, a partir de su artesanía, una de las más valientes formas de protesta popular en América Latina (1996).

Este movimiento cultural y artístico –con publicaciones que circulan sobre todo del 78 en adelante– se suma al movimiento de denuncia que se desata en el exilio. En el país la poesía se transforma, más que en un género, en resguardo y reserva ética. Contreras destaca:

...la entrega generosa que hicieron poetas como Enrique Lihn, Emilio Moltedo, Miguel Arteche, Jorge Teillier, Nicanor Parra, Juan Cameron, Juan Luis Martínez, César Soto, Stella Díaz Varín [...] Abrieron sus casas, sus bibliotecas, y su conocimiento, estableciendo de esta manera una dinámica de continuidad y recambio en nuestra poesía de fin de siglo. (2006: 12)

En el exterior se filman películas de resonancia masiva, como *Missing* de Costa Gavras, inspirada en el caso del periodista norteamericano Horman, desaparecido y asesinado a los pocos días del golpe. Y, sin duda, el canto popular resulta esencial para encarnar el grito de la protesta.

Poco antes del proceso de transición que se inicia en 1990 salen a la luz investigaciones periodísticas acerca de acontecimientos que revelan tanto los intentos de confrontar al poder como los métodos de exterminio. *Operación Siglo XXI* (1990) reconstruye el fallido atentado contra Pinochet, perpetrado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) en agosto de 1986. La periodista Patricia Verdugo y la abogada y defensora de los derechos humanos Carmen Hertz arman el texto sobre la base de entrevistas y declaraciones de

los protagonistas durante los juicios relacionados con el caso. Verdugo es también autora de *Los zarpazos del Puma* (1989), donde se esclarece la masacre de la Caravana de la muerte. En *Interferencia secreta* (1998) da a conocer los comunicados radiofónicos de los jefes de las Fuerzas Armadas chilenas el 11 de septiembre de 1973, grabados por un radioaficionado y ocultos hasta entonces (Pagni, 2004). Por último, esta audaz periodista escribe *Bucarest 187* (1999), donde reconstruye el secuestro y la desaparición de Sergio Verdugo, su padre (presidente del Sindicato de Trabajadores) en 1976, y las vicisitudes que culminan con la identificación del asesino y de los responsables de su eliminación.

Las obras más importantes sobre temas cuyo abordaje era peligroso durante el terrorismo de Estado fueron escritas por mujeres: María Eugenia Camus, Mónica González, Carmen Hertz, Pamela Jiles, María Teresa Larraín, María Olivia Monckeberg, Myriam Pinto, Patricia Politzer, Elizabeth Subercaseaux, Florencia Varas y Patricia Verdugo. Esta generación de periodistas asumió con valentía y creatividad una labor que reafirmó el sentido social y ético de la profesión (Epple, 1994: 51). Algunas, además, testimoniaron sobre el quiebre que significó el golpe. En *Memorias contra el olvido* (1987) se publican en Chile las voces de ocho mujeres que dan su versión sobre la desaparición de sus familiares y siguen surgiendo investigaciones vinculadas a esta historia⁷⁰.

Sin embargo, el primer paso emblemático que da testimonio del horror, según Jaime Concha (1978) y Armando Epple (1994), es el discurso de Salvador Allende pronunciado el 11 de septiembre de 1973:

...Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor...

A partir del trágico final del líder, el testimonio de denuncia no se hizo esperar. Muchos autores chilenos se han hecho cargo de su historia en crónicas y ficciones documentales como *Actas de Marusia*, de Patricio

⁷⁰ Por ejemplo, Zalaquett Aquea publica *Chilenas en armas: testimonio e historia de mujeres guerrilleras y subversivas* (2009), donde aborda la resistencia armada desde una perspectiva de género.

Manns (1977), que inspiró la película homónima de Miguel Littin; *El paso de los gansos*, de Fernando Alegría (1975)⁷¹; *Soñé que la nieve ardía*, de Antonio Skármeta (1975), y *Abel Rodríguez y sus hermanos*, de Ana Vásquez (1981). A los protagonistas de estas tramas, que habían formado parte de una sociedad en proceso de transformación, los sorprende la crisis histórica que los marca con un quiebre irreparable (Galarce: 1993).

Algunas de las novelas que se destacan en este corpus *Coral de guerra* de Fernando Alegría (1979), *La casa de los espíritus* de Isabel Allende (1982), *En este lugar sagrado* de Poli Délano (1977) y *Casa de Campo* de José Donoso (1978). Hay novelas que transcurren en la diáspora, como *El jardín de al lado*, también de Donoso (1981), *Viudas* de Ariel Dorfman (1981) y *Ardiente paciencia* de Antonio Skármeta (1985). *La muerte y la doncella*, de Ariel Dorfman (1990 y 2003), obra teatral llevada al cine con la dirección de Roman Polanski, es una reflexión sobre la tortura y sus huellas durante una posdictadura sin voluntad de justicia⁷². *Cobro revertido* (2004), novela de Leandro Urbina escrita en Canadá y publicada en Chile, combina exilio y humor. En *Estrella distante* de Roberto Bolaño (1996, con seis reediciones hasta 2008) se imbrican, de forma magistral, tortura y bellas artes. Muchos otros títulos continúan apareciendo hasta la fecha, como *Diálogos de desaparecidos* de Enrique Lihn (2018), obra de teatro publicada a treinta años del fallecimiento del poeta y dramaturgo.

Richard distingue dos formas de lidiar con la catástrofe en los ámbitos artístico y narrativo: una buscaría suturar el quiebre que genera el terror, reparar la discontinuidad abierta en la historia, «refamiliarizar al destinatario del arte con su legado cultural para remediar el *extrañamiento* causado por el traumático surgimiento de lo desfigurado y lo irreconocible» (2000: 24). La otra, en la que incluye a poetas y artistas como Enrique Lihn, Raúl Zurita y Eugenio Dittborn, se manifiesta en «obras que [plantan] algo no aprovechable ni recuperable por la lógica totalitaria» (2000: 16). En esta misma corriente ubica al pensamiento satírico, cuya crítica es desenfadada y su discurso, autoparódico.

⁷¹ La novela de Alegría pone en escena la fragmentación del tejido social en el 73 y plasma con maestría el personaje del presidente Allende.

⁷² En palabras de Dorfman: «Paulina Salas, la protagonista de la obra, fue repetidamente violada por un doctor durante su detención bajo una dictadura tristemente parecida a la de Pinochet. Traumatizada por la memoria de ese abuso, logra secuestrar años más tarde a un hombre al que ella responsabiliza por su desgracia» («Otras hogueras», *Página 12*, 6/10/15).

The Clinic es la revista paradigmática que, desde 1999, ya en democracia, establece una continuidad con los que llama «lenguajes rebeldes», surgidos bajo el terror, caracterizados por sus desafíos a «los discursos totalizantes del pensamiento ideológico». Los «vocabularios insurgentes» propios de este periodismo irreverente también aparecen en la plástica y en la fotografía, desenmascarando «el legado académico de la tradición [...] nacional como subsistema de falsedades y falsificaciones a cuestionar y reformular» (2000: 25). Entre las obras literarias y poéticas que fisuran las narraciones hegemónicas se destacan «La Tirana» de Diego Maquieira (1983), *Exit/Este* de Gonzalo Muñoz (1983) y *Por la patria* de Diamela Eltit (1986). Richard da ejemplos de ruptura y cuestionamiento de la «palabra única», manifestaciones de la transgresión al «monólogo de la historia oficial» (2000: 26). No incluye entre éstos a *A fuego eterno condenados* de Roberto Rivera Vicencio (1994), una alegoría del Chile dictatorial y de la transición y una crítica radical a su política de olvido a la que alude con un lenguaje y una mitología desorbitadas, que Jorge Etcheberri denomina hiperrealismo grotesco. *Los vigilantes* (1994) y *Los trabajadores de la muerte* de Diamela Eltit (1998) procuran, por su parte, «construir un espacio lingüístico en el que sea posible anclar la memoria colectiva» (Pagni, 2004: 23).

Eltit construye memoria rigiéndose por una estética vanguardista. Mary Beth Tierney-Tello menciona el movimiento [al que Eltit pertenecía] conocido como la Avanzada y lo describe como «altamente experimental, políticamente comprometido y estéticamente complejo, deshaciendo de este modo cualquier oposición simplista entre el compromiso político y lo estético» (2006). Esta obra, si bien creada dentro del país, se leyó mucho en el exilio. Desde sus primeras novelas, escritas en los ochenta –*Lumpérica*, *Por la patria*, *El cuarto mundo*, *Vaca sagrada*, *Los vigilantes*– se detectan signos de la siniestra cotidianidad que se instala con la dictadura.

Richard plantea que hay respuestas al terror más válidas que otras, porque algunas no hacen sino sostener la misma lógica que pretenden denunciar. Ante la pregunta sobre cómo resistir a través del arte, su respuesta es: desafiando sus códigos, quebrando las narrativas convencionales que siguen pronunciando el discurso ideológico tradicional de un lado y del otro del espectro político. Coincido en que hay que romper ciertos esquemas ideológicos

que se arrastran desde los setenta, aunque eso no vaya siempre de la mano de la ruptura formal. Autores como Valdés no intentaron quebrar los códigos de transmisión tradicionales y no por eso lograron efectos menos potentes. Hay obras que, sin salirse de criterios clásicos de construcción, plasman la atmósfera de esos tiempos y ponen en entredicho sus prácticas. Lo importante es que el horror no se banalice, no se naturalice.

La novela *Carne de perra* de Fátima Sime (2009), basada en el clásico mito del príncipe y la princesa, no recurre a formas experimentales del discurso, no quiebra narrativas convencionales, y sin embargo es un relato crítico memorable. La protagonista es una mujer que, si bien no representa la perspectiva típica de alguien comprometido con la resistencia política, es succionada y dominada por la violencia estatal⁷³.

La dimensión desconocida de Nona Fernandez, donde se relata el caso de un ex agente de la DINA que deserta y entrega información en 1984, tampoco intenta rupturas formales, sin embargo abre un nuevo espacio de reflexión.

La escritura de la «segunda generación»

Los escritores de «segunda generación», como también ha sido nombrada, poseen nítida conciencia de no haber sido, a diferencia de sus padres, protagonistas directos de la historia, pero sienten que sí fueron afectados, aunque de forma diferente a sus antecesores generacionales. Son textos que evidencian una carencia constitutiva en la cual se perciben las huellas de una catástrofe. La percepción generalizada respecto a sus padres es que estos no pudieron cumplir sus expectativas y ello les dejó a los hijos una sensación de orfandad. (Montes Capó, 2018)

Cristian Montes Capó se hace eco de la crítica sobre esta generación en la cual, al decir de Sergio Rojas, los hijos han devenido «pura lucidez desterrada». Sin embargo este destierro específico, que los hace recordar sobre todo

⁷³ Se trata de una joven estudiante de enfermería secuestrada durante la dictadura, torturada y apropiada como amante-esclava por un represor que la induce a cometer un crimen político. Si bien no puede huir de estas siniestras redes, la novela culmina con su venganza. La trama revela dimensiones de la existencia en cautiverio que recién están saliendo a la luz.

el tiempo de la infancia, sigue apegado al «imaginario de la dictadura». Y esta «persistencia temática tiene íntima ligazón con las formas en que esta textualidad ha procesado la experiencia colectiva del duelo y los efectos del trauma generado por la *debacle simbólica* que significó el golpe militar y los años de represión en Chile». (Subrayado mío, 2018: 268)

Ante esta *debacle simbólica* que arrasó a la región dejando sin marcos de referencia tanto a los sobrevivientes como a los jóvenes, afectando a ambos de distinta manera pero con una intensidad inconmensurable, surge esta narrativa particular. Según el crítico chileno: «en el imaginario social de esta generación se encuentra activado un sustrato apocalíptico íntimamente ligado al proceso de duelo que la escritura postdictatorial viene desarrollando desde el momento en que la democracia fue recuperada» (2018: 269)⁷⁴.

Tal vez en este criterio radique una clave para entender *eso* que une y separa a ambas generaciones y a sus textos.

... la incorporación del término apocalipsis para referirse a estas narrativas de los hijos, funciona como un significante privilegiado que revela una particular percepción de lo ocurrido en tiempos de dictadura, [...] El tono apocalíptico alcanzará justamente una particular expresión en los relatos de infancia, donde los narradores niños elaboran sus relatos moldeados por un imaginario terminal y concluyente, como puede apreciarse en *La edad del perro* de Leonardo Sanhueza y *En voz baja* de Alejandra Costamagna. (2018: 270)

El tono apocalíptico no será el de los sobrevivientes, imbuídos del imaginario setentista, mientras que los jóvenes han nacido y se han alimentado de una catástrofe que a menudo se vive como «definitiva e irrevocable» y cuyo locus, como no puede ser de otra manera, será la infancia y el mundo familiar destrozado. Lo que me atrae de esta lectura es que no propone un corte tajante entre el antes y el después, entre escrituras que «cierran sentidos» (las de los sobrevivientes), y las que «abren sentidos» (las nuevas), entre relatos

⁷⁴ Este sustrato, como explica el autor remitiéndose a la crítica sobre el apocalipsis posmoderno, se refiere más bien al tono de la escritura, sin que eso presuponga la presencia de un evento terminal. Se trataría de «un final sin final», al decir de Klaus Sherpe, quien puntualiza el énfasis de estos textos en «el aspecto catastrófico».

«sin intención literaria» o «con intención literaria», sino que sitúa ambas textualidades en el continuum de un legado en que todos seguimos sumergidos y del que la narrativa se sigue haciendo cargo, siempre desde su lugar, que es su lenguaje.

Testimonios de la experiencia concentracionaria

Narváez (1986) menciona «textos de circulación violenta» que llegan del exterior y se publican clandestinamente, como *Lonquén: toda la verdad*, de Máximo Pacheco (1980). La lista de libros publicados en Chile o fuera del país es extensa. *Tejas Verdes: Diario de un campo de concentración en Chile*, de Hernán Valdés, es el primero en difundirse a nivel internacional (España, 1974), pero se publica en Chile años después de la caída de Pinochet (1996). *Cerco de púas*, de Aníbal Quijada (Premio Casa de las Américas 1976); *Un día de octubre en Santiago*, de Carmen Castillo (1977); *Relato en el frente chileno*, de Ilario Da (1977); *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker (1977); *Diario de un preso político chileno*, de Haroldo Quintero (1979); *Memorias de una mirista*, de Carmen Rojas (Montevideo, 1980), que en Santiago se reedita como *Memorias de Villa Grimaldi*, de Nubia Becker (2011); *Dawson*, de Sergio Vuskovic (1984); *Dawson*, de Aristóteles España (1985); *Isla 10*, de Sergio Bitar (1987); *Mis primeros tres minutos*, de Emilio Rojas (1989); *Frazadas del Estadio Nacional*, de Jorge Montealegre I. (2000); *Chacabuco, Pabellón 18, casas 89*, de Adolfo Cozzi (2001); *Contar para saber: Chacabuco, Puchuncaví, Tres Alamos 1973-1975*, de Mario Benavente Paulsen (2003); *Retorno a Dawson*, de Miguel Lawner (2004), entre tantos otros.

El testimonio de Witker juega un papel fundamental por haber sido publicado, como indica Peris Blanes, por el Fondo de Cultura Económica (FCE, México, 1977), lo cual le dio una enorme visibilidad y repercusión al discurso testimonial:

Prisión en Chile, de Alejandro Witker, fue uno de los textos testimoniales de mayor impacto que siguieron al Golpe Militar. Sus diferentes paratextos identificaban la enunciación testimonial como *una forma de combate que podía sustituir a las formas tradicionales de la lucha política*. Para hacerlo,

el texto de Witker desarrollaba una serie de estrategias de construcción textual que le servían para discursivizar la idea fundamental de experiencia colectiva y para crear un “efecto documental” que potenciaría su función de denuncia. (Abstracto del artículo, 2017)

Witker se aleja del discurso literario y de toda pretensión estética, para enfatizar la hegemonía de lo político de estos textos que son «testimonio de una experiencia compartida». (Peris Blanes, 2017: 475)

Dawson (1985) relata la detención de Aristóteles España por la Fuerza Aérea en 1973. El joven de diecisiete años escribe en medio de esta atmósfera:

Sentíamos pánico. Además, todos vestíamos ropas livianas y estábamos muertos de hambre. Fuimos recibidos por el mando naval en la playa, y con infantes de Marina armados hasta los dientes. Se nos comunicó que éramos prisioneros de guerra, que estábamos en Isla Dawson y que seríamos tratados de acuerdo a los convenios de Ginebra. Esa fue la primera gran mentira. No solo nos torturaron salvajemente sino que, además, practicaron simulacros de fusilamiento con los presos, nos hacían comer comida hirviendo, fuimos sometidos a un régimen de trabajos forzados que consistía en cavar hoyos y zanjas, colocar postes, botar árboles en medio de golpes e insultos. La idea, como me dijo un oficial de la Armada «es que pierdan la capacidad de pensar, ustedes deben entender que son solo números»; en mi caso era el F-13. (Entrevista de Alejandro Lavquén: 2000)

En su estudio sobre las narrativas de los campos en Chile, Dorfman observa una estructura característica: el relato comienza con la descripción del lugar donde se inscribe el secuestro. La narración habitualmente se demora en este momento clave mientras los lectores se vuelven testigos, en segunda instancia, del ritual traumático de iniciación. El tránsito del mundo «normal» al concentracionario se describe en relación a la conducta de los secuestradores, a la confusión, a los golpes recibidos, al nuevo y brutal lenguaje de órdenes, a la entrada en ese extraño universo donde él o ella devienen un número. El testigo cuenta cómo enfrenta este infierno, cómo lo incorpora, cómo va adaptándose a ese encierro feroz donde procuran degradarlo a cada paso. El cierre de la trama suele coincidir con su liberación, aunque el campo prevalece más allá de sus límites físicos, tatuado en la memoria, siempre presente (Dorfman, 1991).

Este esquema se desdibuja en las obras más recientes. Por ejemplo, *Frazadas del Estadio Nacional*, de Jorge Montealegre I. (2000) se estructura como el diálogo entre un testimonio del autor, escrito tras su secuestro y liberación, y su lectura de ese pasado que lleva a cabo en la madurez. Se visualiza así el papel de la rememoración que parte del presente, en contraste con la mirada del adolescente que padeció la experiencia.

En la posdictadura comienzan los peregrinajes de sobrevivientes a algunos ex campos, de donde resultan más relatos, como *Retorno a Dawson*, de Miguel Lawner (2004). El viajero se sorprende al notar que no hay restos visibles de lo acontecido: todo ha sido borrado menos una iglesia y su empecinada memoria.

Fernando Blanco critica la particular política chilena de olvido, que (entre otras prácticas) enmarca los testimonios de modo que su potencia crítica quede soslayada. Esto se da en un «medio social debilitado» donde el poder recurre a «la figura compensatoria de la cultura como agente vicario de la política», en lugar de encarar una profunda revisión del proyecto económico y político de la dictadura.

No quiero decir [...] que haya ocurrido un falseamiento de los hechos en los testimonios de detenidos, torturados, exiliados durante el régimen de terror del gobierno militar. Más bien quiero decir que los hechos ocurridos después del golpe de 1973, contados a la manera de los caídos en clave de registro judicial y heroico, se transformaron en el memorial colectivo obligado. Los testimonios fueron las plegarias para el reconocimiento de una ciudadanía contrita ante la hegemonía de la época revolucionaria y los éxitos libremercadistas. Esta apologética hagiográfica de los caídos, sostenida por los gobiernos concertacionistas, operó como una narrativa maestra... (2012: 30)

Esta «narrativa maestra» impide la escucha de otros registros de la memoria que requieren políticas estatales no diseñadas para obturarla. En Chile –como indica Blanco– se delinearon, en cambio, «transacciones de la estadística política del dato» que no hicieron audibles otros lenguajes.

...[L]a ilustración de la pérdida de valor de la vida obtuvo poco éxito, a pesar de que el testimonio como género de la *prueba* y como voluntad de sobrevivencia pretendió con su interpelación estatal realinear las reponsabilidades civiles y militares en marcos éticos. El impulso solo alcanzó para resolver una salida política al tema de las violaciones a los derechos humanos [...]. Impedidos de actuar contra los militares los gobiernos acataron el dictamen del consenso. (2012: 30–31)

El problema no radica en los textos mismos sino en las políticas culturales que los difunden, descartan o utilizan de acuerdo a sus prioridades. Justamente porque algunas voces fueron más ignoradas que otras, sin negarle a ningún testimonio su impacto, presento algunos escritos que se salen del parámetro del heroísmo militante⁷⁵.

Tejas Verdes: Diario de un campo de concentración en Chile: la ficción del diario íntimo

En *Tejas Verdes* (1978, 1996), de Hernán Valdés⁷⁶, aparece un tema –la alienación– ya presente en su novela anterior, *Zoom* (1971), donde los protagonistas se lanzan a viajes o buscan encuentros que los saquen de su absurdo personal. En ambos casos, los personajes son intelectuales que parecen acompañar el proceso de cambio del Chile de los setenta pero que, de hecho, viven al margen. Para ellos, su país es más paisaje que patria, indica Dorfman (1991).

En *Tejas Verdes* esta falta de inserción social se percibe, una vez que secuestran a Valdés, como la distancia del autor frente al propio cuerpo, el soporte de su ser alienado. La tortura lo lleva al paroxismo del extrañamiento. En esta pesadilla iniciática es víctima de fuerzas que lo invaden sin que logre oponerles resistencia: lo dominan, lo reducen a sus urgencias básicas. «Una dictadura, en su gradual y sistemático asalto, puede borrar [...] la existencia y poner sus propias voces en su lugar» (Dorfman, 1991: 147). Al relatar y repensar

⁷⁵ Algunos análisis de este capítulo son revisiones críticas de testimonios ya estudiados por mí en *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90* (2006).

⁷⁶ Hernán Valdés ya era reconocido por sus novelas *Apariciones y desapariciones* (1964), *Cuerpo creciente* (1966) y *Zoom* (1971), y por ser editor de *Cuadernos de la Realidad Nacional* –revista del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile.

el proceso que termina por doblegarlo, Valdés cuestiona a quienes, como él, deambulaban ciegos por la vida, ante la avanzada del terror que se gestaba a la vista de todos.

¿Dónde estaban antes estos miles y miles de hombres que a través de todo el país son nuestros asesinos, nuestros carceleros, nuestros torturadores? ¿Qué hacían, qué aspectos tenían? ¿Cómo es posible que no les hayamos visto, que no hayamos sospechado de su rencor, de su futura ferocidad? [...] Es fácil comprender ahora –por desgracia tan tarde– que vivían entre nosotros. Que no eran ni más ni menos que nuestros conciudadanos, nuestros vecinos, a veces nuestros parientes, y, en una que otra ocasión, nuestros amigos [...] ¿Cómo no haber comprendido que todos esos que nos parecían enemigos inofensivos [...] formaban parte de un frente de clase único con la ultraderecha y tenían un plan de guerra y de exterminio? [...] Hay revelaciones que solo se adquieren de una vez y para siempre. (1996: 147)

Estas revelaciones no quieren ser literarias. Quieren ser denuncia. Por eso es que, en el prólogo a la primera edición de *Tejas Verdes*, el escritor proclama que su libro debe ser leído como testimonio.

[Lo que le urge es] dar una voz a experiencias personales y al mismo tiempo colectivas, recién vividas, que corrían el riesgo de petrificarse bajo cifras más o menos globales de víctimas, de asfixiarse bajo el peso de los adjetivos de la información periodística. (1978: 7)

Ni periodismo ni ficción, sostiene el autor, más bien un llamado: «el libro, pues, estaba dirigido a producir una reacción inmediata en el lector, a sublevarlo, a solicitar su solidaridad con respecto a hechos concretos» (1978: 8–9).

Peris Blanes nota que su posición varía con el tiempo. Al Valdés de los ochenta le preocupa que la ficción literaria diluya el efecto del horror a la hora de la transmisión, por eso insiste en su carácter testimonial. Mientras que en los noventa le resulta prioritario distanciarse de los textos panfletarios que, para esta época, se habían difundido en Chile, prefiriendo destacar su vínculo con la memoria. Este cambio en la función que el autor le atribuye a su obra

revela «la modificación del estatuto y la función pública de los testimonios de los supervivientes desde los primeros años de la dictadura hasta la actualidad» (2009: 12).

Lo esencial para este estudio es que Valdés insiste, antes y después, en no referirse a *Tejas Verdes* como a una creación literaria. Primero lo llama texto de denuncia; luego de memoria, nunca novela. Paradójicamente, el autor de una de las obras cumbres de literatura concentracionaria, que se levanta –al decir del periodista Antonio Avaria– como un obstáculo contra toda tentación de olvido, desmerece su logro estético. Sostengo, contra su autor, que *Tejas Verdes* es una novela testimonial.

La creación de un diario llevado en prisión es una estrategia verista: el tiempo narrativo coincide con los treinta y tres días de enclaustramiento durante los cuales transcurre un viaje donde cada paso ahonda la incertidumbre y la alarma ante el acecho de innumerables ataques contra la propia identidad. Este diario ficcional le permite a Valdés ordenar la sucesión caótica de acontecimientos, registrar los cambios en la conciencia y los trastornos en el cuerpo. La mirada creada frente al material de la propia vida (porque en esas páginas el autor elabora y piensa, indaga, interroga e investiga) marca el ritmo de la trama. El diario ficcional no busca ni empatía ni redención. Lo impulsa la necesidad –equipable con un imperativo ético– de dar cuenta de la atrocidad.

El lector tiene que acompañar a una conciencia despiadada que no cesa en su proceso crítico lacerante, atento a la dimensión radical de su caída. El relato se abre a la experiencia de un hombre a merced del poder desaparecedor que sufre una serie de metamorfosis corporales y existenciales degradantes durante el proceso de aislamiento, hostigamiento y tortura. Tras las múltiples privaciones a las que se ve sometido, ceden el cuerpo y la conciencia. El registro de esta decadencia en la escritura es una recuperación de la conciencia que cobra vuelo para dar cuenta de esta vida inmersa en la muerte.

¿Qué diferencia existe entre la relación que el protagonista establece consigo mismo al autoanalizarse y exhibirse y la que asume cualquier novelista frente a un personaje? La pregunta es retórica: no hay diferencia, porque Valdés, el hombre de carne y hueso, deviene personaje en la narración; en este carácter se asume como la encarnación de un destino plural y se empeña en descifrarlo.

El testigo registra una serie de episodios en los que la violencia se expresa en un tiempo vertiginoso que trata de asimilar, integrar, comprender.

La trama

Mientras en su vida anterior el tiempo simplemente transcurría, en el campo «mi conciencia no admite otra noción que la de este estar-aquí-esperando. Pura vigilancia de presente» (1978: 90). El relato comienza el 12 de febrero de 1974, antes del allanamiento a su domicilio, con un interrogante: «¿Qué hago aquí, en casa, a las 6:30 de la tarde?». En apariencia está dejando pasar las horas, pero luego nos damos cuenta de que espera un pasaporte que lo llevará al extranjero, «a donde sea» (1978: 11). El segundo día de reclusión (atado a una silla y rodeado de un grupo de desconocidos, presos como él en un lugar que no ve pero que espía) evalúa la escena traumática inicial:

Mi conducta durante el allanamiento me parece de pronto ridícula. Sin considerar las armas, los tipos no tenían el menor aspecto de policías, muchos de ellos estaban simplemente en camisa. ¿Por qué no les exigí sus credenciales y una orden escrita, como ha sido advertido por la propia Junta Militar, a consecuencia de los asaltos y robos cometidos con el pretexto de estas pesquisas? ¿Y si me hubiera puesto firme, pese a la metralleta en la garganta? Seguramente todo eso habría sido inútil, dada la impunidad con que han sido violados recintos que se consideraban intocables. Aun así, mi conducta me disgusta. Solo la fragilidad de la condición de ciudadano en las circunstancias actuales y la debilidad de mi situación emocional pueden explicar mi absoluto anonadamiento. (1978: 28)

Su travesía es un autocuestionamiento sin respiro; el engranaje aniquilador se deconstruye para dar un cuadro completo e impiadoso del dispositivo destinado a cosificar a los humanos. Valdés, el intelectual, descubre las falencias de su visión de mundo cuando lo fuerzan a convivir con hombres que, de no haber sido por el secuestro, nunca hubiera conocido. A diferencia de la mayoría de sus compañeros de cautiverio, que intentan habituarse a su nueva condición, él se empeña en mantener una aguda percepción del entorno. Como no puede conciliar el sueño, está condenado a una vigilia que lo agota y que también, paradójicamente, lo sostiene. Sabe que sabe más que

otros porque está siempre alerta pero, a la vez, nota que su actitud lo lleva a un estado onírico en el que su razón empieza a fallar. Por algo pensaba Jean Améry que el intelectual no era el más apto para resistir la existencia en estos limbos donde lo más práctico es no cuestionar ni cuestionarse, sino aceptar los nuevos códigos y adaptarse. Claro que «lo práctico», sobre todo en estos ámbitos, también tiene su precio.

La lectura avanza con reportes sobre su estado físico: Valdés asiste, impotente, a su propia metamorfosis. Se rehúsa a caer en la rutina del campo: sabe que dejarse estar y abandonar su ojo crítico es riesgoso a otros niveles. Su lucha por impedir la anulación del yo, peligro que lo acosa con la repetición interminable de unas pocas funciones básicas y el constante cumplimiento de órdenes, es incansable. Lo vemos una y otra vez en su resistencia solitaria y muda, hasta que encuentra a sus pares. A través del diálogo con ellos, este hombre de izquierda pero sin militancia partidaria recupera el discurso ideológico. El texto revela, en este punto, el carácter político del encierro colectivo: se insertan análisis sobre la situación del país y aparecen notas sobre grupos militantes de la época. Estas referencias –presentadas como datos objetivos, aunque reflejen su punto de vista– ubican al testimonio en su dimensión histórica. De todos modos ninguna información, en estos casos, puede dar cuenta de lo esencial: «...lo que yo sabía de la maldad, antes, eran puras caricaturas, pura literatura» (1978: 179).

El arrasamiento de la subjetividad y sus límites

La trama parte de un espacio familiar: la casa propia, donde la violenta aparición de lo desconocido altera tanto la existencia como el relato. Ya lo dijo Jerome Bruner: «Para que exista un relato hace falta que suceda algo imprevisto; de otro modo “no hay historia”». Si no se altera algo, «no hay nada que contar» (2013: 31 y 34). En la mayor parte de los testimonios ese imprevisto es la irrupción del terror en la vida íntima o *privada*:

No media ningún transcurso entre el acto de abrir [la puerta] y la situación de encontrarme con la boca del cañón de una metralleta contra la garganta.

—Esto es un allanamiento. [...] Todo es muy veloz, parece que no hubiera un segundo que perder. (1978: 14)

La velocidad del operativo lo deja anonadado. Esta intrusión de una fuerza brutal en su mundo cotidiano es el punto de partida de un salto al vacío hacia una vida donde padecerá la más rotunda negación de su identidad.

El aislamiento

El secuestro impone, ante todo, la clausura de la vista a través de un «antifaz» que equivale al primer y radical aislamiento. El sujeto pasa a ser, de un segundo a otro, un objeto manipulable: «Me ponen algo sobre los bordes de los párpados, supongo que tela adhesiva» (1978: 19). «Me quitan los documentos, las llaves, todo lo que había en los bolsillos»; «es muy difícil, auditivamente, formarse una idea de este espacio» (1978: 24).

No puedo imaginarme sino este ahora, este estar-aquí, maniatado, ciego, impregnándome del avasallador olor de orines (mi silla parece estar muy próxima del urinario) que se deposita como una película contra mi paladar, transformándose más bien en gusto; este estar-aquí siendo invadido por el ruido infernal del grifo de agua, que desaloja casi toda otra impresión de mi cerebro. (1978: 22)

A partir de aquí el lector es testigo vicario de cómo el poder, destinado a «quebrarlo», va ocupando su subjetividad con desparpajo. Si bien no está solo, a su alrededor hay seres aterrorizados que no intentan comunicarse entre sí. Se podrán vincular más adelante, cuando al grupo lo trasladen de este extraño recinto a otro no menos inquietante, pero donde al menos se pueden sacar las vendas de los ojos.

La socialización

Cuando se produce la apertura visual los detenidos se miran y comienza el diálogo. Entonces cada cual narra su historia: el testimonio se multiplica en versiones similares de un proceso que los ha dejado atónitos. En la barraca se

inicia, en este momento, la socialización: los secuestrados crean un espacio que los acerca y los fortalece para tolerar el «afuera» –el ámbito militar que los rodea y controla–. En este lugar precario, donde pueden hablar mientras la puerta se mantiene cerrada, se suceden incidentes, anécdotas y rutinas que, sumadas a los comentarios del autor, bosquejan los perfiles de los prisioneros, sus actividades diarias y, en definitiva, las conductas básicas que exige la sobrevivencia. Aparecen así distintos sectores de la sociedad: el militar abocado a implementar reglas de saneamiento del país; el marginal atrapado por el terror estatal; los intelectuales abocados a desentrañar el sentido de su experiencia como caja de resonancia de las políticas gubernamentales; el común de la gente procurando la evasión mediante el entretenimiento; el campesino aferrado al recuerdo de la tierra; el gurú o visionario filosofando sobre el sentido último de la violencia hasta que, tras repetidos abusos, cae en el resentimiento al igual que los demás. Valdés describe sus acciones, su interrelación y su lenguaje. Intercala diálogos y expresiones que denotan los códigos culturales y lingüísticos de estratos sociales variopintos.

Los guardias y los soldados, por regla general, expresan desprecio por el otro y prepotencia. Ni siquiera el militar que, por azar, termina preso, se diferencia de sus pares en este sentido. «El ex soldado nos dice que hay que reírse de la tortura. Es un machote, que se quitaría la vida por un: “quítame allá esas pajas”». Él, por su parte, ha tenido que aplicarla contra su propio hermano, cuando hacían el servicio, por «alguna huevía que había hecho» (1978: 143).

La crueldad

El espectáculo de la crueldad, del que Valdés da múltiples ejemplos, no se da solo en los campos: se instala en todo proceso de iniciación de «jóvenes guerreros». «Esta costra gruesa frente al sufrimiento, ese callo espiritual es lo que se cultiva y lo que se exhibe y [...] se espectaculariza, ante la tropa informal [...] y ante la sociedad también» (Rita Segato, 2013: 55). La dureza que los militares exhiben ante la sociedad simplemente se exagera adentro del campo. Valdés marca el poder de muerte de los verdugos, que se muestra como insensibilidad extrema frente al sufrimiento provocado en el otro.

–Y este libro en clave ¿Te estai haciendo el tonto? Ya, llévate a cantar arriba.

– Este libro es de Eva –grito, jadeando–. Está escrito en su idioma.

–Vai a descifrarlo al tiro, huevón, o te capamos.

Protesto que no entiendo el idioma, pero no hay caso. (1978: 45)

Este y otros interrogatorios aparecen en el «diario» como registro presente de lo vivido, junto a sus conclusiones:

Todas las preguntas imbéciles forman parte de un *modus operandi* que desconcierta al interrogado y lo hace descuidar la defensa de aquellos temas para los cuales se había preparado. De hecho este es un buen sistema de humillación, incertidumbre, desconcierto. Se trata, en realidad, de mellar todas las defensas. Estamos perdidos y dependemos solo de ellos. Solo a través de ellos nuestros nombres, nuestras personalidades, pueden reencarnarse, y solo aceptando nuestra culpabilidad tenemos la esperanza de salir con vida. (1978: 205)

Las funciones vitales

En este proceso las funciones vitales se vuelven el eje de interés entre los prisioneros: «Todas las preocupaciones se postergan ante esta perspectiva de comer y nos amontonamos en la puerta en actitud vigilante» (1978: 72). Desayuno, salida al baño y comida constituyen la base de un sistema donde no hay margen para el placer. «Solo me importa que esto llegue velozmente a mi estómago, que esto se deposite allí, como requisito indispensable de la subsistencia de mi personalidad» (1978: 71). «Hay solo tres acontecimientos más o menos previsibles en cada día: el desayuno, el almuerzo de porotos y la cena de porotos más licuados» (1978: 125). Al grupo se lo manipula a través de este estilo precario de vida hasta que se produce la regresión: «la posibilidad de quejarse de algo aunque sea indirectamente, nos fascina. Sin darnos cuenta vamos adoptando un comportamiento infantil» que aumenta a medida que «nuestra inteligencia empieza a aceptar esta irracionalidad» (1978: 70).

La espera

El espacio del campo coincide con un tiempo de espera, tiempo de total inactividad en un ambiente despojado de toda cualidad excepto la de ser lugar y techo. La vida se transforma en una repetición de incongruencias que el incansable grupo intenta desentrañar. La espera se ve interrumpida y amenazada por el interrogatorio, que pende sobre el destino de todos como culminación del ciclo de secuestro y tortura.

Durante el transcurso de estos días se exaspera la relación con el propio cuerpo. De la sorpresa inicial se pasa a la enajenación a medida que las amenazas se concretan –simulacro de fusilamiento, interrogatorio– y este proceso llega a su punto culminante: «como si el miedo me mantuviera aislado de las sensaciones físicas» (1978: 44). El hambre y el dolor excesivos ya no se pueden asimilar: «no siento nada, he perdido toda conciencia de mi cuerpo [...] el peso y las proporciones de mi cuerpo son inconmensurables» (1978: 51); «me siento como una vieja máquina oxidada» (1978: 58). La regresión a la infancia se combina con la imposibilidad radical de reconocerse. Es entonces cuando el relato se torna grotesco: una escena de defecación colectiva se vuelve «carnaval de mierda» (1978: 100).

En la barraca los cautivos contrarrestan la degradación a la que se ven sometidos a fuerza de comunicación. Unos recurren al humor, o discuten la coyuntura política; le buscan algún sentido a una situación que persiste como enigma. Ninguno sabe a ciencia cierta por qué está confinado y tampoco conoce el plazo de la condena, si es que existe. «Nos sentimos como conejos de jaula: nuestros amos pueden venir en el momento que quieran para escoger al que quieran y hacer con él lo que se les ocurra» (1978: 129). «Cualquier condena de prisión definida sería mil veces más soportable que este encierro extrarreal, que esta marginación de todo conocimiento sobre nuestras culpas, su formulación y sus castigos» (1978: 145). «Hemos estado esperando el momento de entrar en la realidad de este mecanismo invisible del que formamos parte» (1978: 149).

Modelo narrativo

Los detenidos están sujetos a un destino inefable. Esta sensación constituye el núcleo de la experiencia y del relato desde que se ingresa al campo hasta que se regresa al mundo familiar. Parece un juego del destino con hechos que suceden de repente y con una velocidad que no da lugar a la intelección sino más bien a la rutina del horror (aunque este narrador, como dije, es capaz de transmitir el defasaje entre sensaciones y autoconciencia).

El relato nunca es una ventana transparente abierta a la realidad sino, más bien, «una matriz que le impone su forma» (Bruner, 2013: 20). La matriz del relato de Valdés es la lucha entre la lucidez aguda que intenta sostener versus la nulificación de pensamiento autónomo que le imponen.

La humillación y anulación sistemática de los reclusos culmina en la sala de tortura, en la cual el detenido no dispone de tiempo para elaborar nada: su cerebro está en blanco (1978: 170). Casi todo el capítulo del día 4 de marzo está dedicado a esta sesión, precedida por un fragmento en el que recapitula su pasado en un intento de definir la versión que dará de los hechos durante el interrogatorio. La ansiedad que lo sobrecoge en el umbral de la tortura más temida forma parte de la tortura. En la sesión se suceden diálogos que no son más que el discurso del poder haciendo balbucear al dominado. Esa distancia que el protagonista ya sentía en relación a sí mismo antes del secuestro, al volverse extrema le permite considerar su propio cuerpo como algo impersonal, un elemento exterior al que puede medir y estudiar en sus variaciones y reacciones fisiológicas.

Siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota. Y sin embargo es así, no existe ningún recurso racional para evitarlo. Entiendo la necesidad de este capuchón: no seré una persona, no tendré expresiones. Seré solo un cuerpo, un bulto, se entenderán solo con él. (1978: 161)

Perspectiva de género

Si bien Valdés indica el desprecio del torturador tanto por la mujer como por el hombre que no es «macho», llaman la atención sus prejuicios. Aunque mencione el machismo de los militares y de los detenidos no percibe sus propias calumnias a las mujeres.

El torturador feminiza al hombre doblé, y lo hace mediante un rito de dominación que niega su hombría:

- ¿Y es rica, huevón?
- Es normal, señor.
- ¿Usa anticonceptivos?
- ¿Cómo señor? [...]
- ¡Anticonceptivos, desgraciao!
- Un anillo, señor. De cobre, señor.
- ¿Y no te molesta cuando te la tirai?
- No, señor.
- Qué le va a molestar, ¡si éste es maricón! ¿Tenís pico? (1978: 168)

La insistencia en la homosexualidad es constante en ambos bandos (en una situación de dependencia que se asocia a lo femenino, la masculinidad corre riesgos):

- ¿Hay algún maricón aquí? –pregunta uno.
- Aquí todos somos casados, mi soldado –dice Don Ramón, tomándolo a broma–. Yo tengo catorce nietos.
- ¿Y ninguno te salió maricón, tata?

Don Ramón se ofende y dice que el pueblo no produce maricones, que estos se encuentran entre los ricos. El soldado nos mira uno por uno,

tratando de descubrir una evidencia feminoide. Instintivamente nos ponemos serios, conformamos expresiones duras. (1978: 96)

Los hombres poco saben sobre las torturas que sufren las mujeres, aunque circulen graves rumores – «[a] algunas les han introducido ratas en la vagina» (1978: 213). Sin embargo, lo único que parece preocuparles es su posible complicidad con quienes las abusan. En este punto, Valdés se une al coro y acusa a las mujeres de dejarse «ultrajar» en lugar de elegir el fusilamiento. ¿Acaso él mismo, en su interrogatorio, no llegó a «cantar» el nombre de su mujer, Eva, poniéndola en peligro? Si bien se atreve a mostrar cómo la tortura le hace tambalear el propio marco ético, le exige a la mujer más de lo que él mismo es capaz de dar: la propia vida⁷⁷. Valdés no registra que el cuerpo de la mujer se ha usado históricamente como territorio de conquista, «como ejercicio de una soberanía [...] que se expresa en su capacidad de acción irrestricta sobre los cuerpos» (Segato, 2013: 56). El escritor/testigo, incluso, usa parámetros distintos a la hora de describir a sus carceleros en términos de género: cuando presenta a una enfermera con aires de pertenecer al cuerpo militar le da rienda suelta a sus rasgos físicos grotescos, método que no usa al describir a sus pares varones. En este aspecto el autor carece de originalidad: la miopía patriarcal sigue vigente en nuestras culturas hasta el presente.

Liberación y resistencia

En la escena final llevan al protagonista en un camión (como llevaron a tantos otros, a la liberación o a la muerte). Le ordenan que salte; lo hace y sale corriendo, forzándose a no mirar atrás. Sigue atrapado en la vorágine del momento: no está libre, está escapando.

Echo a andar [...] sin volverme para observar el camión, que ha partido en seguida, ando cada vez más rápidamente, sin mirar hacia atrás, sin ver a nadie, mareado por este espacio que hay hacia adelante –es una calle

⁷⁷ El teatro se ha hecho cargo de dar otra versión de la suerte de las mujeres en cautiverio: la obra *Tejas Verdes*, de Fermin Cabal (Australia, 2006), se basa en la historia de una mujer que no sobrevivió a ese campo de concentración. Fue representada por la compañía teatral «Red Stitch», *The Australian* 05/06/2006 (En línea) <<https://redstitch.net/gallery/tejas-verdes/>>

desconocida— a toda prisa, reteniéndome para no correr y a la vez para no volver la cabeza hacia atrás. (1978: 154)

Si bien en este momento el mandato de los torturadores está aún internalizado y el todavía prisionero obedece, poco después su revancha será la de rechazar su mandato. Lo que sus guardias quieren es que se vaya corriendo para siempre, olvidando lo que le pasó y le pasa. El libro es esa vista retrospectiva, y la única victoria que Valdés se puede permitir contra el enemigo (Dorfman 1991: 181–82).

Se ha producido un giro: el sobreviviente es ahora testigo. El tiempo cíclico de la espera deviene tiempo abierto, intervención político-literaria. En el espacio de la página, que aspira a volverse público, puede nombrar el atroz desfile de abusos vividos y esbozar un aprendizaje: la aparente normalidad de la vida ciudadana bajo el terror se funda en la negación de ese lugar clandestino que permanece oculto y acechante. Los sobrevivientes aprenden una lección inolvidable que les pesará: «Nos abrumba la magnitud de nuestra ignorancia en el pasado, la escandalosa inocencia de nuestra ex condición de ciudadanos» (1978: 144). La serie temporal biográfica se une con la histórica y en ese cruce se asume una responsabilidad: transmitir lo vivido y, al hacerlo, recobrar la propia humanidad. Valdés insiste en la importancia de una reflexión anclada en el presente: «El hecho de que el campo de concentración Tejas Verdes ya no exista localmente en el balneario del mismo nombre no debe tranquilizarnos demasiado» (1978: 9). «El golpe ha deshecho toda clase de relaciones, y los residuos flotantes de esta catástrofe nos hemos encontrado para construir otras, insólitas, precarias» (1978: 12).

El testimonialista, al rememorar, resiste, aunque al tomar la palabra confirme que dentro del campo todos los caminos conducían a la derrota, justamente porque cualquiera puede llegar a ceder en un interrogatorio, por diferentes razones (por proteger a otros, por evitar el propio dolor, por un quiebre sicológico y emocional). ¿Hasta dónde es posible resistir la tortura? Jean Paul Sartre ya planteaba, en *La república del silencio* (1944), interrogantes que siguen vigentes: ¿Cuánta tortura puede soportar un hombre? ¿Cuál es el límite para no caer en la delación? En sus palabras:

Todos aquellos de nosotros [...] que conocíamos algunos detalles relativos a la Resistencia, nos preguntábamos con angustia: «¿Resistiré si me torturan?» De este modo quedaba planteada la cuestión de la libertad y nos hallábamos al borde del conocimiento más profundo que el hombre pueda tener de sí mismo. Pues el secreto de un hombre no es su complejo de Edipo o de inferioridad sino el propio límite de su libertad, su poder de resistencia a los suplicios y a la muerte. (1944: 21-40)

Montealegre, en *Frazadas del Estadio Nacional*, también tiene presente al filósofo francés cuando se enfrenta a esta posibilidad: «...aún me estremece una frase de Jean Paul Sartre: “Dichosos aquellos que murieron sin haber tenido que preguntarse nunca ¿hablaré si me arrancan las uñas?”» (2003: 137).

Valdés se enfrenta al mismo dilema y es vencido por la tortura, pero de esa misma humillación nace su crítica implacable. Muestra cómo el poder puede arrasar con las fronteras subjetivas y, al mismo tiempo, cómo un sobreviviente que deviene testigo puede rebartirle a la denigración su capacidad de persistir en el tiempo. Si bien *Tejas Verdes* pone en escena la forma en que la crueldad y la negación del otro se imponen, en el proceso de contar el escritor transforma el fracaso en afirmación de su voz. Esa es la revancha de la literatura, o la justicia de la memoria, o la potencia de la palabra.

Mis primeros tres minutos. El engañoso tiempo del encierro

...el tiempo no tiene adónde ir, entonces se queda.

LAURA ESTRIN

Escrito a quince años de su secuestro, el testimonio de Emilio Rojas (1989) podría leerse como un intento de solución al tácito interrogante planteado por Valdés: ¿cómo contar la vivencia de un tiempo que no transcurre? La temporalidad amorfa que impone la reclusión, el paréntesis de incertidumbre sujeto a los tiempos del poder que se declaran dueños de las manecillas del reloj, son el hilo conductor de un relato que reitera el tópico en forma obsesiva. «A las once y media de la mañana el Canal 7 estaba en plena ebullición» (1989: 23). «Pasados unos minutos llegó [...] Pasados unos minutos, salió»... (1989: 24). «—Señor, por favor. ¿A qué hora me van a interrogar? —pregunté yo, aprovechando la presencia de ellos aquí. —Espere un poco, aún no ha llegado el Capitán. —Es que necesito que me interroge lo antes posible, porque tengo muchas cosas que hacer, señor» (1989: 31). «Se sintieron campanadas. Traté de contarlas. Quería calcular la hora» (1989: 32). «Volvieron a sonar las campanas del reloj. Calculé que podrían ser las nueve o diez de la noche» (1989: 36). «¿Qué clase de reloj usaría el ejército? A lo mejor, a las horas o a los días los llamaban minutos» (1989: 40).

El tema del tiempo se vincula, también, con la mentira en tanto instrumento de sojuzgamiento. «Esto es algo de lo que viví al ser llevado a un interrogatorio solo por cinco minutos, ese martes de la primera quincena de febrero» (1989: 19). El tiempo cronológico, que parece un indicador real, enmascara el siniestro engaño. Su cautiverio, finalmente, se prolonga por varios meses.

Otro marcador que aparece de forma obsesiva en el texto es el espacial: el afuera versus el adentro. Cuando el protagonista ve el letrero Zona militar—Marcha Lenta, el relato contrapone —como lo hacía *Tejas Verdes*— su situación (pendiente de los centinelas vigilando desde sus torres) con la de los veraneantes que, distraídos, avanzan por la carretera hacia la playa. Los dos planetas no se cruzan más que en una memoria desgarrada; el aquí y ahora se

torna más implacable porque el prisionero no puede liberarse de sus recuerdos del afuera. El secuestrado se aferra al tiempo de su vida «normal» –por no perder lo único que le queda, al menos en la imaginación–. Le han quitado sus posesiones –el reloj y el maletín, su rutina y el trabajo–, pero no le han podido borrar la memoria de su existencia previa.

De los cinco minutos anunciados en el título, el testigo cuenta tres, es decir que su relato cubre apenas un lapso de su experiencia como desaparecido. El 23 de enero de 1974 es la fecha del secuestro en su lugar de trabajo: «A las doce y media de la mañana el Canal 7 estaba en plena ebullición» (1989: 23).

– ¿Usted es Emilio Rojas?

– Sí señor.

– Considérese detenido y no trate de hacer nada, porque la guardia del canal está sobre aviso.

– Perdón, pero no entiendo de qué se trata. Yo he venido a firmar un contrato. ¿No habrá una equivocación?

– No, que yo sepa. La orden que yo tengo es detenerlo hasta que vengan a buscarlo del Servicio de Inteligencia. [...]

– Señor, le dije, de verdad no sé por qué me detienen.

– No se preocupe –respondió el Comando–. Seguramente será una declaración sin importancia. Tenga fe en la Justicia Militar. Ahora no es como antes. Es casi seguro que va a ser solo una declaración de cinco minutos. (1989: 25–26)

El aprendizaje que hace el protagonista a medida que se hunde en el universo concentracionario es que cinco minutos no significan lo mismo ahí que «afuera», porque nada significa lo mismo. El lenguaje es otro, la vida es otra, la muerte es otra. Los cinco minutos equivalen a varios meses de torturas en tres campos: Londres 38, Tejas Verdes y el Estadio Chile. Al principio no puede creer que se trate de un juego de palabras, de un juego semántico para favorecer el encierro y el vejamen. Solo a medida que se familiariza con los nuevos códigos entiende que la lógica del campo es el absurdo. Abundan, en

este sentido, citas de Fellini, Kafka, Ionesco: el universo de lo inesperado y el sinsentido son su nueva realidad.

Muchos de sus actos, en este mundo otro, culminan mal e incluso desatan tragedias. El ejemplo paradigmático es su interrogatorio, en el capítulo «Minuto 2 con 30 segundos», cuando decide mentir. Su ocurrencia culmina en desastre: al inventar la historia que los torturadores quieren oír termina dando nombres de dos supuestos cómplices suyos (1989: 142). Al final de esta vívida escena, vencido, se justifica: «no tenía elección, además pensé que no se atreverían a detenerlos». Rojas, en el momento de dar los nombres, no puede imaginar que puedan secuestrar a sus conocidos, ya que «en ese momento eran asesores civiles de la Junta» (1989: 142–43). Pero el sentido común falla en el nuevo universo: muy pronto se da cuenta que dos personas han sido secuestradas a raíz de su declaración.

Queda claro que el protagonista dista mucho de ser un héroe, sin embargo tiene el valor –como Valdés– de admitirlo. No tiene causa que defender: llora, se contradice, sufre y no sabe cómo reaccionar en un medio que le resulta descabellado. Incluso presencia, impotente, una violación: un guardia abusa de una detenida frente a otros prisioneros que, si bien no pueden ver ni moverse, oyen y perciben.

Qué lástima que nunca se nos ocurrió jugar al detenido, al bueno y al malo, a la venda sobre los ojos y al amarre a una silla. Porque así me sería más fácil soportar lo que estaba viviendo.

Volvieron a sonar las campanas. A escasos metros míos, el hombre seguía ganando la batalla de poseerla. (1989: 38)

Las campanas marcan la hora de su desconsuelo y el testigo, abrumado, recurre a la nota irónica que ahonda la tragedia: «A medida que transcurría el tiempo iban llegando más “veraneantes” obligados al “Balneario de Tejas Verdes”» (1989: 95). La misma reiterada sensación del hiato que separa la vida en los campos de la vida ciudadana. Hiato aparente, porque el campo extiende sus tentáculos sobre la población, que vive sujeta al mismo horror, a menudo sin darse cuenta.

Cerco de púas. La fuerza de la alegoría

Publicado en 1977, el testimonio de Aníbal Quijada Cerda fue galardonado ese mismo año con el Premio Testimonio de Casa de las Américas. Como observa Peris Blanes, su trama combina dos registros: el político y la resistencia ética, por un lado, y el literario, que en este caso adquiere una relevancia particular (2009). El libro presenta escenas dispares e inconexas –desde situaciones vividas en el campo hasta relatos basados en la figura de un perro, para culminar en un poema–. El autor da cuenta de una experiencia devastadora de forma titubeante, exploratoria, sin intentar construir un dispositivo que la vuelva inteligible y homogénea. El resultado es la integración de múltiples estrategias literarias: fragmentación del relato para revelar la dimensión traumática, descripción del horror y denuncia política en los capítulos apegados a la memoria de lo vivido, y escenas líricas que potencian la densidad simbólica. El hilo conductor es el perro, que aparece desde la primera página: «Sigues siendo un perro marxista» y prosigue hasta el final, «Paréntesis para perros», de atmósfera alegórica.

La trama arranca con la brutalidad militar y la intemperie (el viento helado que circula en las cercanías del Estrecho de Magallanes). El campo es Dawson, situado en una zona cedida a la marina durante el gobierno de Allende. La ciudad vecina, Punta Arenas, mantiene su atmósfera tranquila, aunque cerca de la Plaza de Armas se encontraran el «Palacio de las Sonrisas», «Cabo Negro», «Bahía Catalina» y el «Cochrane», donde se torturaba a opositores al régimen.

Las paradojas de los campos hacen estallar la ideología socialista de las víctimas; y esto se vislumbra en una escena clave. A Quijada, viejo militante comunista, lo interroga un joven soldado indígena cooptado por el ejército: el representante de una etnicidad relegada y subyugada por el poder es la que encarna al poder, frente a la «subversión». El cerco de púas que rodea al campo se devela como cerco que encierra, asfixia y reconfigura a toda la sociedad.

Frazadas del Estadio Nacional. **Pasado y presente, testimonio y memoria**

Frazadas al hombro, parecían pájaros arrastrando sus alas. Frazadas...

JORGE MONTEALEGRE

En *Frazadas del Estadio Nacional*, publicado en Chile en 2003, convergen pasado y presente, como anticipé, ya que el libro entrama dos escritos de distintas etapas⁷⁸. Por una parte el testimonio redactado por Montealegre tras su liberación de dos campos: el Estadio Nacional y Chacabuco (donde asume el compromiso de narrar su historia), y por otra, el que reescribe treinta años después, al dialogar con ese joven capturado a los diecinueve años.

Es en Chacabuco donde, a raíz de sus primeras poesías, los compañeros lo incitan a seguir escribiendo. El «cuente lo que nos ha pasado» deviene así su misión, y lo hace con una clara determinación de denuncia. En 1975 lo invitan a participar en un tribunal que se realiza en México («III Sesión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar Chilena») y se prepara pensando entregar un testimonio que se ajuste al ámbito de la ley, ateniéndose a una estrategia cuidadosa: todo lo dicho en su deposición tiene que poder probarse. Después de tres décadas, la estrategia de escritura cambia porque ya no lo presiona la urgencia de demostrar nada. Entre ambos momentos, una lectura le da la clave para la construcción de su novela-testimonial: *Confieso que he vivido*, de Neruda. Las memorias del poeta le sugieren una forma que le resulta afín y opta por compaginar textos breves o crónicas con textos poéticos.

El testimonio inicial –«Chacabuco», que había circulado en copias mimeografiadas escritas en Roma en 1974– resurge en este libro como huella, como fuente de información o como base que garantiza una memoria con la vivacidad original. Pero el trámite no es tan simple: el escritor que reelabora su pasado es otro, un adulto que reflexiona sobre la forma en que el joven vivió el cautiverio. Tienen que convivir, en el mismo texto, un «pésimo testigo ocular» de su propia historia y un escritor deseoso de rememorar:

⁷⁸ Varios comentarios respecto de su obra provienen de la presentación del autor en el seminario «Testimonio y memoria» que Nora Strejilevich dictara en la Universidad de Chile (8/11/ 2012).

Nunca vi atentamente las caras de mis vecinos. Nos rehuíamos. Era mejor no reconocer a nadie. No recordar a nadie. Ahora los busco. Reviso las fotos que aparecen en las revistas. Me detengo en ellas, busco detalles [...] No los reconozco. Estuve y no estuve con ustedes cuando todos éramos en blanco y negro. Todos NN. Ustedes, los de las fotos, son todos nosotros. También los que no estamos en la foto. Me investigo a mí mismo. Retrocedo en el recuerdo para encontrarme y muchas veces no me encuentro. No me escucho. Y sé que estoy por ahí, arrinconado. Soy un pésimo testigo ocular de mi propia historia. (2003: 61)

De este fructífero ejercicio de desdoblamiento entre adolescente y hombre maduro, militante de izquierda y activista de derechos humanos, testimonio de denuncia y poesía, nace *Frazadas*....

El objeto paradigmático es la frazada: la frazada que protege, que muta de función, que comunica, que alberga, que acompaña, es el recurso que hilvana el texto y que marca el itinerario de testigo y lector. En este horizonte incluso la no frazada o la ausencia de frazada es parte del relato. La frazada une espanto y amor, amistad y soledad, afuera y adentro. La frazada protegía del sol, de la lluvia y del frío. Con ellas recibían los presos al compañero que volvía del siniestro turno en la tortura, en su dolor y en su horror; la frazada cubría al que quería estar solo, recomponiendo su ser-humano; al que necesitaba reencontrarse a sí mismo y unir los fragmentos vitales que la tortura destruía. (Prólogo, Armando Uribe: 2003)

La tortura era todo lo padecido en el Estadio Nacional, donde hasta el lenguaje creaba nuevas expresiones para denotar y a la vez ocultar sus pliegues siniestros. «Un ex agente de la DINA describió con una irreverente metáfora “a las personas que desaparecían les colgaban un escapulario en el cuello y luego las lanzaban al mar...”. El escapulario era un peso que amarraban al cuello a la persona detenida para que no flotara (en *La Nación*, 18 de junio de 1999)» (Citado por Montealegre, 2003: 74).

Desaparecido, confiesa Montealegre, es una palabra que «todavía no se instalaba en mi vocabulario» porque «los desaparecidos no saben que están desaparecidos» (2003: 127). El secuestrado sabe que lo están buscando, sabe que puede morir, sabe que no está en una prisión legal, pero quien está vivo

no puede pensarse desaparecido. Esta vuelta de tuerca del lenguaje asesino se resiste a ser pronunciada, hasta que el tiempo y las muertes negadas logran imponerse en el incierto y atónito diccionario del sobreviviente. «Detenidos, retenidos, secuestrados. “Algo” éramos, arrojados en algún lugar del Estadio» (2003: 27).

La frazada simboliza ese «algo» que eran los detenidos del Estadio:

Llegamos a la tribuna del extraño recinto. Me llamó la atención su pista que, casi como una ilusión óptica, era un camino que se extendía hasta convertirse en muro. Desde arriba, un círculo dantesco. En bajada. Nunca había estado en un velódromo [...] El ambiente era desolador. Diseminados por los asientos había grandes manchones de lana: compañeros cubiertos con frazadas. Los había aislados, de rodillas. Otros en el piso como perros atropellados o encogidos como fetos acurrucándose en el cemento. Todos bajo sus mantas. Se veía gente de civil, con brazaletes, y soldados de guardia o deambulando. [...] No pude seguir mirando. Nosotros también tuvimos que cubrirnos la cabeza y permanecer en absoluto silencio e inmovilidad total. Así como la mala conciencia oculta la basura bajo la alfombra, a nosotros los soldados nos escondían bajo las frazadas. Quien hablara o «intentara algo» sería fusilado en el acto. La tropa nos vapuleaba y nos dejaba ahí, esperando con la paciencia del condenado. Todos iguales con nuestra cara de frazada. (2003: 128–29)

La frazada es el símbolo del desaparecido y el Estadio Nacional, «la gran metáfora de ese Chile» (Armando Uribe, 2003: 151).

De Memorias de Villa Grimaldi a El infierno. **Del testimonio a la confesión**

En *Memorias de Villa Grimaldi*, publicada primero bajo el seudónimo de Carmen Rojas en Uruguay (1980) por razones de seguridad, Nubia Becker (militante chilena opositora al régimen) cuenta su experiencia en el centro clandestino de Villa Grimaldi, en Santiago. La autora logra transmitir, con realismo, tanto la tortura que significa la reclusión como el momento en que el cuerpo es violentado en su intimidad. Lo que caracteriza a la protagonista

es un sostenerse en la cuerda floja entre la desesperación y la entereza: se propone ser fuerte y resistir, pero se topa con sus limitaciones. En el presente sigue reflexionando sobre su experiencia y critica la visión binaria que sostenía en ese entonces en relación a compañeros a los que catalogaba de héroes o traidores, como lo hacía toda la militancia⁷⁹.

En *El Infierno*, de Luz Arce (1993) la subjetividad colapsa: la «activista de izquierda brutalmente torturada en los campos del régimen pinochetista, acaba convirtiéndose en colaboradora (empieza a hacerlo para salvar a su hermano y termina participando a largo plazo de la institución que la secuestró)». Su figura es clave en más de un sentido, porque «se la concibe como traidora desde ambos extremos del espectro político» (Bilbija, 2015: 115).

Arce se incorpora a la DINA en 1984 y sigue ligada a ella hasta 1990 (Eltit, 1996: 111). Y el punto más reciente de su colaboración es que, en su relato final, sigue ligada al poder en detrimento del beneficio que podría haberles brindado a las víctimas con su información.

Este tipo de sobrevivencia no es la de la mayoría de los ex detenidos-desaparecidos, aunque parta de una situación compartida por muchos, que no debe ser ignorada: cuando decimos brutalmente torturada nos referimos a que Luz Arce «resiste en la tortura y es atacada brutalmente, de una manera ilimitada, violada en forma reiterada, herida a bala, golpeada, colgada, electrificada» (Eltit, 1996: 107).

Cuando finalmente logran que ceda, pasa a otro capítulo, el de la integración en el sistema, y a lo largo de quince años se dedica (al igual que Marcia Alejandra Merino) «a alcanzar su escalafón social y económico en el interior de un sector de las fuerzas armadas» (1996: 111). En el análisis de Eltit estas mujeres, que mantenían una relación conflictiva con sus identidades femeninas debido a su «fascinación por los espacios tradicionalmente masculinos y la avidez competitiva por la ubicuidad social en esos espacios» (1996: 113), «se aferran a la función que las hacía [...] partícipes del poder central» (1996: 111).

⁷⁹ Conversación con la autora en el seminario «Testimonio y memoria», dictado por Nora Strejilevich en la Universidad de Chile (12/11/ 2012).

En su ponencia *The New Social Subject as Transgender: Woman as Revolutionary Man* (El Nuevo sujeto social como transgénero: la mujer como hombre revolucionario, 2018), Ileana Rodríguez investiga cómo reacciona la mujer a las demandas de la resistencia clandestina y detecta la aceptación de un mandato colectivamente asumido en la época. La diferencia con Eltit es muy sutil. Desde la perspectiva de la crítica nicaragüense no se trataría de un problema de esas mujeres en particular, que «mantenían una relación conflictiva con sus identidades femeninas». La clave para entender la situación de muchas militantes es que *la lucha clandestina o armada les exigía transformarse en hombres* (la mujer exitosa en ese ámbito se transformaba en «un hombre revolucionario y en un eunuco afectivo»).

Si bien Rodríguez no se adentra en el mundo de los campos, su conclusión, que hago mía para el caso de Arce y Merino, es que el dispositivo al que recurrieron es una variante del mecanismo de negación de su condición de mujer configurado antes de la derrota. Afirmar la presencia de este mecanismo no equivale, para nada, a decretar que otras detenidas también colaboraran con sus represores. Lo que esta lectura muestra es el poder del falocentrismo que genera, como forma de resolución del conflicto de género en las condiciones particulares de la lucha, la sumisión a lo que identificamos como modelo masculino. Así lograba la mujer adaptarse a un accionar –con sus mandatos y exigencias– que no se desviaba de una supremacía patriarcal naturalizada. Esta trama matricial es la que resuelven a su manera Arce y Merino: «cambian de bando» sin cambiar su estrategia de sobrevivencia.

El último estadio del proceso de Arce continúa en la misma órbita: vuelve a buscar la forma de integrarse al centro del poder masculino, en esta etapa encarnado por la Iglesia, cuyo papel es significativo en la llamada transición democrática. La detenida devenida represora logra reconciliarse con su pasado mediante un giro que va en dirección contraria a la emancipación. Reconvertirse exige un acto fundacional: confesar. Arce «ve a Dios» y, en paralelo, empieza a entregarle su historia a un cura. No la revisa, simplemente anota y deja sus páginas –a medida que brota la catarsis– en manos del lector que encarna el máximo poder en la Tierra. La institución católica avala su arrepentimiento y lo prologa. Este documento santificado le permitirá a la ex militante y ex agente

reincorporarse una vez más al mundo patriarcal: en el Chile posdictatorial el perdón de la iglesia equivale al perdón oficial.

Es importante lo que observa María Eugenia Escobar; el paralelismo entre los discursos de la Iglesia y la Concertación. La presentación del libro de Arce es el ritual en el que se le otorgan «oficialmente» la reconciliación y el perdón, y el precio que paga es «la anulación de su yo anterior». Este lanzamiento, sigue Escobar, es el punto culminante de una larga secuencia que se inicia cuando Arce obsequia sus manuscritos, es decir su historia, a las autoridades de la Iglesia. El poder eclesiástico le da su aval, primer paso para que la comunidad le brinde el perdón. Discurso subjetivo y discurso hegemónico se unen finalmente gracias al poder de la nueva palabra: reconciliación (en línea, *Textos*. Universidad de Chile).

Arce sigue identificándose con el mandato patriarcal pero recurre a otra estrategia: para ser reconocida por la institución masculina se confiesa y repite que es una traidora, con lo cual recibe el debido premio por su actitud, que es el perdón. Esta *performance* le coarta una reflexión crítica sobre su conducta, y una participación activa en la denuncia de los perpetradores que conoció de cerca. En lugar de eso, completa los pasos que le permitirán volver a integrarse ya que, debido a la ley de amnistía, no será condenada por lo que confiese.

Arce no solo fue incorporada oficialmente a la DINA y cobraba un sueldo como agente, sino que, gracias a este empleo, tenía acceso a los archivos de la represión. Pero a la hora de declarar y, a diferencia de otros sobrevivientes, no aportó dato alguno. En este sentido el caso es excepcional. Hubo otros militantes que llegaron a formar parte del aparato represivo (y cabe repetir que no fueron muchos ni la mayoría). Sin embargo lo hicieron dentro del sistema concentracionario, mientras que a posteriori, a la hora de los juicios por crímenes de lesa humanidad, compartieron información. Arce optó por otro camino: se siguió arrimando al poder hasta el final y llevó esta conducta al extremo.

Su confesión es un síntoma de lo que sucede en un país como Chile, donde la llamada transición, como vimos, instrumentó una política de la memoria sostenida en un «limbo ideológico» (Fernando Blanco, 2012: 30). La palabra de Arce es funcional a este cuadro en tanto reivindicación de una

modalidad más del sujeto alienado «sin bases materiales para anclarse en el espacio social» (2012: 33). Por eso ancla en la Iglesia que, si bien en la década setentista demostró, en Chile, su potencial para acompañar y apoyar a las víctimas, hoy refrenda el imaginario de la reconciliación. El neoliberalismo está intrínsecamente vinculado con la puesta en circulación de esta confesión, estructurada y aprobada por un poder bifronte, republicano y eclesiástico, cuyo paso siguiente la incorporará a la circulación global de las mercancías (Bilbija, 2015). Es que la saga continúa, como observa esta crítica, con otro obsequio: Arce le regala una entrevista única y última a un investigador norteamericano, Michael Lazzara, que publica *Luz Arce: Después del infierno* (2008), edición traducida y ampliada en inglés: *Luz Arce and Pinochet's Chile: Testimony in the Aftermath of State Violence* (2011). Así es como la confesión llega a su punto culminante en tanto autorrepresentación vinculada «a la lógica económica neoliberal, elevada a categoría de programa político [que] condiciona la memoria y acaba convirtiéndola en mercancía» (2015).

En el Chile de la Concertación no sorprende que se legitime la figura de Arce para ocupar un sitio privilegiado en la difusión del horror. Su libro, a diferencia de la mayor parte de los testimonios chilenos, circula a nivel global.

Argentina: en estado de memoria⁸⁰

¿En términos de qué conflicto puede inscribirse ya no un enfrentamiento de guerrillas y fuerzas (para) militares [...] sino el procedimiento, sistemáticamente concebido y organizado, según agendas rutinarias de horarios y listas de trabajo, de arrojar desde un avión en vuelo personas vivas al mar?

PERLA SNEH

¿Existió una continuidad entre el autoritarismo dictatorial de la Argentina anterior al último golpe y el sistema impuesto por el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional? ¿Será un mal que arrastra este país desde su gestación? ¿Se tratará de un fenómeno nuevo, de una discontinuidad histórica? ¿Hay disparadores de estos procesos?

Estela Schindel (2012) señala que en el período 1975-83 el entramado de los microdespotismos desarrollados por esta sociedad, al imbricarse con las luchas políticas e ideológicas propias y de la región, hizo posible que lo impensable –la desaparición forzada de personas– cobrara forma. Y Patricia Funes (2004) acota que el término «subversivo», que los servicios de inteligencia –apegados al libreto de la Doctrina de Seguridad Nacional– usaran para definir al «enemigo interno» (sinónimo de «delincuente político, delincuente social y terrorista») se transformó hasta abarcar a un amplio sector que debía ser aniquilado.

¿Cómo se produce una mutación de este calibre, que empieza por identificar a un sector de la población y termina por aniquilarlo? Santiago O'Donnell lo plantea así:

⁸⁰ Tomado de *En estado de memoria*, de Tununa Mercado (1998), escritora que cuenta el desarraigo, la desmembración, el despojo, la desorientación y también los aprendizajes del exilio. (Szurmuk, 2014).

Videla no llegó al poder de la noche a la mañana ni empezó a desaparecer gente por casualidad. Fue el emergente de años de violencias, atropellos y autoritarismos, de un sinfín de actos y omisiones, grandes y pequeñas. De fraudes, despojos, bombardeos, saqueos, golpes, asesinatos, abusos de poder, e injusticias varias no sancionadas en el país, la ciudad, el barrio, la fábrica, la oficina, la casa y el dormitorio, que ocurrieron durante décadas, años, meses, un día o un segundo. (Página 12, 8/10/2018)

Chispazos de peligro

Corre un rumor: el horror nos tiene hartos.

PERLA SNEH

Las dictaduras, entre 1930 y 1983, se transformaron en una suerte de tradición argentina: «los salvadores de la patria» tomaban una y otra vez el poder mientras la clase media corroboraba el cambio en pasiva conformidad (Calveiro, 2004). Pero la última fue distinta: la estrategia del poder ya no fue de control sino de arrasamiento, porque se buscó acabar de una vez para siempre con el problema de la resistencia. Y no fueron las fuerzas armadas las únicas responsables de la masacre: hoy se habla de un golpe cívico-militar-religioso porque se entiende que la connivencia entre estos sectores posibilitó el desastre.

Schindel (2012) parte del argumento de Zygmunt Bauman en *Modernidad y Holocausto*: el nazismo no fue una «falla» sino una posibilidad contenida en la sociedad occidental. A partir de esta premisa, rastrea las condiciones de *la metodología de desaparición forzada en tanto posibilidad inscripta en la sociedad argentina*. Me parece un buen rumbo a seguir, aunque a partir de esa posibilidad se dio un acontecimiento distinto, radical, algo inédito en la historia del país. ¿Un salto cualitativo? El militarismo en Argentina y en América Latina es de larga data y hay que remitirse a la Conquista y al exterminio de las Primeras Naciones como piedra fundante. Hay un prolongado derrotero de autoritarismo y de violencia institucionalizada que hace eclosión, de una forma particular, en los setenta.

En la Argentina hubo seis golpes militares a lo largo del siglo XX: el primero derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930 y defenestró la primera experiencia de gobierno democrático de esos tiempos, interrumpiendo lo que hubieran sido dieciocho años de continuidad de un mismo partido en el gobierno. Esto marcó una pauta que se siguió repitiendo. El golpe de la llamada «Revolución Libertadora» de 1955 (o «Revolución Fusiladora») fue el más traumático: escuadrones de la Aviación Naval bombardearon y ametrallaron la Plaza de Mayo y la Casa Rosada, así como el edificio de la CGT (Confederación General del Trabajo) y la entonces residencia presidencial. Resultaron asesinadas más de trescientas personas y más de setecientas, entre civiles y militares, resultaron heridas. Con esta masacre se dio fin al gobierno de Juan Domingo Perón (1945-1955) dejando un reguero de sangre y la proscripción del peronismo hasta 1973.

Estas asonadas marcaron al país y sellaron su forma de hacer política. Los siguientes golpes de Estado fueron aceptados como inevitables capítulos de la realidad autóctona, como *la* forma de resolver la contienda social. El recurrente mecanismo del golpe siguió vigente, aunque con un estilo más contenido: unos selectos representantes de la corporación militar aparecían en primer plano anunciándole al presidente de turno que su ciclo había concluido. El cambio de timón se daba a conocer por la cadena nacional de radio y difusión con algún discurso alusivo reforzado por el ineludible himno nacional, y la población amanecía con sus derechos constitucionales entre paréntesis. Un sector importante de la ciudadanía vivía estos hechos con indiferencia y hasta olvido (Tomás Eloy Martínez, 1998). Otro sector, por el contrario, se abocaba al activismo político con esperanza emancipatoria.

En la década del sesenta surge, contundente, una resistencia que incorpora a distintos sectores sociales. Se radicalizan tanto la militancia juvenil como las bases obreras y están a la orden del día las luchas en las fábricas contra la burocracia sindical. En estas confrontaciones se ahonda un ideario crítico del sistema capitalista. Son muchos los grupos que propugnan, cada cual a su manera, la confrontación con un poder hegemónico al que no le interesa distribuir la riqueza. Básicamente lo hacen desde dos vertientes ideológicas: la que sostiene que la lucha de clases es la clave para leer nuestra historia y la

que considera que el eje a considerar es la dependencia del imperialismo. El debate gira alrededor de cuál es la contradicción principal y cuáles las mejores estrategias para tomar el poder y liberarse de la opresión.

La revolución cubana (1959) inspiró una ola contestataria en el continente. A esto se le sumó la rebelión contra la guerra de Vietnam (1963) que, junto a las luchas de los afroamericanos por sus derechos civiles (1955–68) y a las insurrecciones populares como el Mayo francés (1968) y el Cordobazo (1969), daban cuenta de un evidente viraje epocal. La atmósfera era de liberación, de cambio de piel en todos los ámbitos. Ante esta marea rebelde que sacude a Occidente, la Argentina reacciona como de costumbre: en julio de 1966 el dictador Onganía deja en claro quién tiene la última palabra. Se produce un ataque de «las fuerzas del orden» a la Universidad de Buenos Aires tras la toma de cinco facultades por estudiantes y profesores contrarios a la política de este gobierno de facto, dispuesto a anular el régimen de cogobierno universitario. El ataque, conocido como «La noche de los bastones largos», es de tal envergadura que culmina con el exilio de más de trescientos docentes y militantes.

Los militares no solo interrumpían gobiernos republicanos, además decidían quién podía participar en el juego electoral cuando su intervención pasara a la retaguardia: la mencionada proscripción del peronismo impedía que las democracias subsiguientes fueran tales, ya que la votación excluía al candidato más popular, que siguió exiliado por dieciocho años. De todos modos, durante este período el sindicalismo peronista fue siempre un factor político central, ya que la clase trabajadora se había integrado a la política nacional desde el primer gobierno de Perón. Paradójicamente fue un militar, Alejandro Agustín Lanusse, quien convocó a elecciones (que no se habían llevado a cabo en veintiún años). El régimen electoral creado por la dictadura seguía poniéndole obstáculos al líder, que no dio el brazo a torcer. Por eso se optó por la candidatura de Cámpora, hombre de confianza cercano al ala más radical del movimiento, que ganó en una segunda vuelta bajo el lema «Cámpora al gobierno, Perón al poder». Esta consigna anticipaba rispideces posteriores, que llevaron a la ruptura entre Cámpora y Perón tras su retorno al país. Héctor, alias «El tío», accedería a una presidencia breve (menos de dos meses) pero contundente: liberó a los presos políticos y generó una atmósfera de euforia

para la tendencia revolucionaria del movimiento, que no se condecía con la política de alianzas que ansiaba Perón. Tras una serie de desplazamientos en el tablero justicialista que se inician con la renuncia de Cámpora, Juan Domingo Perón es electo para su tercer mandato.

Su estrategia era clara: ya en sus instrucciones enviadas desde Madrid había denostado a quienes se mostraban «empeñados en entorpecer o hacer naufragar el propósito justicialista de unidad nacional» y no estaba dispuesto a darles rienda suelta a las «milicias populares peronistas». Consideraba que había llegado la hora de dejar atrás la confrontación armada y pasar a la política. Era de esperar, entonces, que la primavera juvenil se marchitara con su retorno. Lo inconcebible fue el regadero de sangre que marcó su llegada: la masacre de Ezeiza.

Para hacer un bosquejo de este acontecimiento apenas mencionaré dos vertientes polarizadas del peronismo de entonces (había un abanico de organizaciones, esta es una simplificación con miras al relato puntual): la radicalizada⁸¹ y la sindical, más ortodoxa. Resumiendo una historia llena de vericuetos, la derecha peronista representada por la burocracia sindical aprovechó la llegada de Perón al aeropuerto de Ezeiza, a la que asistieron multitudes, para desatar una masacre cuyo objetivo era mostrarle a la Tendencia quién mandaba. El siguiente testimonio de Cristina Feijóo⁸², publicado en las redes sociales en 2015, vuelve sobre esa memoria al día siguiente de la elección del nuevo presidente argentino, Mauricio Macri, nombre del retorno del conservadurismo al poder «con un programa para combatir la igualdad», como dijera Jorge Halperín.

El lunes a la mañana me desperté bien. Había pensado que no dormiría en toda la noche. Dormí. Había pensado que me levantaría con angustia. Me

⁸¹ La Tendencia Revolucionaria era un movimiento insurreccional masivo conformado por la Juventud Peronista (JP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros, que posibilitó el regreso al país del líder. Montoneros se organizó como guerrilla urbana y no solo secuestró y ejecutó al general Pedro Eugenio Aramburu tras un «juicio revolucionario» (junio, 1970) por ser responsable de la (mal) llamada Revolución Libertadora, sino también a un gremialista de la vertiente ortodoxa del sindicalismo, José Ignacio Rucci (septiembre, 1973).

⁸² Escritora, ex presa política y exiliada en Suecia entre 1979 y 1983. Escribió *Memorias del río inmóvil* (2001), *La casa operativa* (2006), *Afuera* (2014) y *La hora del silencio* (manuscrito, 2018).

levanté bien. Hay esperanzas, pensé. Después de todo viví doce años en mi país, cuando todo indicaba que no había más esperanzas, y ahora tendré que vivir en el país de ellos, que es en el que viví casi toda mi vida. Nada nuevo bajo el sol. Y así, consolada, tranquilizada, a media mañana me subí a la bicicleta fija y estaba pedaleando y escuchando a la negra Sosa cantar a Violeta Parra que lo que cambió ayer tendrá que cambiar mañana, fijate qué alentador, diciendo que lo que no cambiará jamás es su amor por su pueblo y por su gente, y ahí sentí que se me nublaba la vista y con el cuenco de mis ojeras de señora mayor llenos de lágrimas me vino una imagen, pero no solo la imagen. Cómo se dirá cuando te viene todo a la vez, la imagen, el olor, los ruidos, el momento, como si hubiera saltado de su casillero la memoria hacia mí y se apropiara del cuerpo, la mente y los sentidos.

El momento era Ezeiza, la jornada en que cientos de miles de personas avanzábamos en el frío de junio, caminando kilómetro tras kilómetro como se avanza en el fin de la guerra, hacia el futuro, a esperar la llegada de Perón. Me vino el olor a tierra, a abrigos pesados con viejas transpiraciones, sentí las zapatillas duras, la emoción, el cansancio de las piernas, la extraña felicidad; luego los tiros, el cuerpo a tierra, la trampa en que habíamos caído. Todo eso volvió a mí y yo no sabía qué sintetizaba, qué símbolo era de toda la pesadumbre de hoy. Era, claro, el regreso de líder proscrito desde que yo tenía memoria, era el fin de las prohibiciones, el vuelo de la esperanza, el fin de la lucha de años y años de resistencia con tantas cárceles y tantos muertos, el comienzo de otro mundo; pero Perón no bajó, el avión pegó la vuelta y se lo llevó. Abajo quedábamos todos, dos millones, muchos cuerpo a tierra entre los tiros, entre los muertos, en el irremediable pasado. Otra vez en la intemperie, en la violencia del otro país, el de siempre, el que no permitiría que otro mundo fuera posible.

Calveiro, en el capítulo «La desobediencia armada» de *Política y/o violencia* (2005), se detiene en otra fecha que, a su entender, marca un hito en la historia del movimiento: el 1 de mayo de 1974, tras la masacre, cuando la columna de JP–Montoneros confronta a Perón en Plaza de Mayo, y él responde. Para la socióloga y militante «[p]robablemente ese fue el desafío más grande que vivió Perón como líder del movimiento. Un desafío público, a los gritos, con burlas hacia Isabel Martínez, con insultos hacia la burocracia sindical, con un reclamo inacallable: ¿Qué pasa, general?» (2005: 97–121). Perón los trata de

«imberbes» y las columnas de la juventud se retiran estampando la ruptura en el espacio urbano más emblemático del acontecer nacional.

A partir de este momento se exacerban los conflictos. Perón muere el 1 de julio de 1974 y Montoneros pasa a la clandestinidad el 3 de septiembre. Calveiro menciona cuatrocientas operaciones militares de diversa envergadura a partir de entonces: la militarización del ala armada no cesó a pesar de la evidente derrota.

A la vicepresidenta María Estela Martínez de Perón, alias Isabelita, le correspondió hacerse cargo del gobierno pero fue incapaz de conducir al país. Fue entonces cuando el presidente provisional del senado, Ítalo Luder, ocupó interinamente la presidencia en 1975 y se lanzó al exterminio de la guerrilla en Tucumán mediante el «Operativo Independencia». Los decretos destinados a «neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos»⁸³ fueron firmados por ambos, y le abrieron la puerta a la implementación de prácticas genocidas que, tras el golpe, se aplicaron en el resto del país. El engranaje del terrorismo de Estado fue cívico-militar desde el vamos.

La protagonista de la novela *La casa de los conejos*, una niña que debe acompañar a sus padres en la clandestinidad, describe cómo veían los jóvenes militantes esta historia:

Ya se sabía que Isabel Perón había perdido el control del gobierno, que los militares manejaban los hilos, que eran ellos los culpables de los asesinatos y de las desapariciones. Que Isabel no era más que un fantoche ridículo.

Todo esto decía Diana, y los demás estaban de acuerdo: Perón, a su muerte, había dejado el país en manos de una patética e insignificante señora, manipulada por asesinos. Y por eso los Montoneros tenían razón al tomar las armas antes del golpe de Estado. (2008: 95–96)

⁸³ El Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) había desarrollado una confrontación político-militar con una dimensión territorial, e instala un «foco» en el monte tucumano. Si bien se estima que unas 400 personas estaban directamente vinculadas a la guerrilla en esa región, las fuerzas que avanzaron para destruir tanto este foco como la militancia local lanzaron un proceso exterminador en aras de una «guerra cultural» (como la llamó Acdel Vilas, segundo Comandante del V Cuerpo del Ejército, al mando del Operativo Independencia). En 2013 se dicta la primera condena contra el general Luciano Benjamín Menéndez por delitos cometidos durante dicho Operativo.

A este panorama se le sumó la adhesión de sectores del empresariado y otros civiles que aprobaban la mano dura:

... para la derecha identificada con la dictadura la *subversión marxista* era la única responsable del comienzo y de la intensificación de esta guerra social, a pesar de los hechos que desmentían esa convicción, en particular la acción terrorista de la ultraderecha. (Vezzetti, 2002: 82)

En esta atmósfera la dirigencia montonera seguía atrapada en sus cálculos militaristas: la idea de que la «agudización de las contradicciones» iba a favorecer la vía insurreccional llevó a algunos líderes a celebrar el golpe pensando que, en poco tiempo, la guerra revolucionaria se potenciaría. Entonces, ¿se puede describir esta escalada de violencia como una guerra? Había una confrontación entre el Estado y una rebelión que no era solamente armada: en ese sentido se podría hablar de una insurgencia guerrera que, en el caso de Montoneros, siguió intentando acciones incluso cuando el terror estatal ya había derrotado a toda fuerza opositora (como el retorno de militantes en la Contraofensiva de 1978, cuando los campos funcionaban a todo vapor)⁸⁴. A mi juicio el terror estatal es la forma en que la guerra se da en la actualidad; en consonancia con Ileana Rodríguez pienso que «la [guerra] convencional presupone una violencia recíproca, un enemigo real que hay que eliminar físicamente según Carl Schmitt; las de hoy son a la usanza colonial, guerras sin cuartel, ensañadas contra el inerme» (11/2018). Sin embargo el término guerra confunde en nuestro medio porque el léxico del terror, al acuñar la expresión «guerra sucia» o «guerra justa», lo desvirtuó. Si se habla de guerra pareciera afirmarse la llamada «teoría de los dos demonios»⁸⁵, que sitúa a la población

⁸⁴ La Contraofensiva fue el proyecto de retorno de algunos montoneros a la Argentina para continuar la resistencia cuando gran parte de la organización había sido diezmada. La primera fue en 1979 y la segunda en 1980. El proyecto fue un fracaso y muchos militantes que fueron secuestrados al retornar permanecen desaparecidos.

⁸⁵ La legitimación de este argumento se remonta a la publicación del *Nunca Más* (1985), texto paradigmático que recogió los primeros testimonios tras la investigación encarada por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), convocada por el presidente Alfonsín. Su meta era elaborar un informe sin capacidades legislativas o judiciales (1984). En el prólogo, Ernesto Sábato acuña esta lectura de la historia, que deja indemne la responsabilidad de los civiles que jugaron un papel determinante en la implantación y afianzamiento del proyecto criminal. En otras palabras, la complicidad y/o participación civil en el genocidio se olvida, se descarta, se oculta. Este

en el lugar de víctima pasiva atrapada en medio de una confrontación entre dos violencias de signo contrario. Lo que hubo fue un estado de rebelión incontenible y la crisis fue aprovechada por el poder para lanzarse a su proyecto de purificación. En otras palabras, hubo una lucha emancipatoria inicial –en la que participaron organizaciones guerrilleras de distintas tendencias, como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Montoneros, pero también agrupaciones estudiantiles y sectores obreros radicalizados– que contaba con un apoyo masivo. En este horizonte y a pesar de la derrota de la ola libertaria, arremetió el poder genocida.

El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) se impuso con el acuerdo de las tres armas (situación inédita en la Argentina), guiadas por su decisión de emprender una operación quirúrgica que acabara con el «cáncer» que destruía el tejido social. El objetivo era reformular, de una vez para siempre, los principios rectores de la Nación. «El estado de excepción necesita de una ideología propia que sustente el ejercicio arbitrario del poder político», dice Eduardo Barcesat (1983: 63), y esta ideología es una construcción mítica:

...el establecimiento de la excepcionalidad institucional no puede realizarse bajo la premisa de la preservación del estado de derecho; [hay que acudir] a una «idea» fundante del estado de derecho, a un ser o esencia omnipresente e inmutable: *el ser nacional* se convierte en el «protagonista de la historia». (1983: 64–65)

El intérprete de este «ser nacional» no podía ser otro que las fuerzas armadas, cuyo manual teórico era la Doctrina de la Seguridad Nacional, que rezaba que el «enemigo interno debía ser extirpado». Guiado por su defensa mesiánica de «la civilización occidental y cristiana», el Estado Terrorista se proponía frenar el avance del «comunismo internacional» y el desencadenamiento de la «Tercera Guerra Mundial».

texto introductorio fue sustituido en 2006, a partir de una iniciativa del gobierno de Kirchner, por un prólogo distinto, pero a partir de 2015 la versión anterior fue restituida.

Responsabilidad civil y responsabilidad estatal

Se ha escrito bastante sobre el papel de la Iglesia y del empresariado en relación al proyecto exterminador. Se lo define, en general, con la palabra apoyo, aunque se debería hablar de responsabilidad. La idea de los «vuelos de la muerte» como forma cristiana de evitar el sufrimiento había sido sostenido por las autoridades eclesiásticas. Esto quedó confirmado en las confesiones del ex capitán de la Armada Adolfo Scilingo en 1995. El marino de la ESMA admitió que:

...el vuelo para arrojar prisioneros aún con vida al mar fue aprobado por la jerarquía, porque lo consideraban «un modo cristiano de muerte», sin sufrimiento, y que cuando volvió consternado de asesinar así a treinta personas, el capellán naval lo confortó con parábolas bíblicas. (Verbitsky, *Página 12*. 30/11/2016: 7)

Tras años de presión de los organismos de derechos humanos para que se abran archivos que no solo esclarezcan este rol sino que puedan aportar información sobre el destino de los desaparecidos, la posición de esta institución dista de ser autocrítica:

[Hasta] 1983, cuando el Estado Terrorista se desintegraba [la Iglesia] solo veía de un lado a los Soldados del Evangelio, cuyas armas bendecía y a quienes se permitía señalar en forma reservada algunos *errores y excesos*, y del otro al Enemigo Absoluto del que abominaba.

[Y a pesar de la reciente y limitada apertura de archivos secretos, en 2016] los prelados mantienen una extraordinaria autoindulgencia. (*Página 12*. 30/11/16: 7)

Como vemos, el acento en lo cívico no solo hace referencia a las figuras claves y afines al régimen que, desde los Ministerios de Economía, la cúpula de la Iglesia y otras instituciones acompañaran las medidas represivas. Se trató de algo más grave. En el caso de los empresarios, una investigación

oficial también concluye que no se trató de colaboración o complicidad, sino de responsabilidad⁸⁶.

Se compiló un listado inicial de 200 empresas cuyos trabajadores fueron víctimas de la represión del terrorismo de Estado, de las cuales se seleccionaron luego 25 [...] La práctica más frecuente fue [...] el despido, la renuncia forzada y el secuestro de obreros activistas. Le siguieron, en orden decreciente, la entrega a las fuerzas represivas de listas de delegados e información privada de los trabajadores; la presencia y actividad militar de control, supervisión y amedrentamiento dentro de las fábricas; la designación de oficiales de las Fuerzas Armadas o de Seguridad en cargos directivos en las empresas; la infiltración de agentes de Inteligencia entre los trabajadores; los operativos militares dentro de los predios fabriles; la presencia de cuadros empresariales en las detenciones, secuestros o torturas a sus trabajadores; [...] el empleo de vehículos de la empresa en operativos de detención y secuestro; [...] la intervención militar en conflictos a solicitud de los directivos de las empresas; la detención de trabajadores en el camino entre la empresa y su domicilio y, en uno de cada cuatro casos, *el funcionamiento de campos clandestinos de concentración en establecimientos de la empresa*. Todo esto impide referirse a complicidad o participación en delitos cometidos por otros, ya que *lo que existió fue responsabilidad de un sector patronal en los crímenes cometidos contra sus trabajadores*. (Verbitsky, Página 12, 6/12/2015)

El apoyo de sectores importantes de la población habilita estas prácticas. El deseo de «orden» de muchos, sumado al pánico de otros, delega en el poder militar la autorización para «pacificar» el país a como dé lugar. La paz de los cementerios no se logra sin aval civil –a veces activo y explícito, otras pasivo y tácito–. En esta compleja cartografía los más privilegiados, para quienes

⁸⁶ «El trabajo de investigación fue realizado en forma conjunta por el programa Verdad y Justicia del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, el área de economía y tecnología de FLACSO y el CELS. [...] [S]e relevaron fuentes documentales, de prensa, bibliográficas y judiciales, nacionales y provinciales, de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, de los Ministerios de Defensa y de Trabajo y de las instituciones que son parte de la investigación. Este reporte se planeaba como previo a la creación, en el ámbito del Congreso, de una Comisión Bicameral “de Identificación de las Complicidades Económicas y Financieras durante la última dictadura militar”» (Verbitsky, 2015). La ley que la posibilitaba se promulgó el 2/12/2015, pero el gobierno de Macri no la va a implementar.

«por algo será» que se los llevan (a los «subversivos»), continúan con su vida cotidiana sin grandes altibajos, a pesar del aire siniestro que es inevitable respirar con solo abrir el diario o circular por las calles. Imposible no toparse con una «zona liberada», con un Ford Falcon sin patente, con «agentes del orden» exhibiendo armas. Para algunos no se trata de un espectáculo deleznable. No obstante, los vecinos de los centros clandestinos situados en las ciudades no podían dejar de oír gritos o de notar los raros movimientos que se producían en sus barrios, sobre todo a altas horas de la madrugada pero incluso a plena luz del día. Si bien hay discrepancias sobre hasta dónde se sabía o no se sabía, ya que los militares intervinieron los medios de radiodifusión y los usaron para campañas psicológicas, las noticias se filtraban, al decir de Schindel: «Lo llamativo radica en el contraste entre los contenidos publicados y los crímenes que tendieron a ignorar o a minimizar, que tenían lugar a diario y sobre los cuales no faltaban denuncias en las salas de redacción» (2012: 81-82). Apenas tres medios de prensa: *The Buenos Aires Herald* (publicación en inglés, con nota editorial bilingüe), *La Opinión* y *Nueva Presencia* se atrevieron a denunciar expresamente los secuestros. La represión clandestina, autorizada de esta manera, se llevó a cabo «con el reglamento en la mano». Así fue que creó la figura del desaparecido y sostuvo durante casi ocho años el poder absoluto sobre la vida y la muerte de los detenidos en centros clandestinos distribuidos por el país⁸⁷.

Como la historia nos enseña estos regímenes, más tarde que temprano, colapsan. El último jefe de la cúpula militar que asumió en 1981, Leopoldo Galtieri, arrastró al país a la Guerra de Malvinas (1982). A pesar del apoyo popular a la intervención o justamente por eso (ya que las masas se sintieron traicionadas cuando el país se rindió y el ocultamiento de la derrota salió a la luz), la victoria de Inglaterra marcó el ocaso de la dictadura.

Mientras tanto, la ineludible lucha encabezada por las Madres de Plaza de Mayo se transformó en modelo de responsabilidad civil de signo

⁸⁷ En 1976 llegaron a existir seiscientos, algunos temporarios y circunstanciales. A los pocos meses del golpe de Estado, la cifra se estabilizó en trescientos sesenta y cuatro. En 1980 quedaban dos: la ESMA y el Campito (Campo de Mayo). En 1982 y 1983 la ESMA era el único campo en funcionamiento y algunos de los detenidos podían salir, dormir en sus casas, retomando al día siguiente su trabajo esclavo.

contrario al antedicho. Una serie de movimientos bregaron por los derechos humanos desde distintas perspectivas (Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Abuelas de Plaza de Mayo, Servicio Paz y Justicia, CELS, etc.). Si hablamos de las Madres como «movimiento madre» es porque iniciaron un tipo de resistencia simbólica que marcó a la sociedad, generando una militancia creativa y diversificada que continúa hasta el presente (H.I.J.O.S., Barrios X la Memoria, etc.).

Víctor Frankl hace referencia al vacío existencial que deja un genocidio y propone la búsqueda de sentido como «cometido concreto» del ser humano (1986: 107). Al exterminio, como indica Levi, no se le puede atribuir un significado: «el hecho de carecer de sentido hace que sea más espantoso» (citado por Agamben, 2000: 27), por eso el sobreviviente y psiquiatra austríaco plantea dicha búsqueda como tarea a posteriori. En la Argentina esta labor la encaran distintas agrupaciones: la búsqueda de los cuerpos, la condena a los responsables de los crímenes, la transmisión de sus efectos a largo plazo, la recuperación de las «identidades robadas» y la creación de un lenguaje legal capaz de nombrar lo acontecido, entre otras múltiples intervenciones, son formas de crear sentido y, a la vez, formas de resistir el legado del exterminio (se inscriben los nombres de los desaparecidos, se buscan las huellas, se da con los responsables, etc.). En *Identidades desaparecidas* (2011) el sociólogo Gabriel Gatti, partiendo de las conclusiones a las que llega Zygmunt Bauman en *Modernidad y Holocausto* (2001) en relación a la trágica cumbre de la razón occidental –la Shoá–, critica estas estrategias y sostiene que el método para lidiar con las secuelas del terrorismo de Estado es abrazar el absurdo y el vacío –las marcas de la catástrofe⁸⁸–. Esta actitud lo lleva a condenar todo gesto que presuponga una investigación basada en series causales, todo proyecto

⁸⁸ El eje en su investigación, como se va delineando en escritos posteriores, es la desaparición forzada de personas y la figura del detenido-desaparecido –«tétrica y fantasmal» como la definiera Ernesto Sábato en su prólogo al *Nunca Más*–. En *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales* (2017), Gatti se lanza con otros autores al abordaje de «las muchas dimensiones que este fenómeno pone en juego» (2017: 27) y ahonda en la desaparición como zona ciega para la lógica. Al introducir la noción derrideana de espectro en el pensamiento político se abren nuevas dimensiones para pensar al desaparecido en el presente, porque el fantasma parece que no está pero conlleva efectos de realidad: los desaparecidos asedian la actualidad en su modalidad espectral. Sin embargo, sigo a Kaufman cuando dice que el desaparecido no es un muerto ni un fantasma sino otra figura. El riesgo, como anticipara Agnes Heller, es hablar «como si la sociedad previa hubiese sido tan solo una

que procure crear sentido a posteriori del crimen de lesa humanidad. Daniel Feierstein ve en posiciones como la suya «un grito de guerra generacional» (Gatti es hijo de desaparecido). Aunque la batalla contra la cristalización de metodologías en cualquier ámbito sea bienvenida (y esto es, de alguna manera, lo que el sociólogo uruguayo propugna), disiento en algo fundamental. A mi juicio estas prácticas, que al crear sentido en lugar de persistir en el vacío restituyen los lazos sociales mutilados por el genocidio, constituyen el fenómeno más potente (por su persistencia, compromiso y convicción ante increíbles desafíos) de la historia posdictatorial.

Estas prácticas colectivas fueron, también, las que impulsaron los Juicios a las Juntas (1985), actos fundacionales instaurados sobre un consenso básico: el repudio a la impunidad y a la desaparición forzada de personas. Sin la presión de las bases, como suele llamarse a esta demanda de sectores civiles movilizados, el potente ritual público que inició el primer relato del horror no hubiera tenido lugar.

Una vez que el Nunca Más del alegato final de la fiscalía se instaló como mandato asumido por el Estado, no sorprende que se sucedieran intentos golpistas, ya que los rangos medios e inferiores de la corporación militar se sintieron amenazados. El presidente Raúl Alfonsín fue cediendo ante las exigencias de los militares rebeldes, autodenominados Carapintadas, hasta que el proceso culminó con la promulgación de las llamadas Leyes de impunidad. Apenas un año después de la condena a las tres juntas militares que encabezaran el terror estatal, la ley de Punto Final (1986) fijó un plazo de treinta días para la presentación ante los tribunales de cargos contra perpetradores. A pesar de la multitud reunida en Plaza de Mayo, que le mostró su apoyo al gobierno y un fuerte repudio a la prepotencia armada, se promovió también la ley de Obediencia Debida (1987) que absolvía a muchos. El retroceso así iniciado culminó con el Indulto otorgado por el presidente Carlos Menem (1989).

En los noventa, con la espúria instalación menemista destinada a blanquear los crímenes de lesa humanidad, corrió el maquillaje en el escenario social. La pizza y el champagne y la lumpen-farándula sellaron el imaginario

sociedad de espectros, una sociedad de «otros» misteriosos, completamente distintos de nosotros» (*Memoria y responsabilidad*, en *Vuelta* 16 (1992: 189).

de esa etapa. Menem, en su transformismo *kitsch*, sin saberlo se hacía eco del rentable fin de la historia propuesto por Francis Fukuyama. La Argentina parecía obnubilada por los fuegos de artificio de una historia que pasó, sin solución de continuidad, de la tragedia a la farsa. El delirio de la paridad peso-dólar anestesió la memoria histórica y, recién a partir de la última crisis que arrasó con el carnaval y sus despampanantes disfraces para dejar al descubierto un mapa en quiebra, hambriento y sin techo, un sector importante del país empezó a recuperar la noción de sí. (Strejilevich, 2006: 10)

Antes del colapso económico del país parecía que la memoria no iba a arraigar a nivel masivo, que permanecería para siempre encapsulada en los organismos de derechos humanos. Hasta que la crisis económica de 2001 iluminó lo que la mayoría se negaba a ver: el parentesco entre exclusión exterminadora y exclusión social, es decir, la complicidad entre terror estatal y capitalismo neoliberal. Este fenómeno logró aunar a la población en asambleas populares o vecinales bajo la consigna «que se vayan todos» (los políticos). Pero tras esta fiesta durante la cual un gran sector de la sociedad pareció unirse en aras del bien común, el movimiento se fracturó. Mientras los que sufrieron el embate de la crisis de forma más brutal –los desocupados, los sin casa, los marginados, los piqueteros⁸⁹– siguieron con su lucha, algunos sectores de la clase media retrocedieron y reapareció su rechazo por los marginales. Volvieron así los ecos de aquellos militares que acosaban a las Madres con su «circulen, circulen»: las mismas voces subidas de tono, articuladas por otras bocas, ponían en evidencia cómo el autoritarismo y el desprecio por el otro seguían arraigados en el entramado social. A pesar de todo, de esas asambleas brotaron otras formas de resistencia.

Hasta que, de golpe, hubo otra «pueblada»: la rebelión del 19 de diciembre de 2001 contra el presidente radical Fernando de la Rúa, que provocó su renuncia. Esto dio paso a una situación de acefalía disparada por un retorno al viejo recurso del gatillo fácil: durante el transcurso de las manifestaciones en Plaza de Mayo, en Plaza Congreso y por toda la capital, treinta y nueve personas

⁸⁹ Activistas de movimientos de trabajadores desocupados que realizan cortes de calles, caminos o rutas para llamar la atención sobre su situación, lo cual provoca congestión del tránsito.

fueron asesinadas por las fuerzas policiales y de seguridad. La represión fue ordenada por el gobierno tras la imposición del Estado de Sitio.

Es acá, en estas tres palabras, donde tenemos que demorarnos. En un punto imprevisible de una larga serie de abusos u ofensas que la gente recibe en silencio o a los gritos, aparece el instante definitorio. Una pueblada no nace de la nada, algo la dispara. En este caso el punto visagra fue que se decretó el Estado de Sitio. Esto rebasó a todos y a todas, desde los barrios del norte hasta los del sur; fue como un llamado que cundió por las arterias de un país que dijo basta.

Recuerdo que esa noche yo estaba en Buenos Aires, en el barrio Recoleta, y una amiga me llamó para que fuéramos juntas a Plaza de Mayo. Sugerí un taxi, ya que si no, tardaríamos demasiado. Pero en cuanto salí a la vereda me di cuenta de que había que llegar a pie: no había lugar en las calles para ningún auto. La gente salía a borbotones y ocupaba la ciudad sin dejar espacio para otra cosa que no fueran sus cacerolas y sus cánticos. Así siguió hasta la madrugada, cuando terminamos refugiadas en La Academia, donde seguimos mirando por la TV el final del estallido colectivo. De pronto empezamos a oler gases lacrimógenos. Nos metimos en los baños para humedecer pañuelos y cubrirnos las caras, antiguo método para contrarrestar el ahogo. En eso se oyeron tiros. Los dueños bajaron las persianas del local hasta que la furia represiva, más dispuesta a desatarse cuando las calles se empiezan a vaciar, vino a cobrar sus víctimas. Un joven rodó, muerto, por las escalinatas de Congreso, a pocos pasos del bar.

De la Rúa huyó de la Casa Rosada y en las siguientes semanas cinco presidentes fueron derrocados, una y otra vez, por cacerolazos de descontento. Al final se perfiló la figura de Néstor Kirchner. Votado por poco más de un veintidós por ciento de la población, se hizo cargo del gobierno porque su contendiente, Menem, se retiró de la segunda vuelta electoral. En cuanto el desconocido gobernador de la provincia de Santa Cruz asumió la presidencia aguzó el oído y se hizo cargo de las exigencias de la hora, tanto económicas como éticas. De este modo e impulsó una política que, sin duda, le restituyó al país la posibilidad de establecer distinciones indispensables para salir de la zona gris en la que se había empantanado.

El 24 de marzo de 2004, durante la inauguración del Museo de la Memoria que a partir de entonces ocupa el predio de lo que había sido la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), se abrieron las puertas del predio frente a un público que, finalmente, pudo entrar a ese sitio emblemático del horror. En ese contexto el presidente reconoció públicamente la responsabilidad del Estado en el exterminio. No solo admitió ese papel sino que se identificó con aquella juventud que pusiera el cuerpo para transformar la historia. Con este gesto reivindicó a una generación que había sido criticada duramente tras la derrota, e hizo un llamado a continuar la lucha inaugurada por el Nunca Más:

...Cuando recién veía las manos [...] veía los brazos de mis compañeros, de la generación que creyó y que sigue creyendo [...] que este país se puede cambiar. [...] Fueron muchas ilusiones, sueños, creímos en serio que se podía construir una patria diferente [El cambio] es difícil, porque muchos especulan, porque muchos están agazapados, porque muchos esperan que todo fracase para que vuelva la oscuridad sobre la Argentina y está en ustedes que nunca más la oscuridad y el oscurantismo vuelvan a reinar en la patria. (24/3/2004)

La responsabilidad, entonces, es colectiva: nos corresponde a todos impedir que eso vuelva a suceder. Pero este término es, ante todo, jurídico, remite a *ob-ligarse*, a ponerse como cautivo para garantizar una deuda. En este caso el Estado se comprometió a pagar su deuda y a establecer una nítida distancia entre ese pasado y este presente. En 2003 el Congreso de la Nación derogó las leyes de impunidad. Esta medida y la posterior declaración de nulidad por parte de la Corte Suprema (2005) debido a la inconstitucionalidad de estas leyes permitieron la reapertura de las causas por crímenes de lesa humanidad cometidos por el Estado. El viraje se anunció en eventos públicos inolvidables, como el recién mencionado, donde se escuchó «el discurso de dos jóvenes que nos vinieron a decir: YO NACÍ EN ESTE LUGAR» (Kaufman, 2004: 33).

Trato de recuperar, a la distancia, la conmoción que me llevó a treparme al cerco de la ESMA para espiar los preparativos. Me quedé hipnotizada por un cartel mínimo, colgado de una voluta de hierro forjado, con la foto de

tres hermanos secuestrados el mismo día que el mío. La presente ausencia que nos une es más potente que cualquier valla, debo haber pensado. Hasta que llegó la hora en que se abrió ese portón enorme que había separado el mundo clandestino del mundo cotidiano en medio de la ciudad. La gente que esperaba en la vereda se abalanzó para entrar como quien acelera para ser el primero. Me asomé incrédula a ese empuje colectivo, observando a tantos que ansiaban, como yo, avasallar esta historia siniestra: darla vuelta, defenestrarla. ¿Cómo fue que pude acercarme al escenario? Solo sé que seguí a otros (se accedía por una callecita lateral) y llegué cuando presentaban a una hija y un hijo de desaparecidos. Cuando María Isabel Prigione Greco y Juan Cabandié contaron que habían nacido, ahí entendí la expresión «se me hizo un nudo en la garganta». Estalló el aplauso cuando ella leyó: «en esta Escuela de Mecánica de la Armada, la Armada enseñó a sus mejores alumnos su mecánica, la mecánica del terror». Y antes de irse enunció lo que esperaba del Estado: que condene a los perpetradores a cárcel común, que se abran los archivos, que se sepa lo que pasó, que se restituyan las identidades de los hermanos apropiados y que los políticos –como los que firmaron, en 1975, el decreto por el cual había que «aniquilar los elementos subversivos en todo el territorio del país»– también «paguen por lo que hicieron». Cabandié, que acababa de recuperar su identidad hacía un par de meses, dijo: «yo nací en [...] este mismo edificio [...] bastaron los quince días que mi mamá me aguantó y me nombró para que yo les diga a mis amigos [...], antes de saber mi historia, que me quería llamar Juan, como me llamó mi mamá durante su cautiverio en la ESMA».

Este y otros acontecimientos simbólicos marcaron un viraje en la historia argentina, estancada frente a la cruzada triunfalista de gobiernos abocados al borrón y cuenta nueva –la otra cara del saqueo y la enajenación del Estado–. El país empezó a reconquistar terreno en varios frentes y se instaló el debate sobre la resignificación del pasado reciente. Con la reapertura de los juicios a partir de 2005, esta vez por crímenes de lesa humanidad, el Estado condenó no solo a los responsables de cada centro clandestino sino a los civiles involucrados en la metodología criminal.

Los senderos de la memoria se bifurcan

La tríada Memoria, Verdad y Justicia se erigió en símbolo de la militancia por los derechos humanos. Una cultura multifacética fue enarbolando estas palabras y combinándolas con algarabía, celebración colectiva, creatividad y vitalidad. Los conflictos y tensiones, marchas y contramarchas e intensos debates encarados para determinar el rumbo a seguir revelan la atmósfera de libertad en que se desarrollaron. Esta nueva constelación nació sabiendo que hay luchas que no se abandonan: desde 1977 hasta hoy las Madres siguen marchando cada jueves. Este es el modelo: la constancia y la firmeza. Según Verbitsky, la excepcionalidad argentina (en relación a la intensidad de la resistencia) fue producto de un largo proceso que consiste «en un nuevo proyecto político de país que combina una política de Estado con una política transversal que traccionó para que existan memoria, verdad y justicia»⁹⁰.

Esto fue así hasta diciembre de 2015. A partir de entonces el Estado es otro: desde el poder se intenta denostar y desactivar un movimiento con el que no tiene ninguna afinidad ideológica. El gobierno actual retrotrae lenguajes y políticas a estadios que creíamos superados. No solo minimiza la cantidad de desaparecidos (con lo cual transforma el símbolo en un cómputo numérico), sino que desempolva una terminología que se había archivado. Dice Verbitsky: «hacía muchos años que ningún actor político relevante llamaba *guerra sucia* al terrorismo de Estado, como lo caracterizó la CONADEP en 1984 y la Corte Suprema de Justicia en 2005, ni expresaba indiferencia por sus víctimas» («Ni idea», *Página 12*, 12/8/2016).

La reacción a las declaraciones del presidente cuando dijo, entre otras barbaridades, «no sé si son 9.000 ó 30.000 los desaparecidos, es una discusión en la que no voy a entrar» (10/8/2016), no se hicieron esperar. Según el titular de la Procuraduría de Crímenes contra la Humanidad

...es como si pusiese en crisis la cantidad de muertos en Auschwitz, eso es una contabilidad macabra [...] Lo que está en juego es la inmensidad del crimen. Después de los crímenes de la dictadura la vida no es igual, y esto

⁹⁰ VIII Seminario Internacional Políticas de la Memoria. Centro Cultural Haroldo Conti. 24/9/2015.

es lo que queda claro, por eso son de lesa humanidad. («Quieren devaluar moralmente los juicios». Alejandra Dandan, *Página 12*, 15/8/2015)

Que un presidente pueda pronunciarse de este modo revela que esta devaluación tiene sin cuidado a muchos, pero la lucha por los derechos humanos está demasiado arraigada en la Argentina: minimizarla es una ofensa que levanta una ira masiva.

Esto sucedió cuando la Suprema Corte de Justicia del gobierno de Macri falló a favor de la liberación de un genocida sobre la base de una ley conocida como del «2x1» (pasados los primeros dos años de prisión preventiva sin condena, los días de detención se debían computar dobles). La ley, implementada entre 1994 y 2001 para reducir la población carcelaria, por una súbita artimaña beneficiaría a los responsables del terrorismo de Estado, «denigrando los delitos de lesa humanidad a la categoría de delitos comunes» (Rousseaux, 2017). La reacción fue potente y drástica: decenas de miles de personas salieron a la calle en todo el país para rechazarlo; estalló el repudio y la indignación ante el patente retorno de lo impensable. En «El fallo fallido», Fabiana Rousseaux nos recuerda el pavor de muchos ante

...la escena dantesca de los genocidas sueltos por la calle [...] Pisoteando las tumbas aún NN, no sin antes haber mercantilizado la memoria, insultado la lógica de reparación a las víctimas de estos crímenes transnacionales, transgeneracionales y permanentes. No sin antes haber intentado difamar a los/las desaparecidos/as, empleando la lógica temporal extractivista del mercado que apunta a olvidar lo sucedido como si eso fuera posible, olvidarlo de modo mercantil y rápido porque la pesada herencia de la Memoria con mayúsculas (en este caso, es con mayúsculas) es de toda la sociedad y no de un partido político o de otro. (*Página 12*, 11/5/2017)

«Esto es lo que ocurre cuando un Estado irresponsable y antidemocrático, en nombre de la ley, toca un límite», subraya la psicoanalista e hija de desaparecido. Que se tocara este límite, justamente, desencadenó la rebeldía. Y la efervescencia, una vez más, llegó a Plaza de Mayo y alrededores. En la marcha, convocada por los «organismos» (10 de mayo de 2017) miles de personas (desde una mujer de 91 años hasta chicos de escuela primaria)

levantaron pañuelos blancos, réplicas de los originales que inauguraron las Madres. Fue la primera vez que la multitud se atavió con los pañuelos blancos, que se multiplicaron como los panes. En este horizonte, donde la contundente negativa de una población se hacía oír a los cuatro vientos, el Senado fue unánime en su rechazo a la aplicación del «2x1» a los responsables de crímenes de lesa humanidad⁹¹. Y eso no fue todo: en esta marcha también pasó algo inédito.

Mariana D., la hija del represor Miguel Etchecolatz, asistió a esa movilización en la Plaza de Mayo de Buenos Aires. «Marché contra mi padre genocida», tituló la revista *Anfibia* [...] el testimonio de Mariana D⁹² movilizó a otras hijas de represores –porque la mayoría son mujeres– a tender redes entre ellas. Nació así Historias desobedientes, un grupo de hijas e hijos de militares y policías que rechazan a sus padres porque formaron parte del terrorismo de Estado. (Marianela Scocco, 2017: 80)

Con estas intervenciones se inicia un nuevo ciclo de memoria que son, como explica Scocco siguiendo a Michael Pollak (2006), «marcos o puntos de referencia construidos por la memoria social, dentro de las condiciones sociales e históricas de lo ‘decible’ y lo ‘indecible’» (*Idem*, 83). El marco es el negacionismo del gobierno actual, coyuntura que impulsa a este colectivo a pronunciar su particular reclamo: el de quienes reniegan de una herencia biológica que los confinó, durante años, a un silencio del que no quieren ser cómplices⁹³.

⁹¹ El actual jefe de la Corte Suprema –Carlos Rosenkrantz, originalmente nombrado por decreto– fue el autor intelectual del fallo, dejado sin efecto por la resistencia popular mediante la sanción inmediata de una ley (Héctor Recalde, «La Ñata contra el vidrio». *El Cohete a La Luna*, 21/10/2018).

⁹² Mariana logró cambiar su apellido al presentarle a la Corte sus motivos.

⁹³ «En el marco del primer encuentro internacional que organizaron como colectivo [...] celebraron [...], junto a familiares de miembros del nazismo y represores de Chile, el lanzamiento del libro *Escritos desobedientes*, que compila textos escritos por cada uno de ellos y, por eso, sus historias». («Es una nueva voz colectiva». *Página 12*, 25/11/ 2018)

La demanda de justicia

La defensa de los derechos humanos se asoció en el país —desde 1983— a la demanda de justicia legal, ejercicio que fue variando en sus planteos, premisas y relatos, porque a lo largo del tiempo fueron mutando los modos de nombrar el pasado. El desaparecido, por ejemplo, fue catalogado de víctima en la etapa inicial y viró a militante a partir del 2003.

Si bien el Juicio a las Juntas mostró que la expresión «*gobierno militar*» ocultaba la de Estado criminal, quedaba por dirimir el significado de las luchas setentistas. Las Madres no se habían lanzado, todavía, a reivindicar la militancia de sus hijos: los presentaban como jóvenes que «no estaban en nada». Y como no se admitía que el exterminio se hubiera desatado para acabar con una práctica contestataria, tampoco se podía debatir la militancia de la época. Si se negó inicialmente el compromiso político de los detenidos-desaparecidos fue porque se temía que el argumento fundamental a sostener en los Juicios —el crimen cometido por el Estado— quedara solapado con las herramientas legales de ese entonces y se terminara condenando a los combatientes. Por eso es que esta versión del activista como «víctima inocente» fue compartida y aceptada por varios organismos de derechos humanos e incentivada por los fiscales⁹⁴. En síntesis, la necesidad de dar cuenta del terrorismo de Estado frente a un tribunal que no había determinado aún que se trataba de crímenes de lesa humanidad posibilitó el ocultamiento de atributos esenciales de la mayor parte de los secuestrados: su compromiso revolucionario y, en algunos casos, su adhesión a la lucha armada (Pittaluga y Oberti, 2011: 88). Pasaron casi veinte años para que se asumiera la existencia de dicho compromiso, sin lo cual no se podía dar cuenta del tipo de crimen llevado a cabo. El marco de la ley, en suma, es un espacio donde —además de emitir sentencia— se presentan, debaten y redefinen argumentos políticos.

Los juicios públicos inaugurales fueron la puesta en acto de una ley que se planteó como lo otro del horror e instauró la ruptura simbólica con el régimen anterior. La ley pasó a ser límite absoluto de una sociedad de derecho

⁹⁴ La polémica en relación a esta estrategia se dio en México, en 1979, a partir del relato de Nicolás Casullo, «Una temporada en las palabras».

y se estableció que nunca más iba a ignorarse esa frontera. Y se colocó a los máximos responsables del terror estatal en el banquillo de los acusados, hecho impensable hasta el día de hoy en países que sufrieron procesos similares. El fiscal Strassera, en su histórico discurso final, pronunció el memorable Nunca Más, seguido de un aplauso contundente que selló una voluntad de condena a la metodología asesina. Ese fue el comienzo de un largo camino que se sigue recorriendo y que llevó, desde la escena fundante (la de los comandantes condenados como asesinos seriales) hasta las sentencias actuales que admiten un plan sistemático de exterminio.

Sin embargo estos juicios no los decidió el gobierno. Fue la exigencia masiva, impulsada por los «organismos», la que impidió el olvido que, tras una hecatombe de tal dimensión, muchos pregonaban como solución para recuperar la civilidad. Como es habitual en las luchas sociales, el camino no fue fácil. En los noventa –por ejemplo– distintos canales televisivos se vanagloriaban de sus prácticas democráticas porque oían las «dos campanas» –invitando a verdugos y a víctimas–. El Nunca Más pasó a responder, en apariencia, a un problema exclusivo de los «afectados directos» y, finalmente, el indulto presidencial permitió que los perpetradores fueran liberados. Tras una década de grandes logros en el terreno de los derechos humanos, con el macrismo el país volvió a ser bombardeado por «mentimedios», al decir del escritor Mempo Giardinelli, que hasta niegan su propio negacionismo. Yo diría que la ficción ha ocupado el lugar de la noticia, un método de larga data para manipular a la «opinión pública».

Sea como sea, entre 2005 y el presente los tribunales nacionales llevan a cabo megacausas donde todos los implicados en el funcionamiento de un campo pueden ser llamados a comparecer. Según el juez Rafecas: «los testigos judicializados en todo el país son más de diez mil, lo cual genera visibilidad, contención, reivindicación, reparación real y efectiva a víctimas y familiares» (24/9/2015). Si bien la impronta del actual gobierno nos retrotrae a políticas que favorecen la liberación de los condenados y apuntan a «cerrar este capítulo», los juicios continúan⁹⁵.

⁹⁵ De acuerdo al informe de la Procuraduría de Crímenes contra la Humanidad, el 2017 termina con 1.038 condenados por crímenes de lesa humanidad detenidos; más de la mitad cumple arresto

No hay juicios sin narración

En los juicios públicos la voz de quien declara logra elevarse, en esta segunda etapa de los procesos, por sobre el marco que limitaba su testimonio (tradicionalmente centrado en una entrega de datos útiles para la sentencia) y va revelando aspectos más íntimos de su experiencia. Las deposiciones judiciales se vuelven relatos y los fiscales, como dijimos, incentivan a los testigos a explayarse sobre los efectos subjetivos del terror. Ana María Careaga –testigo y psicoanalista– subraya que, además de atestiguar para cada causa, algunos sobrevivientes se transformaron en detectives: salieron a la caza de información y de pruebas para darles consistencia a las presentaciones de las fiscalías. A su rol visible se le suma este otro, tan invisible como indispensable. El impulso que los juicios siguen provocando en quienes van tomando la palabra es clave para que «los ex detenidos-desaparecidos se alivien del peso de esa muerte que llevan adentro» (Conversación, 30/7/2013).

En mi caso, cuando declaré en la megacausa ESMA (porque a mi hermano y a su pareja los trasladaron a ese centro clandestino, según contó un testigo) quise mostrar cómo el plan sistemático de exterminio afecta a varias generaciones. La metodología produce una muerte numerosa: además de desaparecidos y de niños apropiados hay bebés que no nacen, suicidios y muertes por tristeza. Una constelación trágica devora a miles y miles de personas.

Según Careaga hay que pensar los juicios «desde diversos planos que trascienden lo jurídico, en tanto son atravesados también, entre otros, por aspectos conceptuales, académicos, testimoniales, mediáticos, psicoanalíticos» (2010: 9). Los alegatos de los últimos años incorporan nociones de sociología y de filosofía política para fundar sus conclusiones.

Bruner nos recuerda que los relatos judiciales «nombran, acusan y convocan», es decir, que su naturaleza es narrativa (2013: 61, nota a pie de página). Esta visión ha relajado el estilo de las audiencias hasta tal punto que

domiciliario. Durante esta etapa fueron sentenciados 234 represores. El tiempo aproximado que transcurre desde que se inicia la causa hasta que se emite sentencia es de unos cinco años (*Página 12*, 4/1/2017).

el testimonio literario llega a incorporarse a su entramado. Un ejemplo es el caso de Mario Villani, que responde, en sede judicial, a preguntas que le formulan a partir de fragmentos de *Desaparecido. Memorias de un cautiverio* (*Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*), su testimonio escrito con y por Fernando Reati.

Las deposiciones judiciales se legitiman por medio de un ritual (por eso el Nunca Más pronunciado en el Juicio a las Juntas asume un aura de verdad mítica). El tribunal, gracias a estos factores, es un lugar privilegiado para que, en sociedades cuyo tejido social fue pulverizado por el terror estatal, se pueda imponer un límite al que sea difícil renunciar. Esto sucede porque, como explica Sneh,

[Todo juicio público es un lugar de elaboración que] pone en juego la performatividad, en el sentido en que lo transmite el término inglés *performance*, es decir, *algo de una corporalidad que trasciende la palabra, algo que busca volverse modo de un decir y que, en esa búsqueda, va constituyendo un acto.* (2012: 314)

Ley y violencia de género versus el mito de la mujer seducida

Tras el prolongado silencio sobre la violencia de género que sufrieron las detenidas-desaparecidas se empezaron a escuchar, en los juicios, testimonios sobre formas específicas de vejación a la mujer en los campos⁹⁶. A partir de estas declaraciones, en 2010 se cataloga la violación en los centros clandestinos como crimen de lesa humanidad y la agresión sexual contra la mujer se reconoce como un tormento específico y sistemático.

...previamente [estos crímenes] fueron considerados hechos eventuales y, al no ser parte de un plan sistemático, la justicia los consideró prescriptos. El primer fallo en establecer la violación como delito de lesa humanidad y tan imprescriptible como la tortura fue dictado en abril de 2010 por el Tribunal

⁹⁶ Estas nociones pueden ser pronunciadas en el presente debido al marco propicio que abrió el Tribunal Internacional de la ex Yugoslavia, al condenar a soldados serbios por violación sexual (2001). Y hay que subrayar que solo cuando entró una mujer al Tribunal Internacional se produjo este viraje (Forcinito, 2012: 102).

Oral Federal de Santa Fe [...]. En la sentencia, los jueces consideraron que la violencia sexual que ejerció el represor también constituye una forma más de tormentos y, por ende, es un crimen contra la humanidad». (Carbajal, *Página 12*, 17/1/2011)

Lo específico de la violación a la mujer es que ese acto inscribe la «soberanía» de los perpetradores: su ocupación se asimila a la ocupación del territorio enemigo. Este lenguaje les da herramientas a las sobrevivientes para asimilar su propia historia, y no solo da cuenta del acto per se, sino también del momento de la «entrega» del cuerpo en aquellos vínculos entre secuestradas y captores que algunos todavía denominan «consentidos». ¿Qué significa esta palabra? ¿No habría que forzar al lenguaje a nombrar con mayor justicia la situación de vejación (por estar las detenidas a disposición de los torturadores) con la que se inicia cualquier «acuerdo» de ese tipo?

El mito de la mujer seducida no hace sino acallar y reprimir de la memoria de la posdictadura la experiencia del agravio sexual. Convertir la discusión sobre violencia sexual en una discusión sobre relaciones consentidas y referencias a lazos amorosos entre víctimas y captores nos ubica frente a un morboso desplazamiento que niega la victimización, coerción y violencia... (Forcinito, 2012: 103)

Los testimonios (orales y escritos) de las propias mujeres abren la posibilidad de enunciar lo padecido en otro registro. Estos abusos, ya mencionados en el *Nunca Más*, fueron ignorados por décadas y catalogados como productos de la seducción «porque no existían las claves interpretativas necesarias para hacer visible esa violencia» (*Idem*, 2012).

Que estas voces se plasmen en poéticas que excedan la denuncia es crucial. La denuncia no alcanza para lograr la mutación de una lectura cultural esclerosada con la que se justifica, se recorta y se minimiza el papel que juega la violencia de género.

La mujer sobreviviente toma la palabra

El primer testimonio de mujeres sobrevivientes que le pone palabras a este específico horror es *Ese infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, de Munu Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardela, Miriam Lewin y Elisa Tokar (2001). Se trata de charlas informales que sostuvieron a lo largo de dos años, grabadas y editadas por ellas mismas, donde rememoran su cautiverio en la ESMA. Para la periodista Marta Dillon, la pregunta ineludible a formular frente a estas voces es: «¿será que alguien quiere escucharlas?» (Página 12, 8/2001).

El eje de este texto gira alrededor de la cotidianeidad de una zona gris que dio lugar a situaciones más que confusas con los torturadores (sobre todo con los que jugaban el rol de «buenos y protectores»). Las detenidas fingían que colaboraban con el «proceso de recuperación» y, por ende, tenían que mostrar que la «pedagogía» que les aplicaban (mediante la esclavitud y la tortura) para «corregir» su identidad con miras a hacerlas participar en el proyecto político de la marina, era exitosa. En estos diálogos se despliegan las extrañísimas tramas en las que el fingimiento de estas reclusas (sometidas a una «reeducación» que tenían que aceptar para sobrevivir) era interrumpido tanto por «traslados» como por «invitaciones» a salir a cenar o a bailar con los perpetradores. De este teatro del absurdo falocéntrico, cuyo guión era escrito por los dueños de la vida y de la muerte, surgía una convivencia donde la mujer subyugada podía llegar, como indica Calveiro, a «la contradicción amor-odio con sus represores» (2004: 14).

«La sensación de confusión respecto de la propia identidad y la dificultad de narrarla reconstruyen la experiencia del cautiverio como un mundo totalmente inaccesible e irrepresentable» (Forcinito, 2012: 113). Es conocida la historia de la víctima que se enamora de su propio torturador. Hemos visto esos casos representados en la pantalla y explicados por la psicología con el nombre de Síndrome de Estocolmo. Pero ni el cine ni esta definición alcanzan. Esta «zona incómoda» que surge en los intersticios de la subjetividad amenazada, en la desesperada lucha por la supervivencia, tiene que encararse con palabras adecuadas. Esas palabras, que se van encontrando, son las únicas que logran derrotar la sensación de vergüenza que trae aparejada en sus víctimas.

La vergüenza es siempre síntoma de una herida [...] Es difícil abordarla impunemente. Es un recuerdo silenciado [...] *La vergüenza [...] es el enemigo interno que se infiltra y se instala en la víctima*. Está vinculada a la culpa instalada por la humillación y la derrota. (Subrayado mío, Montealegre 2013: 196)

El sobreviviente y escritor chileno no se refiere solo a la vejación sino a otros ejemplos, como el sometimiento a la violencia sexual, haber «cantado», no haber cumplido una promesa. Hay infinitas conductas que, en la zona gris, se contraponen al «culto al honor» cultivado desde la militancia. La atmósfera que prevalezca en la sociedad posgenocida facilitará o coartará la posibilidad de lidiar con la vergüenza. Montealegre sostiene la necesidad de politizar el abuso, haciéndolo público, para resignificarlo: «la contención genuina y la voluntad de comprensión desde el reconocimiento social, libera o alivia el peso del sufrimiento silenciado al permitir y acoger su verbalización» (2013: 196). En su lenguaje: hay memorias que siguen eclipsadas mientras la comunidad cultural no las ilumine con su interés, y esto significa que hay cambios históricos, legales, políticos y culturales que habilitan, o no, ciertas memorias. La publicación de testimonios es un síntoma de la apertura de espacios para la escucha.

Ese infierno... es una construcción colectiva que permite la elaboración grupal del trauma y la resistencia frente a la disolución identitaria que propugna el campo, abriendo un espacio de reflexión propio que, de ahí en más, sigue ampliándose hasta llegar a *Putas guerrilleras. Crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención. La perversión de los represores y la controversia en la militancia, Las historias silenciadas. El debate pendiente*, de Olga Wornat y Miriam Lewin (2014), una colección que recoge

... decenas de historias silenciadas, de confesiones largamente elaboradas [...] y de una rebelión contra el relato oficial sobre estos años. No solo hay cuestionamientos a los militares y a los integrantes de otras fuerzas de seguridad, a los funcionarios y al sistema judicial, sino también a las organizaciones guerrilleras y al pensamiento machista generalizado en todos los sectores de la sociedad. (Contratapa)

Del testimonio a la ficción

No se trata del castigo, se trata de las víctimas y sus historias.

*Laberinto de mentiras*⁹⁷

Rossana Nofal (2010) sostiene que, a partir de 1997, *La Voluntad* rompe el tabú que coarta la mención del compromiso político de los desaparecidos⁹⁸. Esa apertura permite que, a partir del 2000, surjan otros testimonios sobre la insurgencia, como *El tren de la victoria* de Cristina Zucker (2003) y *Fuimos soldados* de Marcelo Larraguy (2006). De este modo comienzan a aflorar las memorias subterráneas referidas a las acciones armadas. Con el tiempo se pasará a versiones cada vez más centradas en la derrota, donde surge la autocrítica: «al realismo de los primeros relatos se le suma la retórica de un parte de guerra» (Nofal, 2010: 162). Se produce así, paulatinamente, el pasaje de la representación de los desaparecidos como víctimas a militantes. La silueta del ausente se dibuja con restos y fragmentos contados por terceros, siendo la memoria hegemónica inicial la de los familiares: «ante la imposibilidad de restituir el cuerpo, la literatura testimonial comienza a operar con la posibilidad de constituir tumbas escriturarias. El testimonio repone la identidad robada en el momento de la desaparición» (2010: 162). Al abrir «la caja de memoria», la figura del desaparecido aparece como la de un querellante despojado de los medios para argumentar en su defensa. Para Nofal, «[e]l género testimonial se presenta como un sistema particular de escritura dentro de la literatura argentina. *Excluye de sus fronteras la ficción* y está siempre más próximo a las crónicas y al relato periodístico» (subrayado mío, 2010: 163). Disiento con la investigadora en este punto, sobre todo cuando incluye entre las obras que «rechazan las leyes de la representación artística» a *La Escuelita*—un testimonio

⁹⁷ *Laberinto de mentiras*, película dirigida por Giulio Ricciarelli (2015), narra los pormenores que condujeron al primer proceso judicial alemán, en 1963, contra oficiales genocidas de las SS.

⁹⁸ El ocultamiento de la praxis militante de la mayor parte de los secuestrados tras un «discurso angelizante» comenzó a modificarse gracias a la agrupación H.I.J.O.S., que inicia la reivindicación de la lucha de sus padres a partir de su fundación en 1994. Algunos hijos llegan a identificarse con las luchas setentistas, mientras que otros plantean un reclamo personal anclado en las consecuencias trágicas de ese compromiso. Ambas perspectivas representan etapas en la labor de asimilación de esa herencia.

poético—. Pareciera que al testimonio se lo forzara a entrar en definiciones que fueron pensadas para dar cuenta de un determinado corpus (el surgido en Centroamérica, que tiene rasgos propios). Se lo cataloga así con criterios restrictivos que no dan cuenta de una escritura que se va expandiendo en nuevas constelaciones.

Si bien hay un conjunto de obras que, sin duda, responden a la descripción de Nofal, hay otras cuya impronta es literaria. En ellas se centra este estudio, que no se preocupa por deslindar estrictamente lo testimonial de lo ficcional, ya que los umbrales desafían divisiones bipolares. Por nombrar algunos textos que se sitúan en esta frontera: *Pasos bajo el agua* de Alicia Kozameh (1987) es el testimonio novelado de la experiencia carcelaria, y *A fuego lento* de Mario Paoletti (1998) narra, en clave de ficción, la experiencia del escritor en la prisión de Sierra Chica. Las novelas sobre la experiencia en los campos, como *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso (1984, 1988, 2010) también son, en el sentido amplio que propongo, testimoniales —porque se basan en relatos de sobrevivientes—, aunque sus decisiones narrativas sean a menudo cuestionables, como veremos. Forman parte del corpus aunque lo pongan en tensión, o justamente por eso.

La novela *El fin de la historia* de Liliana Heker (1996) también se basa en la entrevista que le hiciera la escritora a Leonor, nombre ficcional de su compañera de colegio, militante y amiga de la adolescencia que, tras ser secuestrada y abusada en un campo, «forma pareja» con uno de los represores⁹⁹. El corolario de la trama, tal como lo presenta la narradora, Diana Glass, es que Leonor ha traicionado sus ideales y, *mutatis mutandis*, a ella, que la había idealizado desde su juventud. Más allá de la denominación —testimonio o ficción—, esta novela le es infiel a la historia que narra porque, al simplificar una experiencia mucho más compleja, denigra a la sobreviviente. Heker menciona, en entrevistas, el testimonio que le diera su amiga secuestrada. Pero ¿de qué modo usa esa voz? Este interrogante incentiva una lectura crítica. La respuesta de la ex militante se hace esperar un tiempo, pero aparece finalmente en *Putas*

⁹⁹ Noción, como vimos, cuestionada por las mujeres que atravesaron esa experiencia porque oculta lo realmente acaecido: no hay nada más desparejo que el vínculo entre un torturador y una víctima.

y *guerrilleras*. Mucho antes, el mismo año de la publicación de la novela, la sobreviviente Graciela Daleo escribe este texto:

¿Cuál es el fin de esta historia?

Si cuestiono la elección de «Leonora» como protagonista me argumentarán el derecho de la autora a elegir sus personajes. Es ficción, dirán. ¿Ficción? Identidades disfrazadas en todo caso. La mayoría de los personajes es real, como lo es la historia central. ¿Por qué no escribirla entonces? Repregunto: ¿por qué escribir esa historia? Sigo: ¿por qué quienes hablan de los setenta –salvo excepciones– dedican su pluma a los que quebró el terror? ¿Para no desentonar con la visión que va desde la teoría de los dos demonios hasta el «si está vivo por algo será»?

Se digiere fácilmente una historia de «Guerrilleros y militares. La colaboración» –como dice la faja del libro de Liliana Heker. Pero las historias de militantes –desaparecidos o sobrevivientes– de aristas poco estridentes y pequeñas resistencias empecinadas, dignas; de caminatas por la cornisa en el ilimitado tiempo del cautiverio; las que lleven a romper la ecuación perversa «sobreviviente-colaborador»; esas que pueden hacer pensar que no siempre el poder logra sus objetivos, esas no tienen casi demanda.

No fue la inteligencia, el pasarse de bando ante una «oferta» de vida, ni la habilidad para seducir torturadores lo que volvió a la superficie escasos puñados de desaparecidos. Quienes estamos vivos lo estamos porque los militares así lo decidieron. ¿Benevolencia, premio, piedad? No. Propósito perverso de largo alcance que se devela si se rompe con el «si está vivo por algo será». Fue una decisión de los dueños de la vida y la muerte con dos mandatos implícitos. Para nosotros: «aterroricen» contando o silenciando lo vivido [...]. Para la sociedad: «desconfíen», desconfíen del que cayó y salió vivo: desconfíen del que intente hacer algo para construir un mundo «del que no tuviéramos que avergonzarnos». [...]

Años antes de su quiebre, dice el libro, Leonora «muestra la hilacha», como si su vida militante previa al cautiverio la hubiera predestinado a la conducta dentro del campo de concentración. ¿Es solo «el fin de la historia de Leonora», o pretende ser el fin de la historia de aquellos a quienes «Diana» pensaba homenajear?: «los muertos de una generación que [...] creyó tocar

el socialismo con las manos». Y a los sobrevivientes de esa generación, ¿por qué no? ¿Qué queda de esa generación si para los militantes dignos, resistentes [...] el único destino es la muerte, y los vivos lo están porque se pasan de bando desde la inteligencia, la seducción, la traición?

Quienes con el dominio del terror provocaron quiebres como el de Leonora –Escualo, Halcón, Ángel– tienen sus identidades cubiertas [en la novela]; el Escualo explica su oficio de torturador por obediencia al mando militar; el grupo político del padre de Leonora, con asiduos contactos con el Almirante, no tiene nombre. Pero esa discreción se abandona para señalar como montoneros a quebrados y colaboradores. ¿Quiere asentar que ese es el destino inscripto en los montoneros? Una larga lista de nombres reales prueba lo contrario. Otra vez los dos demonios planean sobre los años en los que luchamos por un mundo del que no tuviéramos que avergonzarnos.

Uno de los personajes le recuerda a Diana: «esta no es una historia de héroes, es una historia de asesinos y asesinados. Y también es una historia de sobrevivientes». Y no todos son como Leonora, aunque pocas plumas se interesen en ellos. (1996)

El problema no es que haya que interesarse en los que no son como Leonora. Lo que hay que hacer es contar esa encrucijada, que es una entre muchas, con otro lenguaje. Estas novelas, escritas en el umbral entre relato de experiencia y construcción ficcional, a menudo afincan prejuicios que la sociedad posgenocida tiene que cuestionar.

Hay otras novelas que elaboran la desaparición sin pretender un realismo a rajatabla sino que privilegian lo simbólico para referirse a los desaparecidos. *Respiración artificial* de Ricardo Piglia (1980) crea una atmósfera que oscila entre el miedo, el fracaso y la incertidumbre a través de una sucesión de monólogos, cartas, diálogos y documentos. *Los planetas* de Sergio Chejfec (1999) cuenta la desaparición, haciendo que la escritura gire en torno al recuerdo de un amigo de infancia del narrador, ahora desaparecido. *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo (2002) presenta los esfuerzos que hacen dos militantes, Rita y Juan, para incorporarse a la sociedad de consumo, situación que contrasta con la aparición de un ex detenido-desaparecido que habita el presente como fantasma de la generación perdida. *A veinte años*, Luz de Elsa

Osorio (1998) relata el caso de una joven de veinte años que sospecha que es hija de desaparecidos e inicia la búsqueda de su identidad.

También se hace cargo del tema, por ejemplo, la película *Garage Olimpo* de Marco Bechis (1999), que retrata con precisión la vida en un centro clandestino. El cineasta, sobreviviente del Club Atlético (donde estuvo detenido en abril de 1977, tras lo cual fue expulsado a Italia), trabajó *en base* a testimonios (los de Mario Villani y Ana María Careaga) y convocó a los testigos, a la hora de la filmación, para contar con su asesoramiento. Si bien la trama y la vida de los protagonistas son construcciones inspiradas en testimonios, el armado se hace en función de una poética no documental. El director define su estrategia en estos términos: «Queríamos que fuese una cámara que se mete en un lugar real, no un lugar que se adaptara a la cámara» (Sincovsky, 1999). El resultado salta a la vista.

Pensar desde otro lado: H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el olvido)

Ni el flaco perdón de Dios, de Juan Gelman y Mara La Madrid (1980) es un testimonio que combina entrevistas en el momento de la formación de la organización H.I.J.O.S. con aportes de Madres (Nora Cortiñas), Abuelas (Estela Carlotto), ex detenidos-desaparecidos (Adriana Calvo) y periodistas (Horacio Verbitsky). El libro acompaña el momento crucial en el que estos jóvenes, hasta ese entonces aislados en su dolor por la desaparición de sus padres, se encuentran con otros y otras que padecen el mismo destino. Al descubrir que son muchos empiezan a buscar (y encontrar) sus genealogías. H.I.J.O.S. nace en y con esos diálogos.

Hay muchas novelas que articulan la vivencia de esta generación ligada a la militancia y desaparición de sus padres: apenas nombro algunas y el criterio de esta selección procura detectar ciertos cruces o contrastes que visualizo en relación a textos de la generación anterior.

La casa de los conejos, de Laura Alcoba (2007)¹⁰⁰ es un texto que se lee como ficción hasta que, al final, se muestra como relato de la propia rememoración de la autora. Esta novela, entonces, también se sitúa en los umbrales del testimonio. La trama pone en escena la vida clandestina y el secuestro de miembros de la familia Mariani y de sus compañeros de militancia. La narradora es una niña que compartió la clandestinidad con su madre en la casa donde se produjo un sangriento allanamiento del que nadie salió con vida, excepto un bebé que la abuela Mariani siguió buscando toda su vida. La protagonista sobrevive y parte rumbo al exilio, donde se reúne con su madre. Tal como se muestra en las últimas páginas, en las ruinas de ese lugar, donde se imprimía la revista *Evita Montonera* bajo el disfraz de un criadero de conejos, se erige hoy un sitio de memoria.

Ernesto Semán, en *Soy un bravo piloto de la nueva China* (2011), describe una Argentina criminal donde se entrelazan la historia familiar con la cotidianidad de un centro de detención durante la dictadura y el exilio. De los avatares de la familia Abdela la novela salta a lo fantástico. En este vaivén el lector deviene testigo del ejercicio de memoria de Rubén. A este hijo de un militante desaparecido le es dado observar –en una pantalla instalada en «la Isla», espacio ficcional donde sufre su encierro– escenas del mundo del campo adonde el padre fuera secuestrado.

Una muchacha muy bella, de Julián López, caracterizada por Reati como «autoficción ficticia», «presenta recuerdos de infancia marcados por una sensación de quiebre existencial producido tras la desaparición súbita del ser querido [...] intentando recuperarla en su plena dimensión humana» (2017: 101)¹⁰¹. Este énfasis nos remite al duelo y a la nostalgia que también se presentan en escritos de la generación setentista aunque con tono propio, como indicamos en el capítulo sobre Chile.

Algunas obras de esta generación cuestionan las estéticas tradicionales de la memoria. Les interesa subrayar la inexorable ausencia de los desaparecidos más que recuperar las imágenes de quiénes fueron. Quieren acabar con formas

¹⁰⁰ Publicada en Francia, traducida al español y reeditada en España y en Argentina a partir de 2008.

¹⁰¹ Remito a este artículo y a otros estudios del autor para una reflexión sobre la constelación narrativa de esta generación.

de narrar que consideran estereotipadas. Félix Bruzzone, autor de *76* y *Los topos*, intenta darle una vuelta de tuerca a esta historia:

...el tema de los desaparecidos me parece que involucra un problema de la sociedad argentina que desde muchos lugares se lee como agotado. Y leerlo así es restarle posibilidades, porque sigue siendo un problema [...]. No digo que haya que hacer una política de la memoria más firme todavía, pero sí está bueno *pensarlo desde otro lado*. En principio lo hice en *76* y en *Los topos*... (subrayado mío, Erlan, entrevista a Bruzzone, 20/7/2010)

Pensar «desde otro lado» es, en su caso, como indican María Soledad Boero y Juan Francisco Marguch, «replantear lo que significa recordar y para qué, y [elaborar] las consecuencias que acarrea esta acción en la identidad del protagonista». Para ambos, lo interesante de la novela de Bruzzone [*Los topos*] es que la memoria no funciona como reconstrucción y rememoración de un pasado, sino que los contornos entre pasado y presente se desdibujan.

Cada generación necesita hacer su «parricidio simbólico», acto muy arduo cuando los padres fueron víctimas de una masacre atroz. De esta difícil toma de posición a veces surgen textos novedosos y sugestivos, como en la novela *Diario de una princesa montonera*, de Mariana Pérez (2012), que satiriza los códigos y las conductas de la minicultura de los derechos humanos en la que se crió. Mariana, que transformó su blog en libro, rompe con la solemnidad del abordaje de la desaparición propio del «gueto» de los «organismos», del que forma parte y del que se distancia con un lenguaje irreverente, poniendo en circulación la jerga de los H.I.J.O.S.. El humor no está destinado a defenestrar los movimientos con los que convive ni a frivolarlos, sino más bien a poner en evidencia los mandatos que toda estructura va cristalizando. Esto le permite salirse de la idealización a cualquier militancia, acto crítico siempre saludable.

En sus producciones cinematográficas esta generación presenta al menos dos propuestas estéticas: la que aboga por la necesidad de mostrar el vacío como legado de la desaparición y la que intenta representar la vida que fue escamoteada. *Los rubios*, de Albertina Carri (2003), pone en cuestión el documental de memoria tradicional desde una distancia crítica. Esta hija de desaparecidos parece decir: «no hay película, no quiero que se haga la película

de quiénes fueron Roberto y Ana María –mis padres». Lo que quiere es enfrentar la ausencia de representación, el vacío. Esta propuesta, según María Moreno, «desencadenó un shock a las estéticas de la memoria política» (*Página 12*, 18/10/15). *Papá Iván*, de María Inés Roqué (2004), por el contrario, respeta las normas del documental de memoria buscando rastros que le permitan rearmar la imagen del padre desaparecido. Al rescatar la mirada del adulto que la constituye, crea su propia versión de esta historia.

No se trata de privilegiar una respuesta en detrimento de otra (y hay muchísimas) sino de leer los diversos modos de asimilar un trauma colectivo desde el presente. No hay una receta sobre cómo enfrentar este legado. Lo que cuenta es asumirlo, nombrarlo, revelarlo en sus luces y en sus sombras y, también, pelearse con él.

La literatura res-guarda

Aunque algunos escritores/sobrevivientes se resistan a su obsesión, es muy difícil que puedan evadirse de la propia memoria:

No quería verme constreñido a vivir indefinidamente en esa memoria, de esa memoria: de los tesoros y pesadumbres de esa memoria. Me irritaban los obstáculos que esta interponía ante mi imaginación novelesca (Semprún, 1998: 89).

Y sin embargo, no la abandona: en *El largo viaje* cuenta el trayecto hasta el campo, y finalmente entra al universo concentracionario en *La escritura o la vida*.

«¿Cómo y con qué transporte uno puede alejarse del pasado?» pregunta Víktor Shklovski¹⁰², afectado por una historia semejante. Simple y llanamente no puede alejarse. La forma en que la historia irrumpe hace que al testigo le toque enfrentar un conjunto de imágenes muy concretas, una serie de reminiscencias que lo interpelan, que se presentan como llamados. Cuando el sobreviviente lo asume se transforma en testigo. Y no todo testigo se dispone

¹⁰² Palabras del escritor ruso citadas por Laura Estrin (2012).

a contar sin atender al cómo. Valga lo dicho por Estrin en relación a Shklovski: «Más que procedimientos, más que figuras, *no le alcanzan las formas*, no le alcanza la lengua; entonces se extiende la sintaxis [...] para que pueda decir al menos algo» (2012: 303).

Para que pueda decir al menos algo *de lo vivido*. La manera en que lo diga depende de la relación que tenga el narrador con las historias que cuenta, como dijo Piglia. Eso es lo que define el tono de cada relato (Di Tella, 2012). La serie que presento en esta sección muestra distintas modalidades de este vínculo.

Jacobo Timerman, en *Preso sin nombre, celda sin número* (1981), se relaciona con su pasado a partir de la serie de persecuciones que definen su identidad, ya que es un argentino judío nacido en Rusia y emigrado a Sudamérica con su familia a raíz de los pogromos europeos.

Miguel Bonasso, en *Recuerdo de la muerte* (1983), se vincula con esa historia a través del testimonio de Jaime Dri tras su fuga del campo donde estaba secuestrado. El autor, periodista y ex montonero, interpreta la declaración del sobreviviente con la vara de la militancia setentista, enmarcando la zona gris en el par héroe-traidor.

Alicia Partnoy, en *La escuelita: Relatos testimoniales* (1986), encara el relato de su cautiverio centrándose en la solidaridad de los detenidos, y en formas no literales de fuga ante el poder absoluto (el humor, el juego, la distancia crítica).

Nela Río, en *En las noches que desvisten otras noches* (1989), presenta el cuerpo de la mujer torturada como matriz de resistencia.

Nora Strejilevich, en *Una sola muerte numerosa* (1997), le da la palabra a la memoria colectiva de su época, enlazando las voces de otros a la propia para reescribir la historia y reescribirse.

Susana Romano-Sued, en *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera* (2007), traduce la desgarrada experiencia de la mujer en los campos a lenguaje poético.

Mario Villani y Fernando Reati, en *Desaparecido. Memorias de un cautiverio (Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA)* (2011), combinan sus reflexiones para contar esa odisea a cuatro manos. La pregunta

sobre qué hacer, cómo hacer, cuándo y hasta dónde atraviesa toda la experiencia de Villani en la zona gris, que Reati escribe, organiza y enlaza con comentarios y hasta mini-ensayos de autoría compartida.

Preso sin nombre, celda sin número.

Práctica contestataria e ideología conservadora

En este testimonio que entrama ensayo y narración, Jacobo Timerman vincula su cautiverio a la experiencia vivida por sus ancestros durante la *Shoá*. También expone su posición política, distinta a la de la mayor parte de los exdetenidos, por ser la de un periodista que vio con buenos ojos la llegada de la dictadura. Debido a que suscribe a una simplificación bipolar del proceso histórico, su abordaje ideológico resulta caduco. En su defensa se puede aducir que su método no responde tan solo a su visión de la historia sino también a una estrategia que les imponía a los periodistas de *La Opinión*: que escribieran artículos accesibles que todo el mundo pudiera leer y entender, para lo cual «todo conflicto debía reducirse a dos partes *siempre*» (2011: 74). No había que darle al lector más que dos aspectos de la realidad, ya que la entrega de más factores solo servía para confundir. Lo que buscaba era, ante todo, generar polémica y hacerse entender. Considero que, aunque Timerman de hecho apoyara –al igual que tantos otros civiles– al que consideraba el sector liberal de la junta militar y llamara terroristas a los grupos armados, su narración no debería ser pasada por alto. Cornelius Castoriadis dijo: «Que Jefferson haya tenido esclavos no invalida, *ipso facto*, la Declaración de Independencia» (2000, 114-15); *mutatis mutandis*; que Timerman haya apoyado el golpe de Estado no invalida, *ipso facto*, el testimonio de su experiencia concentracionaria. En cuanto a su posición política, no me interesa justificarlo sino mostrar, a través suyo, el imaginario de la clase media de esos tiempos.

[aun cuando Timerman] no tenía reparos democráticos de servir a una fracción militar [...] se trataba de un rasgo de época. [La intervención política] de los militares era una idea aceptada y extendida entre la clase media y

alta, incluso en sectores izquierdistas que ligaban el ideal de progreso a la proscripción del peronismo. (Molchovsky, 2003: 86)

Periodista con treinta años de trayectoria en la profesión hasta su secuestro el 15 de abril de 1977, llegó a la cumbre de su carrera en Buenos Aires como director del diario *La Opinión* entre 1971 y 1977. *Preso sin nombre, celda sin número* (1981), escrito en Israel tras su liberación del campo y su expulsión de la Argentina, relata sus treinta meses en manos del Primer Cuerpo del Ejército. Fue una de las primeras denuncias del horror, y su traducción al inglés logró amplia difusión internacional antes de la caída del gobierno de facto.

Timerman es recordado en Estados Unidos por su [testimonio] en el que afirmó que la última dictadura militar argentina [...] debía ser comparada con la Alemania nazi [porque] lo había perseguido por judío. Acusó [también] a la dirigencia judía argentina de haber [...] callado ante la persecución, a la manera de los consejos judíos que colaboraron con el nazismo, los Judenrat. (Molchofsky, 2003: 14)

Si bien una serie de documentos desclasificados en 2009 revelan que su secuestro se difundió tanto que le creó serios conflictos a la primera Junta Militar, hay opiniones contrapuestas en cuanto a la valoración de su aporte:

Para muchos en los Estados Unidos y en Israel¹⁰³, el valiente relato de resistencia al totalitarismo y su condena de los líderes judeoargentinos y de sus instituciones por la pasividad frente a innegables actos de antisemitismo [...] lo transformó en casi un héroe [mientras que en Argentina] el apoyo inicial de Timerman al gobierno militar, las limitaciones de *Preso sin nombre*.... por no haber denunciado con mayor intensidad a los líderes militares [...] y su evidente adhesión a la teoría de los dos demonios lo han transformado en una figura controversial y hasta una *persona-non-grata* entre activistas de derechos humanos y de la memoria. (Lydia Kleff, 2011: 2)

Este testimonio es, como su autor, complejo y controversial: en las secciones en que expande su visión ideológica presenta lo acontecido en el país

¹⁰³ Timerman vivió en Israel tras su expulsión de la Argentina, pero también lo echaron de este país por publicar *Israel, la guerra más larga* (1983), libro que critica la invasión al Líbano.

como una loca sucesión de hechos y personajes desorbitados. La imagen no es desacertada: los protagonistas de la historia argentina parecen, a menudo, ficcionales y *Los siete locos*, de Roberto Arlt, puede leerse como la novela que anticipa la historia del terror desatado a partir de 1973. Para Timerman El Astrólogo de Arlt encarna en López Rega –secretario personal de Perón al que llamaban El Brujo–, porque tanto el personaje literario como el real deciden sus estrategias políticas consultando a los astros¹⁰⁴.

En otras secciones, centradas en la experiencia del campo, el testimonio pone en escena la vida del torturado y su anhelo de comunicación con otro y consigo mismo. Con un lenguaje reflexivo y poético, Timerman transmite su desorientación y los métodos que le permiten sobrellevar su viaje por el horror. Los fragmentos que describen la situación del hombre aislado en su celda clandestina intentan salvar la distancia entre esa vivencia y el lenguaje capaz de pronunciarla. Se pregunta cómo transmitir el dolor, elabora consejos para sobrevivir y va desmenuzando la arquitectura de su encierro y los estados emocionales que le son propios.

El ser-en-cautiverio

Solo Dios quita y da la vida. Pero Dios está ocupado en algún sitio, y aquí, en la Argentina, somos nosotros quienes nos ocupamos de esa tarea.

CAPITÁN BETO (un torturador de Timerman)

El realismo de *Preso sin nombre...* es alusivo o distanciado, al decir de Mesnard, porque el filtro de la memoria, que se expande gracias a la imaginación, altera la realidad en el intento de representarla. El relato evoca el ser-en-cautiverio en clave autobiográfica traspuesta a condición universal: el sujeto describe lo que siente «el ser humano». El escritor despliega una retórica particular: el cuestionamiento reiterado, que asemeja un interrogatorio, da cuenta de cómo lucha por encontrar palabras que nombren las condiciones extremas padecidas.

¹⁰⁴ López Rega, ministro de Bienestar Social durante los gobiernos de Juan Domingo Perón e Isabel Perón, había creado la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), grupo paramilitar abocado a perseguir, torturar y asesinar, sobre todo, a quienes catalogaba de infiltrados marxistas en el peronismo. Una vez muerto Perón, su poder se incrementó.

¿Qué siente el ser humano? Lo único que se me ocurre es algo así: me arrancaban la carne. Pero no arrancaban la carne. Sí, ya sé. Ni siquiera dejaron marcas. Pero yo sentía que me arrancaban la carne. ¿Pero qué más? No se me ocurre nada más. ¿Pero alguna otra sensación? No en ese momento. ¿Pero golpeaban? Sí, pero no me dolía. Cuando le aplican las descargas eléctricas, el ser humano siente solamente eso: que le arrancan la carne, y aúlla [...] El ser humano —yo en este caso— pasa un mes sin poder lavarse... (1981: 34)

El texto funciona por asociación, como la memoria. De los interrogatorios frente al Consejo de Guerra nos remontamos a la historia personal donde, ante cada pregunta formulada por el poder, el torturado responde con las palabras que no pudo articular en su momento. La escritura ejerce así una justicia simbólica (Kleff, 2010). En los momentos más logrados el narrador nos mantiene en el espacio de la «celda sin nombre», de la que sale y a la que retorna con una fuerte apuesta estética y filosófica.

En la noche de hoy, un guardia que no cumple con el Reglamento dejó abierta la mirilla que hay en mi puerta. Espero un tiempo a ver qué pasa, pero sigue abierta. Me abalanzo, miro hacia afuera. Hay un estrecho pasillo, y alcanzo a divisar frente a mi celda, por lo menos dos puertas más. ¡Qué sensación de libertad! Todo un universo se agregó a mi Tiempo, ese largo tiempo que permanece junto a mí en la celda, conmigo, pesando sobre mí. Ese peligroso enemigo del hombre que es el Tiempo cuando se puede casi tocar su existencia, su perdurabilidad, su eternidad. (1981: 6)

Timerman no cae en la ilusión de «...un régimen fuertemente mimético [que] asegura que *así es como eso pasó*, postulando de facto la omnipotencia del lenguaje sobre lo real para apropiárselo» (Mesnard, 2011: 58–59). Nada más lejos del lugar de enunciación de este cautivo que se contradice, duda, se interroga y busca, constantemente, dar con la forma de evadir el acto de pensar. La experiencia del campo, si se quiere sobrevivir, no puede ser aprehendida sino pasivamente, dice Timerman, evitando todo recuerdo que permita una invasión de emociones humanas propias del afuera.

...la actitud vegetal puede salvar una vida. [...] Más de una vez me despertaron abruptamente, y alguien gritaba: «piense, no duerma, piense». Pero me negué a pensar. Trataba que la mente estuviera ocupada con infinitas y diferentes tareas. Tareas concretas, específicas, trabajos. Pensar significaba hacer conciencia de lo que me estaba ocurriendo, imaginar lo que podría estar ocurriendo con mi mujer y mis hijos; pensar significaba tratar de imaginar cómo salir de esta situación, cómo encontrar una apertura en la relación con mis carceleros. En ese universo solitario del torturado, todo intento de relacionarse con la realidad era un enorme y doloroso esfuerzo, que no conducía a nada. (1981: 35)

Al referirse al abuso que sufre todo secuestrado crea un prisionero tipo que desarrolla «mecanismos de pasividad durante la tortura y mecanismos de anti-memoria durante las largas horas en la celda solitaria» (1981: 37). La precariedad, ese inhabitable hábitat, se transmite mediante la minuciosa descripción de las medidas, la luz, la humedad de las celdas y la desorientación espacio-temporal: «Extraño la celda desde la cual me trajeron a esta –¿desde dónde?–, porque tenía un agujero en el centro para orinar y defecar» (1981: 4). «Pero hace ya mucho tiempo –¿cuánto?– que no tengo una fiesta de espacio como esta» (1981: 5).

El prisionero se protege construyendo un mundo propio que dirige la mirada hacia adentro, dándole una respuesta al verdugo –no la que da bajo tortura. «El arquitecto ciego» levanta un edificio cuya estructura, que no puede ver ni tocar, lo mantiene alejado del principal enemigo que «no son los shocks eléctricos, sino cuando el mundo exterior se introduce, con sus recuerdos» (1981: 86).

La narración de su secuestro es inicialmente escueta, a la manera de una declaración o crónica periodística: «En la madrugada del 15 de abril de 1977 unas veinte personas de civil asaltaron mi departamento en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Dijeron que respondían a órdenes de la Décima Brigada de Infantería del Primer Cuerpo de Ejército» (1981: 9). Pero el testigo sabe que este lenguaje no basta para revelar la atrocidad. Por eso, tras enunciar los hechos, apela a la literatura:

El ser humano es llevado tan rápidamente de un mundo a otro que no tiene la forma de encontrar algún resto de energía para afrontar esa violencia desatada [...]

El ser humano es esposado por la espalda, sus ojos vendados. Nadie dice una palabra. Los golpes llueven sobre el ser humano. Es colocado en el suelo y se cuenta hasta diez, pero no se lo mata. El ser humano es luego rápidamente llevado hasta lo que puede ser una cama de lona, o una mesa, desnudado, rociado con agua, atado a los extremos de la cama o la mesa con las manos y las piernas abiertas. Y comienza la aplicación de descargas eléctricas [...] Cuando comienza el largo aullido del ser humano, alguien de manos suaves controla el corazón, alguien hunde la mano en la boca y tira la lengua para afuera para evitar que el ser humano se ahogue. Alguien pone en la boca del ser humano una goma para evitar que se muerda la lengua o se destruya los labios. Breve paréntesis. Y todo recomienza. Ahora con insultos. Breve paréntesis. Ahora con preguntas. Breve paréntesis. Ahora con palabras de esperanza. Breve paréntesis. Ahora con insultos. Breve paréntesis. Ahora con preguntas. (1981: 33)

Tras haber expuesto la arbitrariedad del sistema –que denomina indistintamente totalitario, fascista o nazi– Timerman, se refiere a la arbitrariedad del método represivo que se prolongó, en su caso, durante años. Cuatro meses después de su secuestro, en septiembre de 1977, el Consejo de Guerra Especial No 2 decretó que no había razones para que siguiera preso; sin embargo esta noticia, que le transmitieron con un mes de retraso, no impidió que el gobierno lo mantuviera bajo arresto domiciliario dos años más. El ministro del Interior (incluso en contra de la Corte Suprema de Justicia) no quería ceder, insistía en que el periodista era un subversivo, aunque no pudiera probarlo. Finalmente los generales optaron por no liberarlo y solicitaron la renuncia de los miembros de la Corte Suprema. El que estos procedimientos tuvieran lugar revela la importancia de su figura, ya que para desaparecer y permanecer detenido, para ser liberado o condenado a muerte, no hacía falta pasar por ningún tribunal. Fue debido a la presión internacional que el dictador Videla hizo respetar la decisión de la Corte. Pero la Junta le anuló la nacionalidad, le confiscó sus bienes y lo echó del país. No sorprende que, tras una experiencia de este tenor, el final del testimonio sea abrupto. «Sé que

debe haber un mensaje, o una conclusión. Pero eso sería una forma de ponerle punto final a una historia típica de este siglo, a mi historia. Y no tiene punto final» (1981: 160).

El ensayo político

El «esquema ideológico» [de La Opinión], tal como él mismo lo planteaba, era: «centro en política, derecha en economía, izquierda en cultura».

GRACIELA MOLCHOFSKY

Las expresiones terrorismo de izquierda/terrorismo de derecha son para Timerman instancias idénticas de signo contrario. Este paralelismo encubre la diferencia abismal que separa el accionar del sector combativo –armado y no armado– con el Estado criminal, que en vez de proteger a los ciudadanos los devora clandestinamente. El periodista prefiere ver a la Junta Militar conformada por dos sectores: uno blando y otro duro.

La línea moderada dentro de las Fuerzas Armadas era, según esta hipótesis, la de Jorge Rafael Videla, y su apoyo a esta vertiente la sustentó en los hechos, ofreciéndose como embajador y garante de la corrección de los métodos del gobierno militar ante los organismos de derechos humanos de Washington. (Susana Viau, *Página 12*, 30/11/ 2000)

Timerman defiende la toma del poder de los «blandos» y, cuando se refiere al ejército nacional terrorista, habla de un «ejército paralelo». Al proclamarse antiperonista y antifascista se sitúa, en apariencia, por encima de las disputas que atraviesan la historia argentina y, desde esta posición, ve al régimen militar como un paréntesis indispensable para avanzar en la cruzada por el «orden». Siempre que gobierne el «sector moderado» de los militares y no el «fascista», el país, vuelto a sus carriles, retomará el régimen democrático. Camps, uno de los responsables de su secuestro, pertenecía a la segunda categoría. Este general lo acusó de «orquestar una empresa de concientización revolucionaria [y de] reformular o, si se quiere, de vaciar las tradiciones nacionales en provecho del marxismo, del cual se proclamó

defensor» (citado por Molchofsky, 2011: 262). Que Videla fuera el jefe de la Junta Militar y, por ende, el superior de Camps, no bastó para que Timerman lo dejara de considerar moderado.

Su testimonio, que se publica en la Argentina en 1981 (en dictadura), aparece con dos títulos: en la portada figura *El caso Camps: punto inicial* y, en la primera página, *Preso sin nombre, celda sin número*. El Cid Editor/Fundación para la Democracia en la Argentina (Fundea) asume la responsabilidad de difundirlo como aporte para retomar el camino de las «democracias liberales civilizadas»: el texto contribuye al cese de la «barbarie», pero no se plantea que los militares deban ser juzgados por sus crímenes. Lo que cuestiona, por el momento, es que el testigo no haya podido defenderse ante la ley.

Ahora el general Camps cierra el caso Timerman y le pone *punto final*, ¿por qué? ¿Hubo juicio imparcial? ¿Se le permitió defenderse con sus abogados como sucede en cualquier país civilizado? [...] No se trata de decir que Timerman sea inocente de todo lo que se lo acusó, sino que merece un juicio de acuerdo a nuestra constitución. [...] No es Camps quien pone punto final, en un país civilizado lo hace la Corte Suprema de Justicia... (Contratapa)

Aun cuando el editor no afirme la inocencia de Timerman, comprar un libro así, en dictadura, era riesgoso. El testimonio de la atrocidad era, todavía, una herejía.

La mente totalitaria

Para Timerman, la Argentina tiene una «capacidad de violencia» y una «incapacidad política» que se expresan en la confrontación entre dos fascismos (1981: 17). El fascismo de derecha se caracteriza por la paranoica invención de enemigos (que los llevó a secuestrar a muchos ciudadanos que no eran militantes). En este sentido, la dictadura encarna «el eterno retorno de la locura nazi y la locura stalinista».

Este movimiento recurrente se produce porque la mente totalitaria transforma su odio en fantasía, llegando a las conclusiones más sorprendentes sobre el otro. En otras palabras, el fascismo, más que un grupo de poder, es un

modo de encarar la vida: guiado por fobias y alucinaciones arma un universo que atribuye a la realidad. Como para Timerman la persistencia de esta mentalidad en la historia es la mayor de las tragedias, su testimonio construye al desaparecido como figura paradigmática de un tema universal.

Su argumento es que la alucinación política es el mecanismo nodal de la ideología de las Fuerzas Armadas y el factor que les impidió formular una misión, porque sus tácticas no surgían de la afirmación de un principio sino de la negación de lo que consideraban inaceptable. Esta incapacidad sería el factor que los arrastró a la aceptación de las fobias de grupos reaccionarios. Impulsados por un medio como el argentino en la década anterior al golpe, con su cuota elevada de violencia, terminaron aceptando las consecuencias últimas de la ideología fascista: el exterminio físico del enemigo. Es decir, la solución final.

El periodista había apoyado el golpe en tanto única respuesta posible al ineficiente gobierno de Isabel Perón. Recién después de su secuestro entendió que la asonada militar respondía a un plan estipulado de antemano y que, para llevarlo a cabo, los militares dejaron que la situación se deteriorara cada vez más, así aumentaba el apoyo a su intervención.

El otro fascismo era, según Timerman, el de la resistencia, teoría que sostuvo tanto en su testimonio como desde *La Opinión*, cuando criticaba tanto los métodos de la guerrilla como los del ejército. Sin embargo, cuando los familiares de desaparecidos acudían a él para que difundiera sus nombres, lo hacía, y esta conducta lo transformó en una pieza incómoda para el régimen. Apenas otros dos periódicos de menor tirada que el suyo se atrevieron a actuar así: *The Buenos Aires Herald*—cuyo director, Robert Cox, tuvo que dejar el país debido a las insistentes amenazas que recibió, hecho que también denunció Timerman— y *Nueva Presencia*, diario progresista autodefinido como judeoargentino, dirigido por Herman Schiller.

Abrasha Rotemberg, economista que participó en la fundación de *La Opinión* acompañando sus vicisitudes, recuerda:

El tema de los desaparecidos preocupaba a la redacción y a sus directivos. Agotadas o descubiertas las tretas para denunciar públicamente los

secuestros, Jacobo decidió que le restaba una posibilidad de denunciar, y a la vez abortar la cadena de desapariciones [...]

Hacía pocos meses que el gobierno militar se había instalado, y la represión, y las formas de ejercerla, eran cada día más alarmantes. [...] Para el bien del país e incluso del gobierno, sostenía Jacobo, debía alzarse una voz respetada para condenar los secuestros y las desapariciones [Por eso invitó a un destacado intelectual a que lo visitara y le dijo]: «Pongo a su disposición las páginas del diario. Escriba lo que quiera, diga la verdad, acuse, sea un Emilio Zolá. Con usted nadie se va a atrever: usted es un nombre sagrado, un símbolo. En todo caso tomarían represalias contra *La Opinión* o contra mí. Me arriesgo incluso a que nos clausuren, pero no podemos callar». Vi cómo se acentuaba la palidez en el rostro del invitado mientras Jacobo hablaba. Permaneció en silencio, con el ceño fruncido, pensativo. Después respondió: «Coincido con usted: tenemos que hablar, tenemos que condenar. Estoy de acuerdo, pero creo que este no es el momento. Le prometo que cuando lleguen las circunstancias apropiadas voy a decir todo lo que pienso». Y cumplió con su palabra. Habló, escribió y condenó: diez años más tarde. (*La Opinión amordazada* 2000: 306–07)

Timerman empezó a publicar los *habeas corpus* presentados por las familias tras los secuestros. En ese desafío radicó, a su entender, el porqué de su detención, aunque a partir de ese momento este motivo se volvió secundario en relación a otros. Así lo expresa en una entrevista (Strejilevich, 1991):

La Opinión [...] publicaba los *habeas corpus* presentados por las familias. Eso, recuerdo, era lo que más enfurecía porque era una evidencia de que había secuestros [...]. Una vez publicamos una lista de cuatrocientos sesenta, la primera lista de la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos sobre los pedidos de *habeas corpus* de los desaparecidos. [...] Poco después me secuestraron y en el libro digo que me secuestraron por todos estos motivos, pero que una vez que estaba en la cárcel me trataron como a un judío. Y es clarísimo, fue así. (2006: 68–69)

Mochkofsky sostiene que la detención de Timerman estuvo ligada al Caso Graiver¹⁰⁵, mientras que su testimonio vincula su caída a su ser judío y se abstiene de mencionar otro motivo. Esta particular omisión genera sospechas y se lo acusa de manipular la información. Me parece en cambio que, si Timerman hubiera manipulado la historia con este fin, lo adecuado hubiera sido nombrar a Graiver. Patricia Isasa (sobreviviente e integrante del equipo que elaboró el informe Papel Prensa) sostiene que en la apropiación de la empresa de la familia Graiver hubo un fuerte componente antisemita. Los sectores empresariales que apoyaron esa maniobra y los militares que la ejecutaron querían eliminar a un grupo económico de origen judío que era muy dinámico y contrario a sus políticas.

Tal vez los motivos de la omisión fueron muy distintos. Si su estrategia estilística era la de simplificar a la hora de transmitir una noticia, involucrar a terceros en el relato hubiera complejizado un acontecimiento que, para convertirse en denuncia potente, debía centrarse en dos polos: los militares que lo secuestraron y el tipo de enemigo que vieron en él (y vieron en él a un judío).

Timerman, de hecho, no quería presentar esa experiencia crucial en su cautiverio, el antisemitismo, como único tema a debatir en relación a la dictadura. Consideraba que la magnitud de la masacre solo podía entenderse a través de «la semántica» definida como «el método usado en la Argentina para evitar ver los problemas en su total dimensión». Por eso su libro intenta revertir la distorsión lingüística de esta sociedad y denuncia los eufemismos usados por el periodismo, reflexiona sobre la censura y la autocensura, reniega de las palabras engañosas que usan los militares e insiste en el deber ético de restaurarle al discurso su capacidad de reflejar la «verdadera realidad» (1981:

¹⁰⁵ El empresario David Graiver había adquirido Papel Prensa S. A. (única que produce este insumo para los diarios argentinos) en 1975. En 1976 muere en un vuelo en México, en condiciones sospechosas, tras lo cual el paquete accionario de la firma pasó a manos de su esposa, Lidia Papaleo, y de Rafael Ianover, querellantes en la causa Papel Prensa (2010). Ambos fueron secuestrados y obligados a ceder, bajo torturas y amenazas, la titularidad de Papel Prensa a una sociedad mixta formada por el Estado y los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*. A pesar de estos antecedentes, la causa judicial a manos del juez Ercolini desechó cualquier tipo de conexión entre la venta de la compañía y delitos de lesa humanidad (2017). Se trata de un caso paradigmático de la complicidad de los grupos económicos con la dictadura. La Ley de Medios o Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (2009) procuraba limitar el poder de estos monopolios beneficiados por las actividades criminales de la dictadura, pero fue anulada por el gobierno de Macri (2015) y ahora, o por ahora, se cierra el caso.

19–23). Timerman comparaba su periódico con el retrato de Dorian Gray, que muestra el rostro verdadero –en este caso del país: un diario provocativo a fuerza de llamar las cosas por su nombre, a diferencia de otros, habituados a opacar temas acuciantes para que pasaran desapercibidos y resultaran publicables. Recién cuando *La Opinión* los exponía con claridad, se lamentaba, quedaban al descubierto las verdades y, a renglón seguido, lo censuraban.

Esta censura se la atribuye inicialmente a Isabel Perón, aunque fueran los militares quienes descollaran en la capacidad de ocultamiento discursivo. Su ejemplo inicial es la conocida sentencia del general Perón: «la realidad es la única verdad», que a su juicio significa «la única verdad es el peronismo». Mediante el listado de eufemismos de uno y otro lado del espectro político muestra cómo el mecanismo cristalizó en una forma cultural compartida y aceptada por todos. Finalmente anota que, cuando los militares derrocaron al peronismo, retomaron y perfeccionaron una semántica que «corría paralela a una realidad que la contradecía todos los días» (1981: 26). A pesar de su deconstrucción del léxico militar Timerman no detecta que, mientras el general Videla hablaba de paz y comprensión, la Junta que encabezaba dividía al país en zonas de control y detención ilegal para secuestrar y torturar.

Ser judío

Ese es el misterio argentino: que el mundo no haya podido evitar algo que parecía haber sido destruido para siempre en las cenizas del Berlín de 1945, en las horcas del Juicio de Nuremberg, en la Carta de las Naciones Unidas...

JACOBO TIMERMAN

Timerman vincula nazismo y genocidio argentino recurriendo a su propia historia familiar. En las primeras páginas se remonta a la ciudad rusa de Bar, donde nació, y al exterminio de los judíos del que su familia huyó, para retomar el tema a modo de cierre: «Y es con esta sensación que estoy lejos de la paranoia nazi que enloqueció de pronto al país más culto de América latina, como una vez había enloquecido al país más culto de Europa, que llego al final del libro»

(1981: 160). El motivo de esta asociación radica en que «una vez que estaba en la cárcel me trataron como a un judío», hecho que coincide con experiencias de otros ex detenidos-desaparecidos, incluyendo la mía (aunque no llamo cárcel al campo).

Su interrogatorio se centró en la supuesta conjura organizada desde Sión. Timerman cuenta que sus captores veían en él una extraña simbiosis entre los líderes del Kremlin, «dominados por los judíos marxistas» y el capitalismo de Wall Street, «dominado por la plutocracia judía». Estos epítetos nos recuerdan la conspiración «judeo masónica y comunista» pregonada por nazis y filonazis argentinos desde el siglo pasado, temerosos de que los judíos se apoderaran de la Patagonia (a ese mito se lo llamó Plan Andinia).

Pregunta: ¿Es usted judío?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Es usted un sionista?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿*La Opinión* es sionista?

Respuesta: *La Opinión* apoya al sionismo [...]

Pregunta: ¿Pero entonces es un diario sionista?

Respuesta: Si usted lo quiere poner en esos términos, sí. (1980: 30)

Hay quienes –como Halperin Donghi– acusan al periodista de acomodar su testimonio para el público internacional, atribuyéndole a la cuestión judía un peso excesivo en relación con lo que realmente sucedió. Él responde:

En mi libro el tema judío es central porque, en los interrogatorios que me hicieron, nunca me preguntaron por mis relaciones con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, ni con los elementos democráticos de la Iglesia, ni con los pocos elementos democráticos de las Fuerzas Armadas. Lo único que me preguntaban era sobre el Plan Andinia, por eso

era central. [...] Si durante horas y horas me interrogan sobre el Plan Andinia, ese era el tema. ¡Nunca me preguntaron sobre mis relaciones con Alfonsín!

A mí, que me consideraban una de las cabezas principales del judaísmo argentino, me interrogaban sobre eso muy en serio, por gente muy experta en el tema judío, experta en el sentido de ellos, ¿no? que conocían todos los nombres, todos los detalles, y que querían saber los planes que había para ocupar la Patagonia. [...]

N.S.: ¿Hace usted un paralelismo entre el nazismo en nuestro país y el de la Alemania de Hitler?

J.T.: El error está en suponer que cuando uno dice nazismo, como cuando uno dice comunismo, significa en todos lados lo mismo. Nazismo en Alemania significa una cosa (contra los judíos) y en Estados Unidos significa contra los negros, y cuando uno dice nazismo en la Argentina no es lo mismo. Estamos hablando de prejuicios terribles que llevan a altos niveles de violencia.

¿Qué es el nazismo en la Argentina? Si yo digo nazismo en la Argentina alguien me puede decir: «¿cómo?, si acá no hay campos de concentración». No, el nazismo en la Argentina es que, cada vez que hay una dictadura militar, en la represión figura el tema judío. No es lo mismo que en Chile, no es lo mismo que en otros países. En la Argentina es eso: cada vez que hay una estructura represiva, incluso bajo la democracia, en las estructuras represivas hay elementos nazis y el tema judío se hace central. (Strejilevich, 2006: 78)

Esta interpretación no es exclusiva de Timerman. Rodolfo Walsh se había referido al grupo nacionalista al cual él mismo se acercara en la década del cuarenta, la Alianza Libertadora Nacionalista, como «la mejor creación del nazismo en la Argentina», que además calificó de antisemita y anticomunista (Fernández: 2005: 19)¹⁰⁶.

¹⁰⁶ Rubén Furman, en *Puños y Pistolas*, hace un paneo del origen y desarrollo de estas corrientes en nuestro país y menciona que un mínimo sector del tronco principal, la Alianza Nacionalista, afín a la Falange Española, viró a la izquierda en los sesenta, atraído por Fidel Castro (un nacionalista educado por curas). «La mayoría, en cambio, siguió bajo la influencia del cura Julio Meinvielle, un furioso anticomunista y antijudío que adoctrinó a varias generaciones de jóvenes nacionalistas con las ideas que florecieron en los cuarteles en 1966 y 1976» (2014: 13).

El antisemitismo es un rasgo definitorio de ciertos movimientos de derecha que recrudecen tras el secuestro de Eichmann en la Argentina al promediar 1960 (Broquetas, 2014). Era sabido, ya en esa época, que los embates antisemitas iban en aumento con el auge de las tendencias nacionalistas conservadoras. Lo sorprendente, reitero, es que Timerman no detectara el antisemitismo de la dictadura y le diera crédito a Videla cuando afirmaba «creer fervientemente en la democracia como el sistema que le permite al hombre vivir en libertad y con la dignidad que merece como ser humano» (Entrevista del jefe militar con periodistas estadounidenses, 10/12/1976). Conclusión: su ideología fue más fuerte que su pertenencia cultural e histórica.

Decía que Timerman describe el trato especial que sufrió por ser judío como un eslabón de la historia que se inicia con sus antepasados y culmina en él. Por eso se remonta a los judíos que huyeron de la ocupación y la Inquisición en España y Holanda y terminaron en Ucrania luchando por los derechos de su comunidad. En la introducción cuenta cómo los cosacos, en 1648-1649, pasaron por Bar, pueblito donde residía su familia, y exterminaron a cuanto judío pudieron. En 1941, cuando los nazis entraron en la misma ciudad, incendiaron la sinagoga y murieron otros tantos. En este sentido, lo padecido en la Argentina de 1977 no sería más que un retorno del horror: el círculo que se abriera con la primera emigración se cierra simbólicamente en Israel, país al que los militares lo destierran tras quitarle la ciudadanía argentina. Es ahí donde escribe:

Según ellos los judíos quieren asegurarse tres centros de poder para garantizar la seguridad de Israel: los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Argentina, que puede convertirse en un centro de riquezas camino a la Antártida. (1981: 74)

La conspiración judía basada en *Los Protocolos de Sión* (y la imagen de los «judeo-bolches» que desatara la inicial persecución nazi en Alemania) los obsesiona tanto como la amenaza del comunismo internacional, y la única forma que conocen para erradicar estos problemas es la eliminación física de izquierdistas y judíos.

Según Reati y Plotnik, Timerman apela a su condición de judío para privilegiar una explicación universalista de su tragedia, y al hacerlo despolitiza su texto y se erige en víctima ahistórica (1985: 55). ¿Pero acaso el antisemitismo no es un problema político? ¿Acaso el racismo no lo es? La persecución racial del nazismo comenzó como persecución a la izquierda (a los judíos bolcheviques, que jugaban un papel importante en la confrontación al régimen), Kaufman *dixit*. Y en la Argentina, la asociación entre izquierda apátrida y judaísmo era el caballito de batalla de los muchos que fueron conformando las fuerzas de seguridad¹⁰⁷.

Sin embargo, al referirse a este aspecto de su experiencia Timerman no postula que la dictadura argentina fuera un calco del nazismo europeo, ni hace del antisemitismo el elemento fundante del método de desaparición forzada de personas. A su juicio, insisto, es la paranoia lo que vincula el terror estatal argentino con el nazismo; una paranoia que crea juegos semánticos que desencadenan tragedias. *Preso sin nombre...* procura mostrar la verdad oculta en un lenguaje que sigue moviendo, con su fantasía siniestra, los hilos de la historia.

Recuerdo de la muerte.

Del realismo ficcional a la ficción de realismo

Esta novela escrita en México «agotó en diez días una primera edición de cinco mil ejemplares, vendió doscientos mil y se convirtió en un clásico» que se tradujo a varios idiomas (Longoni, 2007: 50). Esto denota la avidez que despertaba el tema en los albores de la posdictadura, la popularidad del género

¹⁰⁷ Un vívido ejemplo de esta asociación de larga data es el testimonio de Pinie Wald sobre su experiencia en la Semana Trágica, la masacre llevada a cabo en Buenos Aires bajo el gobierno de Hipólito Yrigoyen contra el movimiento obrero, en la que fueron asesinados cientos de personas entre el 7 y el 14 de enero de 1919 y donde se produjo el único pogromo que se conoce en esta región. En esos días Wald «fue detenido y torturado, acusado de ser el presidente del "Soviet argentino". [...] [D]iez años después publicaría *Koshmar (Pesadilla)*, una crónica de los sucesos escrita en lengua idish [y traducida al castellano en 1987 por el escritor Simja Sneh] [...] Para la derecha nacionalista, la Semana Trágica es la prueba más cabal del complot judeo bolchevique. Todavía en 1986 [se] afirmaba que había sido fruto de una conspiración del "judaísmo internacional"». (Perla Sneh, *Página 12*, 10/3/2019)

de no-ficción y el impacto social que tuvo la versión de los hechos puesta en circulación por Bonasso (2007: 51). El libro se publica en 1983, poco antes del fin del llamado Proceso. Tal vez por eso el autor-periodista, militante, ex diputado nacional y escritor (que aparece como personaje) no menciona su pertenencia a Montoneros, aunque fue un importante cuadro político de ese grupo que se alejó por diferencias partidarias. El gran aporte de la obra radicó en que dio información detallada sobre los campos incluso antes de que los testimonios incluidos en el *Diario del juicio*¹⁰⁸ o en el *Nunca Más...* hicieran lo suyo. Sin embargo, su construcción de personajes a partir de secuestrados de carne y hueso, a quienes les ha cambiado o no el nombre en la novela, ha sido cuestionada por sobrevivientes.

En 1988, la Crime Writers Association International (Asociación Internacional de Escritores de Novelas Policiales) le dio el Premio Rodolfo Walsh a la mejor narración testimonial de tema criminal.

Bonasso narra la historia argentina desde el bombardeo a Plaza de Mayo (1955) hasta la década setentista, época en que secuestran a Jaime Dri, en cuyo testimonio se basa la novela. Al seguir su cautiverio compone un impactante fresco de la vida en diversos campos. Que el protagonista sea un fugado no es un dato menor: representa la excepción que confirmaría la regla formulada por el libro –que los detenidos-desaparecidos mutan, en su mayor parte, en «quebrados», muertos en vida capaces de traicionar sus ideales colaborando con el enemigo. El gesto de huir, sin embargo, revela que había en los campos subjetividades rebeldes no arrasadas. Sea como sea, la vara con la que juzga a la mayoría de los detenidos con el protagonista no coincide, reitero, con la visión de los sobrevivientes (incluyendo la del propio Dri). Bonasso, como anticipé, divide a los militantes en fieles o traidores, visión binaria que impide la comprensión del fenómeno. Por último, *Recuerdo...* cuenta el exilio en Italia y México, donde se escenifican hitos del período, como la exportación de la cacería exterminadora a otros países.

¹⁰⁸ *El Diario del juicio* de la editorial Perfil, fue una publicación semanal difundida entre el 25/5/1985 y el 28/1/1986 –durante el Juicio a las Juntas–, abocado a la cobertura de las audiencias. Publicó testimonios emblemáticos de sobrevivientes y presentó opiniones de expertos en materia jurídica y de los organismos de derechos humanos. También difundió datos que involucraban a los imputados y dio a conocer el alegato y la sentencia completos.

Traición y heroísmo

Los héroes de la novela son el Pelado Dri, que se da a la fuga, y Tucho Valenzuela, quien encara una histórica acción de salvataje de la cúpula de Montoneros. Paradójicamente, los salvados lo condenan por haber tomado decisiones inconsultas, y el relato ejerce una grave crítica a dicha cúpula por ejercer un militarismo que los llevó al fracaso.

Tulio Valenzuela o Tucho es un ex dirigente secuestrado, a quien los torturadores quieren utilizar para una celada contra el Comité Central Montonero en México. Él les hace creer que está dispuesto a colaborar, y lo envían a ese país para perpetrar el atentado. Deja a su mujer embarazada en el campo, como rehén, en manos de sus verdugos: el éxito de su misión va a costarles la vida, pero lo esencial para la pareja es salvar a la dirigencia del Partido a cualquier precio. Ambos optan por el sacrificio¹⁰⁹. Tucho logra escaparse del comando que lo acompaña en el Distrito Federal, comunicarse a tiempo con sus compañeros, y advertirles que están en peligro. Su temeraria acción se documenta en la novela a través de artículos publicados en diarios de la época y de un comunicado difundido tras la conferencia de prensa que da Montoneros para denunciar el complot organizado por el Estado argentino en territorio mexicano. Acto seguido, la misma dirigencia a quien acaba de salvar lo degrada de su rango militar dentro de la organización. Nilda Haydée Orazi y Juan Carlos Scarpatti, sobrevivientes de distintos campos, señalan con amargura:

Ésta es la única organización en el mundo (Montoneros) en la que un compañero escapa de manos del enemigo, salva a la conducción nacional, para lograrlo deja en manos del enemigo a su compañera embarazada, y en vez de felicitarlo se lo obliga a autocriticarse [...] y se lo despromueve de mayor a aspirante. (Calveiro, 2004: 64)

Lo más sorprendente es que sea condenado debido a su individualismo. La resistencia revolucionaria, identificada con la lucha de un Cristo rebelde, deviene práctica inquisitorial. Tiempo después Tucho regresa a la Argentina

¹⁰⁹ Matías Espinoza, hijo de Tulio Valenzuela y Raquel Negro, asesinada en Rosario, fue el nieto recuperado N° 100 (*Clarín* 22/12/2009).

con la contraofensiva y, acosado por los aparatos de seguridad, se suicida con una pastilla de cianuro.

Si bien en una etapa inicial Montoneros manifestó madurez política como organización de masas, la crisis en el seno del movimiento era inevitable porque el hiato entre la dirigencia y las bases no hacía más que exacerbarse. Este problema se agudizó hasta que lo militar terminó jugando un papel protagónico: en 1976 Montoneros pasó a llamarse «partido» y la articulación política de la militancia cedió su lugar al aparato militar. El ritual marcial se volvió ineludible a la hora de sesionar, la dirigencia se autosegregó como una cúpula castrense cerrada y los frentes de masas quedaron subordinados a la dirigencia armada. Se hablaba de centralismo democrático, lo cual justificaba la verticalidad, pero la elaboración colectiva –que las bases seguían intentando– se volvía impracticable. Bonasso puso en escena esta situación cuando nadie lo hacía. En este sentido *Recuerdo de la muerte* logró «denunciar [...] una lógica de muerte...» (Fernández, 2005: 35). En última instancia, estas palabras de Walsh también son aplicables a Bonasso: «...no reconozco ni acepto jerarquía más alta que la del coraje civil. ¿O pretenderán que silencie estas cosas por ridículos prejuicios partidistas?» (Citado por Fernández, 2005: 37).

El problema es que la conducta de Tucho y el Pelado –los héroes de la novela– contrasta con la de detenidos-desaparecidos a los que el narrador presenta como «quebrados», o sea, militantes que habrían renunciado a sus principios en nombre de la sobrevivencia. Dri, recién incorporado al campo, se vincula con sus compañeros a partir de la desconfianza (algo que solía sucederles a los recién llegados) y –en la novela– no acepta las estrategias de adaptación practicadas por ellos, como el fingimiento ante los represores para mejorar sus condiciones de vida. El sobreviviente Dri, cuyo testimonio aparece en las últimas páginas de la novela, declara en los juicios de lesa humanidad en 2010 y 2014¹¹⁰. A partir de sus declaraciones es difícil determinar en qué medida

¹¹⁰ «El único sobreviviente que logró escapar a sus captores de la Escuela de Mecánica de la Armada, Jaime Feliciano Dri, declaró por segunda vez en el juicio de ESMA unificada. [...] Dri testimonió a través de videoconferencia, desde la embajada argentina en Panamá. En la sala de audiencias de Comodoro Py, el Tribunal Oral Federal N° 5 de Comodoro Py, escuchaba [...] parte del relato que el periodista Miguel Bonasso convirtió en denuncia y libro de no ficción, *Recuerdos de la muerte*.» (*InfoJus Noticias*, 25/4/14)

participó en la construcción de estos personajes, aunque en 2014 planteó públicamente que jamás juzgaría ni juzgó a ningún detenido-desaparecido, fuera cual fuera su conducta tras las atrocidades sufridas:

Siempre pensé lo mismo [...] Antes y ahora. Para mí, todos los que estábamos allí fuimos víctimas. No hago, ni hice nunca, distinciones con nadie. (Dri remarcó especialmente la palabra «nadie»). Ni siquiera con aquellos compañeros o compañeras que no aguantaron la tortura o salieron a operar con los marinos. Ni con aquellos que la organización condenó a muerte por «traición», porque delataron bajo tortura o fueron parte de los grupos de tareas. (Wornat y Lewin, 2014: 200)

Sin embargo, en otra ocasión refrenda lo escrito por Bonasso al afirmar que fue un trabajo elaborado en conjunto:

«*Recuerdo de la muerte*. Autor Miguel Bonasso. Ese libro lo trabajamos con Miguel durante tres largos años, trabajamos durante la primera edición que salió por el 83, trabajamos en el 79, 80, 81, 82 [...] cuando todavía tenía fresco todo y fuimos tratando con largas charlas de ir rearmando todo, porque al margen que está escrito como novela, todos los datos son testimoniales». (16/12/2010)

Las declaraciones son contradictorias, pero las situaciones son distintas (en un juicio lo importante es la prueba documental que pruebe el exterminio). También es factible que la posición de Dri haya variado con el tiempo. Bonasso, en cambio, siempre mantuvo su criterio:

Una cosa era el compañero que simulaba colaborar, o colaboraba políticamente sin entregar a nadie, o –quebrado en la tortura– había delatado compañeros o incluso amigos o familiares, y otra el que se había pasado de bando y salía a operar con el enemigo. Ese ya no podía ser considerado una víctima como los otros: había traspasado una frontera. decisiva. (2014: 48–49)

La zona gris tiene matices difíciles de detectar: navega en el ocultamiento y el secreto, por lo tanto la «concepción de lo que debía ser la conducta

militante» (2014: 48) de la etapa pre-genocida no sirve para entender los artilugios generados por los secuestrados para convivir con la abyección. Por eso mismo es indispensable el relato de lo que pasó adentro narrado *desde* adentro. Bonasso narra desde *afuera*, aunque la presencia de un informante privilegiado le da la sensación de conocer el terreno. Tal vez por eso sostiene que su novela es «la historia real, tal como sucedió», o la «realidad novelada». Ana Longoni lo acusa de ocultar sus recursos literarios (transformar a personas reales en sujetos ficcionales, con otros discursos y móviles) tras un manto de transparencia. Toda novela puede hacerlo, pero si la poética del escritor –que incorpora al testimonio como justificación de la obra– declara su apego a la realidad, comete un daño si no la respeta. Adhiero, además, al argumento de la crítica argentina cuando plantea que el periodista establece un peligroso paralelo entre colaboración y traición. Con este desplazamiento termina sembrando la misma sospecha ya mencionada en relación a los sobrevivientes, a los que se cataloga de «quebrados». Para mostrar el impacto que provocó la representación de los personajes realizada por Bonasso, cito la carta de la sobreviviente Ana María Soffiantini (alias Rosita):

La Vendetta y los libros

(Qué pasó con Bonasso: El apropiador de los recuerdos de la muerte ajena)
No lo conozco personalmente, no es necesario. Sí reconozco mi indignación e impotencia de ver cómo este personaje con talento de escritor [...] relata con gran sentido de la oportunidad [...] en *Recuerdos de la muerte*, nuestra vida de secuestrados en ESMA. Lo que plasma sobre mí, nada menos que sobre mí, de quien yo sé tanto, es cruel y perverso. Me observa y define, en su libro, como algo parecido a un insignificante ratón de probeta que sobrevivía entre tantos compañeros y compañeras, que a su vez nadie sabe más de ellos que ellos mismos, y su infortunio entre picanas y muertos. Interpretando, valorizando, desvalorizando a secuestrados que nunca había visto en su vida, sometiéndonos con su desprecio a condición de hormigas, desapareciéndonos como luchadores y luchadoras revolucionarias.[...]

Tal vez, erróneamente esperé que Bonasso, alguna vez, nos convocase a los nombrados en su libro, para así conocer qué tonos tienen nuestras voces y de qué color son nuestros ojos, cómo fue nuestro singular dolor, reconociendo

el prejuizgamiento erróneo y perverso volcado hacia compañeros que éramos torturados y asesinados mientras él, ajeno a nuestro dolor, estaba en México. Esta historia, reciente, en la cual algunos quedamos vivos, exige la revisión de relatos e interpretaciones. Bonasso, al que tanto le interesó, solo basó parte de su libro en lo contado por un secuestrado que pudo escaparse cuando lo llevaron a marcar Montoneros a la frontera.

No traté este tema antes, considerando que había otras cuestiones de más peso. Hoy, percibo, es hora de hablar sobre nuestras complejas vidas de militantes, y orgullosamente contarlas a los nietos. Merecen ser abordadas con más respeto y compromiso cuando se relata aquel submundo desaparecedor y su vida cotidiana. (*La Cesaris*, en redes sociales)¹¹¹

La desaparición de los héroes

«El campo es también un dispositivo desaparecedor de los héroes», dice Pilar Calveiro, que sienta las bases del debate:

El héroe es un ser dispuesto a sacrificar su vida y la de otros en pos de un ideal. [...] Su acto se convierte en heroico al ser rescatado por una memoria colectiva que lo reivindica. [...]

El «desaparecido», en cambio, queda rodeado por la atmósfera difusa del campo [...] Es como si el campo automáticamente salpicara al hombre desvaneciendo toda posible heroicidad. [...] desde la lógica de la heroicidad, el simple contacto con el campo, por la sombra de sospecha que proyecta sobre el individuo, desvanece la pureza necesaria del héroe. No hay héroes en los campos de concentración.

El sujeto irreductible que muere en la tortura sin dar ningún tipo de colaboración es el que más se aproxima a esa noción, pero no quedan pruebas de ello, no hay exhibición del acto heroico que se pueda testimoniar sin sombra de duda [...] Algo semejante ocurre con el fusilado,

¹¹¹ Ana María Soffiantini (Rosita), secuestrada junto con sus pequeños hijos, sometida a torturas y a condiciones inhumanas de vida en la ESMA. Compañera de Hugo Onofri (Loro), secuestrado un año antes y asesinado brutalmente mientras era torturado, situación que duró un mes, también en la ESMA. Sus restos aún no han sido hallados.

muchas veces acribillado a balazos dentro de un coche, simulando un enfrentamiento, cuyo acto final puede ser digno pero no encierra la resistencia y el espectáculo de lo heroico; no hay testigos. El campo es también un dispositivo desaparecedor de los héroes; en lugar de matar hombres que pelean, prefiere arrojar seres adormecidos desde lo alto de un avión; escamotea la posibilidad del combate heroico.

Quien se evade es, antes que héroe, sospechoso. Ha sido contaminado por el contacto con el Otro y su supervivencia desconcierta. El relato que hace del campo y de su fuga siempre resulta fantástico, increíble; se sospecha de su veracidad y por lo tanto de su relación y sus posibles vínculos con el Otro. Transita en una *zona vaga de incredibilidad*. Además, resulta amenazante ya que conoce la realidad del campo pero también la magnitud de la derrota que las dirigencias tratan de ocultar. En los medios militantes se promueve entonces su desautorización, se aduce que su óptica ha sido distorsionada por la influencia de sus captores, y ello lo convierte automáticamente en un no héroe. (2004: 63–64)

Si vinculamos estas tensiones a la situación del sobreviviente en relación al libro de Bonasso, el problema es: *¿a qué tipo de memoria está siendo funcional este tipo de representación?* (como pregunta Peris Blanes). Quien insiste en la figura del «quebrado» completa el trabajo que realiza el campo, es decir, el borramiento de un heroísmo que, de hecho, está presente en una miríada de resistencias que marcan la vida cotidiana de los detenidos-desaparecidos y se manifiesta de mil maneras.

La narración de los hechos

Longoni desmiente el paralelo entre Bonasso y Walsh aduciendo que, si bien Bonasso se presenta como el continuador de Walsh, lo separan del maestro diferencias significativas en relación a cómo narra los hechos.

Walsh combina elementos periodísticos y documentales, de modo que la organización del material, y no la ficción, funde la labor estética. Este procedimiento, usado para otorgarle verosimilitud al discurso, invierte el de la literatura realista: *Operación masacre* es el relato de una investigación sobre hechos que, aunque reales, parecen inverosímiles. La impronta de esta

innovación se deja sentir en *Recuerdo...* cuando usa el montaje y la trabazón de testimonios para dar cuenta de una realidad más afín a la ficción policial que a un relato verosímil. Pero no sigue esta regla al pie de la letra.

Walsh afirma, desde el prólogo, que los hechos narrados en *Operación Masacre* son reales y expone la dificultad de emprender esta tarea en un país empeñado en negar cualquier versión de la historia que denuncie masacres perpetradas por el poder. Para que su denuncia no se lea como ficción insiste en que el suyo es un documento histórico narrado; el lector acompaña al periodista en su descubrimiento de la verdad mientras sigue pistas y descubre sobrevivientes, conversa con testigos y reconstruye escenas (Foster, 1984). El narrador inventa diálogos a partir de las declaraciones de sus entrevistados y recrea sus hipotéticos estados mentales para armar un mosaico en el que presenta a los protagonistas, desarrolla los hechos y finalmente da a conocer el caso judicial. Además, amalgama en un discurso único una serie de fuentes y mantiene el suspenso como en una novela policial, ocultando parte de la información para que el lector se entere poco a poco de las circunstancias del crimen; así construye su trama, prescindiendo de la ficción. Aunque Bonasso asegure hacer lo mismo, de hecho establece «*un estatuto de lectura ambiguo*, instalado a medio camino entre la ficción y el testimonio» (Longoni, 2007: 57).

Los pactos de lectura que establecen ambas obras son, por lo tanto, distintos. Veamos cómo funciona el de Bonasso. Por un lado convoca a los lectores para que crean en la verdad histórica de lo narrado:

Con la puerta que se cierra a espaldas del fugitivo culmina esta novela real o realidad novelada que es *Recuerdo de la muerte* (Bonasso, 2010: 501).

Recuerdo de la muerte no se llama así por casualidad, ni porque me emocionó el hermoso poema de Quevedo. [...]

No es por azar, tampoco, que asumió la forma novelística. La narración muestra, no demuestra. La novela permite desenterrar ciertos arcanos que a veces se niegan a salir dentro de las pautas más racionales de la crónica histórica, el testimonio de denuncia o el documento político. *Pero la voluntad de novelar no encubre aquí el designio de modificar los hechos.*

Todo lo que se dice es rigurosamente cierto y está apoyado sobre una base documental enorme y concluyente... (subrayado mío, 2010: 511)

En otras palabras, el autor estipula «un pacto de lectura que reclama para sí el carácter de veracidad de aquello que relata» (Longoni, 2007: 56). Y, una vez más, esa declaración contrasta con sus recursos ficcionales (flujo de conciencia, diálogos) que pasan desapercibidos y que llevan al lector a identificarse con su interpretación denigratoria del papel de ciertos detenidos-desaparecidos¹¹². La mirada omnisciente que se permite frente al personaje orienta la lectura en una cierta dirección. Estos sutiles contrastes pueden detectarse contraponiendo el testimonio de una presa política que describe la tortura con lo que parece pensar un «quebrado» en *Recuerdo*...

1. *Es aterradora la sensación de que uno no dirige sus ideas, sus pensamientos, que «alguien» instalado en el interior de uno mismo, lo domina* (testimonio citado por Longoni, 2007: 122).
2. *Mirá, Pelado, yo soy otro. El Tío que conociste murió en esa cita. Yo habito su cuerpo como un zombie habita su propio cadáver. Mi nueva vida es oscura, ya lo sé. Pero más grandiosa que la anterior, porque nace de la propia muerte* (Bonasso, 2010: 168).

Lo que el recurso discursivo del escritor logra es, precisamente, opacar la vivencia de la zona gris donde, como dice Calveiro, «nadie puede atribuirse la inocencia pura ni la culpabilidad absoluta» (Calveiro, 2004: 63–64).

La insistencia de Bonasso en la realidad de las fuentes y de los hechos narrados hace que la traición que les atribuye a algunos parezca auténtica y verificable, pero su afirmación es en sí misma engañosa, porque presenta la intimidación psicológica de personajes a los que no pudo haber conocido, ya sea porque pertenecen al campo enemigo o porque están muertos (Foster, 1980: 24).

¹¹² Algunos de los personajes que aparecen como traidores en *Recuerdo*... hoy están declarando en los juicios públicos contra los torturadores. Podría pensarse que declarar en estos juicios es una forma fácil de lavar la conciencia, pero esta opinión resulta desmentida por dos asesinatos a testigos ya en democracia: quien atestigua arriesga la vida, pone el cuerpo y la palabra porque sabe que su aporte cuenta, y quiere que cuente.

Basándose en estas contradicciones, Longoni se niega a considerar testimonial a esta novela, aunque tampoco la considere «como pura “ficción”» (2007: 59). Yo la incluyo en el *corpus* porque, como ya dije, se basa en la voz de un testigo y revela aspectos, hasta entonces desconocidos, de la militancia y la vida en los campos, a pesar de todas nuestras críticas. Que el autor no le sea fiel al código de lectura que propone y que presente un tema con evidentes limitaciones no invalida su carácter testimonial, al que no se le puede exigir objetividad. La furia «moral» del autor, propia de la militancia setentista, revela una actitud que sigue siendo compartida por muchos paladines de la verdad, cuyos dedos acusatorios se yerguen, firmes y tiesos, frente a quienes, a su juicio, lo merecen.

La trama

Bonasso, enfrentado a un testimonio y a infinidad de documentos, hace un ejercicio de rememoración desde la lejanía. No logra recuperar todos los eslabones; se ve limitado por la confusión de fotografías y pruebas incompletas y desperdigadas. Busca un orden en la cronología y opta por describir momentos claves capturados por unas pocas instantáneas de envergadura histórica, como la de la llegada de Perón a Ezeiza para asumir la Presidencia de la Nación.

Tras referirse a la destitución de Perón por el golpe militar que provoca su destierro aparece en primer plano el líder que ha vuelto tras la convocatoria del general Lanusse, en 1973. Lo individual se conjuga con lo colectivo a través de episodios intercalados, narraciones cronológicas interrumpidas por comentarios, diálogos basados en declaraciones de testigos o imaginados. El objetivo es mostrar el «emputeCIMIENTO gradual de todo lo que preanuncia la masacre al mayoreo» (1988: 366).

El comandante Emilio Massera, aspirante a líder de la Nación en tiempos del terror estatal, quería ganar para su causa a los militantes peronistas secuestrados en la ESMA, que consideraba nacionalistas recuperables. Dentro de este proyecto, la redacción en el campo de un diario supuestamente montonero, le permite a Dri familiarizarse con el aparato de propaganda ideológica que diseña un grupo de ex compañeros forzados a participar.

Más adelante, en un centro clandestino de la ciudad de Rosario, donde trasladan a Dri, el protagonista convive con y aparenta ser uno de los «quebrados» ahí enclaustrados. Pero su plan es escapar y lo logra cuando el guardia de un campo vecino a la frontera con el Paraguay se descuida; unos contactos con diplomáticos panameños (que consigue gracias a su mujer, la Negra) lo ayudan a salvarse. Esto sucede a mediados de 1978, mientras se celebra en la Argentina la Copa Mundial de Fútbol y la Junta Militar reitera su famoso slogan: «Somos derechos y humanos», para minimizar las denuncias, difundidas a nivel internacional, sobre los crímenes del Estado. Dri se libera de sus captores para descubrir que su movimiento no lo apoya: los dirigentes consideran que su huida no sigue las directivas de la organización sino su deseo personal.

El libro construye una resurrección de doble filo: la de los cautivos exmilitantes que «vuelven a nacer para traicionar lo que habían sido», y la del fugitivo resucitado que le lleva al mundo de afuera el recuerdo de esa muerte en la que viven los detenidos. Esta simbología aparece desde el «Epílogo a la manera de prólogo», donde el autor presenta sus temas y prefigura el desenlace de la obra: Dri, tras su huida, está en Roma con un grupo de montoneros que acuden de diversas partes del mundo para un cónclave en el que se discutirá la situación del país y se decidirá «el inminente lanzamiento de la contraofensiva popular» (2010: 24). Simultáneamente y en la misma ciudad, un grupo de paramilitares se aboca a localizar al fugitivo para matarlo. El Pelado y su hermano, el cura Rubén, se encuentran en la Basílica de San Pedro, donde se exhibe la escultura de Miguel Angel, *La Piedad*. Dri ve en la estatua la representación de la «Muerte joven» (2010: 15): tanto el Cristo de *La Piedad* como la juventud despiertan la locura de los asesinos, y Cristo tiene, como los revolucionarios, un mensaje en la boca imposible de descifrar. En ese encuentro los dos «hablaron de Alejandro VI y los Borgia. De los primeros cristianos y de los últimos. De las catacumbas y del Tribunal del Santo Oficio. De las mutaciones de ese poder que la basílica encarnaba», y el narrador comenta que «[o]tros rostros yacían en las sombras sin el rescate del mármol». La imagen de los que murieron en la tortura o acribillados «parecía reprocharle [al sobreviviente] la culpa de estar vivo» (2010: 15).

Las alusiones al Cristo crucificado que ahora yace en los brazos de la Virgen joven, su mensaje contrapuesto a la perversidad de los que apuestan al terror, la culpa por estar vivo tras su pasaje por el Infierno –por una resurrección que no logra salvar a nadie más que a él–, y las referencias al poder que encarna la basílica, son indicadores de la crisis espiritual de Dri. El registro simbólico se nutre de una iconografía bíblica que persiste como clave de lectura: el bombardeo a la Plaza de Mayo en pleno centro de Buenos Aires, en 1955, es «la versión criolla del Apocalipsis»; los terratenientes, la jerarquía católica y gran parte de la clase media apoyan esta «santa cruzada» contra la «segunda tiranía» iniciada por la Marina de Guerra (2010: 39). Tras la masacre «muchas familias pasaron por el *vía crucis* de la demanda en hospitales, comisarías y morgues» (2010: 43); la crucifixión de Cristo se reitera en los setenta, cuando la juventud rebelde es torturada y asesinada. El capítulo II, «La caída», hace referencia al secuestro de El Pelado y a la caída del paraíso, y en el capítulo III, «El traslado», dice:

La muerte de uno mismo. El catolicismo tapó muchas veces la cuestión con la idea de «la otra vida». Pero a veces el pensamiento y el instinto coincidían en un vértice de espanto: la nada [...] Después la militancia sepultó ese sentimiento. Pudo asumir su propia muerte como algo independiente de sí mismo [...] Retornaba a la trascendencia. Y también la idea del Cielo y el Infierno. [...]. El cielo de la victoria y la vida en los otros y el infierno de la traición. (2010: 55)

Imbuida de esta visión, la novela abunda en dicotomías: salvadores versus traidores, la vía del sacrificio militante versus la complacencia de los débiles, el cielo de la verdad versus el infierno de la mentira, el resucitar de las víctimas versus la resurrección falseada de ex militantes que aparecen muertos en los diarios para poder sobrevivir como torturadores. Los caídos –en el doble sentido de caída en manos de los represores y caída moral– son los Judas que hicieron posible la muerte de miles de Cristos. Tal como el Nuevo Testamento afirma que es posible exorcizar a los demonios, la escritura también procura hacerlo.

La clave simbólica

Otra imagen que persiste a lo largo del texto es el contraste entre la verdadera resistencia cristiana versus el cristianismo anacrónico de la Inquisición, representado por el terrorismo de Estado. La primera se basa en las conclusiones de la Iglesia del Tercer Mundo, que inspiró al núcleo fundador de Montoneros.

Este sector de la militancia setentista suscribía mayormente a la interpretación que hacía de las Escrituras la Teología de la Liberación, que, como explica Rubén Dri (cura tercermundista y hermano del protagonista), parte de una reformulación del cristianismo realizada en esos años al calor de las transformaciones sociales y políticas de América Latina. Esta versión, que presenta a Jesucristo antiimperialista, no surge en las universidades sino en los barrios, donde los curas y sus seguidores ponen en práctica su compromiso con el pueblo trabajador. Para la doctrina social de la Iglesia, Jesús es una figura nacida del campesinado en una época en que el Imperio Romano destruía a esta clase mediante el cobro de excesivos tributos, convirtiéndose en un líder que organiza en Judea un movimiento clandestino. Por eso lo persiguen y, cuando entra en Jerusalén, lo crucifican. Desde esta perspectiva, Jesús lideraba a un grupo de militantes que se oponía a la dominación del Imperio en aras de una sociedad que, en lenguaje contemporáneo, se asemeja a un proyecto socialista: fundado en un pacto (entre varias tribus y Dios), aspira a crear una sociedad no monárquica donde no se paguen tributos ni se reconozcan deudas. En esa lectura no se descarta la vía armada y la violencia se acepta, tal como la acepta Cristo: para cuestionar al poder dominador y defender a los pobres. La puerta que se abrió para posibilitar este relato fue el Concilio Vaticano II, primera conversión de algunos curas –como Dri– a una iglesia que bregara por la voz de los sin voz. A partir de ese Concilio se tomó conciencia de que los sujetos a los que había que atender, en primer lugar, eran los pobres, y por eso esta teología acompaña los movimientos populares¹¹³ (Rubén Dri, 2013).

La Teología de la Liberación le sirve a Bonasso no solo para presentar el ideario de la época, sino también para inducir al lector a aceptar una de sus

¹¹³ Los obispos Enrique Angelelli y Jaime de Nevares, entre otros, optaron por esta dirección, que equivalía a una lectura de la Escritura desde el oprimido.

conclusiones más riesgosas: en la figura de Judas encarna la traición a Jesús y los militantes cautivos encarnan la traición a la lucha. Esta visión unidimensional de la historia, como vimos y veremos, no es refrendada por los sobrevivientes, cuyos parámetros para entender la fábrica de muerte son otros.

Desaparecido. Memorias de un cautiverio (Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA)

Escritura a cuatro manos

Este testimonio es la puesta en escena del particular cautiverio de un científico cuyos conocimientos de mecánica y física le salvan la vida. El precio de su sobrevivencia es, entre insondables y múltiples factores, su trabajo esclavo en distintos campos, siempre sabiendo que podía ser lanzado a la tortura y a la muerte. De ahí la situación dilemática en que transita su paso por la zona gris. La fórmula con la que resume su vida en ese encierro, donde a cada paso mide los límites de su «colaboración» para sostener su posición ética y su diferencia con los represores es «maldito si lo haces y maldito si no lo haces».

Las memorias son de Mario Villani y quien las escribe y compagina, como anticipé, es Fernando Reati, que las recoge entre 2008 y 2010 a través de entrevistas personales y virtuales. No hay un mediador ilustrado encargado de compaginar el relato de alguien que no tiene voz, sino un diálogo entre dos ex detenidos-desaparecidos argentinos que conocen por experiencia propia lo que significa un cautiverio. Por esto mismo se crea un saber común entre ambos, aunque solo se relaten las experiencias de Mario. En este sentido «tocan a cuatro manos». En la presentación de *Desaparecido...* realizada en Italia (Gargnano del Garda, 3/72015) se les preguntó si serían capaces de identificar ciertas reflexiones del texto como propias. La respuesta fue que conversaban mucho sobre estos temas y compartían los criterios, por eso mismo era imposible determinar a quién «le pertenecía» cada idea o expresión.

Paula Simón describe el aporte de cada uno a partir de sus itinerarios particulares:

Por un lado, Mario Villani, la voz principal del relato, arrestado en 1977 por un grupo armado, torturado y obligado a permanecer en los cinco centros clandestinos que enumera el subtítulo. Por otro lado, Fernando Reati, compilador y editor [que] tuvo un contacto fugaz con el mundo de los centros clandestinos en 1976, cuando permaneció ocho días en una cárcel de Córdoba. Tiempo después, se mudó a Estados Unidos, donde emprendió estudios sobre la literatura testimonial concentracionaria, la memoria, el Holocausto, etc. [...] Ambos muestran en simultáneo dos posturas posibles con respecto a la experiencia traumática concentracionaria: la de quien lo ha vivido en primera persona y se dispone a ejercer el derecho y el deber moral del relato, y la de quien logra establecer una distancia con respecto a la vivencia y la construye como un objeto de estudio con el cual mantiene un compromiso férreo e inquebrantable. Este posicionamiento frente a la experiencia y al imperativo de ejercer el relato testimonial se filtra en cada una de las páginas: en los detalles de los aspectos editoriales y en el cuidado de la expresión. (En línea, 2012)

En el caso de testimonios donde participan dos personas –el que rememora y el que facilita y compagina–, es obvio que la labor del escritor no se limita a la desgrabación y ordenamiento del material. Siempre hay un esfuerzo estético de escritura y montaje. Elsa Drucaroff, en *Los prisioneros de la torre*, se pregunta:

... ¿acaso es posible el famoso «grado cero» en el que un texto coincide exactamente con aquello que representa, sin elaboración retórica? ¿Acaso hay alguna escritura que no suponga elección retórica? La aparente «mínima» distancia con un supuesto «informante» es siempre una edificación discursiva trabajosa y artificial [...]

[P]reguntándose qué es decir/escribir lo que otros dicen, transcribir lenguaje con lenguaje, el grupo Bajtín también demostró en la década del veinte [que] el efecto de cinta grabada es un procedimiento más, porque decir la voz del otro supone siempre, de algún modo, orientarse hacia lo que se dice, valorar; es imposible eludir un diálogo entre el discurso citante [...] y el citado, donde el primero tiene el poder de configurar y opinar, explícita o implícitamente, sobre el segundo. (2011: 257–58)

La situación dilemática

A cada paso se revela, en este relato, la indagación ética, la desesperación del recluso por no atravesar un límite que lo exilie de su humanidad, la lucha por persistir en esa extraña dimensión donde no hay marcos de referencia para orientarse en cómo ganar la partida. Ésta es la mejor forma de refutar la imagen del traidor. Villani, en la película *Montoneros, una historia* (1994)¹¹⁴ revela esta cuestión clave cuando dice: «Yo ayudaba a que el campo funcionara. En esa medida yo estaba colaborando, pero también estaba colaborando a mi sobrevivencia. Esta era la disyuntiva». A esa disyuntiva estaban condenados algunos detenidos –ya que otros, simplemente, pasaron su cautiverio en el más radical aislamiento–. *Desaparecido...* despliega una reflexión lúcida del sobreviviente ante las encrucijadas que se le presentan en esa existencia amenazada. Situaciones que debe resolver, una y otra vez, en una experimentación constante que lo sostiene y le impide ceder en su humanidad mientras salva la vida. Ese riesgoso ejercicio muestra que el par héroe-traidor se revela inepto para traducir la zona gris. En algunos, como en la ESMA, a ciertos detenidos se los seleccionaba para cumplir tareas, desde limpieza hasta reparar aparatos –como a Mario, por sus conocimientos de ingeniería–, desde falsificación de documentos hasta participación en tareas de prensa –leer diarios, recortar noticias e incluso analizarlas, hacer resúmenes–, ya que el comandante Massera trataba de capitalizar la mano de obra esclava. Este grupo formaba El Consejo (2011: 147) o el *Staff*, del que también formó parte Mario. Incluso se los hacía escribir algunas notas en *Convicción*, el diario que fundara el marino para impulsar su campaña política. En otras palabras, y siempre siguiendo lo dicho por sobrevivientes que trabajaron en «La Pecera», así llamada porque se los veía de afuera, Massera quería transformar a los miembros del *Staff* en cuadros políticos propios. Su propósito era, a largo plazo, «recuperarlos», lograr en ellos un cambio ideológico que los habilitara para formar parte del proyecto político que el almirante lideraría. Con este fin se ejercía una suerte de pedagogía siniestra: el detenido tenía que mostrar que asimilaba la lección impartida a fuerza de tortura, y que se acoplaba a la *buena*

¹¹⁴ DiFilm - Edición Plus. (En línea) <https://www.youtube.com/watch?v=LxOml_t5qzY>.

ideología. Quienes fueron seleccionados y encontraron en este descabellado proyecto una mínima línea de fuga tenían que saber transitar el borde de la actuación sin ceder, fingir sin contaminarse. Pero ¿cómo no contaminarse cuando el prisionero llega a pensar que el campo de concentración es el mundo?, como dice Villani. ¿Cómo no contaminarse cuando empiezan a dejarlos salir y volver como quien está en libertad vigilada? En 1980, declara Villani, «éramos prisioneros golpeando la puerta de un campo de concentración donde todavía estábamos técnicamente en condición de desaparecidos, para que nos dejaran entrar» (2011: 163).

¿Hasta dónde se podía negociar para salvarse (en el doble sentido de sobrevivir y de no enloquecer) y con eso salvar la historia, las voces, el relato de lo acontecido, para protegerlo de su malversación? En este juego al borde del precipicio, como dice Graciela Daleo, a ellas y a ellos los acuciaba una pregunta: «¿soy yo quien está simulando o me habré vuelto la que simulo?»

Desaparecido... desmitifica la palabra colaboración y deconstruye la lógica siniestra a la que el secuestrado tiene que adaptarse para seguir existiendo.

El lector acompaña al protagonista en esta tensión agobiante. Los ejemplos sobre el peligroso deambular entre dos alternativas igualmente indeseables abundan: hablar y que destrocen a un compañero o callar y que lo destrocen a uno. Colaborar repartiendo la comida (con lo cual uno podía tratar de contribuir a un reparto justo, además de sacar alguna ventaja personal) o no repartirla para no colaborar en el funcionamiento del campo. Estas opciones se presentan porque no existen dos territorios separados, el del victimario y la víctima, sino dos posiciones que conviven. En su prólogo a *Desaparecido...* Reati alude a esta situación a través de lo dicho por Levi (1989):

Levi sostiene que la experiencia límite de los campos impide dividir tajantemente a las personas entre ellos y nosotros, amigos y enemigos, porque la frontera entre víctimas y verdugos se desdibuja: el enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el nosotros perdía sus límites. Levi se niega asimismo a condenar moralmente a quienes hicieron lo impensable para sobrevivir en los campos nazis [...] «La culpa máxima recae sobre el sistema, sobre la estructura del Estado totalitario». (2011: 20–21)

Y esto es fundamental a la hora de la lectura, para que quienes no padecieron esta experiencia extrema noten que también ellos habitaron la zona gris. Semprún observa –durante su visita a un pueblo alemán en las cercanías de Buchenwald– que ese lugar no era «el afuera», que era simplemente otro aspecto constitutivo de la sociedad que había parido los campos (1997: 161). Nuestras sociedades tampoco eran «el afuera», sino otra cara del mismo horror. Y por eso es que la pregunta sobre la identidad del sobreviviente, una vez más, le «atañe al conjunto del cuerpo social», como indica Peris Blanes.

No hay duda de que, en buena medida, la violencia sistemáticamente organizada por la dictadura cívico-militar tuvo como objetivo desarticular las identidades políticas y sociales que habían hecho posible la articulación de proyectos de emancipación. Es por ello que el quiebre de las identidades subjetivas que se produjo en el interior de los campos constituía, de nuevo, el espejo extremado del quiebre de los sujetos sociales que habían encarnado proyectos de transformación social. Testimoniar sobre esa fractura y sobre la imposibilidad de reponerse a ella implica, por tanto, una forma de testimoniar de los agujeros y fracturas del presente y de las contradicciones de la Argentina posdictatorial. (Reati, 2017:195)

Por eso a Villani le importa más «la verdad» de lo ocurrido que las condenas (y no porque no quiera condenarlos). Ante todo porque las secuelas que deja el horror solo pueden repararse (en parte) si el testigo logra «sentirse validado» (2011: 18) por la escucha. El testigo, como piensa Reyes Mate, no solo tiene necesidad de contar, sino de restablecer la cadena de responsabilidades, ya que el crimen fue cometido por una serie de personas que nunca lo admitirán (2003). Villani también aspira a que alguno de ellos asuma sus actos, aunque entiende que lo esencial es *acabar con un mundo que los hace posibles*, porque «a los torturadores se los crea cuando se los necesita» (subrayado mío, 2011: 183).

Los torturadores son también seres humanos

Desde las primeras páginas de *Desaparecido...* notamos que el detenido busca formas de contrarrestar su desamparo. La obsesión por marcar el tiempo es la contraparte de la desorientación que implantan el secuestro y la detención:

En ese y otros campos, donde se cancela el tiempo, medirlo se transformó en una obsesión para mí: aun vendado y aislado trataba de llevar la cuenta de los días para saber la fecha exacta... (2011: 43).

Además, se le produce una suerte de revelación (cuando trata de encontrarle un respiro a la sesión de tortura eléctrica) que le servirá de brújula en el laberinto de los campos:

Yo estaba enloquecido tratando de hallar un respiro de diez segundos en medio de esa sensación de que me tironeaban, me desgrarraban y me iba a morir. Era agotador y buscaba desesperadamente un mecanismo de escape, como hace todo torturado. El que sabe algo y no puede aguantar más confiesa cualquier cosa, un nombre, lo que sea, y el que no por lo general lo inventa. Yo traté de inventar un montón de cosas pero mi objetivo central era que pararan por un rato. Entonces hice [...] algo que no fue consciente. Tosso me hizo cierta pregunta [...] Y le dije: «No te entiendo». Me dio otro golpe de picana y me volvió a hacer la misma pregunta. Esta vez le contesté: «No, ya entendí la pregunta; es a vos al que no entiendo». Dejó de picarme y pareció sorprendido, como si estuviera pensando «este tipo atado a la parrilla debe estar loco para ponerse a filosofar justo ahora». Cuando me preguntó «¿Qué me querés decir?», pensé: lo tengo. «A vos no te entiendo, repetí, porque sos un militante como yo, aunque estemos en campos distintos. ¿No te das cuenta que el tipo que te mandó a torturarme está sentado en un escritorio? Él no está torturando pero vos sí, y cuando esta guerra se termine a vos te van a patear». Por extraño que parezca Tosso empezó a discutir conmigo y a refutar lo que le había dicho, lo cual me dio el respiro que andaba buscando. (2011: 46–47)

Villani cae en la cuenta de que «los torturadores son también seres humanos» y acota: «A partir de entonces me sentí seguro [...] Sabía que eran más fuertes y me podían matar, pero comencé a sentir que tenía algún control y

podía manejarme con ellos, que ya no estaba completamente a su disposición» (2011: 47).

Podemos decir que este cautivo practica la ética por excelencia, siguiendo la definición de Henri Meschonnic: «ético es volver sujeto al otro»: «esta lección me sirvió en mi trato diario con los torturadores, pude tratarlos de otra forma» (2011: 47).

Ellos viven en una realidad en blanco y negro, tienen una visión maniquea del mundo, y si yo no los viera como seres humanos sino como seres de otro planeta o como bichos –tal vez invulnerables, pero bichos al fin– ¿en qué me distinguiría de ellos? No estaba dispuesto a ir por ese camino. Mi lucha por conservar mi identidad, que empezó en los campos, sigue hoy. No pensar como los verdugos fue una parte fundamental de esta lucha: ellos podían verme como un objeto pero yo debía verlos como seres humanos. (2011: 47)

En este tablero existencial se van planteando las interminables jugadas donde la persistencia en el registro humano lo llevará a un sinfín de disyuntivas a resolver. Por ejemplo, arreglar una picana es colaborar, pero no arreglarla es ver cómo a los compañeros se los lastima de forma más brutal, justamente por el desperfecto técnico. La salida, en este caso, es arreglarla con una artimaña: disminuir la potencia de la descarga.

En la zona gris la división entre ellos y nosotros se desdibujaba, como advirtiera Levi. Y eso implicaba, también, que el enemigo estaba dentro. Villani se pregunta por qué no huyó del campo las veces que lo sacaron, y concluye que en parte no lo hacía por el policía que tenía adentro (y que le costó muchos años sacarse de encima). Pero tampoco lo hacía porque el país entero era un campo (del que unos pocos lograron escapar). Todos se adaptaron al poder militar, adentro y afuera, como indica Calveiro.

Mario recurre a una herramienta para sobrevivir: la disociación –una herramienta de doble filo porque se corre el peligro de perder la propia humanidad. Está atento a estos peligros y reflexiona sobre ellos porque sabe que «la batalla es aguantar veinticuatro horas más». Una de las escenas que vive lo afecta mucho porque se siente empujado, cada vez más, del lado de los represores (que lo prueban constantemente para verificar si su «proceso

de recuperación» es exitoso). Se pregunta hasta dónde se está manteniendo al margen. El significado de una situación vivida lo acosa: un torturado grita mientras él les tiene que cebar mate a los torturadores. Es conciente de que no está torturando, pero esa familiaridad con los que están destrozando a un par es una prueba muy dura. En otra ocasión ve al pasar cómo torturan brutalmente a un chico judío, detecta lo que le están haciendo pero sigue de largo. El compañero muere. Si bien no podía salvarlo, si bien un acto heroico de rebeldía en ese medio era simplemente un trampolín a la muerte, sentir que era capaz de pasar de largo lo perturba enormemente y lo lleva a preguntarse: ¿me pasé del otro lado?

El otro lado es el de los torturadores, a los que identifica con precisión para «catalogar quién es quién» (2011: 119). La diferencia entre cada uno es notable, incluso sus características llegan a parecer inverosímiles, y sin embargo dan cuenta de la naturalización que el terror ejerce sobre todos. Sangre (ese es su alias) tiene relaciones cordiales con los detenidos y trae a su hija de seis años para que dos de los detenidos la conozcan. Estos casos desopilantes son el pan de cada día en los campos, y hay que estar listo para enfrentarlas. La astucia de la razón le jugó a favor a Mario y sobrevivió, pero un paso en falso podría haber sido mortal. Mejor dicho, podrían haberlo matado, incluso sin paso en falso. Es lo que les ocurrió a la mayoría de los desaparecidos.

La escuelita: relatos testimoniales. El humor como coraza

Mi vida / se basa / en una historia real.

ALICIA PARTNOY¹¹⁵

Este testimonio se publicó en 1986 en Inglaterra y en 1987 donde fue concebido, los Estados Unidos; llegó a la Argentina en 2006 y ahí se reeditó en 2011 como *La escuelita: relatos testimoniales*.

¹¹⁵ «My life / is based / on a real story» (Título de un artículo de Partnoy).

Alicia Partnoy, militante y poeta, fue secuestrada el 12 de enero de 1977 en Bahía Blanca¹¹⁶ y llevada al campo que la jerga militar denominó La Escuelita. Permaneció desaparecida durante cinco meses; luego pasó a ser una presa legal durante dos años en la cárcel de Villa Floresta de la misma ciudad. En 1979 la transfirieron al aeropuerto, donde se reencontró con su hija Ruth. Cuando llegaron a Estados Unidos, su marido, también secuestrado y liberado, las esperaba. El fiscal Hugo Cañón, en Bahía Blanca, decidió usar su testimonio literario como documento y lo incorporó como evidencia en los Juicios de la Verdad (1999) –una innovación que no tenía precedentes en el país¹¹⁷.

Yo primero no lo podía creer. Cuando leí en el juicio los relatos: «Graciela: Alrededor de la mesa» y «Natividad», que elegí porque la única posibilidad de justicia que existía en esos juicios giraba en torno a los niños nacidos en cautiverio, me dí cuenta de que Cañón tenía más en claro que yo nuestro rol como testigos en el contexto del país y la importancia de [desdemonizarnos] ante los ojos de una Bahía Blanca ahogada aún en el discurso del terrorismo de Estado. (Entrevista Paula Simón, 2014)

En Graciela: «Alrededor de la mesa» seguimos a esta detenida mientras da vueltas y vueltas a la mesa (la obligan a ese ejercicio) hablándole a su futuro bebé. «Natividad» la pone en escena con contracciones de parto frente al flujo de conciencia de un guardia. Al final del fragmento, es madre: «Graciela acaba de parir» (2012: 102).

Finalmente, la sobreviviente declaró en el juicio por crímenes de lesa humanidad realizado en el Auditorio de la Universidad del Sur en Bahía Blanca (2012). En esta instancia, ella y otras mujeres denunciaron la violencia padecida:

¹¹⁶ «Bahía Blanca lleva la impronta de la presencia de la Armada, que tiene en la zona su base más importante, Puerto Belgrano, pero también hay asentamientos del Ejército y de la Fuerza Aérea. La proporción de población militar en relación a la civil es muy alta y eso se nota en sus costumbres, tradiciones y prejuicios». (Wornat y Lewin, 2014: 411). En esta ciudad, dominada por la letra sangrienta de *La Nueva Provincia*, diario que era un «verdadero bastión del Proceso de Reorganización Nacional», hubo doscientos cuarenta desaparecidos (2014: 412–13).

¹¹⁷ Los Juicios por la Verdad fueron un recurso que se encontró para seguir investigando y denunciando en los noventa, cuando las leyes de impunidad impedían la realización de juicios por crímenes de lesa humanidad, excepto los vinculados a la apropiación de niños. Abuelas de Plaza de Mayo, asociación civil fundada en 1977, ha logrado localizar y restituir a 128 niños, ahora adultos, secuestrados durante el terrorismo de Estado, sobre un total estimado de 500.

«Los abusos sexuales eran permanentes [...] estábamos ahí a disposición de los guardias y de quien fuera para todo tipo de abusos sexuales (Testimonio de Partnoy en Wornat y Lewin, 2014: 431)¹¹⁸.

Se ha dicho que, si bien Partnoy no omite nada en sus declaraciones públicas, su escritura no es lo suficientemente explícita en relación a la tortura. Ella responde que no se trata de omisión sino de poética, y expone este cuestionamiento y su reacción en un poema, «Testimonio»:

.../ Dicen / que no consigo / describir con rigor las inclemencias / de la picana
/ Dicen que en estas cosas / no debe quedar ningún espacio / librado / a la
imaginación o a la duda. / Saco / el informe de Amnesty / y hablo por esa
tinta. / Digo: «Lean»... (1992: 96).

En otras palabras, según Partnoy, hay dos formas de dar testimonio que pueden confluir sin confundirse: el de denuncia y el literario. En una entrevista con Diana Taylor también explica que en *La escuelita...*, prefirió mencionar «cosas con las que la gente se puede relacionar»: «Hablo sobre mi nariz, pies, pantuflas, cosas que están en el mundo normal. No me atreví a adentrarme en el mundo de cosas que vi, como la tortura. No sé cómo escribir sobre eso» (1997: 160).

Por supuesto que escribe sobre la tortura: toda la experiencia que narra está inmersa en ella; lo que no hace es una descripción del interrogatorio que se identifica con la tortura *per se*. Su opción estética es dejar en manos de otro lenguaje (al que también suscribe, pero en una esfera no literaria) la referencia a ese momento. Entiende que a distintos tipos de testimonio le corresponden distintos tipos de lenguaje, por eso narra la experiencia del campo poética e irónicamente desde la mirada de los personajes que sufren los vejámenes, e incluso desde la de algún guardia, mientras que a la prueba documental la

¹¹⁸ «En sus declaraciones, Alicia también recordó que los guardias [de entre 18 y 20 años] querían juntar a una pareja joven secuestrada para que tuviera relaciones sexuales delante de ellos. No era el único entretenimiento perverso [...] También los varones prisioneros fueron bañados con una manguera aunque hacía frío. Luego les dijeron que no tenían ropas de hombre para darles y los obligaron a vestirse con camisones y vestidos de mujer robados en los allanamientos ilegales para burlarse de ellos. Como si las violaciones de sus mujeres fueran poca humillación». (Wornat y Lewin, 2014: 431)

ubica en varios anexos al final del texto¹¹⁹. Al abordar la experiencia del horror conjugando estas dos dimensiones –literaria y documental– *La escolita...* construye un recuento del cautiverio anclado en lo simbólico que, a la vez, puede ser elemento probatorio de los crímenes cometidos. La inclusión de estas pruebas al final del libro posibilita que el lector perciba el mundo de Alicia con las limitaciones que le son propias, como la ceguera –que la protagonista consigue burlar espiando por debajo de la «venda o tabique»–. La privación de la mirada como forma de dominio, entre otras experiencias sufridas por la detenida-desaparecida, se puede transmitir escatimando información, no exhibiendo todo.

¿Sobre qué testimonia *La escolita*?

*La experiencia colectiva del campo permite vivir la muerte
como hecho fraternal.*

CARLOS FUENTES

Partnoy quiere dar testimonio de la solidaridad en los campos: cuenta cómo los compañeros se sostienen a pesar de y durante su pasaje por el centro clandestino, y eso requiere una narrativa particular. A la opresión y la incertidumbre del encierro, la secuestrada Alicia (o Rosa, su alias) le contrapone una subjetividad habitada por lazos afectivos y convicciones políticas que confrontan mediante la imaginación, o desafían con una mirada irónica, con la burla y el humor negro. Estas formas de distanciamiento le suman capas a la coraza con la que se protege en y a través del relato (Partnoy, 2006: 61).

Esta autora no es la primera en señalar la potencia del vínculo con otros durante el cautiverio. Oscar Strada (2017), tras revisar los relatos de

¹¹⁹ En el Anexo I aparecen la edad y el nombre completos de los secuestrados, fecha y lugar de desaparición; el II describe a los genocidas –personal represivo, interrogadores, primer turno de guardia, segundo turno de guardia y sus características físicas, sobrenombres, rangos–. A continuación figura el mapa del sitio clandestino y la descripción de *La escolita*. El III cuenta los avatares del testimonio –presentado en el exterior y ampliado cuando finalmente pudo declarar en el país (Partnoy, 2006: 115–117).

Levi, Améry y Kertész, destaca la importancia de la amistad en la experiencia concentracionaria:

En *Los hundidos y los salvados*, Levi muestra las condiciones que posibilitan que alguien pueda sobrevivir o no, al menos durante un cierto tiempo. En primer lugar, estaban la suerte y el azar.

En el bloque en que está Levi [...] encuentra a su amigo Alberto Dallavolta [...] y consigue que puedan dormir juntos en el mismo catre, uno a la cabeza y el otro a los pies. Este hecho fue para Levi una de las causas mayores de supervivencia. (2017: 69)

En *La Escuelita* se relata una situación similar en el capítulo «Conversación bajo la lluvia»: el agua que se filtra por las goteras, un día de temporal, hace que ubiquen dos camas de modo tal que Alicia puede conversar con otra detenida. Este y otros instantes en los que el grupo de jóvenes de dieciséis a veinte años logra comunicarse y hasta jugar le da fuerza para seguir enfrentando la crueldad reinante.

En el capítulo «La primera noche del Benja» describe cómo le alcanza, con el pie, un poco de pan a un compañero que, tras la sesión de tortura, atan a la cucheta que está debajo de la suya. Esta escena nos remite a la rememoración de Levi de un italiano que le alcanzó un trozo de pan:

Un trabajador civil italiano me trajo un trozo de pan y el resto de su ración todos los días durante seis meses [...]. Creo que en realidad es debido a Lorenzo que estoy vivo hoy en día y no tanto por su ayuda material, sino por tener constancia de su presencia, de su forma natural y sencilla de ser bueno y solidario y por hacerme sentir que todavía existía un mundo justo fuera de nuestra propia vida. (Strada, 2017, 70–71)

El psicólogo argentino Oscar Strada, tras citar in extenso varios casos de este tipo, concluye que «la supervivencia en los campos estaba directamente vinculada a la posibilidad de que los prisioneros pudieran mantener líneas de contacto con parientes o personas de su confianza» (2017: 71). Los pocos

ejemplos que tenemos bastan para evaluar el papel de los vínculos humanos y de la ayuda mutua en dicha situación límite.

Sin embargo, la memoria de los lazos familiares puede perturbar en ese medio por eso algunos testimonios recalcan ya sea las estrategias de olvido que requiere la sobrevivencia (Timerman), o la imposibilidad de recordar a la que los detenidos tratan de sobreponerse. En el capítulo «Telepatía» Partoy practica esta técnica, a modo de juego, para comunicarse con su familia y, sobre todo, con su hija. El problema que la acongoja es que no logra juntar en un todo las partes de la cara de Ruth cuando trata de acordarse de ella («Rompecabezas»). El motivo, que el lector detecta, es la culpa por el abandono en que la dejó, en su traumático intento de huida durante el allanamiento de su casa (Para salvarse y salvarla la deja atrás cuando corre para saltar un muro, pero la secuestran del otro lado y no tiene noticias de su hija por dos meses). El motivo que da la narradora coincide con lo dicho por Timerman: «Si viera su foto me pondría a llorar, y si lloro me desarmo» (2012: 67). La angustia que le genera esta situación se condensa en el capítulo «El Sapito Glo, Glo, Glo», nombre de la canción que le cantaba a Ruth y que entona para sus adentros durante la sesión de tortura, para contrarrestar el grito que sale de su cuerpo y no reconoce: «Yo no soy un animal / pero este grito no es mío, es de un animal» (2012: 81–82). Retomando a Strada: en estos espacios, donde parecería que todo tiende al «sálvese quien pueda»

...es cuando los vínculos y las prácticas de las relaciones humanas entre los prisioneros son elevados a la dignidad de la amistad. [Estas posibilidades] en todos los campos de concentración de carácter político dependían prácticamente de una sola condición: la confianza. En estas situaciones era fundamental saber en quién se podía confiar, quién decía la verdad y quién podía mentir. En esa diferencia también se jugaba la vida. (2017: 64–65)

Una vez más, los relatos de Partoy enfatizan este aspecto. En «La campera de jean» nos cuenta que se llevaron a su amiga La Vasca, y usar su ropa la protege y le contagia su valentía (2012: 95), lo que le permite atreverse a hablar con su marido, que está cerca.

La escolita, en suma, da testimonio del vínculo entre los secuestrados: la derrota no es tal mientras sobreviva la solidaridad. El amor (aunque no se lo nombre) une lo que la represión separa. En el campo así presentado la lucha se da entre dos bandos: los que quieren ver (los detenidos) y los que no se dejan ver (los guardias). Los que se comunican y los que erigen muros. Los que buscan evadirse del terror para apuntalar su identidad y los que lo ejercen para anular la humanidad de otros. Los que recurren a la creatividad para reírse de sí mismos o de sus circunstancias y se burlan de los verdugos para crear una coraza defensiva, y los que se burlan y se ríen a costa de los cautivos.

La ironía, la risa, la burla, el humor negro

Partnoy, que no sigue las reglas de ningún género, crea un testimonio único (en una entrevista declara que no había leído otros testimonios cuando escribió el suyo, pero sí los cuentos de Chéjov). En sus breves relatos engarzados cunden, entre otras estrategias narrativas, efectos de distanciamiento, como la ironía:

En las Escolitas están los desaparecidos, a quienes se secuestra de la vida. Una mañana, una tarde o una noche cualquiera los amordazan y les vendan los ojos. Después, tratan de convencer al resto de que ya no existen, de que jamás pudieron haber existido [...] Pero fui mala alumna. (Partnoy, 2006: 19)

La ironía, nos recuerda Sneh (2012), es «un ingrediente absolutamente generalizado en la lengua conspirativa de la resistencia», es un gesto político y supone –a diferencia de los eufemismos del terror– un lenguaje no literal. Con ese lenguaje Partnoy desafía, sin dar el brazo a torcer, la cotidianidad dantesca del campo. El lector deambula de lo inesperado a lo inesperado y se sumerge en un mundo que cancela toda lógica o sentido común un mundo donde, a cada paso, los personajes encuentran formas minimalistas y hercúneas de resistir¹²⁰.

¹²⁰ El humor no es apenas la forma en que la sobreviviente se fortalece sino su modo de resistencia dentro del campo. Según cuenta Lila Pastoriza, cuando algunos sobrevivientes se reúnen hoy a recordar anécdotas, siguen riéndose como lo hacían entonces a escondidas, en algún pasillo, cuando era posible. Estas formas esenciales de la sobrevivencia no se relatan en los juicios, porque «no vienen al caso» (Conversación con Pastoriza, 4/10/ 2015).

El humor, «subversivo por excelencia», es otro de sus ingredientes favoritos. Por ejemplo:

Una a una las gotas sobre su cráneo le iban contando una historia ridícula, una historia que le daba risa justamente porque no podía reírse: esos dos verdugos habían estado mirando una enciclopedia. En la página de historia china estaba el dibujo del tormento de la gota de agua; admirados al ver que había torturas que todavía no habían utilizado, quisieron probar cómo era. Tortura china bajo una gotera... (2006: 61)

La burla es la otra cara del fortalecimiento de los cautivos. A diferencia de la impredecible lógica del verdugo, los sometidos, al ejercer el humor, manejan las propias reglas y logran revertir las relaciones de poder –al menos por un instante–. Si bien *La escuelita* muestra la destrucción de sentido que produce el campo, insiste en cómo los detenidos reaccionan ante este teatro del absurdo. La reacción cobra, a menudo, forma de risa.

La Vasca le hace notar a Alicia la extraña irrupción de la flor amarilla de una pantufla que Alicia calzaba a la hora del secuestro. La pantufla, símbolo de la intimidad, también es trasladada al campo, pero la violencia de la mudanza la mutila: su flor de plástico se torna ridícula y obscena en su nuevo hábitat. Todo ser arrancado de su vida y arrojado a ese limbo clandestino se vuelve un espectro, una cosa *otra*. Su amiga se larga a reír.

Otro recurso central de *La Escuelita* es la resemantización de elementos:

Una caja de fósforos se transforma en el lugar donde «duerme» un diente (postizo, de acrílico) que le han hecho saltar a Alicia de un golpe, y al que ella se aferra para sostener su identidad: es su única posesión. A los tres meses de detención le dan un pancito extra, que se convierte en veinticinco bolitas para jugar con ellos. La vecindad de una compañera, tras un cambio de posición de las camas donde las tienen prácticamente inmovilizadas, es una «visita social». La nariz, que en su existencia anterior le causaba problemas por su forma y tamaño, es ahora –en su existencia de ojos vendados– una ventaja y una herramienta para desobedecer y ver a través de «ventanas pequeñas, ilegales y peligrosas». Por último, en este nuevo mundo, tanto el cepillo de dientes como el dentífrico parecen objetos de otro planeta. Tanto esa mirada sobre el

espacio y los objetos que la rodean como el rescate del humor en un entorno pergeñado para la destrucción son las modalidades que asume la resiliencia en este testimonio poético.

Militancia, denuncia y juicios

Si bien desde su primera edición *La escuelita...* da testimonio de la militancia política, eso salta a la vista aún más en el libro publicado en Argentina, donde se modifican subtítulo y prólogo. Edurne Portela (2009) nota una diferencia entre la 1ª edición en inglés y la 2ª en español. Ante todo el subtítulo original, *Tales of Disappearance and Survival*, se modifica pues la palabra *tales* (fábulas) vira, en castellano, a *Relatos testimoniales*. Para la escritora española eso denota que, entre una y otra publicación, media la participación de la testigo en los Juicios por la Verdad.

Partnoy enfatiza, en la edición argentina, el valor documental de su libro mediante esa variación en el título. Además, el nuevo prólogo es un homenaje a la militancia, que se suma a los materiales de los «Anexos» para darle potencia de testimonio probatorio (con su ironía habitual, dice en una entrevista que estos anexos son pruebas convincentes de que no fue su voluntad esfumarse). En los anexos figuran, por ejemplo:

«Fragmentos del testimonio de Alicia Partnoy, sobre La escuelita de Bahía Blanca» (versión corregida en 1985).

Un testimonio sobre Graciela, Zulma y los sobrevivientes.

Una descripción del «Personal Represivo».

En «Testimonio y juicio», un relato de cómo el testimonio fue ampliado frente al juzgado en Bahía Blanca y utilizado en 1986 como evidencia en el juicio contra Videla, Massera y Agosti, pero luego descalificado porque no había testigos que la hubieran visto en La escuelita.

El recorrido de *La escuelita* en relación al proceso judicial continúa en 1988, cuando se usa como prueba, y sin embargo el responsable de los crímenes de dicho campo queda en libertad.

También se menciona la sorpresa que le da la lectura del texto en un juicio por la verdad (1999).

Una «Lista elaborada durante la dictadura», de los que pasaron por La escolita.

Un «Croquis de La escolita».

Una cronología de la lucha por la Verdad, la Memoria y la Justicia (por Valeria Sorín).

La historia y las historias

Conocí solo una Escolita, sin embargo, en nuestro continente hay muchas «escuelas» cuyos maestros se especializan en enseñar a perder la memoria y la convicción ideológica a fuerza de tortura y humillaciones. Les pido que se mantengan alerta: en esas Escolitas, los límites entre la historia y las historias son tan tenues que ni yo misma los puedo detectar. (2006: 15)

Este párrafo ha sido interpretado una y otra vez. Portela lo considera una reflexión sobre el papel de la memoria traumática: la memoria de la sobreviviente se alimenta no solo de sus circunstancias de vida sino de lo que imprimieron en ella los agentes del terror (2009: 59). También se lee como una alusión a la trama que teje la historia en tanto red de voces que narran, desde sus perspectivas frágiles y limitadas, la vorágine en la que se ven sumergidas.

El fragmento, en mi lectura, remite a «las historias o los cuentos que nos cuentan» (la ideología que crea y justifica el horror) que hacen posible la existencia de «las escolitas». Los verdugos quieren borrar el relato de la rebelión de los pueblos, de su potencia transformadora, y esta acción aniquiladora demanda la creación de ficciones: la Doctrina de la Seguridad Nacional, la subversión, y otros mitos que son la cara discursiva del horror. La pedagogía del terror existe porque estos «cuentos» no nos permiten «leer la historia a contrapelo» y ver el sufrimiento y la derrota que anida en ella (como enseña Benjamin). Para no dejarnos engañar tenemos que ser críticos ante el lenguaje que usa palabras no para mostrar sino para ocultar la acción, como lo hace la declaración transcrita al inicio del libro: el «Documento final de

la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo» de abril de 1983, donde se afirma que no hay lugares de detención en la república ni personas detenidas clandestinamente en campos o en cárceles (2006: 17). Esta es una de tantas «historias». A menudo no es fácil diferenciar la historia (lo que aconteció) de las historias (que nos cuentan). Todos nosotros, incluidos los sobrevivientes, tenemos que aprender a distinguirlas.

La desaparición y su fracaso

Este libro consiste en una serie de narraciones enhebradas entre sí como estaciones de un viaje acompañado –en la primera edición–, por paratextos visuales: rostros con los ojos vendados pintados por su madre, Raquel Partnoy, que encabezan cada sección. Las estrategias literarias son múltiples, como la liberación del yo de sus ataduras subjetivas, para dar cuenta del colectivo desaparecido:

Hay en Partnoy una ficcionalización de la primera persona: no siempre el yo refiere al sujeto testimonial Alicia Partnoy, es decir, al narrador–testigo o narrador–víctima que, según John Beverley, narra en primera persona su propia historia (1993: 70). El texto de Partnoy habla, a veces, de la experiencia de otras detenidas también en primera persona. (Forcinito, 2012: 140)

Estos usos del lenguaje revelan que la autora reflexiona sobre los complejos lazos entre historia y memoria. Como sabe que la verdad no es transparente y que la representación del horror es problemática, crea diálogos o flujos de conciencia que le permiten dar un testimonio más plausible de la historia vivida. A veces el texto parece un diario personal, otras una rememoración colectiva. Pero siempre se describen lugares y situaciones que muestran que el mecanismo desaparecedor está destinado al fracaso: el olvido que los «maestros» procuran imponer a fuerza de tortura se muestra como proyecto imposible.

Al secuestro lo narra como acontecimiento impersonal, en tercera persona, porque no quiere contar el cuyo sino todo secuestro; evita así una identificación inmediata y sentimental que haría de la militante una víctima.

Su estrategia asume una mirada «desde fuera» que contiene el flujo emocional y lírico:

De cuclillas entre las plantas, escuchó el tiro. Miró hacia arriba y vio soldados en todos los techos. Corrió hacia la calle por entre los pastos altos como ella. Los pies le respondían. De pronto el sol la desnudó, le aprisionó el aliento. Cuando los milicos la tomaron de los brazos para hacerla caminar hasta el camión, miró un instante sus pies descalzos sobre el polvo seco de la calle, después alzó la vista: el cielo era tan azul que dolía. Los vecinos oyeron sus gritos de denuncia. (2006: 21)

La voz, en su aparente objetividad, emite un juicio: «los milicos» es la forma despectiva de nombrar a los militares; los gritos son «de denuncia». La mirada es, siempre, crítica.

En otros capítulos intercala diálogos y situaciones que reconstruyen vivencias propias y de terceros. También incorpora a sus compañeros, hoy desaparecidos. En la escena del parto de Graciela, en el capítulo «Natividad», asistimos al fluir de la conciencia del guardián.

Otra vez problemas. Primero se terminó el vino, después esto. [...] El otro día entré en la cocina y no sabía que ella estaba allí, entonces me vio la cara. No me gusta ni medio que me haya visto... (2006: 103).

Los contrastes entre ambos universos no cesan: al verdugo le preocupa que, si la detenida sale del campo y lo identifica, le pegue un tiro; ella le contesta que no, que lo va a invitar a tomar un café, y se ríe.

En «Graciela: Alrededor de la mesa», como indiqué, se revela la tragedia de las mujeres que daban a luz en los campos para ser luego asesinadas y sus hijos, robados (1986: 18). A Graciela, en los últimos instantes de su embarazo, la hacen caminar alrededor de una mesa. La voz narrativa se desplaza de la testigo a la amiga desaparecida, de Alicia a Graciela. Las palabras de ambas se entrelazan y sus historias convergen. El bebé que Graciela va a parir se confunde con la hija de Partnoy y con las hijas y los hijos de todas las madres que atravesaron ese calvario. Pero incluso en esta escena la actitud de la detenida es de resistencia:

Fuerza, hijo, valor, el futuro va a ser tuyo. Tu futuro, hijo, por él renunciamos hasta al sol sobre nuestros párpados. [...] No los perdones, hijo Tampoco perdones esta mesa» (2006: 47).

Si el desafío a la prepotencia del poder continúa en las siguientes generaciones, la desaparición fracasa como método. La escritura se vuelve una forma sutil de la venganza.

En las noches que desvisten otras noches. **La recuperación de la vida en el poema¹²¹**

*He descubierto, sin carabelas ni banderas/que para anular el poder más
prolongadamente destructivo / aquel que reduce el cuerpo a la materia / es
suficiente repetir el nombre propio para recuperar la vida.*

NELA RIO. *Túnel de Proa Verde*. Poema XX

En su conferencia «La vida, un relato en busca del narrador», Paul Ricoeur nos recuerda que

[e]s función de la poesía, bajo su forma narrativa y dramática, proponer a la imaginación y a la meditación casos imaginarios que constituyen otras tantas experiencias de pensamiento mediante las cuales aprendemos a unir los aspectos éticos de la conducta humana con la felicidad y la desgracia, la fortuna y el infortunio. (1984: 47–48)

Nela Rio nos presenta esos casos en sus poemas testimoniales. Su lúcida lectura del pasado-presente del secuestro y la tortura revela que arte, ética, memoria y reflexión crítica pueden conjugarse. La poesía, en su caso, toma la palabra para colaborar en la elucidación íntima de un acontecer histórico.

Puede que el mal no sea comprensible, pero esta conclusión solo se justifica después del camino recorrido para captarlo, para asirlo, para asimilarlo

¹²¹ Una versión anterior de este capítulo sobre la obra de la poeta mendocina exiliada y radicada en Canadá se publicó en e-Book. «Memoria testimonial y mandato ético en la poesía de Nela Rio», en *Nela Rio: Escritura en foco. La mirada profunda*, Quantati, 2012.

[...] Cuanto más hincapié hacemos en su carácter irracional tanto más apartamos de nosotros el fenómeno, tanto menos lo comprendemos, tanto menos queremos comprenderlo, porque ha sido declarado incomprensible [...]; pero el imperativo moral reza tal como lo formuló Thomas Bernhard: «Hay que afanarse al menos por el fracaso». (1984: 31)

En este caso la poeta intenta asir el sufrimiento de un grupo de mujeres secuestradas y desaparecidas. Su misión es honrar gestos que son gestas, darles el lugar que se han ganado. Con un lenguaje preciso y creando personajes inolvidables, logra liberarse y liberarlas.

En *En las noches...* los dedos de la memoria recorren dos tramas entrelazadas: la Represión (con mayúsculas en el original) y la resistencia de las mujeres, elaborando un texto no grandilocuente (no dedicado a héroes ni esculpido en bronce) sino hilvanado por una voz sutil, parida por el dolor pero entregada a una memoria táctil que construye *los grandes deseos de la eternidad*.

«Como un crepuscular pavo real/paulatinamente abrí las manos como enormes abanicos / me inundó el infatigable placer / de viajar con los dedos / separando / las delicadas, tenues gasas del tiempo y del espacio / dedos como ojos / descubriendo, tocando / construyendo sosegadamente / los grandes deseos de la eternidad». (1989, Túnel de Proa Verde, Poema VIII)

Nos topamos con cuerpos fragmentados, amenazados en su integridad pero habitados por un aura que los sostiene. Cuerpos de mujeres que se ponen simbólicamente de pie desde su vulnerabilidad frente al ataque de la tortura. Cuerpos de mujeres donde se sedimenta la experiencia en cicatrices que adquieren otra significación cuando se da testimonio, cuando se las traduce a un lenguaje donde lo sufrido cobra otra forma. Rio encara el trabajoso proceso de intentar una transmisión, siempre apostando a la vida.

«Estas palabras / Rompiéndome el pecho / Quieren celebrar la vida en la vida viviendo. En las noches que desvisten otras noches» (1989, Poema I: 38).

Todas las voces todas

En este memorial despierta, minuciosa, la pesadilla del horror, que todo lo altera y lo condena. «Cuando el sueño no pertenece a la noche / ni la pesadilla al sueño / despertar es cerrar los ojos» (1989, Poema XIV: 50). Inspirado en el testimonio de quince mujeres que la poeta conoce, esta crónica en verso culmina con el desafío vital de quienes, en la situación límite, se aferran, con garras, a su humanidad. En cada verso la alegría de la forma convive con el desgarró. La voz (o el gemido) quiere ser una «construcción de la memoria [...] individual y colectiva» que viene a corregir otras memorias olvidadizas: «todos construimos la historia, aun aquellos que nunca aparecerán en los libros, cuyo paso por la vida ha sido considerado insignificante» (1984: 76). Los poemas impiden que estos personajes desaparezcan en el anonimato. Río sigue la tradición de *darle voz a los sin voz*, pero su voz poética nos invita, más bien, a aguzar el oído frente a los *silenciados*. Parafraseando a Galeano: no es que no tengan voz sino que no la oímos.

En las noches... pone en escena dos polos enfrentados: el «poder estatal total» (Kertész, 2002: 20) y el poder de la resistencia. La electricidad y el agua, la violación y el aislamiento, son métodos de ruptura de la identidad que logran a veces su cometido. En las mujeres que Río deja hablar, la desaparición forzada de la subjetividad fracasa (si bien la tortura parece a punto de vencer cuando logra fragmentar la percepción del propio cuerpo, que no logra reconocerse como propio):

¡Qué lejos están mis pies!—o quizás ya no son míos—/porque cuando me ordenan / caminar hasta mi celda / me es difícil encontrarlos / y me tienen que arrastrar empujar patear y me derrumbo. (1989, Poema XVI: 42)

Sin embargo, puntada tras puntada, a partir del derrumbe se recompone quien es capaz de alimentarse del propio terror para sostenerse: «la puerta se abre de golpe / y trato de formar una barrera con mis gritos» (Poema X: 26). Se poetiza la lucha a muerte por la sobrevivencia de lo simplemente humano. Como en el testimonio de Partnoy, el amo pierde. Río nos dice que, mientras

quede un puñado de seres humanos que persistan en el desafío, no hay derrota. No la hay mientras alguien pueda decir, con frescura infantil:

...y también hay otras cosas /cosas lindas /cosas que hacen sonreír/ aunque a una le duela la boca / y le falten tres dientes que quedaron en el piso después de la paliza. (Poema XIII: 36)

La protagonista podría llegar a doblegarse pero no cede. La obra maestra del terror falla: no arrasa con la identidad contestataria aunque el cuerpo sufra las más duras metamorfosis. En esta inminencia de lo que no llega a producirse, la voz lírica recoge vidas y las abraza con una palabra que sostiene la potencia de decir ¡NO!!! (Poema X: 28) en el umbral de lo peor.

Esta capacidad de repeler la victimización hasta en la caída se sostiene porque estas mujeres se saben un colectivo: «miro las paredes de mi celda... / y ahogo el llanto / en todos los llantos que me precedieron / y sé que no estoy sola / y hago del miedo una almohada / y descanso la cabeza el cuerpo el terror en la soledad la unión de todas» (Poema IX: 24).

Están unidas: blancas, indias, amigas, activistas, en tácita respuesta al *por algo será* (por el que las secuestraron). Estas mujeres eran militantes, incluso algunas participaban en la lucha armada. No se reniega del ideario de la época: la fe en el éxito de la revolución. Sin embargo, Rio plantea la limitación de un activismo negador de los conflictos de género; una voz anticipa lo que sucederá en cuanto el olor a pólvora se esfume de la atmósfera: «pero hoy ha llegado la hora / en que la revolución ha triunfado / y la alegría se cae a pedazos / cuando a mi fusil honesto lo cambian / por la taza de café / que debo servir a los ejecutivos» (Poema XXII: 54).

Parece, además, que el ejecutivo al que la mujer le sirve café puede ser uno de sus ex-compañeros de militancia. «Y grito que la libertad de mi pueblo / debe ser también mi libertad. / Pero dime dime / ¿por qué debo yo gritar?/ Nadie escucha a esta mujer / porque los hombres están festejando la victoria» (Poema XXII: 56).

En unos pocos trazos, siempre fiel a la economía de un decir escueto y en tensión (para serle fiel a esa existencia huérfana de todo menos de su

entereza), se deja constancia de la victoria moral sobre quienes tienen «el caminar pesado del torturador / que ha dejado su humanidad colgada / en el perchero de su casa» (Poema X: 26).

Esta lírica se afana por transfigurar el fracaso en victoria: quienes se resisten a «cantar» bajo tortura, cantan en estas lúcidas estrofas. El dolor puede y debe ser pensado, recalca la poeta a cada paso. Río escribe, recordemos, para comprender y para que comprendamos. Su poesía encara con realismo una situación que parece surreal. Su estilo llega, a fuerza de imágenes, a lo más devastador –el lugar donde ya no se puede pensar– para recuperar ahí su contracara.

El libro contiene (a diferencia del Estado exterminador, que no contiene) a mujeres perseguidas, cercadas, heridas, abusadas, violadas, que logran triunfos tan invisibles como contundentes. Las mujeres aparecen con su subjetividad resistente. El poder las lanza –en la terminología de Judith Butler– a lo abyecto (lo arrojado afuera) pero la poeta las rescata de ese lugar. Al hacerlo su voz se ubica en segundo plano, «con respeto», y en ese tono sostiene la breve biografía del personaje cuya tragedia describe. La voz lírica muestra la silueta de torturadas que siguen siendo las guardianas de lo humano hasta la muerte. «No hay nada más / que los inmóviles gestos de la muerte (Poema II: 10); mil balas como lanzas / clavan a la fugitiva / en el único lugar que le queda de su patria (Poema IV: 14); y a mi sangre se la llevan / los soldados / que llevan una nube llena de muertos» (Poema V: 16).

Finalmente, el poema dedicado a María –la india– registra nítidamente la matriz íntima de estas vidas que subsiste más allá de la muerte: «Y bajé/ del monte a paso lento / hasta confundirme / con los gritos cercenados / las bocas abiertas / los estómagos hinchados / las manos crispadas / los cadáveres putrefactos / y encontré a mi pueblo vivo!» (Poema VI: 18). Mientras una voz los nombra, la vida persiste en el seno mismo de la muerte.

«El silencio también se rompe con poemas» (Prólogo, 2004: 12). Río asume la responsabilidad de romperlo para que resurja el sufrimiento relegado, segregado. Aspira a desafiar el doble silencio que sufren las mujeres, víctimas del abuso del poder y de un discurso que las ignora.

Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera.

La palabra herida

Porque no se trata simplemente de escamotearle retazos al olvido sino de articular, trabajosamente, afecto, imaginación y reflexión.

LEONOR ARFUCH

Susana Romano-Sued, mediante una prosa descarnada, expone en *Procedimiento...* las atrocidades que sufrieron las mujeres en los campos La Ribera y La Perla, en un lenguaje poético lastimado, fragmentado. El libro se escribe en Alemania, se publica en Argentina en 2007 y se reedita en 2009 y 2012.

El procedimiento de lectura de la tercera edición (diseño de Miguel De Lorenzi) se inicia con una intervención a manos del lector. El libro tiene dos tapas idénticas superpuestas, y al arrancarse una parte de la primera se visibiliza una rasgadura en la imagen de la portada: la de un conjunto de nubes rodeadas por un alambrado, a la vez abiertas a un cielo gris (Ilustración «Atrapado con salida IV», Diana Dowek, 1977). El texto se abre tras este quiebre, a partir del cual se ingresa en un universo lírico que lo replica con una prosa que es poesía y viceversa. La obra desnuda y desmenuza el horror, lo susurra, lo grita, lo envuelve. Mientras se deja someter a él lo remece, mientras se deja acosar lo acosa, con cada sílaba y en cada silencio. Las palabras nunca agotan su búsqueda en el intento de narrar la atrocidad. Deambular de párrafos, de voces, de vidas y de cuerpos que aluden a los matices de lo padecido y no archivado; conjugación interminable de lo que no se puede olvidar pero tampoco recordar a la manera de otras experiencias. «Tesoros de memoria, retazos ofrecidos de claves necesarias para reconstruir» (Romano-Sued, 2012). Se ofrecen recortes para una posible reconstrucción del desastre, que Esther Andradi describe así:

Un grupo de mujeres confinadas, encapuchadas, los cuerpos apenas cubiertos, apenas alimentados, apenas vivientes, a expensas del maltrato, los golpes, el ensañamiento de sus secuestradores [...]. Son frases, sonidos, gritos, quebrantos, cuidados, silencios. El argumento es desarrollo, conflicto y desenlace a la vez, no hay jerarquías en este relato ni una sola frase que

sobre, ni un adjetivo de más. Ni heroicidad ni elocuencia ni protagonismo, sobrevivir quieren los cuerpos. Quien lee se hunde bajo la tierra en este viaje boqueando hasta la superficie, mientras oye las voces de los que ya no vuelven... (En línea. «La palabra rasgada»)

[Para la autora los personajes componen] una coalición entre los que viven actualmente y los que ya han muerto, los olvidados, los sacrificados, vencidos. Sus visiones y sabidurías forman parte del acervo de la humanidad; ese acervo no se consigue nunca únicamente a través de la reconstrucción histórica. Eso solo es posible narrando en contra del tiempo, y por eso hay que intentar contar, contar una y otra vez. (Romano-Sued, 2012. Epígrafe de Juhan Baptist Metz y Elie Wiesel, *Esperar a pesar de todo*)

Contar una y otra vez y también leer: necesitamos que las voces de los expulsados y los hundidos resuenen en cada adjetivo, en cada pausa. «Vení, dame, ayudáme a no olvidar a narrar derribando empolladas negaciones criadas por manos de verdugos...» (Romano-Sued, 2012: 47). Nos interpela un coro trágico que nos susurra cómo fue violado, arrasado, sometido, abandonado a la *nuda vida*. Voces arrinconadas que, en sordina, develan los avatares padecidos por un sector nada homogéneo de mujeres devenidas «enemigos» para el poder. La gesta purificadora no está solamente en manos de los militares. Sin una sociedad civil que apoye o dé vuelta la cara, nos dice la autora, el exterminio no se puede llevar a cabo.

Sin embargo esta autora, como dijimos, no reivindica la literatura testimonial. Si le preguntan cómo construir el relato del exterminio responde: mediante la ficción.

Cualquier semejanza con la realidad no es pura coincidencia, pero nada de lo que aparece en *Procedimiento...* forma parte de un legado testimonial ni biográfico de la autora. Su testimonio ya tuvo lugar frente a la Conadep en su momento, y luego durante los juicios para reclamar ante el Estado. «Este libro me libró de esa interminable escritura que para mí fue un sufrimiento», cuenta Romano-Sued algo superada ya de esa etapa en que las múltiples versiones de la novela, acopiadas en resmas interminables, la acosaban en su cuarto de trabajo. Hoy casi puede esbozar una sonrisa cuando recuerda

a esos «papeles mandíbula» capaces de devorarla en el intento. (Entrevista a Romano-Sued, Engler, 2007, en línea)

A diferencia de Valdés, que se irritaba cuando a su testimonio lo llamaban novela, Romano-Sued no quiere que leamos su novela como testimonio. Esta divergencia se vincula, me parece, a las reacciones de los escritores-testigos ante el horizonte político y cultural de su época. Valdés no quería que se diluyera la potencia de su denuncia cuando nadie parecía admitir el terror chileno; Romano-Sued, en cambio, subraya su trabajo artístico frente a una abundancia de registros del terror argentino que exhiben un nivel cero de elaboración. Quiere enfatizar la obra literaria a contrapelo de una difusión masiva que, si bien es necesaria, puede llegar a transformar al genocidio en vulgata.

Se ha ido generando una brecha, una distancia que se va acrecentando entre lo acontecido, en Auschwitz, en la ESMA, en Ruanda, y lo que se viene representado para la imaginación común, que se puebla con los materiales provenientes de libros, documentales y películas, en muchos casos simplificaciones que apelan a la simpatía, al «emocionarse con». Primo Levi advirtió tempranamente este movimiento discursivo: el exterminio, acontecimiento histórico por excelencia, ha pasado a ser, sobre todo en el vértigo de la producción discursiva que llamamos posmoderna [...], una parte de la cultura occidental. Es decir, que hay un fenómeno [...] que vuelve banal y simple al exterminio. (Engler, 2007)

Y por eso, agrega Engler (2007), *Procedimiento...* es una creación literaria, ficcional, que ha recurrido a fuentes, documentos, experiencias personales, literaturas, películas, relatos testimoniales, pero es ficción. Si se la rodea del predicado de «novela sobre violaciones a los derechos humanos» es probable que concite de inmediato un tipo de lectura, una restricción, una orientación puramente heterónoma, que ciega la mirada sobre la densidad de la materia del lenguaje. En realidad no hace falta dirimir si se trata de literatura o de testimonio. Más acorde con los tiempos de conmoción histórico-social y existencial es «la concepción móvil del arte» de Maldestam que recoge Estrin: «partera de la historia, que no trabaja con viejas definiciones ni acepta que las obras pertenezcan a géneros ya instituidos...». La escritura, sobre todo

en momentos en que la vida es atrapada por la historia, en que la historia irrumpe en la intimidad más que nunca, se aboca a una tarea donde no se recurre a ninguna explicación, sino que se produce «un auténtico quedarse en la literatura, único resguardo. No se interpreta; se muestra» (subrayado mío, 2012: 311). En este sentido, es imposible no asociar su texto a otras escrituras sobre el exterminio, como la poesía de Paul Celan (que incluye en su libro). La suya es una búsqueda más de las «palabras para decirlo». En este sentido, el adjetivo testimonial no empobrece la lectura, apenas la sitúa. La autora despliega ecos de vivencias de un grupo de cautivas; no asume su nombre en la trama, usa el impersonal «Ella» para hablar de todas y revela su intimidad entre paréntesis. Pero el nudo de su experiencia y la obsesión por narrarla, las voces que la nombran, la ubicación del acontecimiento en la historia y en la geografía, configuran un testimonio. Este criterio, a mi juicio, no va en desmedro del énfasis en el artefacto artístico ni de la intención de narrar un fenómeno que no se circunscribe a una región o a una época. Romano-Sued concluye este texto a unos treinta años de su secuestro y detención en los sótanos de La Ribera. Y el nombre singular de esta subjetividad arrasada es, como admiten los paratextos (prólogo y postfacio), el de una de las ex detenidas-desaparecidas de los campos de concentración cordobeses. Lo esencial es que su libro rescata «la conjunción entre intención estética y exigencia ética, que es lo que está en el corazón del arte» (2007).

Narrar lo insoportable

En la contratapa de la última edición Luisa Valenzuela pregunta: «¿De qué manera se logra narrar aquello que está tan al borde de lo [...] insoportable que se ha logrado soportar...?». Romano-Sued responde:

Se lo logra desmembrando, desarticulando. Como los cuerpos sufrientes, este texto responde también a un procedimiento, el de construirse alrededor de la ausencia de artículos determinados, creando así un espacio mercurial que nos involucra a todos. [...] La notable falta de artículos determinados en el universo de la excepción revela un mundo cuya gramática tiene agujeros negros que devoran el sentido. Así lo pensó la poeta: [...] me di cuenta de

que no podía contar en una lengua llena de determinaciones lo que no está determinado, lo que está fuera de toda regla, fuera de toda ley, que es el estado de excepción. [...] entonces, pensé, yo puedo probar sacando los artículos. [...] Pero también tenía que haber algo que raje esa letanía, algo del orden de lo vertical, que son las frases del torturador [...]. Fue en esas frases cortas que son brutales donde coloqué la responsabilidad de las acciones, porque en la letanía no hay acciones, hay un cantar... (Engler, 2007)

Las claves ideológicas de esa gesta persecutoria y asesina la dan esos tramos verticales, con voces que bajan como látigos:

—Faltan contribuciones sinceras; sobran arrepentimientos boca afuera. Queremos fe patriótica, sentimiento nacional. [...]

—Más bien zurdas cipayas. [...]

—Ustedes no tienen pensamiento nacional, hay que reimplantar ideales en esta patria recobrada heroica de inmensas tradiciones, arrancar de raíz complicidades sionistas. (2012: 23)

Las «zurdas cipayas», para los perpetradores, son las izquierdistas «cooptadas por ideologías foráneas», y las complicidades sionistas son las de los judíos («Judeo-bolches apátridas»).

En esta búsqueda radica el esfuerzo «por tallar el lenguaje a voluntad hasta hacerlo hablar en una lengua nueva capaz de narrar aquel infierno» (2007). Y necesita «gubias y cinceles» porque cuenta lo insoportable. Para Nathalie Goldwaser y Tomás Vera Barros el método que usa es la «fotografía-literaria». Tanto la fotografía como la poesía y la literatura han acompañado a la muerte y lo siguen haciendo:

En conjunto, cuando representan el sufrimiento, permiten al espectador/ lector ponerse ante el dolor de los demás. Pero el *quid* de la cuestión estaría, para Sontag, en traspasar el umbral de la repugnancia ante el horror, único método para no ignorar la historia (2012: 168 «Postfacio»).

Traspasamos el umbral de la mano de la poesía, que nos sumerge en ese espacio de letanías y cortes verticales mediante un lenguaje que evita la exhibición morbosa de la violencia. Lenguaje que nos abre al lugar donde el tiempo se deshace: el crimen de lesa humanidad persiste, es un presente que demanda el esfuerzo de exorcizar sus huellas. Como se indica en la introducción, «en el libro no hay un pasado a visitar, unos hechos a recordar, sino un presente que insiste, que se repite en cada página, en cada lectura (Ledesma, 2012: 13).

Procedimiento... nos habla de los campos tratando de salirse del instante histórico particular para referirse a todo sistema de excepción. Y sitúa lo expulsado del mapa marcándolo con exactitud en la geografía actual. Es sabido que topografía y desaparición se vinculan por la naturaleza misma de la práctica genocida. Justamente por eso el texto da señas lugares que fueron siniestros, precisas de que emanan ambigüedad y misterio para algunos, terror para otros e indiferencia para muchos, incluso cuando se han transformado en sitios de memoria.

El campo La Ribera, entre 1983 y 2008 funcionó, paradójicamente, como establecimiento educativo. Recién a partir del 2009, gracias a la presión de activistas de derechos humanos y docentes, se recuperó como museo de la memoria, y la escuela mencionada en el libro se mudó a un edificio construido en la vecindad. Esta cartografía urbana del terror equivale a una lucha contra el negacionismo (porque usar un ex campo como escuela no es otra cosa que la negación del exterminio). Romano-Sued lo sabe y su escritura, anterior al tiempo en que La Ribera dejara atrás su disfraz escolar para mostrar las capas geológico-criminales que lo constituyen, se adelanta e indica las coordenadas espaciales y lingüísticas de los centros clandestinos:

Muy cerca de la ciudad de Córdoba, sobre la autopista que une la capital provincial con Villa Carlos Paz, en las inmediaciones del puente nuevo que conecta con la entrada a Malagueño, está La Perla, el centro clandestino de detención más importante de Córdoba, durante la última dictadura. Sus

instalaciones están sobre una loma, a mano derecha en dirección a Carlos Paz, y se pueden observar desde la ruta. Se lo llamaba «la Universidad»¹²².

En tanto que el campo de La Ribera se llamaba, en la jerga de los represores, La Escuelita, y en los papeles, un «lugar de reunión de detenidos»: eufemismos empleados para la tortura sufrida por los secuestrados y desaparecidos que pasaron por esa cárcel militar, enclavada en plena ciudad y vecina al viejo cementerio de San Vicente. (2012: 19)

Las voces de las víctimas de estos campos, entreveradas con las órdenes de sus torturadores, flamean sobre el paisaje naif de la arquitectura educativa.

Cuando se vuelve de un entierro en el Cementerio San Vicente, yendo hacia el centro de la ciudad, enseguida se divisa la escuela, levantada sobre los escombros del Campo de La Ribera. Desde la zona alta de la calle puede verse el patio de recreo, lleno de blancos guardapolvos y de bullicio. Y también el mástil, con un cantero de flores. En ese mismo lugar fue encontrado el atado de trapos envolviendo los papeles con los testimonios. (2012: 19)

Para presentar la urdimbre de voces abandonadas por el horror la autora inventa un fajo de papeles con testimonios, un diario que hace trizas la noción de diario. Según esta ficción, de ahí surge el libro, que

se articula en cuarenta y cinco textos o capítulos que remiten a días, horas, minutos, claves de otro tiempo ni cronológico ni medido. Por ejemplo Día 20 catorce, o Día menos seis, una hora, o este otro: Día ciento seis, crepúsculo. Los capítulos, desde su nombre mismo, parecen llamadas de un lugar ignoto, registros recuperados a medias de una «zona» con otros códigos, otras dimensiones. Como si se tratara de traducir lo vivido, lo sentido, lo dolido en un espacio semejante al de una pesadilla, que continúa durante la vigilia y el sueño, y de donde no todos los cuerpos vuelven. De la muerte a la vida o viceversa, porque no se sabe adónde van ni dónde están, no hay ni futuro ni pasado. (Andradi, 2012)

¹²² Wornat y Lewin completan la descripción: «...el edificio había sido construido [...] a pedido de los militares a comienzos de la década del 70, por la empresa a cargo de levantar el Estadio Olímpico para el Mundial de Fútbol [...] Fue entregado a mediados de 1975 y en muy poco tiempo se convertiría en el principal centro clandestino de la provincia, donde serían asesinadas dos mil quinientas personas. Luciano Benjamín Menéndez solía visitar el lugar, donde efectivos del Ejército, policías, gendarmes y civiles, todos bajo su mando, participaban en secuestros y torturas» (2014: 316).

Los testimonios de los hundidos, ficcionalmente encontrados y poéticamente recuperados, se desenvuelven como páginas de un relato colectivo organizado por criterios que no se conjugan en términos del calendario. En este diario hay cronologías indescifrables (por ejemplo, empieza por el «Día tres. Hora tres», donde los alumnos a coro le dicen al profesor «nos arrepentimos» y él responde:

—No alcanza con arrepentirse, hay que limpiarse, sacarse todo ese psicologismo, ese materialismo. Ustedes tienen mucho Cortázar y mucho Marx en la cabeza; están enfermos (Romano-Sued, 2012: 22).

El relato también alterna entre «acá y allá», contraste entre el reino de la absoluta dominación y vejación y el horizonte cotidiano del «afuera o allá» que sigue su ritmo como si ese «adentro o acá» no formara parte del sistema humano. Allá hasta los funerales tienen lápidas y fotos, «aliviando deudos en ritos servicios funerarios decentes oficiados en benigno suelo» (2012); allá la muerte existe, acá es la vida despojada de sentido. Los secuestrados no pertenecen, no tienen derecho al ritual, ni a las lágrimas ni al consuelo. Hay que adaptarse a este régimen para sobrevivir.

Las prisioneras murmuran:

—Te conviene resistir brazos en alto, reptar si es que hace falta, marchar cuando te mandan.

(Acá estridencias de mujeres de voz ronca atravesando umbrales, tímpanos, sienes, vienen de mundos viejos, recorren mi cabeza, entran en mi miedo, ensordecendo estruendos de corazón desbocado.)

—Se me desmanda todo, cabeza, pies, espaldas.

—Es como es.

—Borbotones de sílabas se me estancan.

—Dejáte palpar y toquetear, no pongas resistencia. (2012: 24)

Romano-Sued es una de las primeras en narrar el crimen de la violación sistemática, tan difícil de asumir en ese entonces porque los espacios públicos para enunciarla no estaban habilitados. Se interrumpía a las mujeres cuando mencionaban el tema en los tribunales y no había una categoría legal específica para este crimen.

(A punta de metralla me calzan estrechos pantalones de raso. Me pongo a tiritar).

Llegamos a destino, nos sacan grilletes; esposas, vendas, mordazas, no. Adentro nos dejan mirar oscuridad. Hay voces de hombres conocidos de uniforme y de ropas de civil. (me tocan me recorren de arriba abajo, entregan dinero a oficiales y acompañantes).

Allá se huele vino barato en oleadas de aliento y colonias. A sórdidos rincones nos llevan nos empujan, caemos enredados en colchones con sábanas de áspera cretona; y sin quitarnos faldas ni medias ni camisa, ellos se desabrochan urgentes nos penetran mientras nos amordazan y amarran con correas.

—Apuren, apuren, que hay cola larga y mucho que atender. (2012: 67–68)

Otra de las tantas hilachas del desgarró que hilvanan estas voces es la traición: «Carozos de memoria atragantan, quedando con aliento atravesado por nombres, fragmentos, esquivas de palabras mundanas visiones de traición» (2012: 47), que se muestra como dinámica integral de la vejación superlativa que se adueña del espacio-tiempo y de los cuerpos para reinar.

—Ya sabés que colaborando hasta se pueden salvar (2012: 124).

—Callate, firmá, todos firman, son declaraciones de rutina, no sirve declarar sin firma, porque no vale nada.

Se apilan, chirrían papeles surcados de caligrafías ciegas. (2012: 126)

Procedimiento no descarta ningún aspecto de esta experiencia. Lo hace siempre de forma contundente, en unos pocos trazos. El robo de bebés tampoco está ausente:

(Barrunto adivino silencio acerca de mi hijo pequeño, que no averigüen nada, ojalá: que no sea arrancado entregado a milicos, civiles patriotas que aclaman que apoyan ensalzan procesos de reorganización nacional). (2012: 87)

Al final del libro surgen los vuelos de la muerte, como destellos:

Tuve vértigos
como si alguno más
se cayera del mundo (2012, 158).

La escritura, en este punto, retoma la ficción del «hoyo donde fueron hallados los papeles en el atado de trapo hecho jirones» con este comentario de la autora: «No hace mucho que me atrevo a hacer estos trayectos, andar por esos lugares donde anduvo mi madre, que me legó la sangre, la letra y la memoria». La genealogía del dolor vuelve a remitir a la *Shoá* y a la ineludible necesidad de asumir su trágico legado.

Una sola muerte numerosa. La escritura y mi vida

Mi propio testimonio de la experiencia sufrida en un CDTyE argentino, el llamado Club Atlético, no es mi propio testimonio sino, ante todo, un conjunto de voces entramadas con la mía. A mediados de julio de 1977 un autodenominado Comando Conjunto nos secuestró en Buenos Aires a mi hermano, a su pareja y a mí con diferencia de horas y en distintos lugares. Hacía unos meses habían desaparecido mis dos primos hermanos, Abel y Hugo¹²³. El terror nos pisaba los talones y estaba a punto de irme del país. No llegué a tiempo, me llevaron antes. Nos llevaron. Solo yo sobreviví.

¹²³ En su caso, secuestraron un cadáver —se suicidó para no caer en manos de los secuestradores.

En el exilio la escritura se convirtió en un albergue donde podía, de a ratos, liberarme del peso de memorias nada abstractas, más bien corporales, que me tomaban por asalto. Cuando me dispuse a conjugar resonancias y palabras no se me ocurrió preguntarme si lo que hacía era o no dar testimonio; se trataba de darle espacio a la urgencia de transmutar huella en lenguaje, de nombrar la pérdida y el quiebre, de comprender. La forma que se impuso fue literaria. El decir, el trabajo poético y narrativo me dictaban un camino: «siempre gatillar más rápido que la mole viscosa del dolor» (Georgina Aguerre, «Balsas», 2013).

Volví a la Argentina durante la posdictadura para recoger testimonios, hilos truncos del mismo tenor, reverberaciones de la muerte que nos atravesó. Escribí *Una sola muerte numerosa* a lo largo de un desplazamiento que abarcó varios países y años (entre 1977 y 1996). Finalmente, gracias a un premio que le solían otorgar en los Estados Unidos a literatura hispánica, Letras de Oro, se publicó en ese país (1997 y 2002), más adelante en Argentina (2005 y 2006), en Alemania (2014) y en España e Italia (2018).

El viaje existencial y escritural, o la búsqueda de cómo contar una experiencia arrasadora para que la rememoración transmute en otro registro, menos opresivo, zarpó en 1982 hacia el formato libro del puerto de Vancouver. En la Universidad de la Colombia Británica un profesor que dictaba el curso Autobiografía nos dio la opción de escribir la propia, en lugar del ensayo final. Eso hice y me incentivó a seguir. Con el tiempo incorporé un coro de voces, porque no me bastaba con mi propio relato. Leyendo *Create Dangerously* de Edwidge Danticat entendí que ese deseo de entrelazar la propia memoria con otras no era nada original:

Puesto que nuestras historias son las hijas bastardas de todo lo que hemos experimentado y leído, mi deseo de contar algunas de mis historias a la manera de un collage, fundir mis propias narraciones con las narrativas orales y escritas de otros empieza con la lectura de [...] libros que podrían haber sido escritos solo por huérfanos literarios, para ofrecérsela a otros huérfanos literarios. (2010: 62)

Era, éramos, huérfanos culturales y existenciales y nos buscábamos entre las páginas de nuestros libros en primera persona del plural. Había

perdido compañeros, familia, geografía, lengua, pertenencias, fotos, parientes, amigos, significación. Habíamos perdido. El tejido social se había resquebrajado, había sido procesado por un engranaje sangriento y flotábamos como átomos disparados de su órbita. Los más afortunados éramos refugiados; los nada afortunados eran cuerpos en tumbas NN, o en el Río de la Plata, o más allá. Por eso me urgía escuchar a otros: quería recuperar una comunidad, aunque fuera de damnificados. En 1987 busqué a mis pares (otros testigos de la época) y les pedí que me contaran cómo habían sobrevivido, qué recuerdos los atrapaban. De sus palabras brotaba la intensidad que tiene la primera rememoración en voz alta. El renacer de un tramo casi espectral de la vida tiene un extraño brillo. Es un alivio contar y ser escuchado. En este recorrido que llevé a cabo por las evocaciones de otros, cada historia iluminaba más pliegues de la catástrofe y me revelaba que nuestras voces eran ecos de una sola muerte numerosa. La lucha por un mundo mejor, como se decía entonces, había sido arrojada al mar. Éramos un coro que, al susurrar la pesadilla, revelaba la devastación de un universo. En nuestra memoria navegaban cuerpos, ausencias, lágrimas, risas, derrota, resistencia.

Una sola muerte numerosa es en verdad una sola muerte numerosa; esto es, el relato entrecortado de cuantas como tantas voces que en testimonios escritos y orales recuerdan un momento inolvidable de la historia de un país, Argentina, en la que los grupos de tareas y el terrorismo de Estado se ensañaron en el cuerpo social de todos los vivos vivos y de todos los vivos muertos. Por eso es que no hay «yo» singular en este relato, sino uno colectivo, el nosotros de esa sola muerte, esa sola tortura, esa sola pena, y ese solo afecto, uno solo todo. El yo es un nosotros (con) fundido en historia e historias en la que se pierde toda identidad individual, en la que la identidad individual es inconmensurable con la colectiva. [...]

No queremos que el flujo se interrumpa. Queremos que nos cuenten más; que al menos uno de los hilos narrativos llegue a su fin. Pero eso no se puede, como no se pueden decir todas las palabras en el interrogatorio –siempre hilos de vida trunca, no lineal, interrumpida. Porque la historia de vida cotidiana, burguesa, individual, confiada, se cortó. Y porque por eso mismo, en la Argentina, el quiebre es grieta presente presenciada. (Rodríguez, 1998: 204–205)

El título me llegó a través de Eloy Martínez:

Desde 1975, todo mi país se transfiguró en una sola muerte numerosa que al principio parecía intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido (*Lugar común la muerte*, 1978).

El escritor aludía a la atmósfera del país en dictadura, pero también podía aplicarse a los noventa, cuando terminaba el libro y la Argentina parecía haber asimilado el individualismo a ultranza, la banalidad al por mayor y la orgía privatizadora.

Sin embargo, los sobrevivientes seguían siendo las nervaduras indelebles del horror. En el caso de *Una sola muerte numerosa*, las hebras de tantas existencias mutiladas habían empezado a tejer –con paciencia de hormiga y precariamente– una trama: «... hilachas de textos entrecortados, desgarrados, que se imbrican en un relato hecho de residuos, de ruinas» (María A. Semilla Durán, 2010: 40).

Como no había género que me bastara, filosofía que me diera respuestas ni amigo que me aconsejara, lo intenté todo: la prosa poética, el recorte periodístico, el registro oral transcripto, la ironía, el humor negro, los cortes bruscos para acelerar del texto, las asociaciones visuales y lingüísticas, la incorporación de letras típicas de nuestro acervo cultural –desde rimas infantiles hasta canciones patrias, pasando por el ineludible tango–. Lo que hacía, sin saberlo, era reescribirme y reinventarme desde el exilio.

Para solicitar refugio político en Canadá tuve que redactar un testimonio que recité frente a los oficiales de inmigración. Los lazos causales, las conexiones entre contexto político y experiencia tenían que presentar un «balance objetivo». La estrategia resultó exitosa, pero esa versión me pareció una carcasa vacía: le faltaban cuerpos y caras, nombres, vínculos, «memorias iluminadas en el instante de peligro», al decir de Benjamin.

La gramática apta para transmitir este tipo de memoria en un recinto oficial, ante un público atento a su exactitud –es decir, a su falta de contradicciones, a su racionalidad y coherencia, a la coincidencia de los datos aportados con los hechos– no me servía más que para conseguir el ansiado

estatuto legal. Por eso escribí, para mí, una versión distinta, con un lenguaje dislocado y a menudo irónico que captaba con mayor precisión el tipo de violencia padecida y el impacto de estos crímenes en la intimidad.

Una magia perversa hace girar la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan *pisa pisuela color de ciruela...*

Pero no todos los días ¿o todos los días? se rompen las leyes de gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destroce el pasado y arranque las manecillas del reloj. ...

—¡De piel!— y una se para sumisa confundida atontada vencida y grita —¡me llevan, me llevan!— mientras dedos metálicos se clavan en la carne [...] Dos de la tarde impune la tiran a una al ascensor la arrastran. En la vereda una patalea contra un destino sin nombre en cualquier fosa colectiva. [...] Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. [...] Me empujan. Aterrizo en el piso de un auto. [...] Soy un juguete para romper. *Pisa pisuela color de ciruela.* (Strejilevich, 2018: 27–29)

Forcinito dice que «la memoria es aquí un acto poético, en el cual parece perderse el sentido y la lógica a través de la fragmentación y de saltos, grietas o huecos que no hacen más que comprobar la imposibilidad misma de dar evidencia» (2017: 291).

Como indica Appelfeld, «el asunto no era apilar hecho tras hecho sino elegir los más necesarios, esos que tocan el corazón de la experiencia y no sus bordes» (1994, XII–XIII). No quería producir un impacto emocional, sino apenas contar(me) la historia para convivir con ella. Necesitaba una lengua capaz de revelar matices, ambigüedades, resabios, incertidumbre, confusión, desorientación, pérdida. No fechas ni cronologías, no pruebas ni cifras. Una lengua fiel al revés de la trama (David Viñas *dixit*) capaz de nombrar lo vivido. La historia no solo incluye el campo sino pinceladas de pasado y presente. Al fin y al cabo, la forma más radical de exclusión exagera violencias nada ajenas a las sociedades que la hacen posible.

Creo que más que re-presentar el horror lo dejo filtrarse a través de otras dimensiones de la experiencia en la que deja su huella. La superposición de escenas –la infancia, lo que vino después– me permiten revelar eso que, de decirse explícitamente, se volvería un dato más. Trato de superponer mundos de adentro y de afuera para relatar lo que somos. Y el horror forma parte de lo que somos. (Entrevista de Jorge Boccanera, 2000: 106)

La lógica del relato y su final

«La lógica del relato no será una lógica narrativa, sino una lógica poética, semántica, por un lado, y una lógica polémica, política, por el otro» (Semilla Durán: 140). Siguiendo estas *lógicas*, que cuestionan el término tal como lo solemos emplear, las escenas se fueron enlazando gracias a un montaje particular, asociado al mecanismo de la rememoración:

Solo a partir de la memoria que asalta el presente y de los testimonios de otros sobrevivientes se puede estar con los desaparecidos, quitarles su condición de ausentes. Por eso Nora interroga, no acusa ...Solo así, elaborando, trabajando el duelo, se permite construir una memoria que admite un futuro. (Zuffi, 2017: 303)

Esa memoria es la de una sola muerte múltiple, una constelación imposible de abarcar:

El testimonio no puede sino prometer y cuestionar la expectativa de saber, de entender y de recordar. Hace visible un mundo incomprensible, pero también permite hacer visible el límite de lo visible, cancelando la ilusión de que es posible reconstruir la trama del pasado. La poética interviene en esta paradoja a través de un ejercicio de imaginación que recompone lo que no puede ser reconstruido desde un lenguaje marcado por la gramática y la normativa de la atemporalidad lineal. (Forcinito, 2017: 291)

¿Cómo encontrarle un final a un texto semejante? Era difícil. Hasta que un día se presentó la ocasión de compartir el texto en un encuentro organizado en el ex campo Club Atlético en los noventa. Por primera vez nos reunimos

sobrevivientes, vecinos y amigos en los restos del otrora centro clandestino¹²⁴. En ese preciso lugar leí la descripción de mi secuestro (el párrafo inicial de mi testimonio, en ese entonces manuscrito). Ese fue, para mí, un «momento de ser», según la expresión de Virginia Woolf. No solo había sobrevivido, sino que la escritura de mi/nuestra experiencia se volvía pública en el preciso lugar destinado a suprimirnos. Era una reparación simbólica: En una suerte de juego de espejos, esa intervención se impuso como cierre del libro.

En esos años me había propuesto dilucidar cómo habían testimoniado otros, y el título que resumió esta búsqueda fue *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90* (2005). Con el correr del tiempo y de las cavilaciones, con el auge de las políticas de la memoria y la trasmutación de los sobrevivientes en testigos, seguí cuestionando el estatuto de la verdad en que se suelen encasillar estas memorias, con la sensación de que se anunciaba un cambio en la recepción.

Los juicios del nuevo milenio pueden ciertamente [...] permitirnos adentrarnos más y más en lo que este testimonio [*Una sola muerte...*] reclama al estatuto de la verdad, para enfatizar lo que la voz de la denuncia (aun la que va precedida del juramento de «decir toda la verdad») nunca logra condensar. (Forcinito, 2017: 291)

Mientras participaba en los juicios por crímenes de lesa humanidad sin dejar de cuestionar dicho estatuto, percibí la falta de hospitalidad hacia los sobrevivientes fuera de las redes solidarias y del rito judicial. Por eso quise abogar por escritos que la crítica no termina de aceptar, en los que vibra la materialidad de la experiencia límite; escritos con resonancia lírica, crítica y existencial. Así nace *El lugar del testigo. Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)* (2019).

¹²⁴ El Club Atlético funcionó entre mediados de 1976 y diciembre de 1977. Con su demolición y la posterior construcción de la autopista 25 de Mayo (en 1979) lo que sobrevivió fue el sótano del edificio, enterrado bajo una montaña de tierra. Las excavaciones realizadas a partir de su conversión en Espacio para la Memoria y para la Promoción de los Derechos Humanos y el trabajo de recuperación arqueológica hicieron posible el hallazgo de unos mil cien objetos y fragmentos, tabiques divisorios de celdas, suministros policiales, fragmentos de uniformes, zapatos, gorras, etc. Hasta se encontró una pelotita de pimpón, juego frecuente entre los torturadores del campo.

Bibliografía

- ACHÚGAR, HUGO. «Historias paralelas/ historias ejemplares: La historia y la voz del otro», en *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. (Compil.). Beverley, John y Hugo Achúgar. Lima y Pittsburg (USA): Latinoamericana editores, 1992. 49–71.
- AGAMBEN, GIORGIO. *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.
- . *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- . *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Standford: Standford University Press, 1998.
- AGOSÍN, MARJORIE. *Tapestries of Hope, Threads of Love. The Arpillera Movement in Chile 1974–1994*. Albuquerque (USA): University of New Mexico Press, 1996.
- ALCOBA, LAURA. *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa, 2008
- ALEGRÍA, FERNANDO. *Coral de guerra*. México: Nueva Imagen, 1979.
- . *El paso de los gansos*. Madrid: Puelche, 1975.
- ALZUGARAT, ALFREDO. *El discurso testimonial uruguayo del siglo XX*. Montevideo: Biblioteca Nacional, 2009.
- . *Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay*. Montevideo: Trilce, 2007. En línea, <http://letras-uruguay.espaciolatino.com/alzugarat/prologo_a_trincheras_de_papel.htm>.
- AMAR SÁNCHEZ, ANA MARÍA. «La ficción del testimonio». *Iberoamericana* 56.151 (1990): 446–61.
- AMÉRY, JEAN. *At the Mind's Limits. Contemplations by a Survivor on Auschwitz and its Realities*. New York: Schocken Books, 1986.
- . *Mas allá de la culpa y de la expiación*. Valencia: Pre-Textos, 2001.
- ANDRADI, ESTHER. «La palabra desgarrada». En línea, <<http://www.susanaromanosued.com/media/la-palabra-rasgada.pdf>>. 2010>.
- ANGUITA, EDUARDO. *Sano Juicio. Baltasar Garzón, algunos sobrevivientes y la lucha contra la impunidad en Latinoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.

- ANTELME, ROBERT. *La especie humana*. Madrid: Arena Libros, 2001 (1ª edición Editions Gallimard, 1957).
- APPELFELD, AHARON. *Beyond Despair: Three Lectures and a Conversation with Philip Roth*. New York: Fromm International, 1994.
- ARÁOZ, ISABEL. «Un hilo rojo (1998) de Sara Rosenberg. Una narrativa de la memoria. Desenmoldazar la voz secuestrada». *Letralia. Tierra de letras* XV. 241 (1/11/2010).
- ARCE, LUZ. *El Infierno*. Santiago: editorial Planeta, 1993.
- ARFUCH, LEONOR. *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2013.
- . *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- AVELAR, IDELBER. *The letter of Violence. Essays on Narrative, Ethics, and Politics*. New York: Palgrave Macmillan, 2004.
- . *The Untimely Present: Postdictatorial Latin American Fiction and the Task of Mourning*. Durham (USA): Duke University Press, 1999.
- BAJTÍN, MIJAÍL. *Estética de la creación verbal*. México DF: Siglo XXI Editores, 1997.
- BAL, MIEKE; JONATHAN CREWE, & LEO SPITZER (eds.) *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*. Hanover (USA): U P of New England, 1999.
- BÁLSAMO, LAURA. «Archivos de la represión, memoria y políticas del olvido en Uruguay». Presentación en el Foro Social Mundial, Porto Alegre (Brasil), 2005.
- BARCESAT, EDUARDO S. *et al.* «Ser nacional. Seguridad nacional y excepcionalidad institucional» en *Ideología de la seguridad nacional*. Buenos Aires: El Cid editor, 1983.
- BARNET, MIGUEL. «La novela-testimonio. Socio-literatura». *Testimonio y literatura*. René Jara y Hernán Vidal (Compil.). Mineápolis (USA): Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986. 280–302.
- . *Biografía de un cimarrón*. Madrid: Alfaguara, 1984.
- BARONA, AMELIA y OSCAR BLANCO. «Sujeto–Verdad y experiencia de lo absoluto: el testimonio». En *Acerca de la Hermenéutica*, Ficha de cátedra de Teoría Literaria II. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., 1999.
- BAUMAN, ZYGMUNT & KEITH TESTER. *Conversations with Zygmunt Bauman*. Cambridge (UK): Polity, 2001.
- BEASLEY-MURRAY, JON. «Hacia unos estudios culturales impopulares: la perspectiva de la multitud», en *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales* (Ed.) Mabel Moraña. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000. 149–170.

- BECHIS, MARCO. *Garage Olimpo* (película: coproducción Argentina, Italia y Francia), 1999.
- BECKER EGUILUZ, NUBIA. «Quiénes éramos. Una agenda para recordar», en *Memorias de ocupación. Violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*. Santiago: Fundación Instituto de la Mujer y Corporación Humanas, 2005.
- . *Una mujer en Villa Grimaldi*. Santiago: Pehuén editores, 2011 (1ª edición: *Memorias de una mirista*, de Carmen Rojas. Montevideo: Ediciones del Taller, 1980).
- BERGER, JAMES. *After the End: Representations of Post-Apocalypse*. Minneapolis (USA): University of Minnesota Press, 1999.
- . «The Artist as Producer», en *Understanding Brecht*. London: New Left Books, 1973.
- BERMEJO, ERNESTO. *Las manos en el fuego*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- BERMÚDEZ-GALLEGOS, MARTA. «The Little School por Alicia Partnoy. El testimonio en la Argentina». *Iberoamericana* 56.151 (1990): 463–76.
- BETTELHEIM, BRUNO. *Surviving and Other Essays*. New York: Vintage Books, 1980.
- BEVERLEY, JOHN. *Testimonio: On the Politics of Truth*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004.
- . «Testimonial Narrative». *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin (USA): University of Texas Press, 1990.
- . *The Margin at the Center: MFS Modern Fiction Studies*. The Johns Hopkins University Press. 35.1 Spring (1989).
- . & MARC ZIMMERMAN. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Texas: University of Texas Press, 1990.
- BILBIJA, KSENIJA. «Transacciones y f(r)acturas neoliberales: el valor de la pena desde Luz Arce a Arturo Fontaine», en *Senderos de violencia. Latinoamérica y su narrativa armada*, (Compil.). Oswaldo Estrada. Valencia (España): Albatros (Serie Palabras de América), 2015. 289–307.
- BITAR, SERGIO. *Isla 10*. Santiago: Pehuén, 1987.
- BLANCO, FERNANDO. *Desmemoria y perversión: privatizar lo público, mediatizar lo íntimo, administrar lo privado*. Santiago: Cuarto Propio, 2012 (2ª edición).
- BLANCO, OSCAR. «Desaparecidos, clandestinos, exilios y migraciones», en *Las políticas de los caminos. Viajes, itinerarios y migraciones* (Compil.). Miguel Vitagliano. Buenos Aires: Editorial Universitaria Rioplatense, 2009.
- BLIXEN, CARINA. «Una novela imprescindible» [reseña de *El tigre y la nieve*], en *El País Cultural*, Suplemento de *El País*, Montevideo, XVII. 867 (16/6/2006).

- BOERO, MARÍA SOLEDAD y JUAN FRANCISCO MARGUCH. «Los topos de Félix Bruzzone, o la memoria como potencia». En línea <<http://www.cea2.unc.edu.ar/memoria/pdfs/47.pdf>>.
- BONASSO, MIGUEL. *Recuerdo de la muerte*. Edición definitiva. Buenos Aires: Planeta, 2010.
- . *Lo que no dije en «Recuerdo de la muerte»*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.
- BRINKMANN, BEATRIZ. *Itinerario de la impunidad: Chile 1973–1999. Un desafío a la dignidad*. Santiago: Lom, 1999.
- BRODSKY, ROBERTO. *Casa chilena*. Santiago: Penguin Random House, 2015.
- BROQUETAS, MAGDALENA. *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958–1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2014.
- BRUNER, JEROME. *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- BRUZZI, INÉS y ÁNGELA URONDO RABOY. «Argentina, 2x1». *Sin Permiso*. 14/05/2017. <www.sinpermiso.info/textos/argentina2x1>.
- BRUZZONE, FÉLIX. *Los topos*. Buenos Aires: Mondadori, 2008.
- . 76. Buenos Aires: Tamarisco, 2007.
- BUDA, BLANCA. *Cuerpo I, Zona IV*. Buenos Aires: Contrapunto, 1988.
- BURGOS, ELIZABETH. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Guatemala: Arcoiris, 1983 (2ª edición, Siglo XXI, 1985).
- BUTAZZONI, FERNANDO. Feria del libro de La Habana (Cuba). Mesa redonda: Automatismo, resistencia y lectores. «Cuatro ficciones verdaderas» (Paz, Delgado Aparain, Padura, Fornet, Butazzoni). 15/2/2016.
- . *Las cenizas del Cóndor*. Montevideo: Planeta, 2014.
- . «Fernando Butazzoni habló sobre su nuevo libro *Las cenizas del Cóndor*». CNN Chile 7/11/14. En línea <<https://www.youtube.com/watch?v=XScpi-sIDys>>.
- . «El arte es libre o es basura». Entrevista, *Semanario Voces* 6.10 VII (2010): 16–24.
- . *El tigre y la nieve*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- CABRAL, FERMÍN. *Tejas Verdes*. Ciudad Real, España: Ñaque editor, 2004.
- CAIATI, CRISTINA y DANIEL FONTANILI. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. México: Siglo XXI, 2013.
- . *El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires: CELS, 1984.
- CALVEIRO, PILAR. *Política y/o violencia*. Buenos Aires: Norma, 2005.
- . *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue, 2004.

- CANETTI, ELÍAS. *Crowds and Power*. New York: Farrar, Straus, and Giroux, 1960.
- CAREAGA, ANA MARÍA. «Un aporte a la reflexión colectiva», en *El libro de los Juicios*. Buenos Aires: Instituto Espacio por la Memoria (IEM), 2010. 9–10.
- CARBAJAL, MARIANA. «Ataque sexual como un delito de lesa humanidad». *Página 12*. 17/1/2011. En línea <<http://www.taringa.net/posts/noticias/8818298/Nuevo-delito-de-lesa-humanidad-agresion-sexual-sistemat.html>>.
- CASULLO, NICOLÁS. «Exilios externos y exilios internos en el pasado reciente argentino». Ponencia, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 4/8/2005.
- _____. *Pensar entre épocas: memoria, sujetos y crítica intelectual*. Buenos Aires: Norma, 2004.
- _____. «Fragmentos de memorias, la transmisión cancelada», en *Memorias en presente: Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio* (Comp). Guerelman, Sergio. Buenos Aires: Norma, 2001.
- _____. «Los años 60 y 70 y la crítica histórica». *Confines* 3.4 (1997): 7–28.
- _____. «Una temporada en las palabras». *Confines* 3. 2 (1996): 15.
- CIANCIO, MARÍA BELÉN, «Sobre el concepto de posmemoria», en Congreso Internacional: ¿Las víctimas como precio necesario? Memoria, justicia y reconciliación. Buenos Aires, Instituto de Filosofía, Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC). 29–31/10/2013. En línea <<http://www.proyectos.cchs.csic.es/fdh/sites/default/files/2-2%20Ciancio.pdf>>.
- CIOLARO, NOEMÍ. *Pájaros sin luz: testimonios de mujeres de desaparecidos*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1999.
- Comisión Sectorial de Investigación Científica. *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973–1985)*, tomo II. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2008.
- CONCHA, JAIME. «Testimonios de la lucha antifascista», en *Araucaria de Chile* 4 (1978): 129–148.
- CONTRERAS, GONZALO. *Poesía chilena desclasificada (1973–1990)*. Santiago: Etnika, 2006.
- COSTAMANGA, ALEJANDRA. *En voz baja*. Santiago: LOM, 1996.
- DALEO, GRACIELA. «Reportajes: Un libro para la polémica». *Radar libros*, *Página 12*. (1966): 8–9.
- DANDAN, ALEJANDRA. «Un hogar que arrastra demasiada historia». *Página 12*, 18/5/16. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-299564-2016-05-18.html>>.
- _____. «El Cóndor dejó miles y miles de documentos». *Página 12*, 30/8/2015. En línea, <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-280500-2015-08-30.html>>.
- _____. «Reportaje al fiscal Pablo Ouviaña, a cargo del alegato en la causa por la coordinación de la represión. “El Cóndor dejó miles y miles de documentos”». *Página*

- 12, 30/8/15. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index-2015-08-30.html>>.
- _____. «Quieren devaluar moralmente los juicios». *Página 12*, 15/8/2015. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-306963-2016-08-16.html>>.
- DANTICAT, EDWIDGE. *Create Dangerously. The Immigrant Artist at Work*. New Jersey: Princeton University Press, 2010.
- DA, ILARIO. *Relato en el frente chileno*. Barcelona (España): Blume, 1977.
- DECAROLI, STEVEN D. «Visibility and History: Giorgio Agamben and the Exemplary». *Philosophy Today: Thinking in Action*. 45. 5 (2001): 9–17.
- DÉLANO, POLI. *En este lugar sagrado*. México: Grijalbo, 1977.
- DERRIDA, JACQUES. *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2006.
- DÍAZ-CID, CÉSAR. «El discurso testimonial y su análisis literario en Chile». *Revista Electrónica: Documentos Lingüísticos y Literarios UACH* No 30. En línea <http://humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=1354>.
- DI TELLA, ANDRÉS. «327 cuadernos». Argentina/Chile: Gema Films, 2015.
- DILLON, MARTA.: «¿Será que alguien quiere escucharlas?». *Página 12*, 8/2001.
- DORFMAN, ARIEL. «Otras hogueras». *Página 12*, 6/10/2015.
- _____. *La muerte y la doncella*. Buenos Aires: De la Flor, 2003.
- _____. *Some Write to the Future: Essays on Contemporary Latin American Fiction*. Durham: Duke University Press, 1991.
- _____. *Viudas*. México: Siglo XXI, 1981.
- DRI, RUBÉN. «Socialismo y Cristianismo» (Presentación publicada el 2/2/2013). En línea <<https://www.youtube.com/watch?v=7g7YBGfeXSg>>.
- DRUCAROFF, ELSA. *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la posdictadura*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- ELOY MARTÍNEZ, TOMÁS. *Lugar común la muerte*. Caracas: Monte Avila, 1978 (2ª ed. Buenos Aires: Alfaguara, 1998).
- ELTIT, DIAMELA. «Cuerpos nómadas». *Debate Feminista* 7.14 (1996): 101–117.
- ENGLER, VERÓNICA. «Suplemento Las 12», *Página 12*, 2007.
- EPPLE, JUAN ARMANDO. *El arte de recordar. Ensayos sobre la memoria cultural en Chile*. Santiago, Mosquito Editores, 1994.

- ERLAN, DIEGO. «Félix Bruzzone: “El del piletero es un territorio fronterizo”». Entrevista, *Ñ Revista de Cultura*, 20/7/2010. En línea <http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2010/07/20/_-02205568.htm>.
- ESCOBAR, MARÍA EUGENIA. «*El infierno*, de Luz Arce: un tramado de unidades discursivas». En línea, *Textos, Universidad de Chile*, <<http://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/13/tx10.html>>.
- ESPAÑA, ARISTÓTELES. *Dawson: Poemas escritos en el Campo de Concentración de Isla Dawson, Chile, Septiembre de 1973–Septiembre de 1974*. Buenos Aires: Bruguera, 1985 (8ª edición Chuquicamata: Ediciones la Pata de Liebre, 2004).
- ESTRIN, LAURA. «Memoria y representación literaria de la Shoah. Imágenes y figuraciones latinoamericanas». Jornada «Shoáh y literatura» de la Universidad Tres de Febrero. Buenos Aires 27/8/15.
- _____. *Literatura rusa: acerca de Biéli, Blok, Gorki, Bábel, Shklovski, Tsvietáieva, Jlébnokov, Platónov y Dovlátov*. Buenos Aires: Letra nómada, 2013.
- _____. «La literatura sobrelleva la vida, la vida hace literatura» en *Víktor Shklovsky: La tercera fábrica. Érase una vez*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012. 299–313.
- EVANGELISTA, LIRIA. *Voices of the Survivors: Testimony, Mourning and Memory in Post-Dictatorship Argentina*. Garland Publishing: New York, 1998.
- FANDIÑO, LAURA. «Testimonio e intimidad en las memorias de segunda generación: ¿Quién te creés que sos? (2012), de Ángela Urondo Raboy» en *Visitas al Patrio. Revista de Estudios de Lingüística y Literatura*, Universidad de Cartagena, Colombia 11 (2017): 89-104.
- FEITLOWITZ, MARGUERITE. *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*. New York: Oxford University Press, 1998.
- FEIERSTEIN, DANIEL. *Memorias y representaciones sobre la elaboración del genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- _____. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina—hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las relaciones sociales*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2011.
- _____. «Political Violence in Argentina and its Genocidal Characteristics». *Journal of Genocide Research*. 8. 2 (2006): 149–168.
- FEIERSTEIN, LILIANA. «Por una e(sté)tica de la recepción. La escucha social frente a los hijos de detenidos-desaparecidos en Argentina» en *Dossier Zur. Romanischen literaturwissenschaft HeLix* 5 (2012): S. 124–144. En línea <www.helix-dossiers.de>.
- FEIJÓO, CRISTINA. *Memorias del río inmóvil*. Buenos Aires: Alfaguara, 2001.

- FELD, CLAUDIA. *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- . «Imagen, memoria y desaparición. Una reflexión sobre los diversos soportes audiovisuales de la memoria». *Aletheia. Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE*. Universidad Nacional de La Plata, Argentina. 1. 1. (2010). En línea, visto el 10/7/2012.
- FELMAN, SHOSHANA & DORI LAUB. «Benjamin's Silence». *Critical Inquiry*. Chicago (USA) 25. 2 (1999): 201–234.
- . «Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening» en *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*. New York: Routledge, 1992.
- FERNÁNDEZ, JOAQUÍN. *Rodolfo Walsh. Entre el combate y el verbo*. Buenos Aires: Ediciones Lea, 2005.
- FLORES CASTRO, NORBERTO y ADOLFO BISAMA FERNÁNDEZ. *El relato testimonial chileno 1973–1989*. Santiago: Ril, 2017.
- FORCINITO, ANA. «Una sola muerte numerosa y la poética de lo testimonial», en *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Argentina* (Compil.). Emilia Perassi y Giuliana Calabrese. Milán: di/segni, 2017. 289–297.
- . «Poéticas de visibilidad variable: testimonio y violencia sexual». Ponencia en «Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en América Latina. Primer Congreso de Literatura y Derechos Humanos». Gargnano del Garda, Italia, 4/7/2015.
- . *Los umbrales del testimonio. Entre las naciones de los sobrevivientes y las señas de la posdictadura*. Madrid/Frankfurt (Alemania): Iberoamericana/Vervuert, 2012.
- FORSTER, RICARDO. «El imposible testimonio: Celan en Derrida», en *Pensamiento de los Confines*. 8 (2000): 77–88.
- FORNERIS, CHIARA. «La narración como influencia formativa sobre la norma: el aspecto experimental de la interpretación crítica del pasado argentino», en *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina* (Compil.) Andreozzi, Gabriele. Buenos Aires: Atuel, 2011. 83–95.
- FUNES, PATRICIA. «Medio siglo de represión; El archivo de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires», en *Puentes de la Memoria, Revista de la Comisión Provincial por la Memoria* 4.11 (2004): 34–43.
- FURMAN, RUBÉN. *Puños y pistolas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.
- GALARCE, CARMEN. *La novela chilena del exilio (1973–1987). El caso de Isabel Allende*. Santiago de Chile: ediciones Maitén, 1993.

- GARCÍA, LUIS IGNACIO. «Arqueologías de un presente político-cultural», en *Pensamiento de los Confines* 22. 6 (2008): 107–118.
- GATTI, GABRIEL. *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales: temas para el diálogo y el debate*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Los Andes, 2017.
- . *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido de los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo Libros y EDUNTREF, 2011.
- GIUSSANI, PABLO. *Montoneros: la soberbia armada*. Buenos Aires: Tiempo de Ideas, 1992.
- GOLDMAN, DANIEL. «Auschwitz, setenta años después. Liberación versus liberación». *Página 12*, Buenos Aires, 15/1/15. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-263928-2015-01-15.htmlGonzalez>>.
- GONZÁLEZ, HORACIO. «La esfinge brasileña». *Página 12*, 10/10/2018.
- GRIERSON, KARLA. «Palabras que hacen vivir: comentarios sobre el lenguaje en las narraciones de deportación». en *La memoria de las cenizas* (Compil.) Pablo Dreizik. Buenos Aires: Patrimonio argentino, 2001.
- GRÜNER, EDUARDO. «Fetichismo de la memoria», en *El sitio de la mirada*. Buenos Aires: Grupo editorial Norma, 2001.
- GUZMÁN, PATRICIO. *El caso Pinochet* (película: coproducción de Chile, España, Francia), 2001.
- . «Chile: la memoria obstinada» (película: coproducción de Chile, Canadá y Francia), 1977.
- . «La Batalla de Chile». I. La resurrección de la burguesía (1975); II. El golpe de Estado (1976); El poder popular (1979) (película).
- HANSEN, PHILIP. *Hannah Arendt: Politics, History and Citizenship*. Stanford (USA): Stanford University Press, 1993.
- HASSOUN, JACQUES. *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: de la Flor, 1996.
- HIRSCH, MARIANNE. *Family Frames, Photography and Postmemory*. Cambridge (USA): Harvard University Press, 1997.
- HOWE, ALEXIS LYNN. «Rethinking Disappearance in Chilean Post–Coup Narratives» (disertación doctoral). University of Minnesota, 2011.
- JARA, RENÉ y HERNÁN VIDAL (eds.). *Testimonio y Literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986. 170–234.
- . *Some Write to the Future: Essays on Contemporary Latin American Fiction*. Durham: Duke University Press, 1991.
- JELÍN, ELIZABETH y LUZMILA DA SILVA CATELA (Compil.). *Memorias de la Represión. Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

- JINKIS, JORGE. *Violencias de la memoria*. Buenos Aires: Edhasa, 2011.
- JOFRÉ, MANUEL. «Literatura chilena de testimonio», en *Casa de las Américas* (La Habana). Nov-dic.(1981): 53-65.
- JOHANSSON M., MARÍA TERESA. *Palabra en pena. Literatura y testimonio en el Cono Sur*. Santiago: Universidad de Chile, 2010.
- _____. «Palabra en sepultura. El Bataraz de Mauricio Rosencof» en *Persona y Sociedad: Estudios sobre literatura y lengua en Latinoamérica* 20.2 (2006): 177-189.
- KAUFMAN, ALEJANDRO. «Sobre el consentimiento como legado de la dictadura». *Página 12*, 27 de marzo, 2018. <<https://www.pagina12.com.ar/104181-sobre-el-consentimiento-como-legado-de-la-dictadura>>.
- _____. «Sobre el silencio y las palabras: Vaticano y dictadura». Carlos Gutiérrez y Gervasio Noailles (Compil.). *Destinos del testimonio: víctima, autor, silencio. Los testigos en los juicios de lesa humanidad*. Buenos Aires: Letra viva, 2014. 101-109.
- _____. «Alrededor de Benjamin en la ESMA», en *Walter Benjamin en la ESMA. Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria* (Compil.). Eduardo Jozami, Alejandro Kaufman, Miguel Vedda. Buenos Aires: Prometeo, 2013. 225-238.
- _____. «Reparar el mundo: notas sobre la supervivencia (2010)», en *La pregunta por lo acontecido: ensayos de anamnesis en el presente argentino*. Buenos Aires: La Cebra, 2012. 11-24.
- _____. «Memoria, horror, historia» (Prólogo), en *Memorias en presente: Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio* (Compil.). Sergio J. Guelerman. Buenos Aires: Norma, 2011. 11-34.
- _____. «Historia y memoria: algunas indagaciones teóricas para el marco analítico latinoamericano». en *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina*. (Comps). Andreozzi, Gabriele. Buenos Aires: Atuel, 2011. 237-251.
- _____. «Aduanas de la Memoria. A propósito de *Tiempo pasado*, de Beatriz Sarlo». *Zigurat* 6.11 (2006) Carrera de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Sociales, UBA. En línea <http://www.rayandolosconfines.com.ar/critica_kaufman.html>.
- _____. «Setentismo y memoria». *Pensamiento de los Confines* 16 (2005): 51-56.
- _____. «Museo del Nunca Más», *Página 12*, Buenos Aires, 7/4/2004.
- _____. «Nacidos en la ESMA», en *Comunicación y memoria: estrategias de conocimientos y usos políticos. Oficios Terrestres*. X. 15/16 (2004): 29-37.
- _____. «Memorias de género, memorias ausentes». *Pensamiento de los Confines* 13 (2003): 49-53.

- _____. «Alrededor del dinero. Fragmentos sobre biopolítica», *Pensamiento de los Confines* 11 (2002): 77–85.
- _____. «Tramas de barbarie», *Pensamiento de los Confines* 6 (1999): 27–33.
- KERTÉSZ, IMRE. *Un instante de silencio en el paredón: el holocausto como cultura*. Barcelona: Herder, 2002.
- _____. *Fateless*. Evanston (USA): Northwestern University Press, 1992.
- KLEFF, LYDIA. Memory and Representation in Jacobo Timerman's *Prisoner Without a Name, Cell without a Number*. Ponencia presentada en la XV International Research Conference of LAJSA, Arizona State University, Tempe (USA) 6 (2011): 12–14.
- KLEIN, NAOMI. *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York: Metropolitan Books/Henri Hold and Company, 2007.
- KRISTEVA, JULIA. *Strangers to Ourselves*. New York: Columbia University Press, 1991.
- LACAPRA, DOMINIQUE. *Writing History, Writing Trauma*. Baltimore (USA): The Johns Hopkins University Press, 2001.
- LANGER, LAWRENCE L. *Holocaust Testimonies: The Ruins of Memory*. Prefacio. New Haven (USA): Yale University Press 1991.
- LARRAURI, MAITE. *Conocer Foucault y su obra*. Barcelona: Dopesa, 1980.
- LARRAGUY, MARCELO. *Fuimos soldados*. Buenos Aires, Aguilar, 2006.
- LAVQUÉN, ALEJANDRO. «Aristóteles España: El Poeta de Dawson». *Punto Final*, septiembre 2004. En línea: <<http://www.letras.mysite.com/ae290904.htm> (Proyecto Patrimonio 2004)>.
- LAZZARA, MICHAEL. *Luz Arce: Después del infierno*. Santiago : Editorial Cuarto Propio, 2008.
- LECHNER, NORBERT y PEDRO GÜELL. «Construcción social de las memorias en la transición chilena». *Subjetividad y figuras de la memoria*. Elizabeth Jelin y Susana G. Kaufman (compil.). Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- LEDESMA, MARÍA DEL VALLE. «Procedimientos contra la amnesia», prólogo. *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*. Buenos Aires: el asunto y milena cacerola, 2012 (3ª edición).
- LEJEUNE, PHILIP. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Endymion, 1994 (traducción de *Le Pacte Autobiographique*, 1975).
- LEVI, PRIMO. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik Editores, 2002.
- _____. *Entrevistas y conversaciones*. Barcelona: Península, 1998.
- _____. «A Conversation with Primo Levi by Philip Roth», en *Survival in Auschwitz*. New York: Touchstone, 1996.

- _____. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnick Editores, 1989.
- LONGONI, ANA. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma, 2007.
- LÓPEZ, JULIÁN. *Una muchacha muy bella*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2013.
- LORENZANO, SANDRA. *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura*. DF: Universidad Autónoma Metropolitana, 2001.
- LORENZETTI, RICARDO LUIS y ALFREDO JORGE KRAUT. *Derechos humanos: justicia y reparación*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011.
- LLORENTE, ELENA. «Descubridor del archivo del Plan Cóndor». *Página 12*. 1/10/2015. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-282820-2015-10-01.html>>.
- LOGIE, ILSE y BIEKE WILLEM. «Narrativas de la postmemoria en Argentina y Chile: la casa revisitada». *Alter/nativas. Revista de estudios culturales latinoamericanos*. En línea, <<https://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-5-2015/essays/logie-willem.html>>.
- MAFFÍA, DIANA. Presentación de *Cuadernos de la Shoá* No 4. «Caras de lo humano: Víctimas, perpetradores y testigos(4/9/13)». 26/11/2013. Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.
- MALDONADO ESCOTO, NELLY. «Escrituras de la memoria: narrativa argentina de la posdictadura». Tesis. Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- MASIELLO, FRANCINE. *The Art of Transition: Latin American Culture and Neoliberal Crisis*. Durham and London: Duke University Press, 2001.
- MARTÍNEZ MORENO, CARLOS. *El color que el infierno me escondiera*. Montevideo: Editorial Fin del Siglo, 1998.
- MAZZEI, MARCELA. «Mauricio Rosencof: “Con mi historia personal estoy contando la historia de todos”». *Ñ Revista de Cultura*, 22/6/12. En línea <http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/Entrevista-Mauricio-Rosencof-Sala-8_o_723527896.html>.
- McSHERRY, J. PATRICE. «Operation Condor: Clandestine Inter-American System», en *Social Justice* 26.4 (1999): 144-173.
- MENDIOLA, IGNACIO. *Habitar lo inhabitable. La práctica político-punitiva de la tortura*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2014.
- MERO, ROBERTO. *Contraderrota, Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.
- MESNARD, PHILIPPE. *Testimonio en resistencia*. Buenos Aires: Waldhuter editores, 2011.
- MONTEALEGRE ÍTURRA, JORGE. *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*. Santiago: Editorial Asterión, 2013.
- _____. *Frazadas del Estadio Nacional*. Santiago: LOM, 2003.

- MONTES CAPÓ, CRISTIAN. «Imaginario apocalíptico e infancia en las novelas *En voz baja* de Alejandra Costamagna y *La edad del perro* de Leonardo Sanhueza». *Alpha*. 47 (2018): 267–277.
- MORALES, LEÓNIDAS. «Diamela Eltit: el ensayo como estrategia narrativa», en *Memoria, duelo y narración. Chile después de Pinochet: literatura, cine, sociedad* (Compil.) Spiller, Roland et al. Frankfurt: Vervuert Verlag, 2004. 173–184.
- MORAÑA, MABEL. *Memorias de la generación fantasma*. Montevideo: Monte Sexto, 1988.
- MORENO, MARÍA. *Página 12*, 19/11/15. 20–21.
- NADER, CARLOS. «Eduardo Coutinho, 7 de octubre». Documental. Brasil, 2014.
- NANCE, KIMBERLY A. *Can Literature Promote Justice? Trauma Narrative and Social Action in Latin American Testimonio*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2006.
- NARVÁEZ, JORGE (editor): *La invención de la memoria*. (Actas). Santiago de Chile: Pehuén, 1988.
- . «El testimonio, 1972–1982. Transformaciones en el sistema literario». *René Jara* (1986): 235–79.
- NOFAL, ROSSANA. «Desaparecidos, militantes y soldados», en *Los desaparecidos en la Argentina: Memorias, representaciones e ideas (1983–2008)* (Compil.) Emilio Crenzel. Buenos Aires: Biblos, 2010. 161–188.
- . «Los personajes en la narrativa testimonial», en *Taller. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos–IIELA*.VI. 7–8 (2009–2010): 51–62.
- NÓMEZ, NAÍN. *Países como puentes levadizos*. Santiago de Chile: Ediciones Manieristas, 1986.
- O'DONNELL, SANTIAGO. «Preludio». En línea <<https://www.pagina12.com.ar/147383-preludio>>.
- OCHANDO AYMERICH, CARMEN. *La memoria en el espejo: aproximaciones a la escritura testimonial*. Barcelona: Anthropos editora, 1998.
- OLIVERA–WILLIAMS, MARÍA ROSA. «La literatura uruguaya del proceso: exilio, insilio, continuismo e invención». *Nuevo Texto Crítico* 3.5 (1990): 67–83.
- OSORIO, ELSA. *A veinte años, Luz*. México: Grijalbo-Mondatori, 1999.
- PAGNI, ANDREA. «Memoria y duelo en la narrativa chilena actual: ensayo, periodismo político, novela y cine», en *Memoria, duelo y narración. Chile después de Pinochet: literatura, cine, sociedad* (Compil.) Spiller, Roland et al. Frankfurt: Vervuert Verlag, 2004. 9–28.
- PARTNOY, ALICIA. «Disclaimer Intraducible: My life / is based / on a real story». *Biographical Research Center* (2009): 16–25.
- . «Cuando Vienen Matando: On Prepositional Shifts and the Struggle of Testimonial Subjects for Agency.» *The Modern Language Association of America* (2006): 1665–1669.

- _____. *Revenge of the Apple/Venganza de la Manzana*. Traducido por Alicia Partnoy. Pittsburg (USA): Cleis Press, 1992.
- _____. *La escuelita. Relatos testimoniales*. Buenos Aires: Editor La Bohemia, 2006 (Trad. de *The Little School: Tales of Disappearance and Survival in Argentina*, Cleis Press, 1986).
- PERASSI, EMILIA. Presentación «El Testimonio y sus proyecciones actuales». Universidad de Chile. Santiago de Chile. 11/ 2012.
- PÉREZ, MARIANA EVA. «Necesito saber qué pasó con ellos». *Página 12*, 5/5/2016. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-298567-2016-05-05.html>>.
- _____. *Diario de una princesa montonera*. Barcelona: Marbot, 2016.
- PERIS BLANES, JAUME. «Escritura, comunidad y “efecto documental” en *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker». *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 10 (Diciembre 2017): 473-487.
- _____. «En torno a Mario Villani» en «Un desaparecido frente al Lago di Garda», en *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Argentina* (Compil). Emilia Perassi y Giuliana Calabrese. Milán: di/segni, 2017. 192-196.
- _____. «Una poética de las ruinas: testimonio y alegoría de Aníbal Quijada». *Revista chilena de literatura* 74 (2009): 99-121.
- _____. *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. Anejo nº LXIV de *Quaderns de Filología*. Valencia: Facultad de Filología de la Universidad de Valencia, 2008.
- _____. «*Desaprender el cuerpo*»: *tecnología concentracionaria y enunciación testimonial*. La Coruña (España): Universidad de La Coruña, 2005.
- _____. *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile: la posición del testigo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2005.
- PINO, MIRIAN. COLOQUIO «Conflictos, préstamos e intercambios. Perspectivas sobre la investigación interdisciplinaria». IDEA, Santiago de Chile, 29/8/2015.
- PINTO, MYRIAM. *Amor subversivo: Epistolario testimonial: 1973-2017*. Santiago: Ediciones Radio Universidad de Chile, 2017.
- PIRALIAN, HÉLÈNE. *Genocidio y transmisión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- PITTALUGA, ROBERTO y ALEJANDRA OBERTI. *Memorias en montaje: escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Santa Fe: María Muratore Ediciones, 2011.
- PIZARRO, CAROLINA. «Formas narrativas del testimonio», en *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en América Latina. I Congreso de Literatura y Derechos Humanos*. Gargnano, Italia, 3/7/2015.

- PORTELA, EDURNE M. *Displaced Memories. The Poetics of Trauma in Argentine's Women Writing*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2009.
- PRADO, ESTEBAN. «Laura Estrin: *Literatura rusa. Acerca de Biéli, Blok, Gorki, Bável, Shklovski, Tsvietáieva, Jlébnikov, Platónov y Dovlátov*. Buenos Aires, Letra Nómada, 2013» en *Estudios de Teoría Literaria*. Revista digital 3.5 (2014): 337–340.
- QUIJADA CERDA, ANÍBAL. *Cerco de púas*. Santiago: Editorial Fuego y tierra, 1990 (2ª ed.).
- RAFECAS, DANIEL. Presentación inaugural. VIII Seminario Internacional Políticas de la Memoria. Centro Cultural Haroldo Conti. Buenos Aires, 24/9/2015.
- RANCIÈRE, JACQUES. *Mute Speech: Literature, Critical Theory, and Politics*. NY: Columbia University Press, 2011.
- REATI, FERNANDO. «Un desaparecido frente al Lago di Garda», en *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Argentina* (Compil.) Emilia Perassi y Giuliana Calabrese. Milán: di/segni, 2017. 181–184.
- . «Memorias de los hijos de desaparecidos: una autoficción ficticia en *Una muchacha muy bella*». *Idem*. 99–112.
- . «Trauma, duelo y derrota en las novelas de ex presos de la Guerra Sucia». *Chasqui* 33.1 (2004): 106–127.
- REYES MATE, MANUEL. *Memoria de Auschwitz: Actualidad moral y política*. Madrid: Trotta, 2003.
- . *Medianoche en la historia. Comentarios sobre las tesis de Walter Benjamin «Sobre el Concepto de Historia»*. Madrid: Trotta, 2006.
- RICCIO, ALESSANDRA. «Lo testimonial y la novela testimonio» *Iberoamericana* 56.152–53 (1990): 1055–68.
- RICHARD, NELLY (ed.). «Imagen-Recuerdo y borraduras», en *Políticas y estéticas de la memoria*, Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000. 165–171.
- . (compil.) Introducción a *Políticas y estéticas de la memoria*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000.
- . *La insubordinación de los signos* (cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis). Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000.
- . *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago: Editorial Universidad Diego Portales, 2010.
- RICOEUR, PAUL. *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . *Time and Narrative*. Chicago: University of Chicago Press, 1985.
- . «La vida: un relato en busca de narrador». (Conferencia recogida en *Paul Ricoeur: Educación y Política*. Buenos Aires: CINA, 1984.

- RIO, NELA. *En las noches que desvisten otras noches. During Nights that Undress Other Nights*. Fredericton (Canada): Broken Jaw Press, 1989.
- . *Túnel de proa verde/Tunnel of the Green Prow*. Traducido por Hugh Hazelton. Fredericton: Broken Jaw Press, 1998. Segunda edición, 2004.
- . «Lucrecia», en *The Space of Light. El espacio de la luz*. Editado y traducido por Elizabeth Gamble Miller. Fredericton: Broken Jaw Press, 2004.
- RODRÍGUEZ, ILEANA. *La prosa de la contrainsurgencia. Naturaleza «de lo político». Lo político durante la restauración neoliberal en Nicaragua*. En prensa. Carolina del Norte: North Carolina University Press, 2019.
- . «Terror, Horror, Política y Locura: Fenomenología del miedo». Facultad de Ciencias Sociales UNA. Managua, Nicaragua. Ponencia, 21/11/ 2018.
- . «El texto literario como expresión mestizo-criollo: in memoriam». *Casa de las Américas* 126 (1981): 52–62.
- . «Quedarme conmigo. No dejarme sola ni por casualidad. Memoria, historia: Una sola muerte numerosa», en *Letras Femeninas* 24:1–2. Spring–Fall (1998): 203–206.
- ROJAS, EMILIO. *Mis primeros tres minutos*. Santiago: Editora Seminario, 1989.
- ROJAS, SERGIO. «Cuerpo, lenguaje y desaparición», en *Políticas y estéticas de la memoria*. Nelly Richard (ed.) Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2006. 177–188.
- ROMANO-SUED, SUSANA. *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*. Buenos Aires: el asunto y milena cacerola, 2012 (3ª edición).
- ROSENBERG, SARA. *Un hilo rojo*. Madrid: Espasa, 1998.
- ROSENCOF, MAURICIO. *Sala 8*. Buenos Aires: Alfaguara, 2012.
- ROSENCOF, MAURICIO y ELEUTERIO FERNÁNDEZ HUIDOBRO. *Memorias del calabozo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1987.
- ROSSI, PAOLO. *El pasado, la memoria, el olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- ROTENBERG, ABRASHA. *La Opinión amordazada: la lucha de un periódico bajo la dictadura militar*. Barcelona: del Taller de Mario Muchnik, 2000.
- ROUSSEAU, FABIANA. «El fallo fallido». *Página 12*. 12/5/2017. En línea <<https://www.pagina12.com.ar/37111-el-fallo-fallido>>.
- RUBIN SULEIMAN, SUSAN. «The 1.5 Generation: Thinking About Child Survivors and the Holocaust». *American Imago* 59. 3 (2002): 277–295.
- RUBIO, GRACIELA. «Memoria hegemónica y memoria social. Tensiones y desafíos pedagógicos en torno al pasado reciente en Chile». *Revista Colombiana de Educación* 71 (2016): 109–135.

- _____. «Memoria histórica, ciudadanía y crisis moral de la esfera pública. Chile a 40 años del golpe militar de 1973». *Revista Clivajes* (2014). <http://revistas.uv.mx/index.php/Clivajes>.
- RUFFINELLI, JORGE. «Uruguay: dictadura y re-democratización». *Nuevo Texto Crítico* 3.5 (1990): 37–66.
- _____. «Carlos Martínez Moreno, la energía que no cesa» [entrevista], en *Palabras en orden*. México: Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, 1985. 141–173.
- SÁBATO, ERNESTO. Prólogo al *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA, 1991 (última edición, 2006).
- SACCOMANO, GUILLERMO. «El infierno en voz alta». *Página 12*, 2/12/2012. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4875-2012-12-02.html>>.
- SAFATLE, VLADIMIR. *O Circuito dos Afetos: Corpos Políticos, Desamparo e o Fim do Indivíduo*. São Paulo: Cosac Naify, 2015.
- SANTOS, JOSÉ. «Lugares de encuentro en los espacios del horror. Acercamiento testimonial a los Centros de Detención y/o Tortura chilenos», *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, Universidad de Valencia 6 (2015): 651–664.
- _____. «De los Konzentrations lager Nazi a los centros de detención y tortura pinochetista». en el Coloquio: «Conflictos, préstamos e intercambios. Perspectivas sobre la investigación interdisciplinaria». Sesión: «¿Con qué palabras pensar el terror? Usos y abusos conceptuales para reflexionar sobre nuestro reciente pasado político dictatorial». IDEA, Santiago, Chile, 28/8/2015.
- SAPRIZA, GRACIELA. «Memorias de mujeres en el relato de la dictadura (Uruguay, 1973–1985). Violencia / carcel / exilio» en *Deportate, esuli, profughe. Rivista telematica di studi sulla memoria femminile (DEP)*, 2009. En línea <https://www.unive.it/media/allegato/dep/n_1speciale/05_Sapriza.pdf>.
- SARLO, BEATRIZ. *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2007.
- SCARRY, ELAINE. *The Body in Pain. The Making and Unmaking of the World*. Oxford (UK): Oxford University Press, 1985.
- SCOCO, MARIANELA. «Historias desobedientes. ¿Un nuevo ciclo de memoria?» (Investigación CONICET). 2017: 78–105. En línea <<https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/download/2532/2611>>.
- SCHECHNER, RICHARD. *Performance Studies: An Introduction*. New York: Routledge, 2006.
- SCHINDEL, ESTELA. *La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura (1975–1978)*. Villa María (Argentina): Eduvim, 2012.

- SCHMUCLER, HÉCTOR. «En la banalidad está el mal». *Pensamiento de los Confines* 8. (2000): 45–49.
- SEGATO, RITA LAURA. Cuerpo, territorios y soberanía: violencia contra las mujeres. En línea <<https://www.youtube.com/watch?v=Nvss3YPEUv4>, 14/6/ 2017>.
- . Violencia expresiva y guerra contra las mujeres. En línea <<https://www.youtube.com/watch?v=UQJKW1UdWsM>>.
- . *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2013.
- SEMÁN, ERNESTO. *Soy un bravo piloto de la nueva China*. Buenos Aires: Mondatori, 2011.
- SEMILLA DURÁN, MARÍA A. «El cuerpo convulso de la escritura. *Una sola muerte numerosa*, de Nora Strejilevich». *Las armas y las letras. La violencia política en la cultura rioplatense desde los años 60 hasta nuestros días* (Ed.) Cecilia González, et al. Presses Universitaires de Bordeaux (Francia). Série Études 2010. 137–152.
- SEMPRÚN, JORGE. *La escritura o la vida*. Buenos Aires: Tusquets, 2011.
- . «Lo que sé». *Página 12*, 12/6/2011.
- . Jorge Semprún y los campos de concentración nazis. Entrevista en línea <https://www.youtube.com/watch?v=7_QmLezLoy8>.
- . *The Long Voyage*. New York: Penguin Books, 1997.
- . *Adiós, Luz de veranos...* Barcelona: Tusquets Editores, 1998.
- SEOANE, MARÍA. *Todo o nada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1991.
- SILLATO, MARÍA DEL CARMEN (COORDINADORA). *Huellas: memorias de resistencia (Argentina 1974–1983)*. San Luis (Argentina): Nueva Editorial Universitaria, 2008.
- . con la participación de Chary Sillato. *Diálogos de amor contra el silencio. Memorias de prisión, sueños de libertad*. Córdoba: Alción, 2006.
- SIMÓN, PAULA. «Palabras de mujeres. Los testimonios femeninos sobre la cárcel y el campo de concentración en la última dictadura militar argentina (1983–2014)». En: *Vegueta, Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 19 (2019), 457–485.
- . «Diálogo sobre la lucha y la memoria con Alicia Partnoy». Revista *Pueblos* 25/11/ 2014. En línea <<http://revistapueblos.org/blog/2014/11/25/dialogo-sobre-la-lucha-y-la-memoria-con-alicia-partnoy>>.
- . «Villani, Mario y Fernando Reati, *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*. Buenos Aires: Biblos, 2011». En: *Orbius Tertius*, año XVII, 18, 2012 <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/numeros/numero-18/libros/11-mario-villani-y-fernando-reati>>.

- SINCOFSKY, EDUARDO. «Marco Bechis habla de “Garage Olimpo”, un film que se interna en el horror de los centros de detención. “Ser sobreviviente obliga a hablar siempre de lo mismo”». *Página 12*, 5/1/ 99.
- SKÁRMETA, ANTONIO. *Soñé que la nieve ardía*. Barcelona: Planeta, 1975.
- _____. *Ardiente paciencia*. Hannover (Alemania): Ediciones del Norte, 1985.
- SNEH, PERLA. *Palabras para decirlo. Lenguaje y exterminio*. Buenos Aires: Paradiso ediciones, 2012.
- _____. «Recordar lo inolvidable». en *La memoria de las cenizas* (Compil.) Pablo Dreizik. Buenos Aires: Patrimonio argentino, 2001.
- SONDERÉGUER, MARÍA. «Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina: una política de la memoria». *Iberoamericana* 1. 1 (2001): 77–86.
- SONTAG, SUSAN. *Regarding the Pain of Others*, New York: Farrar, Straus & Giroux, 2007.
- _____. *At the Same Time*. New York: Farrar Straus Giroux, 2007.
- _____. *Bajo el signo de Saturno*. Buenos Aires: Del Bolsillo, 2007.
- _____. *On Photography*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1977.
- SOSA SAN MARTÍN, GABRIELA. «Los imprecisos límites de la ficción. El debate mexicano sobre *El color que el infierno me escondiera* de Carlos Martínez Moreno». *Memoria académica UNLA–FaHCE*. II Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX 5, 6 y 7/11/ 2014 <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3974/ev.3974.pdf>.
- SPILLER, ROLAND, TITUS HEYDENREICH, WALTER HOEFLE & SERGIO VERGARA ALARCÓN (eds.) *Memoria, duelo y narración: Chile después de Pinochet: literatura, cine, sociedad*. Frankfurt am Main: Verbuert Verlag, 2004.
- STEINER, GEORGE. *Real Presences*. Chicago: University of Chicago Press, 1989.
- STOLL, DAVID. *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*. Boulder (USA): Westview Press, 1999.
- STRADA, OSCAR. *La amistad contra la violencia*. España: Editorial Círculo Rojo, 2017.
- STREJILEVICH, NORA. «Genres of the Real: Testimonio, Autobiography, and the Subjective Turn», en *Cambridge History of Latin American Women Writers*. (Compil.) Mónica Szurmuk e Ileana Rodríguez. New York: Cambridge University Press, 2016.
- _____. «Intervenciones urbanas versus terrorismo de Estado en la Argentina», en *De la cercanía emocional a la distancia histórica. (Re) presentaciones del terrorismo de Estado 40 años después* (Compils.) Fernando Reati y Margherita Cannavaciolo. Buenos Aires: Prometeo, 2016.

- _____. *Una sola muerte numerosa*. Madrid: Sítara, 2018 (Córdoba: Alción, 2006 y 2007).
- _____. *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires: Catálogos, 2006.
- _____. «El horror forma parte de lo que somos», en *Redes de la memoria. Escritoras exdetenidas/testimonio y ficción* (Compil.) Boccanera, Jorge. Buenos Aires: desde la gente, 2000.
- _____. Entrevista a Timerman, 1991 (manuscrito)
- SVIRSKY, RUBEN. «Cómo se deforma la historia», en *Cuadernos de Marcha*, México, Segunda Época, 2.12 (marzo-abril 1981): 101-106.
- SZURMUK, MÓNICA. «Memorias de lo íntimo» en *Sitios de la memoria: México Post 68* (Compil.) Mónica Szurmuk y Maricruz Castro Ricalde. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2014.
- _____. *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. D.F.: Siglo XXI, 2009. 222-226.
- TANDECIARZ, SILVIA R.. *Citizens of Memory: Affect, Representation, and Human Rights in Postdictatorship Argentina*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2017.
- TATIÁN, DIEGO. «Lo impropio», en *Crítica del testimonio: ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (ed.) Cecilia Vallina. Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2009. 49-65.
- TAYLOR, DIANA. *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's «Dirty War»*. Durham & London: Duke University Press, 1997.
- THOMPSON, IAN. *Primo Levi*. Barcelona: Editorial Belacqua, 2007.
- TIERNEY-TELLO, MARY BETH. «Testimonio, ética y estética en Diamela Eltit», en *Letras y proclamas: la estética literaria de Diamela Eltit* (Ed. Llanos M., Bernardita). Santiago/Ohio: 2006.
- TIMERMAN, JACOBO. *Preso sin nombre, celda sin número*. Nueva York: Random House, 1981.
- TIZÓN, HÉCTOR. *La casa y el viento*. Buenos Aires: Alfaguara, 1984.
- TRAVERSO, ENZO. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: FCE, 2012.
- _____. *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Buenos Aires: Prometeo, 2011.
- VALDÉS, HERNÁN. *Tejas Verdes: Diario de un campo de concentración en Chile*. Madrid: Tusquets, 1978 (1ª ed. 1974; en Chile, Santiago: LOM, 1996).
- VALLINA, CECILIA. «Un recorrido crítico por el relato testimonial», en *Crítica del testimonio: ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (ed.) Cecilia Vallina. Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2009. 10-22.

- VASALLO, MARTA. *La terrible esperanza*. Buenos Aires: Colisión Libros, 2014.
- VÁSQUEZ, ANA. *Abel Rodríguez y sus hermanos*. Barcelona: La Gaya Ciencia, 1981.
- VENTURA, ANTOINE. «Violencia política y literatura en Uruguay» en *Las armas y las letras. La violencia política en la cultura rioplatense desde los años 60 hasta nuestros días*. Cecilia González, et al. Presses Universitaires de Bordeaux. Série Études (2010): 263–296.
- VERBITSKY, HORACIO. «La canción de nosotras». *Página 12*, 23/10/2016. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index-2016-10-23.html>>.
- _____. «Ni idea». *Página 12*, 14/8/2016. En línea <<http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index-2016-08-14.html>>.
- _____. «Cuarenta años después». *Página 12*, 06/12/2015. En línea. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-287678-2015-12-06.html>.
- _____. Presentación inaugural. VIII Seminario Internacional Políticas de la Memoria. Centro Cultural Haroldo Conti. 24/9/2015.
- _____. *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta, 1995.
- VERDUGO, PATRICIA y CARMEN HERTZ. *Operación Siglo XXI*. Santiago: Ornitorrinco, 1990.
- VEZZETTI, HUGO. *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.
- _____. «El imperativo de la memoria y la demanda de justicia: el Juicio a las juntas argentinas». *Iberoamericana* 1, 1 (2001): 77–86.
- VIDAL, HERNÁN. *Política cultural de la memoria histórica*. Santiago: Mosquito Editores, 1997.
- VIEZZER, MOEMA. «Si me permiten hablar—»: testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia. Domitila Barrios de Chungara. DF: Siglo XXI, 1978.
- VILLANI, MARIO y FERNANDO REATI. *Desaparecido. Memorias de un cautiverio (Club Atlético, Banco, Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA)*. Buenos Aires: Biblos, 2011.
- _____. «Relatos de la memoria en Argentina y Chile», Ponencia en Fosteriana, Universidad de Arizona, Tempe, 2004.
- VIÑAR, MARCELO. «Memoria, exilio y retorno: una experiencia uruguaya», en *Era de nieblas* (ed.), Horacio Riquelme. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1990.
- VUSKOVIC, SERGIO. *Dawson*. Madrid: Michay, 1984.
- WALSH, RODOLFO. *Operación Masacre*. Buenos Aires: De la Flor, 1986.
- WHITE, HAYDEN. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1988.
- WITKER, ALEJANDRO. *Prisión en Chile*. México: FCE, 1975.

- WORMAT, OLGA y MIRIAM LEWIN. *Putas y guerrilleras. Crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención. La perversión de los represores y la controversia en la militancia, Las historias silenciadas. El debate pendiente*. Buenos Aires: Planeta, 2014.
- YERUSHALMI, Y; N. LORAUX, H. MOMMSEN, J. C. MILNER y G. VATTIMO. *Usos del olvido*. Buenos Aires: ediciones Nueva Visión, 1998.
- ZALIASNIK, Yael. *Memoria inquieta*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- _____. «Teatralidad y cicatrices en los museos de la memoria». *Alpha* 37 (2013): 301-321
- ŽIŽEK, SLAVOJ. Slavoj Žižek & Stephen Kotkin | Stalin: Paradox of Power (2015). En línea <https://www.youtube.com/watch?v=Z9voDV_ZsB8>.
- _____. «Can We Still Be Hegelians?» (2014) En línea <<https://www.youtube.com/watch?v=2avv63NzVxE>>.
- ZUFFI, GRISELDA. «Una sola muerte numerosa: una memoria viva del desaparecido», en *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Argentina* (Compil.) Emilia Perassi y Giuliana Calabrese. Milán: di/segni, 2017. 299–305.

Índice

Agradezco	5
A modo de prólogo	
La literatura sabe	7
I	
Introducción. Desaparición y escritura	11
Darle palabras al horror	21
El testigo cuenta	23
Cuestionamientos a la palabra del testigo	39
Giorgio Agamben: en torno a la imposibilidad del testimonio	41
Beatriz Sarlo: debate sobre el discurso de experiencia	47
II	
Un glosario sin definiciones	59
III	
Uruguay, Chile y Argentina. El Plan Cóndor	103
La Interpol contra la subversión	105
Uruguay: la caída de un mito	107
Chile: desaparece un país	135
Argentina: en estado de memoria	179
Bibliografía	285

COLECCIÓN

ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE POR EL TRABAJO DE

COMITÉ EDITORIAL Silvia Aguilera, Mario Garcés, Ramón Díaz Eterovic, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz, María Emilia Tijoux **SECRETARÍA EDITORIAL** Marcela Vergara **PRODUCCIÓN EDITORIAL** Guillermo Bustamante **PROYECTOS** Ignacio Aguilera **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN EDITORIAL** Leonardo Flores **CORRECCIÓN DE PRUEBAS** Raúl Cáceres **COMUNIDAD DE LECTORES** Francisco Miranda **VENTAS** Michel Bonnefoy, Elba Blamey, Olga Herrera, Daniela Núñez **BODEGA** Francisco Cerda, Paola Estévez, Hugo Jiménez, Juan Huenuman **LIBRERÍA LOM** Ernesto Córdova **COMERCIAL GRÁFICA LOM** Elizardo Aguilera, Eduardo Yáñez **SERVICIO AL CLIENTE** Ingrid Rivas **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN** Luis Ugalde, Karla Morales, Marjorie Dotte **PRODUCCIÓN IMPRENTA** Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz **SECRETARÍA IMPRENTA** Jasmín Alfaro **PREPrensa** Mariela Valdez **IMPRESIÓN DIGITAL** William Tobar **IMPRESIÓN OFFSET** Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **ENCUADERNACIÓN** Rosa Abarca, Andrés Rivera, Edith Zapata, Pedro Villagra, Romina Salamanca, Fernanda Acuña, Iván Peralta **MENSAJERÍA** Ernesto Acuña, Cristóbal Ferrada **MANTENCIÓN** Jaime Arel **ADMINISTRACIÓN** Mirtha Ávila, César Delgado, María Paz Hernández.

L O M E D I C I O N E S